simbad
N.º1
ELENA POIRIER
$2

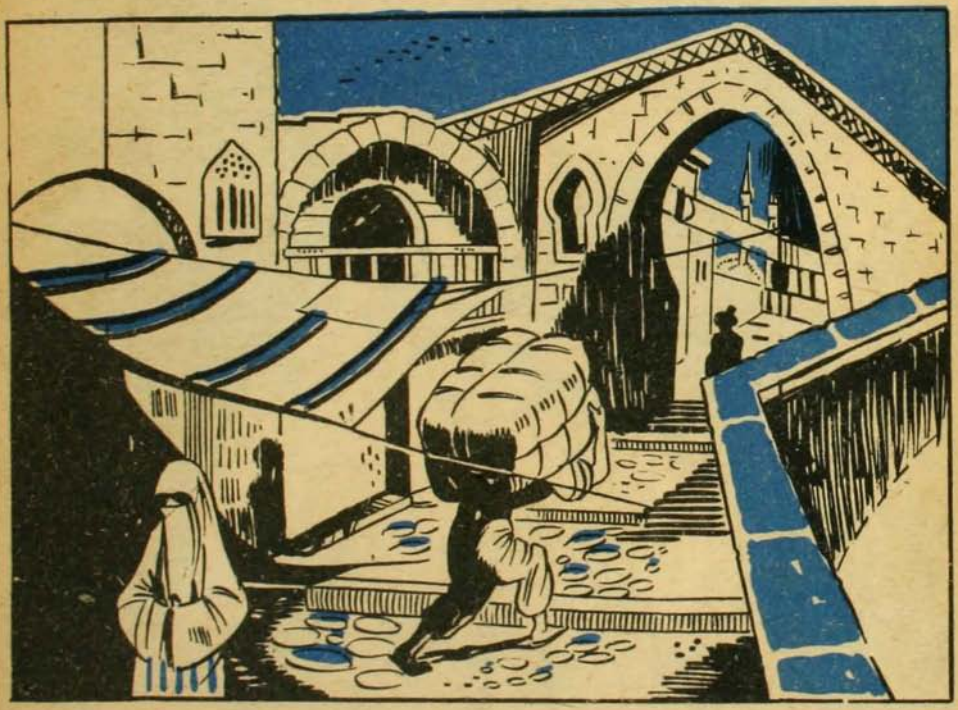
Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 1
Precio: $ 2.—
8-IX-1949

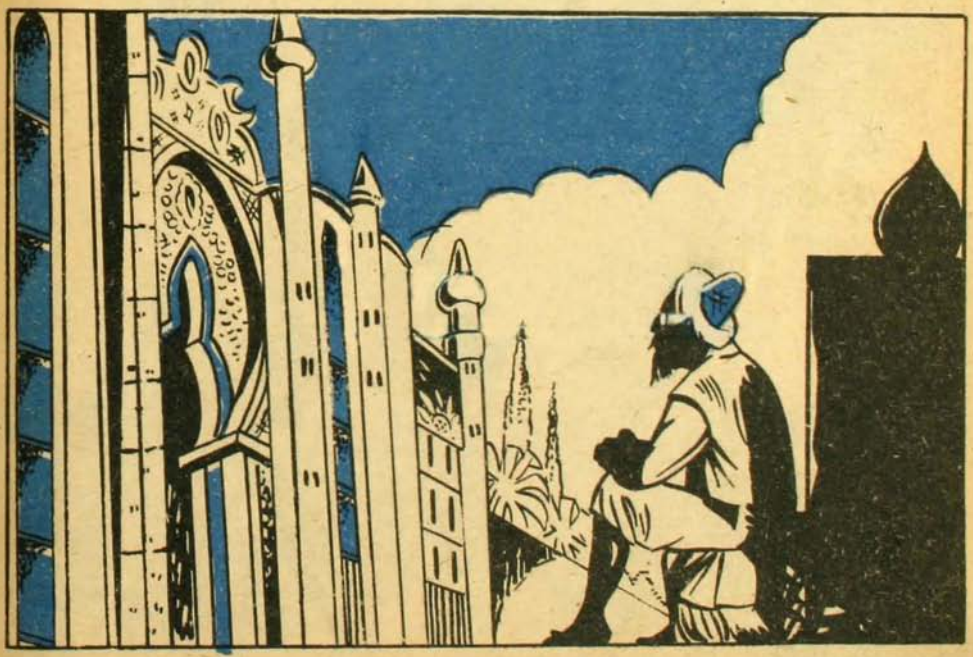
SIMBAD EL MARINO

CAPITULO I



1) Durante el reinado del Califa Harum-Al-Raschid, vivía en Bagdad un pobre mandadero que se llamaba Himbad. Recorría la ciudad de un extremo a otro, llevando pesadas cargas. Un día iba encorvado bajo un gran fardo. El tórrido calor aniquilaba sus fuerzas. "—Debo descansar —gimió—. Estoy fatigado y sediento." Con un suspiro de cansancio se sentó en el fardo. No era un hombre pusilánime, pero estaba deprimido por la pobreza.

2) Trabajaba de la noche a la mañana y, a pesar de ello, la miseria lo tenía atrapado en sus andrajos, que son a veces más poderosos que un cepo. "—Mi vida no cambiará —suspiró—. Sólo en los cuentos un mendigo se transforma en rey." De pronto advirtió que estaba sentado frente a una mansión espléndida. Su pórtico era de mármol, con capiteles y columnas. Sobre los muros laterales asomaban los árboles del huerto y del jardín. En el interior del palacio resonaba una cadenciosa música, mezclada al rumor apagado de risas y voces. Indudablemente, celebrábase allí un festín. "La vida es injusta —meditó Himbad—. Aspiro el olor de manjares que nunca he probado. Yo sólo conozco el áspero sabor del mendrugo y mi vivienda no es un palacio, sino una choza miserable. ¿A quién pertenecerá este magnífico edificio?" En su corazón, que siempre había sido pasivo y resignado, empezó a agitarse un sentimiento rebelde. Hubiera deseado protestar a gritos o tener tal fuerza en sus manos que bastara una contracción de sus dedos para que aquel palacio se desmoronara como un castillo de arena.



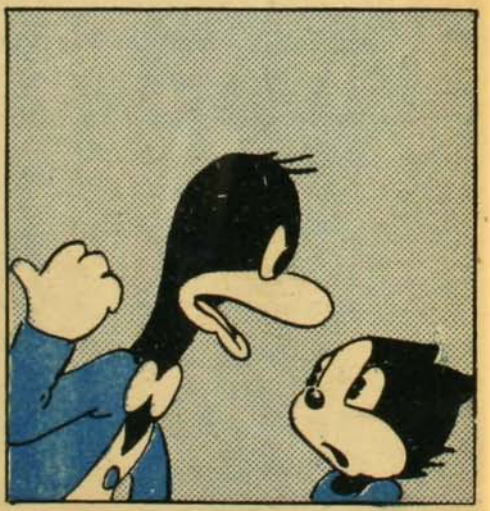
3) Escrutó la vivienda principesca. Eran hermosos el mármol de sus muros, el fanal de plata en el dintel y los adornos de lapislázuli. Mirándola, no se podía pensar en una choza, y, sin embargo, Himbad veía en aquel instante su covacha. "Preguntaré de quién es el palacio", decidió antes de proseguir su camino. Interrogó a uno de los guardianes que se paseaban por el pórtico, y él respondió, alzando sus manos con estupor: "—¿Eres un habitante de Bagdad e ignoras que aquí vive Simbad el Marino, ese famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbra el sol?"

4 y 5) La amargura surgió en el alma de Himbad. Sin poder contenerse, exclamó: "—Sí, he oído hablar de él y de sus inmensas riquezas. Comparo su vida a la mía y me rebelo contra el destino. Mientras Simbad el Marino es feliz, yo sufro cada día mil fatigas y mil males. Los centavos que gano son insuficientes para alimentar a mi familia, que muere de hambre. Simbad no comprendería mis quejas. El no conoce la pobreza ni la desesperación." Minutos después, el capitán de los guardias se acercó a Himbad y le dijo con voz autoritaria: "—Sígueme". Himbad obedeció en silencio, pensando: "Simbad el Marino es prepotente y se codea con los grandes del reino. El Califa es su amigo y si yo le he ofendido, conseguirá que me den cien palos en la planta de los pies". No intentó huir, sin embargo. Estaba muy fatigado y todo le era indiferente. Ni aun ante un verdugo con la cimitarra en alto hubiese retrocedido un paso. Atravesó magníficas salas y por fin se halló en presencia de Simbad el Marino. Era un hombre hermoso, a quien los años no lograban avejentar. Se mantenía joven y en sus pupilas brillaba la luz que ilumina los ojos de los aventureros. Vestía con la riqueza de un rey y estaba sentado sobre un haz de cojines. "—El capitán de mis guardias me dijo que tú renegabas contra tu suerte —dijo con voz vibrante—, y que crees que yo obtuve mis bienes sin trabajos ni penalidades. Quiero demostrarte que estás en un error. Pero antes de narrarte mi vida y mis aventuras, permíteme que te atienda." Y tratándole de hermano, según la costumbre de los árabes, Simbad el Marino sirvió de comer y de beber al mandadero.

(CONTINUARA)

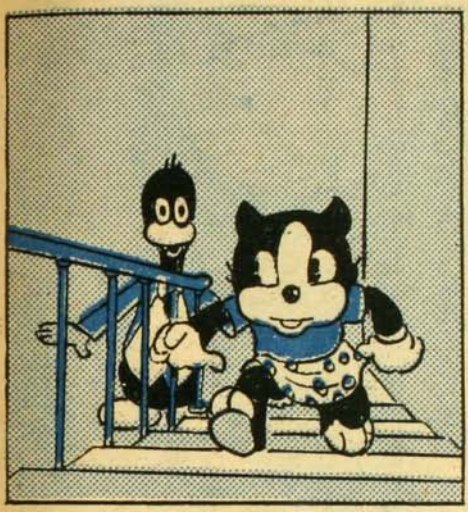
MUCHI

1. Poco, el pato, dijo en su idioma cua-cua: "—¿Por qué está aquí este cojín?" Muchi, la gatita, bajaba por la baranda.



2. Cayó en el cojín que ella misma había colocado en el suelo. "—Basta de juegos, es la hora de bañarse", dijo el pato.

Poco



3. "—No me hable del baño", dijo Muchi, haciéndose la cucha y huyendo escaleras arriba. Poco tuvo una idea.

4. Muchi volvió a resbalar y... cayó al baño que Poco había puesto en vez del cojín. "—Soy un Poco vivo", rió el pato.

ELENA POIRIER

DICK TABÚ

CAPITULO I.—El juramento ante el Gran Espíritu

Después de largos años de vida en el centro del Africa, el colono Hateras, confiando en la lealtad de los nativos, construyó en la yungla su casa sin muros ni empalizadas. Vivía, pues, tranquilo con su mujer y su hijo.

Pero cierta vez, de regreso de una excursión a las tribus vecinas, fué sorprendido con la horrenda noticia de que habían saqueado su vivienda y robado sus cosechas.

Hateras se abrió paso entre la maraña y llegó hasta el sitio donde yacía su joven esposa acribillada de flechas.

—¿Dónde está mi hijo Dick? —preguntó Hateras—. ¿Dónde está el pequeño *buana* (amo)?

—No lo sabemos, gran *buana* —respondió un nativo—. Sospechamos que los negros de cara pintada se lo robaron.

—¿Y se quedan ahí estáticos? —vociferó Hateras—. Búsquenlo... Sigan sus rastros...

—No nos atrevemos, gran patrón —insinuó un indígena—. Son negros de la tribu EMBO y son tabú para nosotros.

—¿Entonces no podremos vengar el mal que nos han hecho?

—No decimos eso, gran *buana* —declaró el jefe de los nativos afectos al colono inglés—. Siempre estarán abiertos nuestros ojos y alertas nuestros oídos. Algún día oiremos, algún día veremos y conoceremos al hombre malvado. Entonces los que te hicieron mal, morirán.

—Yo estoy cierto de que ustedes conocen a esos malditos EMBOS —exclamó Hateras, fuera de sí.

—No los conocemos —sentenció un viejo nativo—, pero si los conociéramos, tampoco te lo diríamos, porque es tabú.

—Rompan el tabú —ordenó Hateras, desesperado.

—Cuando se jura un tabú no puede romperse —dijeron en coro los indígenas.

De pronto un negro señaló a una mujer que avanzaba de rodillas con un niño rubio y de ojos azules en sus brazos.

—¡Papá, papá! —gritó el niño, desde lejos.

Hateras recibió a Dick a tiempo que la heroica nodriza caía exánime sobre el césped.

Tras solícitos cuidados, la mujer agonizante pudo decir:
—Yo quise huir con tu mujer y con tu hijo, gran *buana*, pero los negros de rostros pintados mataron a la amita y a mí me dejaron por muerta con cinco heridas en el cuerpo. Me arrastré con el pequeño *buana* hasta una cueva y allí pronuncié un poderoso juramento: Yo dije al Gran Espíritu: *"Si el pequeño* buana *vive, será tabú"*.
—¿Y qué más? —preguntó Hateras.
—Esto significa que de ahora en adelante nadie podrá tocar al *buana*, y para no romper el tabú debe morir todo aquel que lo toque.
Y al decir esto, la fiel nodriza expiró.
—Ven acá, hijo mío —ordenó Hateras a Dick—. Acérquense también ustedes, mis fieles compañeros, y escuchen lo que voy a decirles.
Después de comunicarles las palabras de la nodriza que acababa de morir, Hateras prosiguió:
—Oíganlo bien. Mi hijo es tabú. Se llamará en adelante DICK TABU. Nadie podrá tocarle si desea vivir. Mi hijo será sagrado para todos. Esparcíos en vuestros *kraals*, tocad vuestros *tam-tams* y pregonad esta noticia por todos los ámbitos de la yungla.
Cuando Hateras quedó solo con su hijo, extendió hacia él su mano en un gesto cariñoso.
—No me toques padre —exclamó Dick, evitando el contacto con su padre—. Yo soy Tabú.
—Tienes razón —murmuró Hateras, con el semblante contraído por dolorosa expresión—. No debo tocarte, ni tú podrás tocarme a mí, ni a ningún ser humano. Ven ahora conmigo al *kraal* de Tomasi. Allí viviremos mientras reconstruyo mi casa. Cuando seas mayor te comunicaré secretos que ahora no comprenderías. Ven...
Y otra vez el colono tendió la mano a Dick, pero éste dió un salto felino y apretó el puño a modo de saludo cariñoso.
Juntos se dirigieron al *kraal* de Tomasi, y aunque no se daban la mano, sólo un centímetro separaba ambos cuerpos.

Transcurrieron rápidamente diez años y aun nadie había roto el tabú del niño blanco. Este era ya un mozo de diecisiete años, aguerrido y fuerte como un joven dios.

ELENA POIRIER

Sin embargo, su fuerza no se basaba en una estatura gigantesca, ni en sus músculos de atleta, sino en una agilidad maravillosa que le permitía escurrirse por la montaña, saltar de árbol en árbol y tener la vista, el oído y el olfato tan aguzados que nadie podía sorprenderle.

El misterioso adolescente estaba, además, convencido de que era un ser sobrenatural y hasta ese momento había evitado que alguien le tocara, a pesar de que sentía un cariño profundo por su padre y añoraba sus caricias.

Los negros del *kraal* de Hateras eran los instructores de Dick Tabú.

Cada día, durante largas horas, se dedicaban a su entrenamiento. Tomasi, el nativo más fiel de la tribu, surgía súbitamente de la selva, y Dick Tabú, sin volver la cabeza, le decía:

—Eres tú, Tomasi... Estás oculto tras el ceibo de la izquierda.

Otro negro de gigantesca estatura, alzaba el mazo fingiendo descargarlo sobre la cabeza del joven, pero él se desviaba un centímetro y riendo decía:

—He adivinado tu presencia, Marka. Arroja el mazo.

Y así, uno en pos de otro, los negros trataban de tocar o de herir al Tabú, pero jamás lo consiguieron.

También sabía evitar este niño prodigio las trampas para cazar leones y tigres y vadear los más caudalosos ríos.

También se preocupaba el colono Hateras en el adiestramiento de su hijo y con este objeto organizaba cacerías que tenían por fin dar caza al semidiós. Pero Dick Tabú se burlaba de todos; desaparecía y aparecía en diversos puntos, hasta que su padre y los nativos se daban por vencidos.

—El Gran Espíritu le protege —decían con respeto los nativos.

Y la fama de Dick Tabú fué cundiendo de *kraal* en *kraal*, de tribu en tribu, hasta que en toda la comarca se le rindieron homenajes casi divinos al hijo del colono Hateras.

—Ahora que estamos ricos —dijo un día Hateras a su hijo—, me gustaría que volviéramos al mundo civilizado. Preciso es que conozcas tu patria.

—La selva es mi patria —replicó Dick Tabú—. ¿Para qué necesito salir de aquí? La selva me da alimento y un lecho donde guarecerme.

—Me preocupa la llegada del mulato Gómez —comentó Hateras—. Ten cuidado con ese mal nacido.
—Yo no le temo.
—Gómez es muy astuto —prosiguió Hateras—. Trae cargamentos de bebidas alcohólicas y así se conquista a los negros. Me detesta porque nunca le permití vender aguardiente en el distrito que yo gobierno. Llego a suponer que fué él quien provocó a los negros EMBOS que saquearon mi casa y asesinaron a tu madre.
—¿Sospechas de que fué Gómez quién mató a mi madre? —preguntó, indignado, Dick Tabú—. Matémoslo y así nunca más hará daño.
—Debemos ser justos —aconsejó Hateras—; por sospechas no se condena a un hombre...
—Cuando yo me enfrento con un reptil venenoso no me detengo a pensar —insinuó el joven—. Lo mato antes que me hiera. Así hemos de tratar al mulato Gómez. Yo opino que debemos suprimir primero a ese hombre y después descubrir su delito.
El colono sonrió ante la lógica primitiva de su hijo.
El ambiente era caluroso y húmedo. Miles de mosquitos revoloteaban en el espacio y molestaban al colono, quien les perseguía con el humo de su pipa. Dick Tabú parecía inmune a la picadura de los insectos.
—¿En qué quedamos, padre, respecto al mulato Gómez? —preguntó, tras breve silencio, el misterioso adolescente—. ¿Lo matamos o dejarás que él te mate a ti?
—En el mundo civilizado hay leyes que son sagrados tabús —expresó Hateras—. Si tú las quebrantas, te ahorcarán.
—Mi instinto me dice que ese mulato constituye un grave peligro para ti —dijo Dick.
—Vamos a casa, hijo mío —insinuó Hateras, mirando hacia su nueva vivienda—. Tus ojos ven más que los míos. ¿Quién se acerca a nuestro *kraal*?
—Un forastero.
—¿Negro o blanco?
—Negro y viene herido o enfermo.
—Apresúrate, hijo mío —ordenó Hateras—; si es un mensajero, prefiero recibirle en mi casa.

(CONTINUARA)

HERNAN CORTES

CAPITULO I.—El país del oro

Aquel día, en el año 1518, una flota del rey de Castilla y Aragón soltó anclas en la rada de Santiago de Cuba. Había navegado al Noroeste del mar antillano y traía fabulosas noticias sobre un país donde moraban indios orgullosos como dioses, revestidos de oro.

El capitán Alvarado y sus hombres eran asediados por los curiosos. Todos querían oirles hablar de aquel país y ver las joyas y los ídolos que provenían de él. En sus corazones se agitaba la codicia. Las almas más nobles o soñadoras sentían nacer el ansia de aventura. Entre éstos últimos se contaba Hernán Cortés.

"Es un imperio por conquistar

—meditó el aventurero—, una tierra cubierta de oro, que dará poder y gloria a quien se posesione de ella."
Los ojos del futuro conquistador de México refulgieron con la llama de la voluntad y sus labios murmuraron:
—Jamás se dirá que Hernán Cortés ha retrocedido ante una proeza, por difícil que parezca.
Minutos después, hablaba con el gobernador de Cuba, Diego Velásquez. Con su tenacidad y su elocuencia, logró convencer a aquel hombre desconfiado.

—Está bien —accedió Velásquez, finalmente—, organizaremos una expedición que irá bajo vuestro mando.
Hernán Cortés repuso:
—Vuestra Excelencia puede confiar en mí. El estandarte de Fernando el Católico se implantará en ese país y todos sus moradores serán súbditos de España.
Por los ojos de Velásquez cruzó un fulgor de despecho. No quería brindar a Cortés la oportunidad de convertirse en un héroe.

(CONTINUARA)

El Gato con Botas

(Cuento de Carlos Perrault)

El pobre molinero había muerto y su rostro presentaba la blancura de toda la harina que pasó por su molino.

Sus tres hijos, Glutino, Moyuelo y Espiga, luego de enterrarle, se repartieron las herencias. El mayor anunció:

—El molino es para mí, el asno para mi segundo hermano y el gato para el menor.

—Con mi burro te ayudaré a llevar la harina al mercado —ofreció Moyuelo—. ¿Pero qué hará Espiga con su estúpido gato? Que se vaya.

Glutino, cuyo rostro tenía la palidez transparente y pegajosa del gluten de las harinas, permaneció indeciso. Moyuelo, blanco amarilloso como la cascarilla del trigo, insistió en su idea. Espiga se mantuvo en silencio. Estaba muy triste por la muerte de su padre y no deseaba discutir.

Glutino decidió por fin:

—Vamos a trabajar, Moyuelo.

Al quedar solo, el joven acarició al gato Micifuz, mientras inmensas lágrimas corrían por sus mejillas. El gato, luego de mirar a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie le espiaba, ronroneó:

—Mi amito, no llores. Consígueme un morral y un par de botas y, mientras piensas en tu buen padre y te resignas, yo labraré tu fortuna.

Espiga, llorando aún, buscó un par de botas, un talego de cuero y un sombrero emplumado, que entregó a su gato. Este se encaminó al bosque y después de llenar el saco de trébol jugosito y tierno, se escondió detrás de unos matorrales. No tardó en aparecer un conejo hambriento que se lanzó a comer trébol. El Gato con Botas tiró de los cordones que cerraban la boca del morral, aprisionando al roedor. En seguida se terció el saco a la espalda y se dirigió al palacio del rey.

—Dile a Su Majestad que un emisario del marqués de Carabás desea verlo —indicó al portero real.

Una vez en presencia del monarca, el Gato con Botas saludó al rey con una amplia sombrerada y anunció, en solemne maullido:

—Mi amo, el marqués de Carabás, os envía de regalo un conejo que ha cazado hoy.

El rey agradeció el obsequio y ordenó que diesen al emisario una tajada de queso italiano. El Gato con Botas saludó de nuevo con gracia cortesana y se retiró muy satisfecho. Al día siguiente llenó el morral de semillas y cazó dos perdices, que también regaló al soberano. Por espacio de dos meses, apareció cada mañana con un presente.

Un día advirtió que dos ayas de la princesa estaban secreteándose. Paró la oreja y percibió estas palabras:

—Sí, la princesa Florina saldrá hoy, por primera vez, en la carroza de Su Majestad. Ha cumplido quince años y el rey quiere que vaya conociendo el reino. Pasarán por las márgenes del río.

"Esta es la mía", se dijo Micifuz, y y corrió hasta el molino con tanta velocidad como si sus botas fueser las de siete leguas.

—¡Mi amo! —gritó a Espiga—, tú eres el marqués de Carabás, no lo olvides, y ahora mismo vas a bañarte al río. Pasará el rey en su carroza y yo... Pero, en fin, no tengo tiempo de explicarte. Ven y déjame hacer lo que me venga en gana. Tú, limítate a callar.

El hijo del molinero le siguió sin chistar. Despojándose de sus humildes ropas, entró al río. Casi en el mismo instante se oyó el "chac-chac" de las ruedas de la carroza real.

"Parece que tiene un eje suelto —pensó el Gato con Botas, que era muy criticón—. Mejor, así puedo saber cuándo estará lo suficientemente cerca para que el rey oiga mis gritos."

Esperó un momento y después maulló desesperadamente:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Salvad al marqués de Carabás que se ahoga!

Al mismo tiempo hacía señales con su pata a Espiga para que se hundiera.

El rey se asomó por la ventana de su calesa.

—¡Qué suerte! Podré demostrar al marqués de Carabás mi complacencia por sus gentiles presentes. ¡Eh, guardias! Sacad del río al señor marqués...

El Gato con Botas murmuró al oído del rey:

—Unos ladrones robaron la ropa de mi amo. Sé que preferirá morir ahogado antes que presentarse sin ninguna gala ante Su Majestad y ante Su Alteza la princesita.

—Se vestirá con uno de mis trajes, que enviaré a buscar —prometió el monarca—. ¡Eh, paje número veinte! Ve a palacio y trae mi mejor atavío. ¿El marqués es joven, Gato con Botas? ¿O viejo y panzón como yo?

—Muy joven, Majestad.

—Entonces, traed uno de mis vestidos de príncipe heredero. ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Ah, yo era esbelto y hermosísimo!

Esbelto y hermosísimo aparecía minutos después el marqués de Carabás, rubio como la espiga cuyo nombre llevaba. La princesa Florina se estremeció de emoción.

Por su parte, el supuesto marqués permanecía extasiado ante ella. El Gato con Botas tironeaba enérgicamente el faldón de la casaca de raso, para que su amo recobrara su perdida expresión de inteligencia.

El rey, encantado ante el marqués, que le recordaba toda la gallardía de su propia juventud, le invitó a subir a la carroza.

El Gato con Botas, adelantándose al carruaje real, entró a unos campos labrantíos donde trabajaban muchos campesinos y les dijo:

—Sé que estáis esclavizados por el ogro Dientón, dueño de estas tierras. Mi amo el marqués de Carabás os librará de él si, cuando pase el rey, le decís que estos campos son de sus dominios.

Instantes más tarde, cuando el rey preguntó a los segadores de quién era aquel campo, ellos respondieron en coro:

—De nuestro querido amo, el marqués de Carabás.

El Gato con Botas seguía camino adelante, prometiendo a los siervos del ogro Dientón un amo bondadoso si declaraban que todas las propiedades del gigante pertenecían al marqués. El monarca supo en esta forma que los más ricos viñedos, bosques, ganados y castillos eran de aquel joven que miraba embobado la belleza de su hija. Concertar la boda de ambos empezó a parecerle al rey una excelente idea.

Mientras tanto el gato había llegado al palacio del ogro. Era éste un gigante espantoso, ante quien Micifuz se dió a temblar fuerte.

—Pa...pasé por aquí, señor Dientón..., y... quise presentaros mis res...pe...petos...

ELENA
POITIER

—Me parece bien —tronó el ogro, pero por la feroz expresión de sus tremendos ojazos, bien pudo haber dicho: "Me parece mal. ¡MUY MAL!"

Procurando ocultar su miedo, el Gato con Botas añadió:

—He oído decir que poseéis dones mágicos, que podéis convertiros en cualquier animal, por grande que sea.

—Por supuesto que puedo. ¡GRR!

Antes que hubiese terminado de hablar, ya estaba el ogro convertido en un león, cuyas uñas se tendieron hacia el gato, con la perversa intención de despanzurrarlo.

—¡Mis botas de siete saltos! —chilló Micifuz, dando un brinco tan fenomenal, que quedó colgado de la viga más alta del palacio. Sólo cuando el león se transformó otra vez en ogro bajó el Gato con Botas.

—¡Qué susto me disteis, señor Dientón! Dicen también que podéis transformaros en un bicho pequeño, en un ratón, por ejemplo. ¡Qué gente tan exagerada! Eso sí que no lo creo.

—Gato de poca fe —reprochó el ogro, y en seguida tomó la apariencia de un ratoncillo, que Micifuz devoró en un santiamén.

En ese momento oyó el "chac-chac" de la carroza imperial y se apresuró a bajar el puente levadizo para que el rey, la princesa y el marqués hallasen el paso libre. El monarca recorrió extasiado el gran palacio. Más tarde saboreó un rico banquete, en el cual bebió y comió como diez reyes juntos, olvidándose que le afligía el ser panzón.

—Verdaderamente, marqués de Carabás, me parece que os conviene cambiar vuestro título por el de príncipe. Casaos con mi hija.

Esta propuesta enmudeció a Espiga. El Gato con Botas exclamó:

—Mi amo, el marqués de Carabás, acepta el alto honor que Su Majestad quiere concederle.

Así fué cómo Espiga, el marqués de Carabás, se casó con Florina, la hija del rey.

El Gato con Botas vivió siempre en palacio, y, aunque en los sótanos de éste hubo a veces hasta media docena de ratones, jamás probó uno, pues el ratón-ogro que se había tragado una vez lo dejó ahito por el resto de su vida.

Fin

Manilo

Por LORENZO VILLALON C.

Centelleante

CAPITULO I.—Un hogar en la miseria

La miseria llegaba al colmo en el hogar de Fernando Vilches, buen labriego que cultivaba una media cuadra de tierra en el departamento de Cachapoal.

Una atmósfera de honda preocupación desolaba al jefe de familia. Adela, su mujer, sufría un ataque de parálisis; él mismo se veía aquejado de reumatismo y aunque sus vecinos le ayudaban generosamente, resultaba casi imposible mantener a su numerosa prole.

Todo subía de precio y los remedios eran cada vez más caros.

Fernando Vilches tenía seis hijos: Lidia, la mayor, encantadora niña de diez años; venían en seguida Berta, Carlos, Luisa, Beltrán y Fernandito, que apenas contaba dos años.

Su esposa perdió las fuerzas de tanto trabajar en el campo y en

la casa. Para colmo de desgracias, una epidemia había terminado con el gallinero, y las deudas se acumulaban sin esperanza de poder cancelarlas.

Era frío el invierno, y la leña, un objeto de lujo.

—Si supieran los ricos cuán dolorosa es la vida del pobre —suspiraba Fernando arrastrando sus pies enfermos para guiar el arado.

Mientras tanto Lidia se había transformado en dueña de casa y en enfermera de su doliente madre. La gentil criatura jamás se quejaba y siempre se la veía sonriente. Sólo cuando tenía que preparar la comida, la parca comida que nunca saciaba el hambre de sus hermanitos, se dibujaba en sus labios un gesto de amargura. Al distribuir la sopa se privaba de ella para que los chicos tuvieran mejor parte.

Nuestra heroína era el consuelo de todos.

—Creo que tendrás que desprenderte de Didí —díjole un día Fernando Vilches—. El perro es una boca más...

—Por favor, papacito —suplicó Lidia—, no me separes de Didí.

El motudo y blanco Didí alzó la cabeza como si comprendiera que discutían su suerte y saltó a las rodillas de la niña que le había salvado la vida.

Cierta tarde del otoño anterior, en circunstancias que aun no azotaba la miseria la casa del campesino, Lidia regresaba de la escuela, cuando vió que el camión de la perrera se detenía para coger a un animalito que se escabullía por entre los árboles de la plaza.

Lidia dejó el tarro con leche que llevaba en sus manos y corrió tras el encargado de recoger a los perros vagos, suplicándole que le diera el motudo perrito.

—No es posible —declaró el hombre—, porque hay orden de la municipalidad de recoger a todos los perros que andan sueltos en la calle. Hay casos de perros rabiosos...

—¡No puede ser rabioso este pobre angelito que se cobija en mis brazos! —exclamó Lidia, acariciando el animal.

—Yo tengo que cumplir con mi deber.

—Pero usted no es un mal hombre —insistió Lidia—. Suponga que yo soy la dueña de este perro...

—Eso ya es otra cosa —sonrió el chófer de la perrera—, pero si ese quiltro muerde a alguien, usted responderá.

Cuando Lidia entró a su casa, el pequeño Fernandito comenzó a balbucir:

—Di..., di. ¿Qué es eso?

—Es Didí —respondió Lidia—. Tú le has dado nombre, Nanito.

Didí fué una fuente de alegría en aquel triste hogar. Un vecino obsequió a Lidia un collar para su regalón, y otro el bozal obligatorio, para salir a la calle, pues la epidemia de hidrofobia tenía atemorizados a todos los habitantes del villorrio.

Esto aconteció el año precedente, cuando Fernando Vilches podía creer aún en la clemencia del destino, pero la suerte continuaba persiguiéndole cruelmente. Con la venta del último ternero que poseía, Fernando Vilches envió a Lidia a la farmacia del pueblo en busca de medicinas para su esposa paralítica.

Volvía Lidia cargada de paquetes cuando su vista se detuvo en la carpa de un circo.

"*Se necesitan bailarinas ecuestres*" —decía un cartel.

"Tal vez podría ofrecerme yo —pensó Lidia—. He sido siempre buena para montar a caballo. Con lo que ganara en el circo podrían alimentarse mis hermanitos."

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS

1. Estrellito y Celestín, los mellizos angelicales, se pasan la vida haciendo diabluras. Un día, para variar, decidieron ser amables con el primero que atravesara la plaza. Vieron venir a don Froilán, y le ofrecieron un puro, de puro gentiles.

2. "Yo creí que estos niñitos eran malos —pensó don Froilán—. Y ahora veo que he sido injusto." Con gran alegría encendió un fósforo. El cigarro empezó a quemarse y, de pronto, ¡cataplúm!, se oyó una explosión terrible. El puro contenía pólvora.

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. Media hora después reapareció don Froilán todo terremoteado. "—¿Le damos otro cigarro?", propuso Estrellito a su hermano. Pero el buen señor no quería fumar más ni salir elevado con otra explosión. Sólo deseaba regalarles una manzana.

4. "—Don Froilán es tonto —dijo Estrellito—. No comprendió que le hicimos una broma. En vez de darnos una paliza, nos da una manzana." Celestín mordió la fruta, que estalló, porque era una bomba disfrazada.

CONCURSO

COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el elefante? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "Simbad", Casilla 84-D., Santiago, añadiendo su nombre y dirección.
Entre los lectores que envíen soluciones exactas, se sortearán semanalmente los siguientes premios:

25 paquetes de "Vitalmín Vitaminado", el mejor alimento para niños.
5 bolsones colegial.
10 cajas de lápices de colores.
6 pares de soquetes.
5 premios de $ 10.—.
10 libros de cuentos infantiles.

"Vitalmín Vitaminado", el alimento ideal para chicos y grandes, y "Simbad", el amigo del peneca, les brindarán semana a semana la oportunidad de ganar magníficos regalos.
¡Sea usted uno de los primeros en enviar su solución!

IVES EL INDOMABLE

CAPITULO I

El rey Arturo celebraba una gran fiesta en su castillo de Tintagel. Ricos y pobres podían acudir a ella. Las puertas de la fortaleza estaban abiertas de par en par. Los aldeanos, los peregrinos, la soldadesca y los mendigos ocupaban las mesas, departiendo alegremente. Había un grupo de jóvenes leñadores, capitaneados por un doncel de ruda belleza. El centelleo de sus ojos delataba una voluntad poderosa. Reía con sus compañeros. De pronto su alegría se apagó, como una llama danzante sobre la cual pasa una ráfaga de cólera. Uno de los guardianes maltrataba a una vieja pordiosera, vociferando: "—¡Ya hay bastantes zarrapastrosos aquí! Vete, bruja." Con su lanza golpeaba la agobiada espalda de la pobre anciana. Sin vacilar, el mancebo se apartó de los leñadores y, saltando sobre los bancos, se abalanzó contra el cobarde. Este ni siquiera pudo ver el rostro de su agresor. Una mano de hierro le separó de la mendiga.

Y después, con fuerza fulmínea, le abatió. Aquellos movimientos fueron tan vertiginosos, que el soldado pensó vagamente que había caído en la zarpa de un gigante o de otro monstruo creado por la magia negra para zarandearle.
Cuando la guardia se precipitó contra el osado, a fin de castigarle, el rey Arturo intervino:

—¡Alto! Nadie hiera a ese joven. Ha combatido bien y yo admiro a los valientes. Atad sus manos. Me parece un poco salvaje. ¿Cuál es tu nombre, vasallo?

—Ives me llamo y no he decidido aún si soy vuestro vasallo.

Ante la altanera contestación, un murmullo de asombro surgió entre los cortesanos. El rey, con el semblante demudado por la ira, pronunció:

—Despedid a la multitud. Idos todos. Quiero hablar a solas con este truhán.

Los jóvenes leñadores protestaron y quisieron luchar contra la guardia, pero Ives ordenó:

—Retiraos. Me reuniré con vosotros en el bosque.

Al quedar solos, el rey dijo:

—No ha sido tu insolencia, sino tu nombre el que despertó mi furor. Al observarte, veo en ti los rasgos de alguien a quien odio. ¿Quién es tu padre?

Ives contestó:

—Se llama Ives, como yo.

—¿Y tu madre?

—Ghislene.

—¡Mi hermana, la princesa Ghislene! ¡Ah!

Su exclamación parecía un rugido. Ives le miraba con fijeza.

Hasta ese momento su actitud era de tranquilo desafío. Después, variadas emociones pasaron por sus ojos, como sombras fugaces. Recordaba su niñez. La bella y dulce Ghislene, su madre, se veía obligada a vivir oculta en los bosques. A veces, alguna señal de peligro que el niño no veía, pero que sus padres interpretaban, les obligaba a huir a otra comarca. Ahora comprendía Ives que aquella amenaza constante, aquel enemigo implacable, era el rey Arturo, que jamás perdonó a su hermana el haberse desposado con un humilde leñador.

El rey, desenvainando su enjoyado puñal, murmuró:

—Castigaré a la princesa por haber renegado de su casta real.

—¡Y yo la defenderé! —gritó Ives, y sus dientes se clavaron en el puño del rey, obligándole a soltar el arma.

(CONTINUARA)

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949

Simbad

N.º 2

$ 2.-

MANUEL RODRIGUEZ

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 2
Precio: $ 2.—
15-IX-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO II

Himbad, un pobre mandadero, se lamentaba de su miseria ante el palacio de Simbad el Marino. Conducido a presencia de éste por el capitán de los guardias, el quejumbroso temió ser llevado ante el Califa para que él le sentenciara a recibir cien palos en la planta de los pies. Simbad el Marino, sin embargo, no estaba airado y dijo al mandadero.

—Piensas que las riquezas llovieron sobre mí sin que yo tuviese que mover un solo dedo para obtenerlas. Tal idea te subleva. Pero comprenderás tu error cuando te refiera mis aventuras.

Himbad, confuso, inclinó la frente. Los demás invitados se acercaron a Simbad el Marino, a fin de no perder palabra de su relato.

—En mi juventud heredé una brillante fortuna que gasté a manos llenas. Con el último maravedí, desaparecieron mis amigos. Reuní algún dinero que se salvó del derroche y salí de Basora con varios mercaderes, en un buque fletado a nuestras expensas. "Mercábamos en los puertos y empezábamos a acumular buenas ganancias. Cierta mañana divisamos una pequeña isla, casi a flor de agua. Seis pasajeros desembarcamos para merendar en tierra firme, libres del balanceo del barco. La isla tembló de repente con espantosa violencia. Nos gritaron de a bordo que estábamos sobre el dorso de una ballena. Cada cual se salvó como pudo; unos a nado y otros en la chalupa, dejándome a mí sobre el monstruo, que se hundió en el abismo de los mares. Alcancé a sostenerme de un madero que habíamos llevado para hacer fuego y esperé. El vórtice de las aguas me devolvería a flote. Cuando salí a la superficie, ya el barco se alejaba a toda vela. Mis compañeros pensaron tal vez que yo había muerto. Dos días estuve a merced de las olas, en la situación más angustiosa del mundo. La marea me lanzó finalmente contra una isla. Medio muerto de fatiga, luché por subir el acantilado, aferrándome a las rocas cubiertas de algas y a las raíces de algunos árboles que allí crecían.

"Jadeante, con la vista nublada, sintiendo en mi cuerpo mil lan-

zazos de dolor y fatiga, llegué hasta un manantial. De súbito, un hombrecillo apareció ante mí.

"No pude pronunciar palabra. El enano me dió de beber, y, cuando logré incorporarme, él me guió hasta una gruta, donde vi a muchos hombrecillos reunidos.

"Me sirvieron alimentos para que me recuperara por completo.

"—¿Quiénes sois? —pregunté, observando con sorpresa a aquellos seres de barbas algodonosas y cuerpecillos rechonchos. También ellos me examinaban. Les parecía raro tal vez conocer a un hombre que era tres o cuatro veces más alto que ellos.

"—Somos palafreneros del rey Mirag, el soberano de esta isla —me explicó el enano que parecía ser capitán del grupo—. Todos los años venimos en esta época, a fin de lacear a los caballos que vienen del mar.

"—¿Del mar? —exclamé, atónito.

"—Sí, extranjero, son corceles mágicos y el rey quiere que los capturemos. Has tenido suerte en arribar hoy a la isla. Esta región permanece desierta durante el resto del año. Nunca habrías hallado el camino hacia la ciudad, que está muy lejos.

"—¿Cuándo surgirán los caballos del mar? —pregunté.

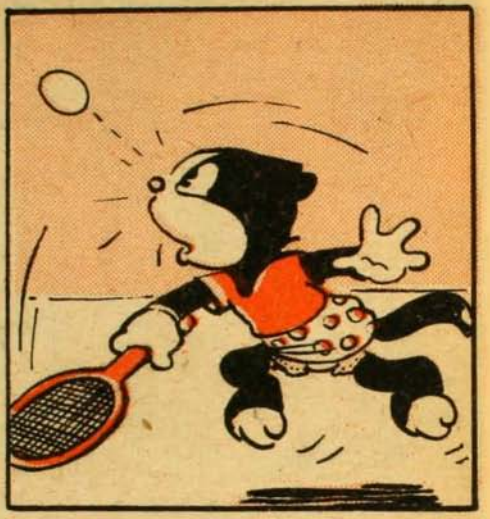
"—Los esperamos de un instante a otro. No trates de ayudarnos porque son muy peligrosos.

"—¿Qué puedo temer de ellos? —protesté.

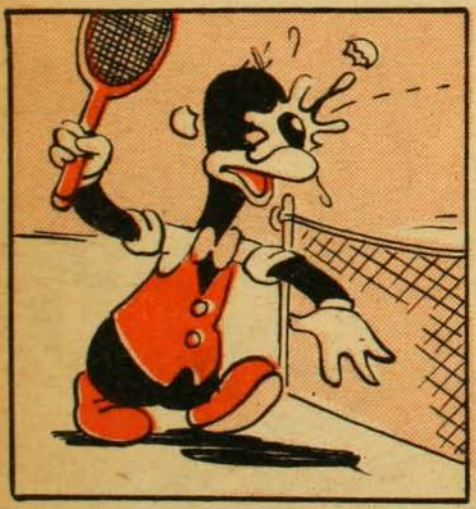
"—Ya te he dicho que son caballos embrujados. Pueden destrozarte con sus cascos si no eres bastante ágil para esquivarlos, o, peor aún, llevarte en su lomo a un lugar donde reinan demonios marinos."

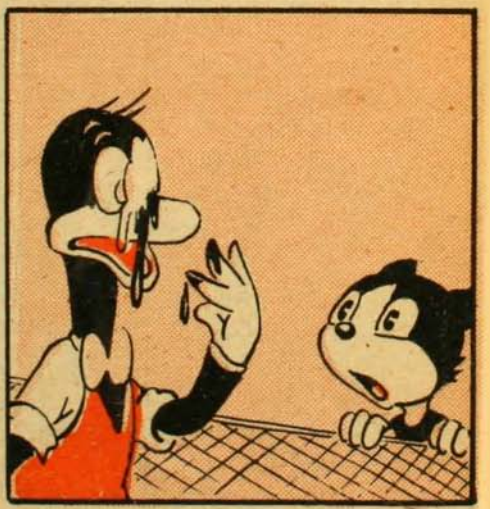
(CONTINUARA)

MUCHI



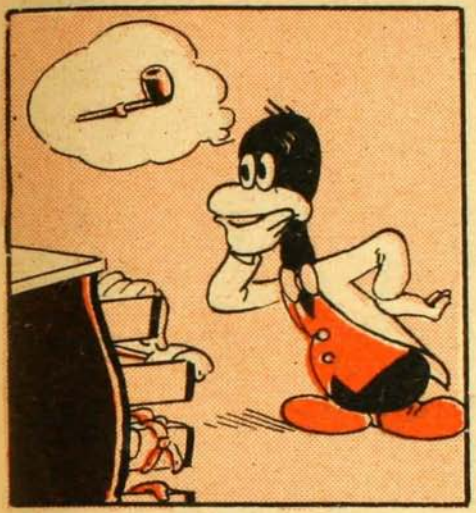
1. La señora pata volaba, cuando de pronto se le cayó uno de los huevos que llevaba para su paseo campestre. Muchi jugaba al tenis y dió impulso al huevo, creyendo que era la pelota.

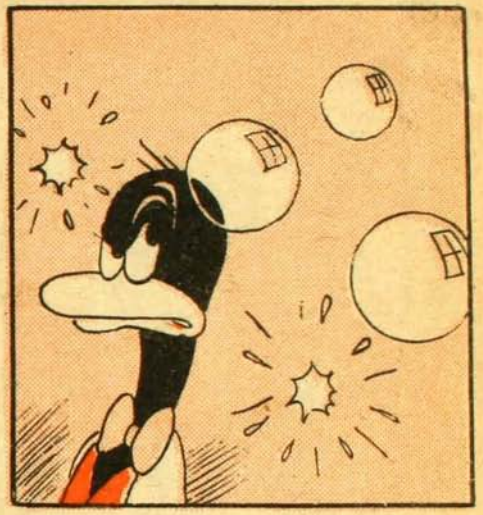




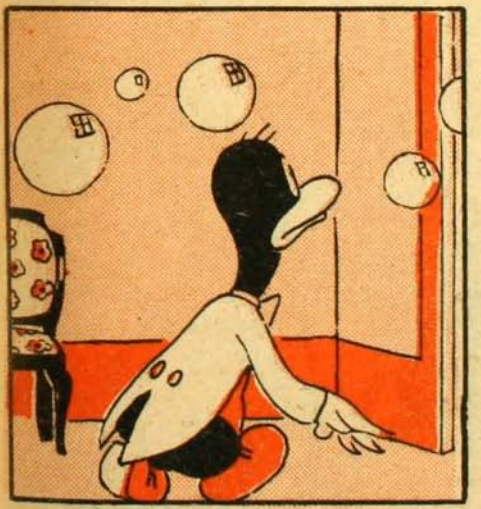
2. El huevo se rompió contra el ojo de Poco. "—¿Qué significa esto? —chilló el pobre—. ¿Estamos jugando al tenis o al pato con mayonesa?" Muchi le miraba con gran asombro.

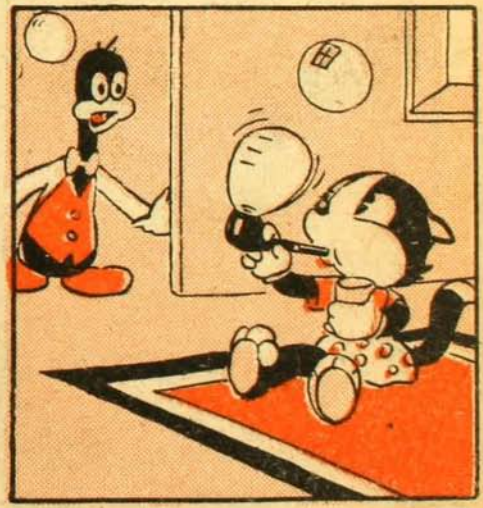
Poco





3. Para olvidarse de aquel merengue crudo que no le había gustado, Poco buscó su pipa. Registró todos los rincones, pero no pudo encontrarla. De pronto vió burbujas.





4. Siguió aquel rastro, que lo guió hasta donde estaba Muchi. La pícara gatita estaba haciendo globos de jabón en la pipa. "—Ahora no podré encenderla ni a tirones", gimió Poco.

DICK TABÚ

CAPITULO II.—Dick lucha con el gigante Marka

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo lo declara Tabú. Durante diez años su padre y los negros del kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós.

Apresurando el paso, el colono Hateras y su hijo Dick entraron a su nueva vivienda.

Poco a poco se fué materializando el sonido de los pasos que el adolescente había escuchado desde la lejanía. Pronto apareció un individuo negro que fué a caer a los pies de Dick Tabú.

El colono Hateras llamó a sus hombres, quienes acudieron con antorchas encendidas. Al examinar al forastero, se advirtió que tenía la espalda cubierta de llagas y el costado abierto por un puñal.

—Fué Gómez —balbuceó el herido—. Se encuentra en el *kraal* de Tuso. Bebió en demasía y se enfureció. Está complotando contra usted, *buana*, y porque yo protesté me azotó y clavó el puñal en mi hígado. Gómez cree que me mató... Sí, sí..., me mató.

Al terminar las frase el negro cayó exánime.

—¿Has oído, Dick? —interrogó Hateras—. Gómez no pierde su tiempo; pero yo iré a sorprenderle esta misma noche.

—Buena idea, padre —expresó el Intocable—. ¿Cuántos hombres llevaremos?

—Tú no irás —ordenó Hateras—. Quiero ajustar solo mis cuentas con el mulato Gómez.

Dick sabía que era inútil argumentar con su padre cuando éste ordenaba algo.

—No te aflijas, niño —prosiguió Hateras con suavidad—. Por el momento me limitaré a ejercer mi autoridad sobre el *kraal* de Tuso y de paso le daré una azotaína a Gómez. Para no alarmar a los nativos iré escoltado nada más que con un guía. Hasta pronto, hijo mío.

—Adiós, padre —respondió el Intocable.

Aquella noche Dick no pudo dormir y al amanecer se levantó inquieto y caviloso.

Los nativos observaban con sorpresa al joven, que siempre se mostraba tan alegre y comunicativo.

—¿Habrán roto el tabú de nuestro Intocable? —se preguntaban ansiosos los labradores—. ¿Por qué se agita como en trance doloroso?

En la tarde el adolescente no soportó más su angustia y convocó a diez de sus cazadores, ordenándoles que aprontaran armas y víveres para una excursión.

Cuando estuvieron reunidos los diez cazadores, Dick les dijo:

—Vamos a partir al kraal de Tuso. Temo que al Gran Buana le haya ocurrido algo malo. Síganme.

Dick no llevaba más armas que un largo puñal. Iba corriendo adelante de sus cazadores y buscando sendas como un gato montés. Pronto le perdieron de vista los cazadores, quienes siguieron el camino que conducía al kraal de Tuso.

Entretanto el Intocable, más ágil que un gorila, iba saltando de árbol en árbol, con una rapidez nunca igualada por un ser humano.

Para atravesar torrentes colocaba su planta sobre el dorso de un cocodrilo dormido y continuaba sus saltos y carreras por la copa de palmas o cocoteros.

Nada le importaba la obscuridad a ese muchacho de ojos luminosos como los del tigre; él presentía los peligros, evitaba las trampas cubiertas de hojas secas y esquivaba el cuerpo a las cobras y reptiles venènosos de la yungla.

Dick Tabú llegó a una vasta planicie.

—Elefantes —musitó el Intocable—. Una manada salvaje avanza por las riberas del río.

Momentos después escuchóse el ruido formidable de las patas de centenares de paquidermos. Dick Tabú atravesó entre ellos sin miedo y continuó hacia el caudaloso río.

Para franquearlo necesitaba buscar el vado, pues sus aguas estaban encauzadas por altísimas rocas.

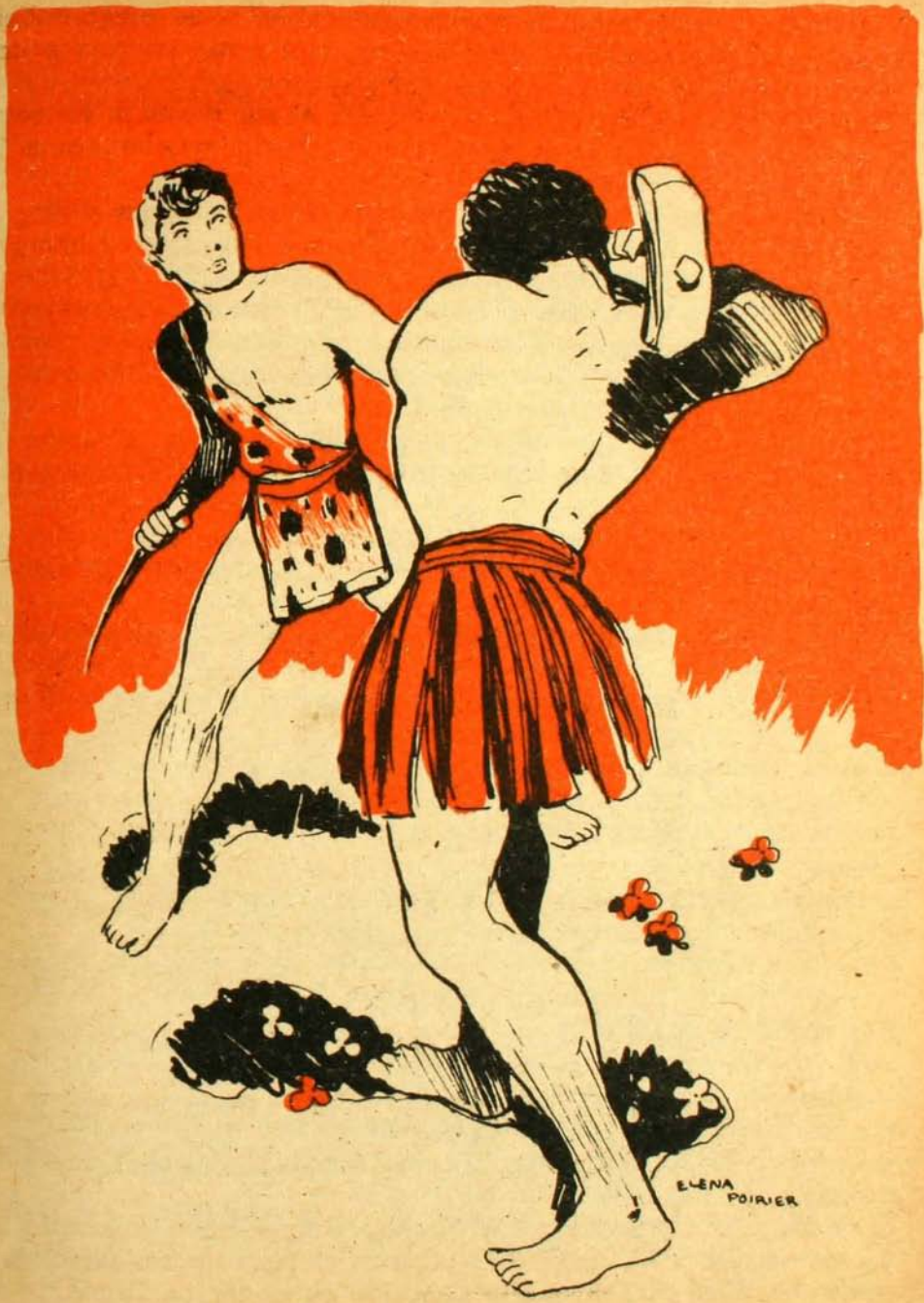
El prodigioso muchacho se detuvo a escuchar los mensajes del aire y de las montañas.

—Forasteros en las vecindades —murmuró poco después—. Están custodiando el vado del río.

En efecto, un grupo de negros cantaba y bebía alcohol alrededor de una gran fogata.

Dick Tabú comprendió que el mulato Gómez había colocado allí a esos negros, a fin de que estorbaran el paso de sus enemigos.

—Eso significa que mi padre ha caído en poder de Gómez —re-


ELENA
POIRIER

flexionó el Intocable—, y acaso en estos momentos le esté torturando.
Tal pensamiento infundió nuevo vigor al muchacho, y con paso firme avanzó hacia el grupo que vigilaba la orilla del río.
—Miren —dijo un negro caníbal—, allí viene un niño blanco. Voy a comérmelo asado al palo.
Diciendo esto el gigantesco negro cogió su hacha de guerra y se acercó a Dick Tabú.
El Intocable no manifestó temor ni sorpresa. Sólo su mano apretó el mango del puñal que colgaba de su cintura.
—Soy Marka —dijo el coloso negro—. Yo devoro a mis enemigos y nadie puede vencerme. ¿Me oyes, niño blanco y temerario?
—Si te oigo y te veo —respondió Dick Tabú—. Mi nombre, ¡oh Marka!, es el INTOCABLE. Yo soy Tabú. Desde el día de mi nacimiento he sido tabú para todos los hombres. Rompe ese tabú y morirás.
El guerrero negro se detuvo indeciso. No temía ni a los leones, ni a los elefantes y panteras: Podía luchar contra diez hombres juntos, pero romper un tabú era algo que no se atrevía a efectuar. Su vida y la de sus compañeros dependían de ritos supersticiosos, y si ese niño blanco era intocable por obra de un tabú...
—No le creas —gritaron algunos guerreros—. ¿Desde cuándo un blanco ha sido tabú? Cómetelo, Marka.
Otros aconsejaban prudencia y aseguraban que ellos habían oído hablar del niño blanco que era un sagrado tabú.
Pero los más abogaban porque el coloso Marka matara y se comiera al muchacho.
Marka balanceó el hacha, la hizo girar en semicírculo en el espacio y pretendió descargarla sobre la cabeza del Intocable.
Nadie vió moverse al hermoso muchacho. Con destreza admirable el Tabú alzó la mano que empuñaba el largo puñal y lo clavó en la garganta de Marka.
—Ya lo ven ustedes —declaró *aquel que nadie podía tocar*—. Marka trató de romper el tabú y ha muerto.
Una lluvia de flechas envenenadas cayó sobre el misterioso niño, quien las evitaba como por arte de magia. Si una sola de esas flechas le hubiera tocado, se habría roto el tabú.
Un miedo supersticioso se apoderó de los guerreros negros, mientras que el Intocable, triunfante y victorioso, se colocaba frente a ellos.

—Sois locos —gritó de súbito uno de los guerreros—, y os dejáis embaucar por un farsante. Nada temáis y cogedlo vivo.
Dick Tabú comprendió que era imposible detenerles y dando un gran salto se perdió en la obscuridad.
¿De qué le habría servido la victoria si no podía cruzar el río?
"Iré en busca de los elefantes —pensó Dick Tabú—. Esos animales me ayudarán a pasar el río."
Silencioso cual un fantasma del bosque, corrió en busca de la manada de elefantes y con la astucia de un avezado cazador fué arriándolo hacia el vado del río.
Los elefantes, dóciles al mandato del Intocable, avanzaron hacia el sitio donde acampaban los negros y los hicieron huir despavoridos.
Libre el paso, Dick atravesó el río, y cuando apuntaba el alba llegó al kraal de Tuso. Era éste un miserable caserío indígena formado por veinte chozas de totora. Llamóle la atención no ver a los negros en las faenas habituales.
—Se han llevado a mi padre —murmuró Dick, desesperado—. El mulato Gómez, advirtiendo que mi padre iba hacia él acompañado solamente con un guía, lo hizo prisionero. Maldito sea... Pero yo me vengaré.
Tal como lo suponía el Intocable, el colono Hateras, al llegar con el guía nativo a conferenciar con Gómez, fué aprisionado a pesar de las protestas del visitante, quien dijo al mulato Gómez:
—He venido sin armas ni guerreros a conferenciar contigo y tú me cautivas. Has de saber que yo soy jefe de distrito y que esta ofensa la pagarás con la vida.
—Nada me importan las leyes de los blancos —gritó el mulato Gómez—. Serás mi prisionero hasta que me reveles el secreto de la mina de oro.
—Eso jamás —gritó el colono Hateras.
—Entonces irás a la caverna del río para ser comido por los cocodrilos.
—¡Tuso, auxíliame! —gritó el colono Hateras.
Pero nadie acudió, porque el colono Gómez había embriagado a todos los negros del kraal con bebidas alcohólicas.
Dick Tabú se introdujo al villorrio de Tuso y advirtió que todos los negros dormían amontonados en sus chozas.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO II.—La gran aventura

Hernán Cortés comunicó a los soldados y aventureros de Santiago de Cuba la hoguera de entusiasmo y audacia que ardía en su propio corazón. Los barcos fletados para la expedición estuvieron dispuestos en breve tiempo. El 18 de noviembre de 1518 levaron las anclas los seis navíos con una tripulación de trescientos hombres que se lanzaban a la conquista de un imperio. Comprendiendo que esta dotación era escasa, Hernán Cortés se detuvo en el puerto de Trinidad y, a son de tambores, pidió más reclutas. El pregonero gritaba:

—¡Enrolaos en la flota del señor don Hernán Cortés! ¡La recompensa es oro y gloria!

Hidalgos de alta cuna y trotamundos poco recomendables se presentaron a sentar plaza. Entre ellos fueron aceptados Irigoyen y Alvarado, leal y recto el uno; feroz y codicioso el otro.
Cortés no hizo distinciones entre ellos. Ambos poseían el brazo duro y resistente para la lucha y el ánimo incontenible del aventurero, para quien no hay barreras. No consideró sus sentimientos personales, sino su calidad de audaces.
Terminados los preparativos, la flota conquistadora emprendió viaje. Contaba ahora con once barcos y quinientos soldados.

En la travesía una furiosa tempestad azotó las carabelas y bergantines. Cuando amainó la tormenta, un gaviero gritó con alegría:
—¡Tierra!
Hernán Cortés palideció ligeramente. Estaba frente a su gran aventura. En ese país habría que luchar contra indios que acechaban al blanco en la espesura de la selva. Habría, tal vez, epidemias que diezmarían el ejército, alimañas venenosas y bestias temibles. Pero la cohorte española desafiaría todos los riesgos y aquella tierra cubierta de oro sería de los conquistadores y de su rey.

(CONTINUARA)

El soldadito de Plomo

CUENTO DE ANDERSEN

Los veinticinco soldados de plomo eran hermanos porque habían nacido de la misma cuchara de estaño. Las primeras palabras que oyeron en este mundo fueron:

—¡Ay, qué bonitos soldados de plomo!

El niño que recibió de regalo aquel escuadrón los formó sobre la mesa. El último soldado era tan gallardo como los demás, pero tenía una sola pierna, porque el estaño no alcanzó para fundir la otra.

En la mesa había varios juguetes. El más lindo era un palacio de cartón, y en él suspiraba una princesa, también de cartón, con un vestido de muselina, un manto de color rosa y una corona de lentejuelas.

El soldadito cojo pensó:

"¡Qué hermosa es! Quisiera casarme con ella, pero está demasiado alta para que yo pueda alcanzarla. Habita en un palacio y yo vivo en una caja de madera con mis hermanos. Es una vivienda tan estrecha que nos pinchamos unos a otros con las bayonetas. No es un lugar para que duerma una princesa."

Aunque no se casara con ella, podía adorarla y la miraba sin cansarse, con sus grandes ojos de soldado alerta.

Una noche se olvidaron de guardarlo en la caja y entonces contempló por más tiempo a la princesa. Al sonar las doce de la noche, los juguetes se pusieron a jugar solos. El polichinela daba saltos locos, el trompo giraba, zumbando de alegría; los veinticuatro soldados encerrados trataban de salir, pero no pudieron levantar la tapa. Unicamente el soldadito y la princesa permanecieron inmóviles, mirándose.

Un duende rojo, que tenía un resorte en vez de piernas y que vivía dentro de una caja de sorpresas, saltó de pronto:

—¡No mires a la princesa! —chilló furioso.

El soldadito no respondió.

—¿Me desafías? Ya verás. Yo tengo un poder oculto.

El valiente militar no se dignó mirar a su enemigo. El duende no tenia dientes para rechinar de rabia, pero, en cambio, hizo rechinar el re-

sorte. Ni aun entonces nuestro héroe de plomo volvió la cabeza. ¿Qué le importaban las amenazas de un gnomo cuando ante él sonreía la princesita de cartón? ¡Qué bella se veía a la luz de la luna, con su corona fulgurante! El duende rechinó de nuevo, furioso, y se hundió en su caja para rumiar una venganza terrible.

Al día siguiente la criada, mientras limpiaba la habitación, dejó al soldado en el borde de la ventana. De pronto sopló una ráfaga de viento (creo que fué el duende rojo el autor de aquella fechoría) y nuestro soldadito cayó al vacío. Su cabeza, morrión y bayoneta desaparecieron en la tierra. Sólo sobresalía, muy orgullosa y derecha, su única pierna.

La criada y el niño bajaron inmediatamente a buscarlo, pero no lo encontraron.

Más tarde, unos muchachos que pasaban lo vieron.

—Lo pondremos de capitán en nuestro barco —dijo uno de los pilluelos, y colocó al soldado en un barco de papel que navegó por el arroyo y desapareció de pronto por un canal. Reinaba allí la obscuridad y el soldado pensaba:

"El duende me echó un maleficio."

De repente una gran rata que vivía entre las piedras del desagüe ordenó:

—Enséñame tu pasaporte.

Y la rata aduanera miraba con furia aquel bote que tenía trazas de ser contrabandista. Los bigotes del roedor estaban erizados de cólera.

Nuestro héroe no se dignó responder. Su dignidad militar no le permitía mezclarse con animalejos.

La barquilla logró huir a favor de la corriente, pero de pronto empezó a llenarse de agua. El soldado pensó poner un reclamo a los astilleros que tan mal habían construído aquel barco. De pronto, el militarcito cayó al fondo del canal. Cuando iba a sepultarse en el cieno y desaparecer para siempre, sintió que un pez lo devoraba de un solo bocado.

Aquel pez mordió un anzuelo y fué llevado a la feria. Allí lo compró la cocinera de la casa donde aún vivían los veinticuatro hermanos de nuestro héroe.

En la mesa, vió con emoción a la princesa de sus sueños, cuyas mejillas de cartón se tornaron más rojas, pues también ella estaba emocionada.

Uno de los niños sintió de pronto un impulso malvado. (El duende rojo le sugirió esa idea.) Cogió al soldado y lo lanzó a la chimenea, diciendo:

—A ver si se libra del fuego, como se salvó del agua.

Nadie alcanzó a rescatarle. El soldado sintió que empezaba a fundirse, pero no soltó el fusil. Se abrió la puerta de repente y un ventarrón se llevó a la princesa que, atravesando el aire como una golondrina, cayó en la chimenea, junto a su querido soldado de plomo, y se inflamó.

El militarcito se derritió con lentitud, y, al siguiente día, cuando la criada removió la ceniza, encontró los restos del estaño que habían tomado la forma de un corazón. De la linda princesa sólo halló la coronita de lentejuelas.

TOMITO

¿NO TIENES HAMBRE, NO?
¡GLUB TLAB PUAF PAPA!
QUE QUIERE DECIR: "CLARO QUE TENGO HAMBRE! ¡LO QUE PASA ES QUE NO ME GUSTA LA SOPA!"
MORIS

Centelleante

CAPITULO II.—Los saltimbanquis

RESUMEN: Fernando Vilches, su esposa paralítica y sus seis hijos están sumidos en la más negra miseria. Lidia, la hija mayor, de diez años, efectúa todos los menesteres de la casa y desea entrar a un circo.

Julio Salvador, empresario del circo ambulante, se había fijado en la hermosa niña que leía ávidamente el cartel donde solicitaban bailarinas ecuestres.

—¿Te gustaría actuar en mi compañía, pequeñuela? —preguntó Julio Salvador a Lidia Vilches.

La niña, toda confundida, no acertó a responder y siguió su camino, como si fuera huyendo de un peligro.

—Bautista —preguntó Julio Salvador a un campesino—, ¿quién es esa chica tan linda?

—Es hija de un labrador cargado de hijos y que está casi en la miseria.

—Yo podría aliviarles —insinuó Julio Salvador—, si ese individuo quisiera escucharme.

—¿De qué manera?

—La chica ésa es encantadora; sus gestos. graciosísimos. Con un lindo traje y las lecciones de mi mujer...

—¿En qué piensa, amigo Julio? —interrogó el campesino Bautista.

—Nada preciso por el momento —indicó Salvador—. Necesito hablar primero con la Conchita. Me infunde compasión esa niñita tan pálida... Acaso no se alimenta... Pobre gente, pobre gente...

El hipócrita español fingía compasión, pero en sus pupilas había crueldad y codicia.

—¿Qué se habrá imaginado ese godo? —murmuró el campesino

Bautista, alejándose—; la hija de mi compadre Fernando no es una saltimbanqui.

Si hubiera penetrado al carromato y escuchado la conversación de Julio Salvador con su mujer, se habría cerciorado de las intenciones de aquel individuo.

Conchita era una antigua bailarina, que en su juventud debió ser hermosa. Al presente semejaba una gitana de tez curtida por el sol; su silueta obesa le daba un aspecto envejecido. Esta circunstancia lastimaba su vanidad y la inducía a odiar a las personas jóvenes y bonitas. Sus ojos bordeados de grandes ojeras tenían una expresión malvada y dura.

—¿Por qué has tardado tanto, Julio? —preguntó la mujer.

—Tengo un buen negocio en perspectiva —respondió el saltimbanqui—. Ahora que ha fallecido Griselda, nuestra bailarina ecuestre, el espectáculo circense desmejora mucho. Espero tener una reemplazante que no nos costará mucho dinero, pero...

—¿Pero qué? —indagó la mujer, con gesto adusto.

—No te enojes, Conchita —suplicó Julio Salvador—. Si tenemos la suerte de contratar a una chica que he visto hoy, espero que no la tratarás como a la pobre Griselda.

—Para adiestrar a una artista es preciso ser dura y exigente —expresó Conchita.

—Pero no es necesario pegarle por un sí o un no.

—Era tan porfiada —insinuó la mujer.

—Griselda no tenía padre ni madre —prosiguió Julio Salvador—, y nadie podía reclamar, mientras que la chica que tengo en perspectiva no es huérfana. Necesitamos una bailarina joven además de los dos luchadores y del payaso, que es notable, pero necesitamos dar nuevos atractivos al espectáculo.

—Di de una vez que yo tengo cien años —rugió la mujer, profundamente herida.

Julio Salvador no insistió más, y al día siguiente llegó a casa de Fernando Vilches con un gran cesto que depositó sobre la mesa ante la mirada ávida de los seis hijos de Vilches.

—Un instante —dijo Salvador a los chicos—. Señorita Lidia, traigo para usted un lindo vestido de seda y zapatos de terciopelo. Me gustaría que pasara al cuarto de su madre y se lo probara. Ahora cómanselo, niñitos.

Fernando Vilches miraba la escena con la sorpresa que es de suponer.

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS

1. Estrellito y Celestín, los mellizos angelicales, miraban al huaso que perseguía a una vaquilla por la media luna. "—El tonto grandote asustando a la hija menor de la señora vaca —dijeron—. Vamos a buscarle un toro de este porte para que aprenda."

2. "—En el cámpiro hay toros —dedujo Estrellito—. Si el toro es naturista, seguirá a esta zanahoria." Ató una zanahoria a un palo y atrajo a un animal que pastaba por ahí cerca. "—Ven, torito, al rodeo del Dieciocho. Un huaso quiere jugar contigo."

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. "—Llame a su mamita para que lo defienda —gritaron los mellizos al huaso—. ¡Allá va, allá va! Ahora no puede seguir rodeando, sino rodando por el suelo. Baile cueca con el toro." Pero al cuadrúpedo no le gustó aquella pareja y rompió la quincha.

4. Estrellito y Celestín huyeron pativolando porque aquel toro mala gente los perseguía. Los chicos tuvieron que subirse a un árbol y por supuesto que allí no se sentían muy enfiestados, ni el toro los dejó bajar para que celebraran el Dieciocho.

Ives el indomable

RESUMEN: En la corte del rey Arturo, Ives castiga a un soldado que maltrata a una anciana mendiga. El rey impide que el mancebo sea acribillado por las lanzas y le interroga. Al saber su nombre, palidece de furia porque descubre que él es hijo de su hermana la princesa Ghislene. Ella, por haberse casado con un leñador, se vió obligada a huir del palacio real. Arturo jura matar a la princesa. Extrae su puñal, pero Ives, que está maniatado, le muerde la mano.

CAPITULO II.—Los piratas vikings

El rey Arturo, con el rostro contraído de cólera, permaneció inmóvil mirando el enjoyado puñal que yacía en el piso. Después alzó sus ojos. Destellaba en ellos la ira, pero también la admiración.

—Tienes el espíritu indomable que debe animar a los Caballeros de la Mesa Redonda —pronunció lentamente—. Ives, no perseguiré a tu madre si te quedas en mi corte. Aquí te adiestrarás para ganar las espuelas de oro de la caballería andante.

—Puedo defender a mi madre de tu injusto rencor y puedo también aprender solo el manejo de las armas. Tú protección no la necesito.

—Está bien, Ives. Vete, pero pronto. Nunca supe contener mi furor y el esfuerzo que estoy haciendo ahora, es demasiado grande.

El joven se marchó y desde ese día se adiestró en el bosque.
Dirigido por su padre, Ives adquirió gran habilidad en el manejo de las armas y aprendió la consigna del caballero: proteger al débil y castigar a los felones.
Un día el castillo de Tintagel se conmovió con una noticia terrible: los vikings, los despiadados corsarios escandinavos, habían desembarcado en la costa e iniciaban su ruta de saqueo y matanza. El rey convocó a sus consejeros: Lanzarote, Bedi-

vere, Modredo y Gauvain. La situación era desesperada. La flota real había sido aventada por el empuje de los piratas nórdicos.
—¿Qué espada nos defenderá? —preguntó el rey—. Estamos lejos de Camelot, la cuna de la caballería.
—¡Yo tengo un ejército y puedo rechazar a los invasores! —gritó una voz vibrante, que repercutió en el patio de piedra, levantando ecos de triunfo, allí donde minutos antes sólo se oía el entrechocar de armas que se preparaban desconcertadamente y el murmullo medroso de los que no confiaban en la victoria.
—Rey Arturo —prosiguió Ives—. Los hombres del bosque forman mi hueste. Hablé con mi madre, la princesa Ghislene, y ella me convenció de que era mi deber ofrecerte mi espada. Esperamos tu licencia para cabalgar hacia la costa.
El soberano contestó:
—Detente sólo el tiempo necesario para que la mano de tu rey

te arme caballero y en seguida parte con tu mesnada y con mi pequeño grupo de sires, cuyas espadas son invencibles.

Era preciso actuar con rapidez. La ola de invasores amenazaba las villas cercanas al castillo. Los vikings, raza de corsarios, que llevaban a todas las costas la bandera del terror, venían comandados por el audaz Ragnar, un gigante rubio, cuya espada jamás se envainó sin estar teñida con la sangre del adversario. Los navíos, con sus mascarones enormes que representaban serpientes y monstruos de mar, fondeaban en cada ensenada para recibir el botín. Los incendios enrojecían el cielo. Desaparecían entre las llamas las casas y los sembradíos. La desolación y la ruina indicaban el paso de los vikings. Parecía imposible que alguien pudiese detenerlos. Ives el Indomable intentaría la proeza y sus hombres, hábiles para tirar el puñal y enarbolar el garrote, le secundarían.

Llevando como un escudo invisible la bendición de la princesa Ghislene, Ives marchó con su ejército. El combate sería épico y perduraría en la historia, a través de cantos de trovadores y de leyendas heroicas.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el asno? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago.
Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes "Vitalmín Vitaminado", 1 pelota de futbol, 3 camisas polo, 1 juego ping-pong, 2 pares zapatillas sport y 6 toallas.
Además de los premios ya anunciados, **LA CASA GARCIA**, de Alameda Bernardo O'Higgins esq. Av. España, dará un premio semanal.
¡Apresúrese a enviar su solución y gánese uno de los magníficos regalos que obsequia "Simbad"!
Adquiera su número de "Simbad" antes de que se agote. Tenga presente que cada semana tiene la oportunidad de obtener un magnífico regalo. Aguce su ingenio en provecho de su bolsillo. Remita oportunamente su solución.
En la revista publicaremos los nombres de los agraciados.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

Simbad

N.º 3

$ 2.-

DICK TABU

de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.° 3
Precio: $ 2.—
22-IX-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO III.— Las lecciones del sabio Pulan

Simbad el Marino heredó de sus padres una cuantiosa fortuna, que muy pronto desapareció en una vorágine de fiestas, de falsos amigos y de lujo oriental. Habiendo quedado solo en su ruina, Simbad reunió su último dinero y fletó un barco mercante. El navío le abandonó en plena mar, porque sus tripulantes creyeron que Simbad había muerto ahogado. Arribó a una isla desconocida y allí conoció a los palafreneros del rey Mirag. Su capitán refería:

—Cada año venimos a esta playa a cazar caballos marinos.

—¿Cómo son esos caballos?

—De figura semejante a la de los terrestres, pero mil veces más hermosos y con aletas natatorias en sus cascos y en sus flancos. Después de un tiempo en los establos del rey, pierden las aletas y. entonces los domamos. No hay corcel que les aventaje en velocidad ni en la altura de sus saltos.

De pronto se oyó un gran estruendo. Cascos de nácar tamboreaban sobre la arena. Ante los ojos asombrados de Simbad,

apareció una caballada briosa, de crines que brillaban como la plata. Tal como dijo el palafrenero jefe, tenían aletas. Los hombrecillos salieron corriendo de la gruta, con redes, lazos y horquetas.

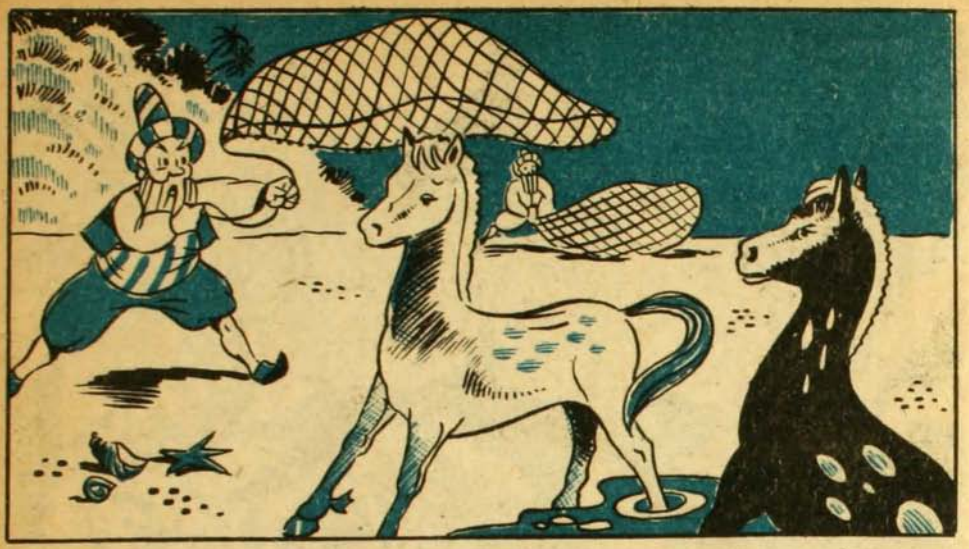
—¡No nos sigas! —gritó a Simbad el palafrenero mayor.

El marino desobedeció. Nada le impediría presenciar aquel espectáculo soberbio. Los caballos marinos se detuvieron, presintiendo la amenaza. Antes que los hombrecillos les lacearan, volvieron grupas y se internaron en el mar, mezclando sus relinchos de furia a la bravía voz del oleaje.

—¡Se escapan! —exclamaron los palafreneros, desilusionados—. El rey nos castigará si volvemos sin haber capturado a uno siquiera.

Los portentosos equinos ya estaban lejos del alcance de sus cazadores. Pero quedaron en la playa varios potrillos, que fueron fácilmente atrapados en las redes. Los animalitos marcharon custodiados por sus captores, y junto con aquella caravana viajó Simbad, atravesando selvas, llanos, valles, montes y abismos sobre los cuales se tendían gigantescos troncos de árboles.

"Qué enorme isla para un pueblo de hombres en miniatura —



pensaba el Marino—, porque supongo que el rey es parecido a sus vasallos."

No se equivocaba Simbad. El rey Mirag no era más alto ni menos barrigudo que sus súbditos. Como ellos, lucía barba algodonosa y mejillas rojas. Sobre su turbante se equilibraba una corona de oro.

—Bien venido a mi país, Simbad el Marino —saludó al forastero—. Pocas veces llegan aquí hombres de otras tierras. ¿De qué parte del globo eres?

—De Bagdad, señor.

—Bien, me gustaría oírte hablar de esa interesante ciudad. En cambio, yo te doy permiso para que observes nuestras costumbres y usos, recorras mi capital y estudies con mis sabios.

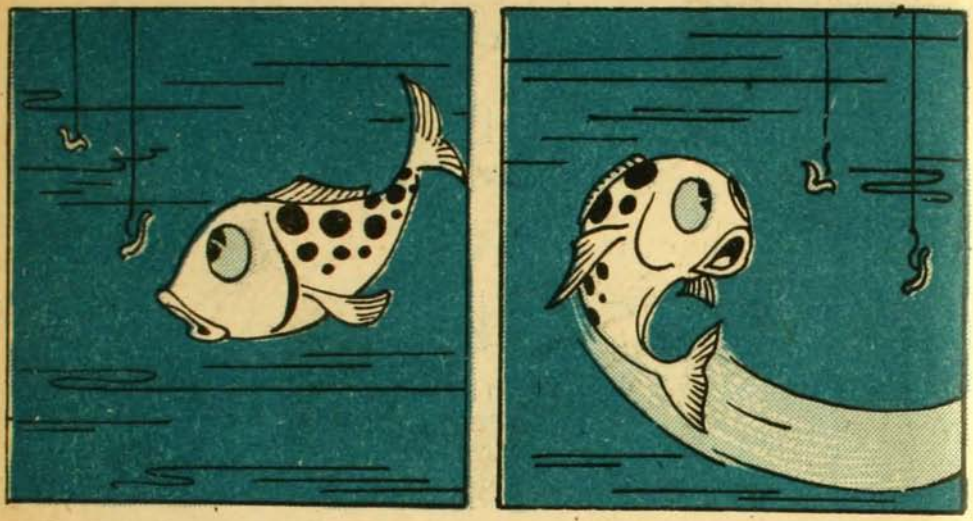
Al aventurero árabe le agradó la hospitalidad de Mirag. Trabó especial amistad con el sabio Pulan que, al sumirse en libracos de ciencia, había perdido la vista, el cabello y las grasas de su cuerpo. No tenía, como sus congéneres, una redonda panza. Casi siempre se olvidaba de comer. Enseñó a Simbad sus maravillosos libros de ciencia y le instruyó, alegrándose de que el joven fuese buen alumno.

—Si he de viajar hasta los países más lejanos —decía Simbad—, necesito conocer idiomas y dialectos.

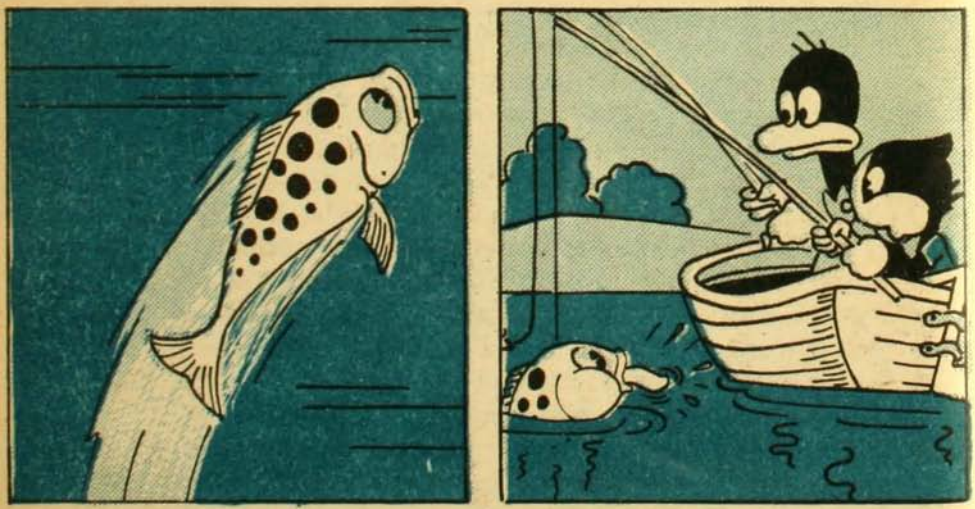
Las lecciones de Pulan eran tan hábiles, que su discípulo, en poco tiempo, aprendió mucho. Ya podía Simbad lanzarse sin miedo a los cuatro rincones del mundo.

(CONTINUARA)

MUCHI



1. "—Los peces llevan una vida muy aburrida, porque siempre se les aguan las fiestas", oyó decir este pez, mientras dos gusanos le llamaban: "—Ven, mi corazón te llama".



2. Pero él no se dejó engañar. Sabía que los gusanos intentaban hacerle tragar el anzuelo. Salió a la superficie e hizo burla a Muchi y Poco.

POCO

3. Esa noche, la gatita oyó que dos rateros decían: "—Asaltaremos la casa de Muchi y Poco, para sacar muchi botín, con poco susto".

4. Pero cuando se acercaron a la ventana, vieron que allí estaba el ejército, y huyeron pativolando, sin saber que Muchi les engañó con soldados de cartón.

POIRIER

DICK TABÚ

CAPITULO III.—El río habla

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo, lo declara Tabú. Durante diez años su padre y los negros del kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós. El mulato Gómez, enemigo de Hateras, atrae al padre de Dick a una celada y le aprisiona. El Intocable ejecuta proezas maravillosas.

Avanzando por el caserío de Tuso, Dick Tabú fué introduciéndose en cada choza, y en todas ellas encontró nativos borrachos, durmiendo unos sobre otros.

Por fin llegó a la ruca del jefe Tuso, y le llamó desde la puerta.

—¡Dick Tabú, el Intocable! —exclamó despavorido Tuso.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Tuso.

—El colono Hateras está en la caverna del río —murmuró Tuso.

—¿Solo?

—El mulato Gómez iba con él; le ataron de pies y manos a un madero y varios hombres del kraal se lo llevaron por orden del mulato.

—¿Y el nativo que acompañaba a mi padre? —interrogó Dick Tabú.

—Murió —balbuceó Tuso—. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, gran Tabú... Ten piedad de nosotros. Estábamos locos con el aguardiente que nos dió Gómez, y no supimos lo que hacíamos... ¿Me perdonará usted?

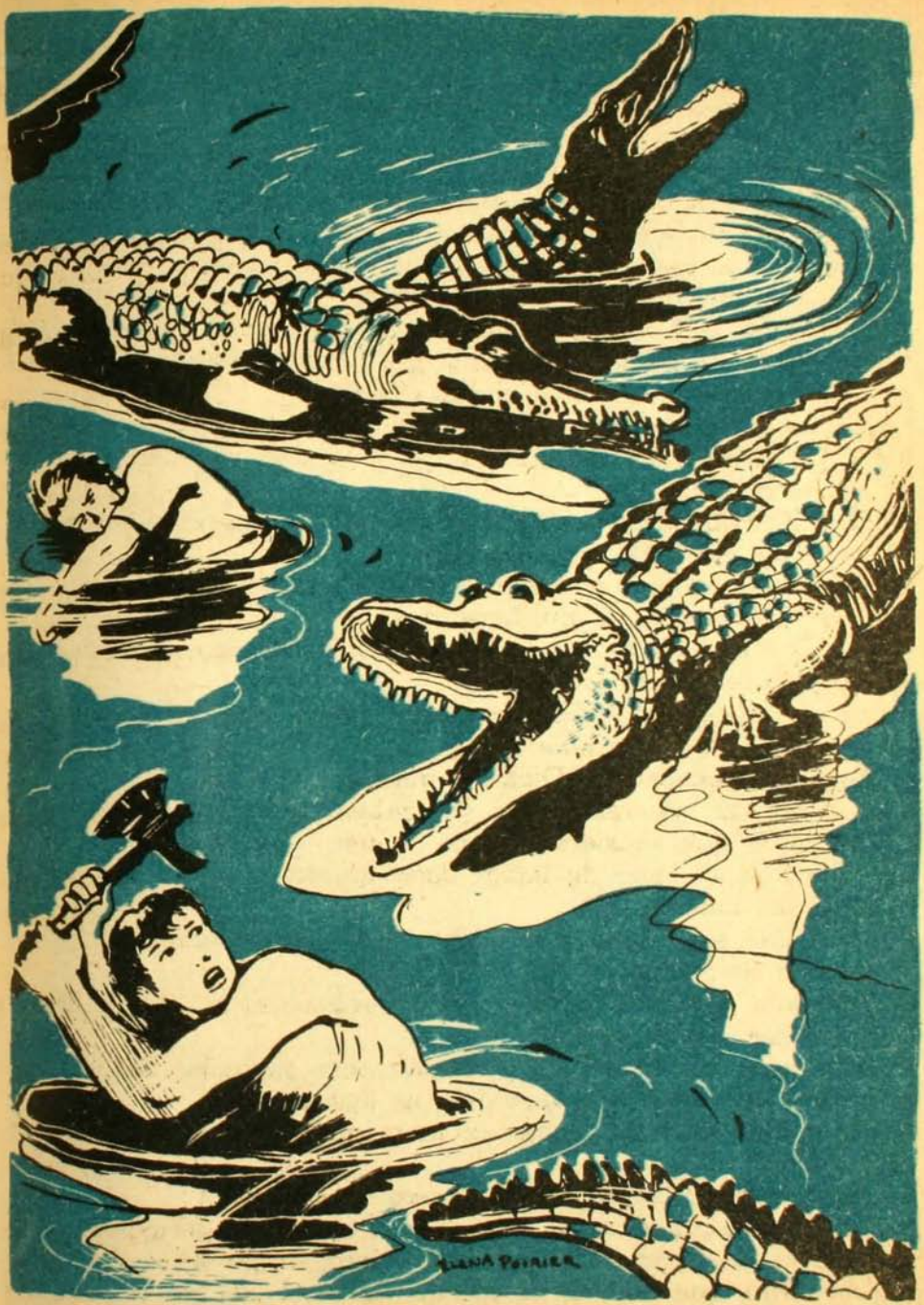
—Si han asesinado a mi padre, más te valiera no haber nacido, Tuso —respondió Dick Tabú.

El Intocable partió de la choza llevándose un rollo de cordeles. La caverna del río estaba situada a veinte metros de la altiplanicie y a cinco metros de la superficie del río. Cuando subía la marea, esa cueva se llenaba de agua y arrastraba al torrente todo lo que allí quedaba; también servía de guarida a caimanes y cocodrilos.

Dick Tabú ató el cordel a una saliente de la roca y comenzó a bajar, pero el cordel le resultó muy corto para llegar hasta la caverna y decidió subir de nuevo a fin de añadir las lianas.

De pronto pasó rozando su cabeza una bala. Era un proyectil

disparado por el rifle de su padre. El niño miró hacia abajo y divisó una piragua tripulada por el mulato Gómez y seis negros. Sonó otro disparo y luego otro y otro.
"Gómez no tiene buena puntería o está jugando conmigo", pensó Dick Tabú.
En ese instante Gómez gritó desde la piragua:
—No tengo prisa... El padre y el hijo ya están en mi poder. Cumpliré mi venganza y me adueñaré de sus tierras. Todo lo que ustedes poseen es mío.
Dick Tabú se balanceaba en la cuerda, ideando una manera de salir de aquella desesperada situación.
Mirando hacia arriba experimentó un estremecimiento de terror. Un negro estaba cortando con un hacha el cordel del cual pendía su cuerpo.
No le era posible subir a la montaña ni tampoco dejarse caer al río, porque en ambas partes le cogerían sus enemigos.
En tan crítica situación el Intocable se deslizó hasta el extremo de la cuerda, afirmó sus pies en la roca y, dando una voltereta con impulso, fué a caer en la caverna donde yacía su padre.
El golpe fué tan rudo que desgarró su carne en la espalda y en el costado.
Durante algunos instantes el niño prodigio permaneció insensible. Poco a poco fué recobrando los sentidos y divisó al colono Hateras atado de pies y manos a un grueso madero.
Dick Tabú se inclinó sobre su padre y, sin tocarle, para respetar el tabú, examinó al cautivo.
El colono Hateras presentaba heridas y magulladuras que atestiguaban una feroz lucha. Además tenía el aspecto de una persona a quien hubieran narcotizado.
"¿Qué haré?", pensó el Intocable.
Arrastrándose hasta el borde de la caverna miró hacia arriba. El negro que había cortado la cuerda, ataba otro cordel a la roca y bajaba por él a la caverna. En ese momento los negros de la piragua gritaron despavoridos:
—Baja, baja..., EL RIO HABLA...
—¿En qué forma hablará el río? —murmuró el Tabú—. Es un misterio.
El Intocable aprontó su filudo puñal y lo enterró en la garganta del nativo cuando éste pasaba por la caverna. En seguida cogió al vuelo el hacha que el negro esgrimía en su mano.


ELENA POIRIER

Un grito de horror surgió de los tripulantes de la piragua, y Gómez gritó furioso:
—Dejémosle allí... Su muerte es segura... El río está sediento de sangre.
Dick Tabú vacilaba. Si dejaba escapar al mulato Gómez, jamás encontraría otra ocasión de ultimarle, y si ejercía venganza faltaba a un juramento, pues había prometido a su padre dejarle cumplir por su mano el castigo del miserable mulato.
—Es un reptil venenoso —se dijo Dick—, y yo lo mataré.
Afirmado en la boca de la caverna, el prodigioso niño lanzó su filudo estilete a manera de flecha, y el arma vibrante y sutil fué a herir en pleno corazón al mulato Gómez.
La súbita caída del malvado individuo descontrapesó la piragua; todos los tripulantes cayeron al río y la corriente les envolvió en sus torbellinos.
—EL RIO HABLA —murmuró Dick Tabú—, y se ha llevado a los malditos enemigos de mi padre.
Entretanto el agua comenzaba a subir hasta la caverna y no era posible permanecer allí una hora más.
—Ataré el madero al cual está atado mi padre con el cordel del nativo y lo remolcaré río abajo.
Antes de proceder el niño se inclinó sobre su padre, quien le miraba con ojos muy abiertos.
—Me has desobedecido, Dick —murmuró Hateras—.
—Para que tú vivieras, padre, y también maté a Gómez.
—Era justo que muriera en tus manos —suspiró Hateras—. Ese demonio se jactó de haber dado muerte a tu madre. Dick, córtame las amarras.
El Intocable ejecutaba la maniobra con sumo cuidado, a fin de no tocar a su padre.
—Desátame enteramente, hijo mío —ordenó el colono—. Estoy bastante fuerte para nadar.
Cuando tuvo una mano libre, Hateras sacó su puñal del bolsillo y terminó por libertarse de todas sus ligaduras.
Padre e hijo nadaron juntos un momento. De súbito, el colono dijo a Dick:
—¿Estás herido? Te sigue un reguero de sangre.
—Fué una rasguñadura al caer a la caverna. Es poca cosa.
Cuando ya se creían libres de todo peligro, surgió sobre las aguas un cocodrilo, que tal vez no alcanzó al festín de los tripulantes

de la piragua. Dick le lanzó el hacha entre las fauces, pero no pudo evitar el golpe que el cocodrilo le dió con su enorme cola. Tan brutal fué la embestida, que el muchacho perdió los sentidos y se hundió en el agua.

El colono Hateras no trepidó en sumergirse y cogiendo a su hijo por los cabellos nadó con él hasta una roca en medio del río. El Intocable abrió los ojos en brazos de su padre y cuando verificó su situación, exclamó dolorido.

—Padre, has roto el tabú.

—Por una vez no importa —murmuró Hateras—. No puedo reprimir mi alegría al estrecharte en mis brazos después de doce años.

Dick reposó inerte en los brazos de su padre contento de reclinarse en ellos con esa ternura que tanto había añorado desde su niñez.

—Ya puedo nadar otra vez, padre —dijo el niño—. Intentemos llegar a la orilla del río.

—Un momento más —suplicó Hateras, con la voz llena de emoción.

Desgraciadamente, ni Hateras ni Dick habían visto al cocodrilo que les acechaba junto a la roca... Apenas el Intocable se lanzó al agua, el cocodrilo mordió su brazo. Pero antes que se apoderara de él, Hateras hundió su puñal en el ojo del cocodrilo. Enrabiado por el dolor, el reptil dejó a Dick y saltó sobre el colono, arrastrándole a algunos metros de distancia.

Dick Tabú carecía de armas con qué defender a su padre.

—¡Adiós, hijo mío! —gritó el colono Hateras—. He roto el sagrado Tabú y justo es que muera. Cuida a mi gente... Ellos... Y no dijo más, porque ya el cocodrilo se hundía con su presa bajo las aguas del río.

—Padre, padre —sollozaba Dick—. Maldito Tabú... Para qué quiero la vida ahora que he perdido al único ser que amo...

Anonadado permaneció el niño sobre la roca, dejando que sangrara su herida en la espalda sin preocuparse del agua que iba inundando la roca.

"Vivir para ser un fetiche de los negros —pensaba Dick Tabú—, ser un semidiós de los salvajes... ¿Qué me importa eso?"

Llegaba la noche y el niño continuaba sobre la roca como custodiando la tumba de su padre.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO III.-- El extraño nativo

La pequeña flota que dirigía Hernán Cortés fué dispersada por una recia tempestad. La nave capitana pudo reunirse con algunos de sus barcos cuando amainó el temporal. De pronto, un gaviero que vigilaba desde la cofa anunció tierra. Esta noticia causó gran expectación a bordo, y todos se agolparon en la cubierta para contemplar la playa orlada de palmeras. Minutos más tarde, los hombres de Cortés desembarcaban en la isla de Cozumel. Al internarse en la floresta distinguieron una aldea incendiada.

El cambiante resplandor iluminaba la silueta de soldados españoles, con la espada en el puño. El Conquistador detuvo a uno de ellos y, al comprobar que pertenecía a su propia expedición, rugió:

—¿Quién os ha autorizado para proceder como piratas?

—Nuestro jefe, Alvarado.

Hernán Cortés tem-

blaba de cólera. Ordenó que su oficial compareciera ante él, y le dijo:

—Os prohibo repetir estos actos de barbarie. Quiero conquistar pacíficamente el país. Mandad a vuestra compañía que sofoque el incendio. Otro acto de esta clase, y conoceréis mi ira.

El Conquistador continuó su avance y, con gran asombro, encontró enormes templos de piedra, en cuyos muros aparecía una escritura de jeroglíficos. Esos monumentos pertenecían al pueblo maya.

—Existe aquí una civilización tan antigua como la nuestra —observó Cortés, pensativamente.

Días más tarde, Irigoyen, que se encontraba a bordo del navío de Cortés, vió venir una canoa tripulada por cinco nativos. Uno de ellos subió a bordo y, ante el estupor del capitán vasco, habló en perfecto castellano:

—Señor, ¿sois cristiano?

—Sí.

El extraño nativo dobló su rodilla e, inclinando la cabeza, lloró silenciosamente.

Irigoyen le contemplaba asombrado. En ese instante advirtió que la piel de aquel hombre no era cobriza. Aunque el sol la había quemado, conservaba un matiz claro. El desconocido no pertenecía a la raza maya o a la azteca.

—¿Quién sois?

—El padre Aguilar. Hace ocho años que estoy cautivo en la tierra de Moctezuma. Creí que nunca más vería a mis compatriotas. Interceded por mí ante el señor Hernán Cortés. Quiero agregarme a su ejército.

(CONTINUARA)

por José Martí

Vivió hace mucho tiempo un campesino que tenía tres hijos: Damasio, que era un mocetón alegre y de pocas entendederas; Rufino, canijo y paliducho, lleno de envidias y de celos; y el menor, cuyo nombre olvidaron hasta sus padres, porque todos le llamaban Meñique.

Un día, los tres hermanos salieron a buscar fortuna.

El monarca de aquel reino estaba desesperado. En la tierra creció, de la noche a la mañana, un roble enorme, con ramas tan gruesas y tanto follaje, que dejó a oscuras el palacio del rey. Era un árbol encantado y por cada rama que se le cortaba, salían dos.

Y eso no era todo. El agua desapareció de los manantiales palaciegos. La corte y el rey debían lavarse las manos con cerveza y afeitarse con miel. El soberano ofreció dar el título de marqués y la mano de su hija, la princesa, a quien cortara el árbol y abriese un pozo.

Los tres hijos del labrador oyeron el pregón, y se encaminaron hacia el palacio. Iban anda que te anda. El buen Damasio iba con la boca abierta, mirando las aves y las mariposas que cruzaban el aire con sus alas de color; Rufino hablaba solo y gruñía; Meñique iba saltando, se metía a explorar los vericuetos del camino, viéndolo todo con sus ojos brillantes de ardilla.

De pronto oyeron el eco de un hacha que, en lo más alto de un monte, derribaba un pinar, con gran estruendo de árboles que caían.

—Quisiera saber quién anda cortando leña —dijo Meñique.

—No seas idiota —gruñó Rufino—. Es un leñador, ¿qué te importa?

—Es un leñador —se oyó como un eco la voz de Damasio.

—Iré a ver —insistió Meñique, y trepando ramas y piedras, llegó a la cima. ¿Y qué encontro Meñique en lo alto del monte? Pues un hacha encantada, que cortaba sola y estaba volteando un pino muy recio.

—Buenos días, señora hacha —dijo Meñique—, ¿no está cansa-

da de cortar solita ese árbol?
—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —dijo el hacha.
—Pues aquí me tiene —repuso el pequeñín y, sin sentir ni pizca de miedo ni preguntar más, echó la herramienta en su gran talego de cuero y bajó el monte, brincando y cantando para reunirse con sus hermanos.
Ellos no le interrogaron. La mente de Damasio mariposeaba por el sendero de flores silvestres. En cuanto a Rufino, miraba sus polvorientos pies y envidiaba a los reyes que tienen carroza, para rodar ricamente por los caminos.
A poco andar, ya era de piedra todo el camino y se oyó un ruido a lo lejos, como de un hierro que golpease en una roca.
—Yo quisiera saber quién anda allá picando piedras —dijo Meñique.
Le contestaron un bufido de Rufino y una sonrisa vaga de Damasio. El pequeño subió arañándose las rodillas en las filudas piedras. ¿Y qué encontró allá en la roca? Pues una picota encantada, que demolía sola y estaba abriendo la roca igual que si fuese mantequilla.
—Buenos días, señora picota —saludó Meñique—, ¿no está fatigada de trabajar tan solita?
—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —

respondió la picota—. Sácame el mango y guárdame en tu morral.
Meñique obedeció, y luego bajó de la roca, desgarrándose la piel que aún tenía sana en las rodillas.
Los tres caminantes se detuvieron en un arroyo.
—Quisiera saber de dónde sale tanta agua —murmuró el hermano menor.
—¡Andate al diablo con tus preguntas! —gritó Rufino.
Pero Meñique no se fué al diablo, sino que orilló el arroyo, que se iba estrechando, estrechando, hasta no ser más que un hilo. ¿Y qué encontró Meñique al fin? Pues una cáscara de nuez encantada, de donde surgía el agua, chispeando al sol.
—Buenos días, señor arroyo. ¿No está cansado de vivir tan solito? —dijo Meñique.
—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —contestó el arroyo.
—Pues aquí me tiene.
Y sin el menor susto, Meñique tomó la cáscara de nuez, la envolvió en musgo fresco, para que no se derramara el agua, la puso en su gran saco de cuero y se volvió por donde vino, cantando y saltando.
Por fin llegaron al palacio del rey. En la puerta estaba el cartel sellado con las armas reales, donde prometía el rey casar a su hija y dar la mitad del reino a aquel que cortase el roble y abriese el pozo, fuera señor de la corte, plebeyo o mendigo. Otro cartel, más pequeño, anunciaba con letras rojas:
"Sepan los hombres que el rey, como buen rey que es, se ha dignado mandar que le corten las orejas debajo del mismo roble al que venga a derribar el árbol o abrir el pozo, y no corte ni abra, para enseñarle a conocerse a sí mismo y a ser modesto, que es la primera lección de la sabiduría".
Y alrededor de este pergamino había clavadas treinta orejas, cortadas de raíz a quince pretendientes que se creyeron más fuertes de lo que eran.
Al leer este aviso, Damasio, riendo, se miró los brazos, con aquellos músculos que parecían cables, le dió al hacha dos vuelos por encima de su cabeza y de un golpe cercenó una de las ramas más gruesas. Pero en seguida salieron dos ramas poderosas en el punto mismo del hachazo, y los soldados del rey le cortaron las orejas, sin más ceremonia.

Rufino, con una mueca de desprecio, dió un hachazo a una de las raíces. Inmediatamente surgieron dos raíces enormes en vez de una. El rey, furioso, mandó que dejaran pilón a aquel que no quiso aprender en la cabeza de su hermano.
Entonces, Meñique abrió su talego y pronunció:
—¡Corta, hacha, corta!
Y el hacha tajó, astilló, derribó las ramas, abatió el tronco, arrancó las raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y tanta leña apiló, que el palacio se calentó con ella todo aquel invierno. Cuando no quedaba del árbol ni una sola hoja, Meñique propuso:
—Dígame el rey ahora, dónde quiere que le abra el pozo.
Toda la corte se dirigió al patio del palacio, para ver abrir el pozo. Meñique abrió su morral, sacó la picota, la ajustó al mango y, colocándola sobre el sitio que marcó el rey, ordenó:
—¡Cava, picota, cava!
Y la herramienta empezó a cavar, y la piedra a saltar en pedazos. En menos de un cuarto de hora quedó abierto un pozo de cien pies.
—¿Le parece a mi rey que esa noria es bastante honda?
—Sí, pero no tiene agua.
—Agua tendrá —prometió Meñique.
Extrayendo la cáscara de nuez, le quitó la capa de musgo y la situó en una fuente que había llenado de flores, hundiéndola en la tierra. Entonces, murmuró:
—¡Brota, agua, brota!
Y el agua empezó a brotar por entre las flores, con un suave murmullo, refrescó el aire del patio y cayó en cascadas tan abundantes, que el pozo se inundó y fué necesario abrir un canal que llevase afuera el agua sobrante.
—Marqués Meñique —habló el rey—, os daré la mitad de mi reino. Pero mi hija...
Miró a la princesa, que era bellísima.
—Pero mi hija no puede casarse con un hombrecillo tan insignificante, a menos..., a menos que él realice una tarea prodigiosa.
—¿Cuál, mi rey?
—Mañana te diré. Tú y tus hermanos dormiréis esta noche en palacio.
Horas más tarde, Su Majestad mandaba llamar a Damasio y a Rufino, que parecían dos perros ratoneros con las orejas cortadas.

El rey les interrogó hábilmente. Damasio dijo que su hermano, aunque era un jovenzuelo tan pequeño que cabía en una bota de su padre, poseía un corazón de oro y una inteligencia despierta. Rufino masculló:

—Es un pedante, que se cree capaz de matar a un gigante.

El rey sonrió satisfecho. Al día siguiente dijo al breve mancebo que si quería casarse con su hija, debía traerle como criado a un gigante que habitaba en el bosque cercano. Sin desanimarse y llevando su hacha mágica, Meñique se puso en camino. En el bosque la hierba era tan alta, que el marquesito no alcanzaba a ver. Entonces gritó:

—¡Gigante, eh, gigante! ¿Dónde está el gigante?

—¿Quién alborota en mi bosque? —contestó el gigante, con un vozarrón que hizo encogerse a los árboles de miedo.

—Amigo, este bosque es tan mío como tuyo —contestó Meñique—, y si dices una palabra más, lo derribo en un minuto.

—Eso quisiera ver.

Meñique sacó su hacha y susurró:

—¡Corta, hacha, corta!

El hacha se lanzó a cortar árboles y sobre el gigante empezaron a llover ramas y raíces.

—Para, para —gritó asustado el coloso—. ¿Quién eres tú que puedes echarme abajo mi bosque?

—Soy el gran hechicero Meñique y con una palabra que le diga a mi hacha, te corta la cabeza.

—No lo hagas. Te seguiré a donde quieras.

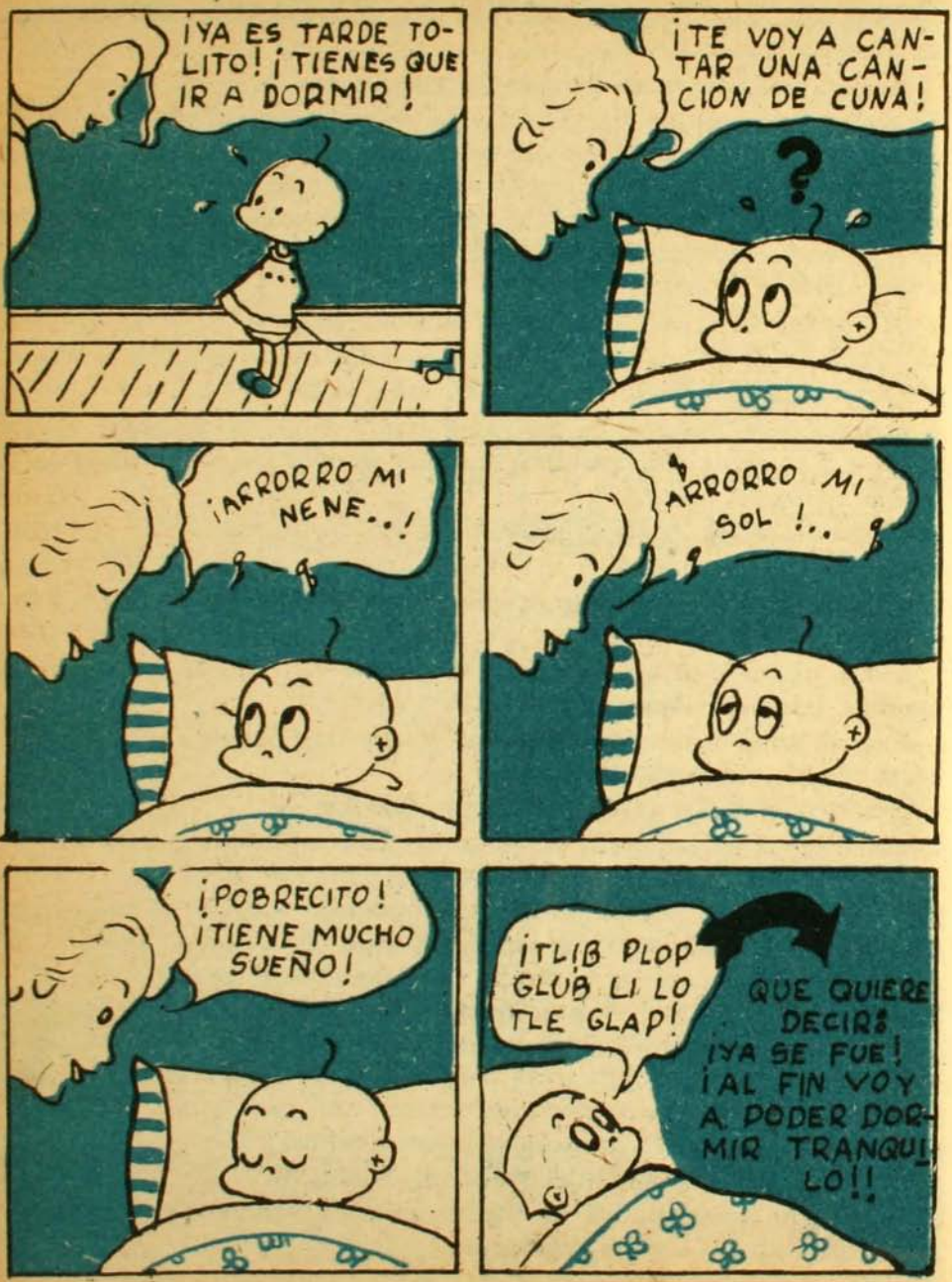
Con sus grandes zancadas y llevando sobre el hombro a Meñique, el gigante se dirigió al palacio del rey, para ser criado de la princesa. Ella, al ver regresar a aquel doncelillo que por conquistarla era capaz de doblegar ogros, sintió que le amaba. Cuando se anunció la boda en la corte, la sala del trono estaba casi enteramente ocupada por el gigante que, sentado en el suelo, tenía el sombrero en las rodillas. Si se lo hubiera puesto, lo habría apabullado contra el techo, y no quería que se deformara, pues era muy lindo y con una pluma que parecía una palmera.

Al saber la noticia de la boda, el buen gigante gritó:

—¡Viva mi amo y señor, el príncipe Meñique!

Su vozarrón puso azules de miedo a los cortesanos e hizo saltar todos los vidrios de las ventanas.

TOLITO, POR Moris



Centelleante

CAPITULO III.—Lidia abandona el hogar

RESUMEN: Fernando Vilches, su esposa paralítica y sus seis hijos están sumidos en la más negra miseria. Lidia, la hija mayor, de diez años, efectúa todos los menesteres de la casa y desea entrar a un circo. El saltimbanqui Julio Salvador, prendado de la belleza de Lidia trata de conquistarla con obsequios.

—¿A qué vienen todos esos regalos? —preguntó Fernando Vilches a Julio Salvador.

—Su compadre Bautista me ha dicho que está usted en mala situación —dijo el saltimbanqui—, y yo quería proponerle un contrato a su hijita Lidia.

—¡Mi hija artista de circo, jamás! —exclamó Vilches.

—Usted se separa de una de sus hijas y da de comer a su esposa y a sus cinco hijos menores —expresó el saltimbanqui—. Reinará la felicidad en este hogar. Yo vengo a proponerle algo honrado... Los artistas de circo ya no son ladrones de niños. En algunos años más su hija será una gran artista, viajará y les enviará dinero. Ustedes podrán visitarla y además salvará a la madre enferma.

Lidia, al oír que gracias a su sacrificio se salvaría la madre que yacía paralítica en su lecho, dijo con firmeza:

—Acepto, con la condición de que pasaré un día y una noche en esta casa.

—Dos o tres días si tú quieres —replicó, feliz, el saltimbanqui—. Comprendo tus sentimientos y los admiro, linda niña. Serás una gran artista. Mi esposa fué una bailarina célebre. Ha danzado ante el rey de España en sus buenos tiempos. Conchita te dará lecciones de baile. Bueno... Ahora, niñitos, devoren todo lo que les ha traído este buen amigo.

—Coman —añadió Lidia—, y dénle algo a mi perrito Didi.

Hay horas de negra desesperación aun para una niñita de diez años. Lidia sufría profundamente pensando en su interior:

"Yo salvo a mis hermanitos y a mamá. No importa cuál sea mi suerte."

Lo más duro fué convencer a la señora Vilches. Para ello Lidia usó de todos los argumentos de Julio Salvador:

—No me aparto enteramente de ustedes —decía Lidia—, y podré a visitarles a menudo.

La enferma, después de derramar abundantes lágrimas, murmuró dolorida:
—Si es por el bien de todos, debo aceptarlo, pero sufriré mucho.
Días después, Fernando Vilches y su hija Lidia, cogidos de la mano y en silencio, partían en dirección a la aldea donde funcionaba el circo de Julio Salvador.
Ni Lidia ni Fernando habían dormido la noche anterior. Al amanecer la niña entró al dormitorio de su madre. Ambas estaban tan emocionadas que no pudieron articular palabra, pero sus miradas expresaban tal ternura, tal dolor, que no había necesidad de demostrarlo con frases o protestas.
Solamente en el momento de salir, la paralítica balbuceó:
—Hasta muy pronto, hijita...
Los demás niños aun no se habían levantado. Sólo Didi, presintiendo que ocurría algo insólito, se agitaba y tiraba del cordel con que Fernando le ató por precaución.
Didi iba a lanzar un aullido que despertaría a los hermanitos cuando la niña, acariciándole la blanca cabecita, le dijo:
—Chist... no llores... Hasta lueguito.
Lidia hablaba al perro como a un ser humano y éste le comprendía. Lamiendo las manos de su ama, Didi se tendió en el suelo y cubrió su cabeza con las patas delanteras, acaso para ahogar su llanto.

Al divisar el carromato de los saltimbanquis, Lidia se sintió helada de espanto. Sin embargo, dominó el pavor y resueltamente entró al coche ambulante, donde se encontraban los españoles Julio y Conchita Salvador; los dos atletas Miton, apodado el Orangután, y Limiro, por sobrenombre el Marinero.

Estaban allí también los payasos Pepo y Pipo y un chico apodado el Anguila.

Inmediatamente Lidia presintió que tendría en Anguila un amigo que compartiría sus penas y sus alegrías. En cambio, Limiro le infundió espanto, y el rostro simiesco del Orangután le pareció una atroz pesadilla. Debía ser un horrible espectáculo ver boxear a esos dos hombres de cabellos hirsutos y ojos más crueles que los de las fieras.

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS

1. Estrellito y Celestín continúan tan angelicales como siempre. Eligieron dos tomates maduros. "—¿Qué ensalada puede hacerse con esto?", preguntaron al mismo tiempo, y en seguida lanzaron los tomates a la cabeza del profesor Teclo.

2. El maestro de música lanzó unos rugidos muy poco musicales y después se marchó apresuradamente. Media hora más tarde, buscó a los mellizos y les dijo: "—Aquí tienen un regalo". Estrellito preguntó: "—¿Qué es, un piano?"

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. Pero no era un piano, sino dos pares de guantes de box. Los hermanos empezaron a pelear y se dejaron los ojos en morandé. Vieron estrellitas en tecnicolor y al final del round estaban completamente abollados.

4. Estrellito entreabrió un ojo y miró a su hermano, que tenía los dos ojos cerrados. "—Te pareces a la Bella Durmiente", le dijo antes de caer aturdido. El inteligente señor Teclo pasó por allí y declaró: "—Ellos solos se castigaron".

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, marcha contra los corsarios vikings, que siembran la ruina en las costas bretonas.

CAPITULO III.—Dignos adversarios

La horda de vikings avanzaba como una ola destructora. A la cabeza de los piratas nórdicos marchaba Rolando, el Gavilán, el gigante rubio. Aquellos corsarios eran llamados los "guerreros locos". Las "sagas" o leyendas poéticas refieren sus hazañas feroces, sus costumbres extrañas y el halo de fuerza que les rodeaba. Ives el Indomable se dirigió hacia el punto de desembarco de los vikings. Llevaba como distintivo una piel de lobo anudada a sus hombros. Conservaba el traje de cuero que vestían sus compañeros del bosque, pero no podía ser confundido entre la mesnada. Su alto y gallardo cuerpo, su mirada relampagueante y voluntariosa le destacaban de inmediato como el jefe.

La flota del rey Arturo y los barcos escandinavos se trabaron en formidable combate. El ejército de Ives entró en la contienda. Uno y otro bando lucharon con denuedo. Los dos jefes, mientras sus espadas cumplían una

faena de exterminio, se buscaban con un rápido ojear. Finalmente se encontraron aquellas miradas breves que no podían prolongarse, porque el brillo de un puñal o la sombra de un enemigo las atraía. Ya las miradas no se apartaron y ambos guerreros se acercaron inexorablemente para el duelo final.

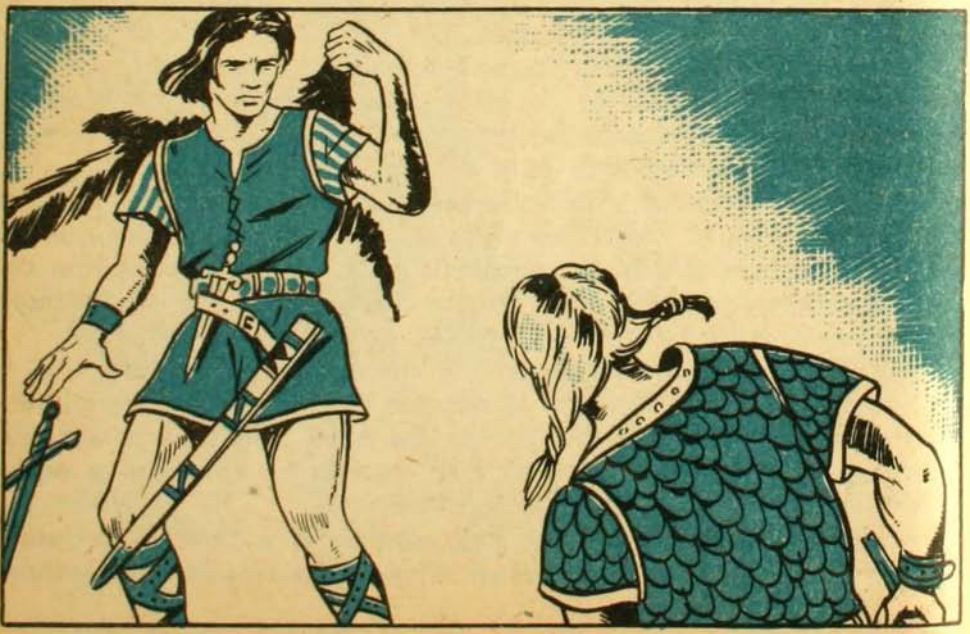
El aliento de audacia y de soberbia que respiraban aquellos dos cuerpos jóvenes, el fuego que ardía en sus ojos y el poder que latía en su diestra y que se transmitía a la espada recorrieron como un estremecimiento a los demás contendores. Por un instante pareció que la lucha general cesaría, pero Rolando gritó:

—¿Tenéis las manos leprosas que no sabéis guerrear?

Este rugido de fiera sacudió el estupor de los vikings, encendiendo de nuevo su espíritu combativo. La nave zozobró con las embestidas de sus ocupantes y el mar espumajeó en torno a aquellos que, aun al caer, seguían agrediéndose.

A pesar del mandato del Gavilán, cuando él e Ives se enfrentaron, la contienda cesó en torno de ellos. Los piratas y los bretones

se olvidaron de todo para contemplar a sus jefes. Ante el gigante rubio se erguía la alta silueta de Ives. Las espadas giraron, fintearon buscando el sitio vulnerable y parando los golpes fulmíneos.



Rolando fué el primero en perder pie. Su acero, tajado en dos, quedó inútil. Su casco, en el cual lucían las alas de oro, cayó resonando por el puente. Con una rodilla en tierra, el corsario esperó el mandoble que le daría muerte. Por sus ojos azules no cruzó el miedo. Eran unos ojos acostumbrados a mirar siempre con insolencia y desafío.

—¿Qué esperas, so apoltronado? —provocó a Ives.

—Que te decidas a levantarte. ¿Combatimos a mano limpia?

Y al decir esto, el vencedor soltó su arma.

El rígido desdén que contraía la firme boca del viking desapareció. Irguiéndose, Rolando esperó la acometida de su enemigo. Este de un salto ágil cayó sobre él y le hizo rodar por la cubierta. En aquella lucha titánica, ambos comprendieron que debían usar todo su vigor para no ser derrotados y supieron que su contrario era temible... y admirable.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

La cigüeña.

CONCURSO COMPLETE LA FRASE:

¿Puede decirnos qué voz emite la cigüeña? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes "Vitalmín Vitaminado", 1 par de patines, 6 pañuelos, 1 maleta deporte, 6 juegos de damas, 6 juegos de ludo; 3 tambores, 5 premios en dinero, 5 libros de cuentos.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 1: El elefante trompetea.

Premiados de Santiago: *1 paquete Vitalmín:* Edgardo Martín, Raúl Sanaton, Jorge Larraín, Manuel Cuadra, Mario Mitnik. *1 bolsón:* Juana Breyes, Raúl Mella, José Garretón, Francisco Izquierdo, Blanca Fernández. *1 caja de lápices:* Ester Espinoza, Arturo Yépez, Jorge Aracena, Matilde Arévalo, Luis Meneses. *1 par de soquetes:* Bernardo Valdés, Mario Barrientos, Enrique Ghio, Alberto Vogel, Oscar y Hugo Kolbach. *$ 10.—:* Cristina Espinoza, Aramís Delgado, Valparaíso; Leticia Delgado, Valparaíso; María Cortés, Angol; Héctor Hernández, Concepción. *1 libro:* Carlos Gómez, Valparaíso; Italo Solari, Valparaíso; Eliana Jorquera, Pucón; Elcira Guzmán, San Antonio; Conrado Moyano, Talca; Fidel Fernández, Cosmito.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949

Simbad

N.º 4

$ 2.-

IVES, EL INDOMABLE

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 4
Precio: $ 2.—
29-IX-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO IV.—La cueva de los diamantes

Aunque había resuelto pasar tranquilamente sus días en Bagdad, pronto se cansó Simbad de tan ociosa vida y emprendió su viaje en compañía de honrados mercaderes. Cierto día desembarcaron en un islote y mientras sus compañeros descansaban al sol, él salió en busca de frutas, las cuales encontró exquisitas, pero éstas le produjeron un pesado sueño. Al despertar advirtió que el velero había zarpado, dejándole abandonado en el islote. Caminando divisó un gran peñasco blanco, el cual era nada menos que el huevo de un inmenso pájaro que los marineros llamaban Roc.

De pronto se obscureció el cielo y Simbad vió que el gigantesco pájaro se posaba sobre aquel globo blanco. Cuando el ave extendió sus alas, Simbad comprobó que sus garras parecían grandes ramas de una vieja encina. Sin pérdida de tiempo ató su turbante a una de ellas con la esperanza de que cuando el Roc levantase el vuelo le trasportara lejos de

esa isla desierta. Así pasó toda la noche, y al salir el sol el pájaro se remontó hasta las nubes. Efectuó su descenso con tal rapidez, que ya el marino no tenía conciencia de sí mismo. Apenas tocó tierra firme, Simbad se desató del Roc y quedó como si le hubieran molido a palos.

Entretanto, el pájaro gigante apresaba una descomunal serpiente y se elevaba de nuevo llevándola en el pico. Sin duda ésa era su comida diaria, y por cierto que no faltaría el alimento, porque la caverna bullía de reptiles.

El sitio en que se encontró Simbad era un valle profundo, rodeado de montañas altas y escarpadas, que le circuían como una terrible montaña.

—Estoy en una especie de tumba —murmuró Simbad, tendiendo sus miradas hacia los formidables acantilados—. No me queda otra esperanza que acudir de nuevo al avión que me trajo aquí.

Simbad comenzó a excursionar por aquellos extraños parajes, siempre temiendo encontrarse con alguna serpiente venenosa.

—Ellas no sólo han de servir de carnaza a los pájaros —se dijo Simbad—, por fuerza también tendrán que nutrirse, y si me divisan, ¡qué bocado tendrán!

Sin embargo, la vehemencia del marino no le dejaba tranquilo y poco a poco fué aventurándose en la inmensa caverna. Como llegara la noche, buscó un sitio donde guarecerse, el cual tapó con pesadas piedras para defenderse de las serpientes, que lanzaban horribles silbidos, irritadas acaso porque no les daba entrada a su retiro. Al amanecer se fueron los reptiles y Simbad pudo conciliar el sueño. Inquieto, sin embargo, por la vecindad de las serpientes, decidió buscar salida, y arrastrándose caminó por entre las peñas. Fácil es imaginar su asombro al ver un vallecito lleno de diamantes que lanzaban centellas. Eran tan enormes esas piedras preciosas, que Simbad no se cansaba de admirarlas.

—Sólo uno de estos diamantes

me daría riqueza y gloria para toda la vida —decía el marino, sopesando las maravillosas piedras.

Y luego pensaba, que estando sepultado vivo en esa caverna, de nada le servirían las piedras preciosas. De súbito escuchó un ruido formidable. Era una de silbidos, como los que pueden escu-

charse en un motín revolucionario. Lo que vió Simbad justificaba su espanto. Sus manos se alzaron como para pedir misericordia y los diamantes cayeron con estruendo sobre las rocas.

(CONTINUARA)

MUCHI

1. "—Muchi, no son horas para leer cuentos", gritó Poco a la monona gatita. "—Pero si es la linda revista "Simbad", protestó Muchi. "—Es hora de ir a estudiar el piano, flojonaza. Que yo te oiga tocar una hora entera."

2. El pato Poco se instaló cómodamente en su sillón y puso atento oído al rumor de la música que venía del salón contiguo. "—Muchi es un genio —decía Poco—. Toca como el mismísimo Claudio Arrau. Gran pianista la chiquilla."

POCO

3. Con la buena música, Poco se quedó dormido y en sus sueños escuchaba las más divinas armonías. Se sucedían los acordes de una rumba a los de un vals, una sonata. Pasaron así las horas y por fin el pato despertó.

4. Mirando el reloj, vió que habían transcurrido tres horas. "—Pobre Muchi, voy a decirle que no estudie más", murmuró Poco. Cuál no sería su espanto al ver a Muchi leyendo "Simbad" mientras la radio tocaba y tocaba...

DICK TABÚ

CAPITULO IV.—Marfué rompe el tabú

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo, lo declara Tabú. Durante diez años su padre y los negros del kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós. El mulato Gómez, enemigo de Hateras, atrae al padre de Dick a una celada y le aprisiona. El Intocable ejecuta proezas maravillosas. Para salvar a su padre baja a la caverna del río donde Hateras yace cautivo del mulato Gómez. Dick mata a Gómez, pero su padre muere víctima de un cocodrilo.

Triste y macilento regresó Dick.

—¿Y el gran *buana*? —preguntóle Tomasi.

—Ha muerto por haber roto el tabú —exclamó el atribulado niño—. Mi padre, para salvarme del ataque de un cocodrilo, me cogió en sus brazos, pero otro cocodrilo le arrastró bajo el agua. Antes de morir me pidió que cuidara de ustedes.

Un lamento unísono se dejó oír en el caserío.

—El gran espíritu se lo llevó —dijo un anciano— porque rompió el sagrado tabú. Tú eres ahora el gran *buana*, oh niño predestinado, y ay del que pretenda romper el tabú, porque morirá.

—Nadie romperá el juramento —dijeron todos los negros.

Dick Tabú entró a su casa sin murmurar una palabra más.

Durante semanas, el niño se sumió en una negra melancolía.

"Debí romper el tabú y salvar a mi padre", pensaba el Intocable.

Los negros relajaban la disciplina impuesta por el colono Hateras y descuidaban la hacienda y la casa.

Dick fué despertado de su mórbida languidez con la llegada del capitán Darcy, jefe de la zona africana.

Ante el justo reproche del viejo militar, Dick Tabú respondió:

—Nada me importa ya la vida.

—Tu proceder no es digno del hijo de Hateras —protestó el capitán Darcy—. Reflexiona. Mira a esos nativos borrachos, mira los campos yertos y las cosechas perdidas.

—Voy a reaccionar —suspiró Dick Tabú.

—Dick —prosiguió el militar—, el Gobierno inglés te ha nombrado jefe del distrito. Aunque eres muy joven, tu espíritu está maduro y creo que puedes manejar a los nativos. ¿Aceptas este nombramiento?

—Sí —respondió Dick—; lo haré en recuerdo de mi padre.
Poco después, Dick Tabú convocaba a sus nativos y les decía:
—Id con vuestros tambores y tam-tams a proclamar en todos los kraals del distrito que asumo la autoridad suprema y que me conduciré con los nativos como ellos se conduzcan conmigo.
Días después Dick Tabú, escoltado por veinte negros, partía en visita oficial a los kraals vecinos y recibía el homenaje de cada jefe de tribu. Su fama de semidiós crecía cada vez más.
El destino quiso que Dick Tabú olvidara visitar el kraal de Sabava y esta omisión debía ocasionarle grandes vicisitudes. Dicho kraal se encontraba en lo más intrincado de la selva. Allí se había introducido un hombre malvado que odiaba al Intocable.
—No crean ustedes en el Intocable —decía el pérfido Johnson a los nativos—. Ustedes viven engañados. ¿Qué es un *tabú*? Una idiota creencia que nada vale. Vengo a libertaros de supersticiones necias. Os traigo otro *tabú* mejor que Dick Hateras.
Y Johnson, mostrando un revólver, añadía:
—Este tabú viene del dios del fuego y mata a los enemigos.
En ese instante pasó silbando por encima de la cabeza de los nativos un proyectil que arrojó de la mano de Johnson el revólver. Inmediatamente avanzó la alta figura del capitán Darcy, seguido de dos policiales.
—Johnson —exclamó el militar inglés—, quedas arrestado por asesinato y comercio de esclavos. Engañas a los nativos; lo que pretendes es robar los colmillos de elefantes que ellos poseen y sembrar odios entre las tribus.
Los policiales se llevaron preso a Johnson y al mulato Samuel, pero en el espíritu de los nativos quedó una duda sobre el poder de Dick Tabú.
Poco tiempo después Dick recibía una carta del capitán Darcy, aconsejándole que se pusiera en guardia, porque algunos nativos de otros kraals provocarían disturbios.
El Intocable quedó cavilando sobre esta noticia. Sin embargo, algunos nativos del kraal de Subava habían infiltrado la desconfianza y se comenzaba a murmurar que el Intocable no tenía poder sobrenatural, ni era el protegido del gran espíritu.
Una noche, después de la comida, Dick se sintió soñoliento y fatigado. Su sueño se vió perturbado por atroces pesadillas y le pareció que una voz decía a su lado: "Tócale... No seas cobarde. Pronto, pronto, antes que sea tarde".

ELENA POIRIER

Al mismo tiempo, una mano fría y temblorosa se afirmaba sobre su pecho.
Cuando por fin despertó, tenía el cuerpo bañado en sudor.
"¿Habré contraído una fiebre maligna —pensó Dick Tabú—, o arrojaron veneno en mi comida?"
Dick volvió a sumirse en un prolongado letargo.
Entretanto, los nativos se reunían en la ruca del jefe Tomasi.
—Para qué aguardar más —dijo uno de los negros, que parecía el más insidioso y traidor—, Marfué ha tocado al Intocable y nada le ha sucedido.
Marfué dejó escapar un doloroso gemido.
—Hemos roto el tabú —dijo el jefe Tomasi—, pero con malas artes. Le dimos a beber una medicina que adormece y no pudo luchar. Su espíritu estaba lejos.
—Es verdad —expresó otro negro—, pero toma nota que Marfué le tocó y no ha muerto.
—Todavía no —asintió Tomasi—. Yo propongo que esperemos siete días y que si Marfué vive aún, declaremos roto el tabú.
—Si alguien comunica al tabú este hecho, él mismo tratará de exterminarlo —objetó otro.
—No lo sabrá porque hemos jurado guardar secreto —dictaminó Tomasi.
Marfué, agobiado por su crimen, se recluía como un leproso, sumido en un gran temor al castigo del gran espíritu.
Dick Tabú sacudió su modorra tras largas horas de sueño y partió a la caza con varios de sus fieles nativos. Así transcurrieron seis días sin que ocurriese nada extraordinario.
—Tomasi —dijo Dick al jefe de la tribu—, algo extraño sucede aquí. Me vienen como murmullos malignos de la selva y me parece que algo ocultan ustedes.
—No comprendo, amito...
—Toda mi vida he vivido con ustedes y entre ustedes —suspiró Dick Tabú—. Yo conocía sus más secretos pensamientos y nunca pensé que llegaría el momento en que me ocultarían algo. Estoy inquieto, Tomasi.
—Es el tabú, gran *buana* —insinuó Tomasi—. Se ha levantado un muro alrededor de usted. Ese tabú es su fuerza y su perdición.
—¿Por qué me han convocado a la caza del búfalo? —preguntó Dick Tabú—. Llevamos tres días y tres noches y esos animales

no aparecen. Otra cosa que me preocupa es el extraño proceder de Marfué el cazador. No está enfermo y, sin embargo, parece un condenado a muerte. Se diría que ha roto un sagrado tabú, y que teme el castigo de los dioses. ¿Qué piensas tú?

—¿Qué puedo pensar yo, gran *buana*? —balbuceó, confundido, Tomasi.

—Estoy seguro de que tú podrías decirme por qué todos huyen de Marfué como si tuviera lepra y por qué su mujer está siempre regañándole. Allá le veo corriendo hacia los pantanos... Su mujer va tras de él... Tú puedes aclararme estos misterios, Tomasi. Estoy inquieto...

Tomasi inclinó la cabeza y murmuró acongojado:

—No puedo hablar, gran *buana*.

Sólo entonces recordó Dick Tabú las advertencias del capitán Darcy.

El Intocable inclinó la cabeza. Sentíase derrotado y como si le faltaran las fuerzas.

—Vamos a los pantanos —dijo, por fin, haciendo un violento esfuerzo—, y si no aparecen los búfalos esta noche, retornaré al kraal.

Tomasi, más y más confundido, porque amaba con delirio a Dick Hateras, recordó que esa noche se cumplían los siete días fijados por los enemigos del Intocable, y que, transcurrido ese plazo, nadie creería en el poder sobrenatural del hijo del colono Hateras.

Taciturno caminaba Dick Tabú sin advertir que le habían dejado solo en medio de la yungla.

De pronto sintió leves rumores.

—Nativos armados —murmuró Dick Tabú.

El ruido era leve y lejano; pero el maravilloso niño tenía aguzados los sentidos con sorprendente sutileza.

—Tomasi, Tomasi —gritó el niño, con inquietud.

El jefe del kraal no respondió; en cambio, miles de voces apagadas llegaron furtivamente a sus oídos.

—Ya no cabe duda —exclamó Dick, sentándose en el tronco de un árbol—, hay una conspiración en mi contra y esos negros intentan romper el tabú. Siento que mil ojos me espían por entre las breñas.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO IV.— Temor del indio a los caballos

Irigoyen, uno de los capitanes de Hernán Cortés, miraba asombrado al nativo que, luego de preguntarle si era cristiano, lloraba de rodillas.

—¿Quién sois? —indagó el capitán vasco, advirtiendo sólo entonces que aquel hombre, aunque bronceado por el sol, no pertenecía a la raza cobriza.

—Hace ocho años, caí prisionero de los indígenas. Soy el padre Aguilar.

Así el sacerdote español se agregó a la flota de Hernán Cortés. Ocho días después y al llegar a la desembocadura de un río, Hernán Cortés dijo al piloto Alaminos:

—Aquí desembarcaremos. Lancen todas las canoas al mar.

Desde tierra los indígenas divisaron a los conquistadores y armados de lanza, escudos y hachas aguardaron a los españoles.
El padre Aguilar, quien hablaba la lengua maya, avanzó hacia los guerreros, diciéndoles:
—Venimos como amigos y no como enemigos.
Pero no pudo convencerlos y se inició un sangriento combate.
—Santiago adelante —gritó Hernán Cortés, situado en la primera fila de combatientes.
Bravos eran los indios, pero los mosqueteros con ese misterioso *trueno de los blancos* les obligaron a huir.
Días más tarde, todo el país se sublevaba y miles de indígenas volvían al combate. Cuando Hernán Cortés avanzó con la caballería corrió el espanto por las filas indígenas.
—Esos animales son unos monstruos. Son semidioses —decían los nativos que jamás habían visto animales de la raza equina.
Esta vez los indígenas no volvieron al combate y se perdieron en las selvas de México.
Victorioso, Hernán Cortés abandonó la isla Cazumel en demanda del continente.

(CONTINUARA)

El ruiseñor y la rosa
CUENTO DE OSCAR WILDE

—Dijo que bailaría conmigo si le llevaba rosas rojas —exclamó el Estudiante—; pero en todo mi jardín no hay una rosa roja.
Desde su nido en la encina oyóle el Ruiseñor, y mirando a través de las hojas, maravillóse.
—¡Ni una rosa roja en todo el jardín! —exclamaba el Estudiante; y sus bellos ojos llenáronse de lágrimas—. ¡Ah, de qué pequeñas cosas depende la felicidad! He leído cuanto los sabios han escrito, y míos son todos los secretos de la filosofía; sin embargo, por falta de una rosa roja me siento desgraciado.
—He aquí, al fin, un verdadero amante —dijo el Ruiseñor.
—El Príncipe da un baile mañana por la noche —murmuraba el Estudiante—, y mi amor asistirá a él. Si le llevo una rosa roja, la estrecharé entre mis brazos, y ella reclinará su cabeza sobre mi hombro, y su mano se apoyará en la mía. Pero como no hay ni una rosa roja en mi jardín, tendré que sentarme solo, y ella pasará ante mí. Y no me hará caso, y mi corazón se romperá.
—He aquí, en efecto, al verdadero amante —dijo el Ruiseñor—. De lo que yo canto, él sufre; lo que es alegría para mí, es dolor para él. Indudablemente, el Amor es una admirable cosa.
—Mi amor bailará al son del arpa y del violín —decía el Estudiante—. Bailará tan levemente, que sus pies no tocarán el suelo, y los cortesanos, en sus trajes vistosos, harán corro en torno de ella. Pero conmigo no bailará, porque no tengo rosa roja que darle.
Y se arrojó sobre la hierba, y, escondiendo su rostro entre las manos, lloró.
—¿Por qué llora? —preguntó un pequeño lagarto verde, que acababa de pasar ante él con la cola al aire.
—Llora por una rosa roja —dijo el Ruiseñor.
—¿Por una rosa roja? —exclamó—. ¡Qué ridiculez!
Pero el Ruiseñor comprendió el secreto de la pesadumbre del Estudiante, y, posándose silenciosamente en la encina, meditó sobre el misterio del Amor.
De pronto, desplegó sus alas pardas y se remontó en el aire.
En el centro del prado se erguía un hermoso rosal. Al verlo, voló hacia él, posándose en una rama.

—Dame una rosa roja —gritó—. Y te cantaré mi canción más dulce.

Pero el rosal sacudió la cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—, tan blancas como la espuma del mar. Pero ve a mi hermano que crece en torno del viejo reloj de sol, y acaso él te dará lo que necesitas.

Y el Ruiseñor voló hacia el rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —gritó—, y te cantaré mi canción más dulce.

—Si quieres una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que fabricarla con música, a la luz de la luna, y teñirla con sangre de tu corazón. Tienes que cantar con tu pecho apoyado sobre una de mis espinas. Toda la noche cantarás, y la espina atravesará tu corazón, y la sangre de tu vida fluirá en mis venas y se hará mía.
—La muerte es un precio excesivo para pagar una rosa roja —exclamó el Ruiseñor—, y la vida es dulce a todos.
Sin embargo, el Amor es mejor que la vida, y, ¿qué es el corazón de un pájaro comparado con el corazón de un hombre? Y desplegando sus alas pardas, se remontó en el aire. Pasó rápidamente por el jardín como una sombra, y como una sombra se deslizó a través de la alameda.
El Estudiante continuaba echado en la hierba, como le había dejado, y las lágrimas no se secaban en sus bellos ojos.
—¡Sé feliz! —gritó el Ruiseñor—, ¡sé feliz, tendrás tu rosa roja! Yo la fabricaré con música, a la luz de la luna, y la teñiré con la sangre de mi corazón. Todo lo que te pido, en cambio, es que seas un verdadero amante, porque el Amor es más sabio que la Filosofía, por sabia que ésta sea, y más poderoso que la Fuerza, por fuerte que ésta sea.
El Estudiante levantó la vista de la hierba, y escuchó; pero no comprendió lo que le decía el Ruiseñor, porque él sólo sabía lo que está escrito en los libros.
Pero la encina comprendió, y entristecióse, porque tenía un gran cariño al pequeño Ruiseñor, que había construído el nido en sus ramas.
—Cántame una última canción —susurró—; voy a sentirme muy sola cuando te hayas ido.
Y el Ruiseñor cantó para la encina, y su voz era como agua que cae de un jarro de plata.
Cuando hubo terminado su canción, levantóse el Estudiante y sacó de su bolsillo un cuadernito y un lápiz.
—Tiene estilo —se decía a sí mismo, mientras caminaba por la alameda—, no puede negarse; pero, ¿siente lo que canta? Temo que no. En verdad, es como tantos artistas; todo estilo, y nada de sinceridad. No se sacrificaría por los demás.
Y entró en su cuarto, y, echándose sobre el jergón, comenzó a pensar en su amor. Al cabo de unos momentos quedó dormido.
Y cuando la luna lució en los cielos, el Ruiseñor voló hacia el rosal, y colocó el pecho sobre una de sus espinas. Toda la noche

ELENA POIRIER

estuvo cantando con el pecho sobre la espina, y la fría y cristalina luna se inclinó para escuchar. Toda la noche estuvo cantando, y la espina se clavaba más y más en su pecho, y la sangre de su vida corría fuera.
Cantó primero el nacimiento del Amor en los corazones de dos adolescentes. Y en la rama más alta del rosal floreció una rosa maravillosa, pétalo tras pétalo, como canción tras canción. Pálida era al principio, como la bruma que fluctúa sobre el río; pálida como los pies de la mañana, y argentada como las alas de la aurora.
Pero el rosal gritó al Ruiseñor que se apretase más contra la espina.
—¡Apriétate más, pequeño Ruiseñor —gritó el rosal—, o el día vendrá antes de haber dado fin a la rosa!
Y el Ruiseñor se apretó más contra la espina, y más y más creció su canto, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.
Y un delicado rubor cubrió las hojas de la rosa. Pero la espina no había llegado aún a su corazón, y el corazón de la rosa permanecía blanco, porque sólo la sangre del corazón de un ruiseñor puede enrojecer el corazón de una rosa. Y el rosal gritó al Ruiseñor que se apretase más contra la espina.
—¡Apriétate más, pequeño Ruiseñor —gritó el rosal—, o el día vendrá antes de haber dado fin a la rosa!
Y el Ruiseñor se apretó más contra la espina, y la espina alcanzó su corazón, y una fiera congoja de dolor le traspasó.
Y la maravillosa rosa tornóse carmesí, como la rosa del cielo de Oriente. Purpúrea era la corona de pétalos, y purpúreo como un rubí el corazón.
Pero la voz del Ruiseñor desmayaba, y sus alitas comenzaron a batir, y una nube cayó sobre sus ojos. Más y más desmayaba su canto, y sentía que algo obstruía su garganta.
—¡Mira, mira —gritó el rosal—, ya está terminada la rosa!
Pero el Ruiseñor no contestó, porque yacía muerto entre la hierba, con la espina clavada en el corazón.
Al mediodía, el Estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.
—¡Caramba, qué maravillosa visión! —exclamó—. ¡Una rosa roja! En mi vida he visto rosa semejante. Es tan bella, que estoy seguro tiene un largo nombre en latín.
E inclinándose la arrancó.

Con la rosa en la mano corrió a casa del profesor. La hija del profesor estaba sentada ante la puerta.

—Dijisteis que bailaríais conmigo si os traía una rosa roja —dijo el Estudiante—. He aquí la rosa más roja del mundo. La prenderéis esta noche sobre vuestro corazón.

—Temo que no vaya bien con mi vestido —repuso la muchacha, frunciendo el ceño.

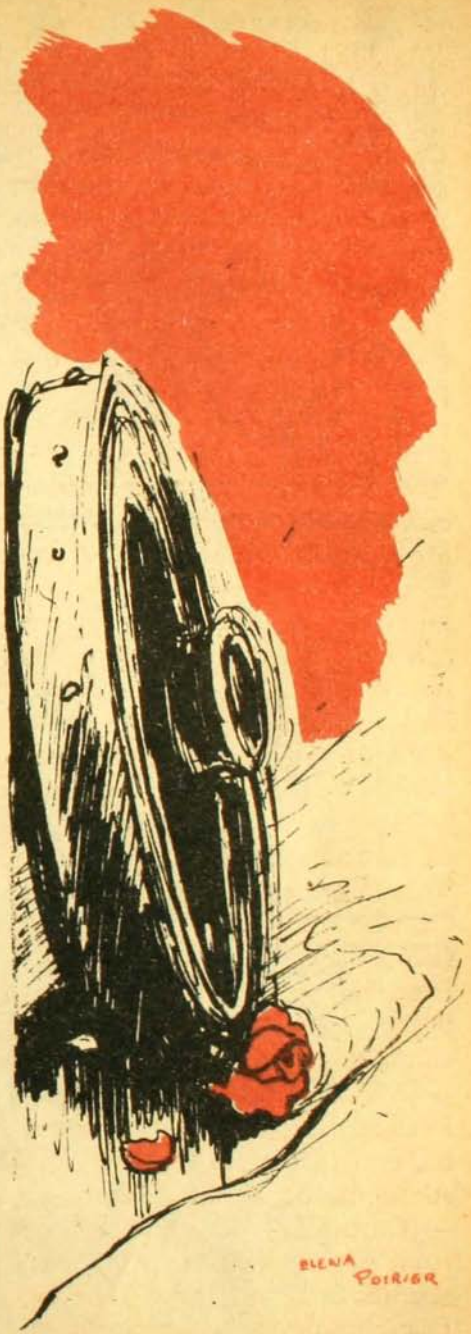
—A fe mía que sois una ingrata —dijo agriamente el Estudiante; y tiró la rosa al arroyo, donde un carro la aplastó al pasar.

—¿Ingrata? —dijo la muchacha—. Y yo os digo que sois un grosero. ¿Y, al fin y al cabo, qué sois? Sólo un estudiante.

Y, levantándose de la silla, entró en la casa.

—¡Qué necia cosa es el Amor! —se decía el Estudiante, mientras caminaba—. No es ni la mitad de útil que la Lógica, porque nada demuestra, y le habla a uno siempre de cosas que no suceden nunca, y hace creer cosas que no son ciertas. En realidad, no es práctico, y, como en estos tiempos ser práctico es todo, volveré a la Filosofía y a los estudios de Metafísica.

Y, al llegar a su casa, abrió un grande y polvoriento libro, y se puso a leer.



TOLITO, POR Moris

Centelleante

CAPITULO IV.—El aprendizaje de Centelleante

RESUMEN: Fernando Vilches, su esposa paralítica y sus seis hijos están sumidos en la más negra miseria. Lidia, la hija mayor, de diez años, efectúa todos los menesteres de la casa y desea entrar a un circo. El saltimbanqui Julio Salvador, prendado de la belleza de Lidia, trata de conquistarla con obsequios. Lidia por salvar a su familia ingresa al circo con el apodo de Centelleante.

Terrible fué para Lidia Vilches la primera noche en el carromato de los saltimbanquis, con personas extrañas y ordinarias. Y tantos ruidos aterrantes... El claquear de la hiena y los rugidos del tigre, unidos a las disputas de los cuidadores, perturbaba el sueño de Lidia.

Desde el alba fué despertada por la voz gruñona de Conchita, la andaluza, que debía instruir a Lidia en las danzas y adiestramiento de la cuerda.
Comenzó el aprendizaje con una cuerda tendida a poca altura del suelo, a fin de evitar una caída peligrosa. El pequeño Anguila estaba cerca de ella, a fin de ofrecer su mano a la futura bailarina en caso de que perdiera el equilibrio.
—Es la primera lección de acrobacia vulgar —dijo Conchita—, después ensayaremos algo más difícil.
—Anda —murmuró Anguila, con acento afectuoso—. No temas.
Pero Lidia no avanzaba y sus ojos se fijaban angustiados en la irritable maestra.
—¿Vas a comenzar o no? —gritó Conchita, alzando su varilla.
Al oír la voz imperiosa de su mujer, Julio Salvador se acercó.
—Comprendo la timidez de esta chica —dijo el director del circo—. Suelta esa varilla, mujer.
Conchita no obedeció y entonces Julio Salvador gritó furibundo:
—Suelta ese látigo si no quieres que te marque la espalda. Sabes que cuando pego, tengo la mano dura.
La mujer soltó la varilla y, dando una mirada reptilesca a Lidia, murmuró entre dientes:
—Nada perderás con esperar, y entonces yo también tendré la mano dura.
Así fué cómo Conchita había actuado con Griselda, la pobre huérfana que murió de tanto padecer.
La había golpeado cuando no tenía testigos y la infortunada víctima nunca se atrevió a quejarse de miedo que redoblaran sus sufrimientos.
Sólo su marido sospechaba la verdad, pero por cobardía nada dijo.
Comenzaron los ejercicios, y Lidia demostró su agilidad y donaire bajo las miradas alentadoras y satisfechas de Julio Salvador.
—En una semana podrás estrenarte —insinuó el chico Anguila, cuando tuvieron un instante de descanso.
—Le tengo tanto miedo a la señora Conchita —murmuró Lidia—. Oí que el boxeador, a quien apodan Marinero, decía a su compañero: "A ésta la van a matar como a la otra chica".
—Tonterías —declaró el Anguila—. Griselda estaba enferma cuando vino al circo y toda su familia había muerto de tubercu-

losis. No conviene que te sugestiones con esa idea triste, compañerita. Don Julio te protege y también el Marinero, que, a pesar de su afición a la bebida, tiene muy buen corazón.

Lidia concurrió esa noche a la función del circo y se divertió mucho con los chistes de los payasos Pepo y Pipo y las grotescas contorsiones del Anguila.

También quedó maravillada de la transformación que se efectuaba en la andaluza Conchita cuando bailaba. La antigua bailarina tenía tanta gracia, tanta armonía en sus gestos, que se olvidaban sus arrugas y sus años.

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS

1. Estrellito y Celestín, los mellizos picarescos y divertidos, iban en viaje al Zoológico del Cerro San Cristóbal. "—Tengo un hambre tan colosal que me comería un buey", dijo Estrellito. "—Cómete el buey", respondió Celestín, recogiendo un plátano que seguramente cayó de un camión.

2. Por cierto que el plátano no sació el apetito de Estrellito y Celestín, tanto más que no estaba tan fresco. Los plátanos vienen de países tropicales y por eso se ponen como negros. "—Ahora que ya lo comimos —dijo Celestín— vamos a inflarlo como una copucha de viento."

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. Estrellito y Celestín se detuvieron frente a una jaula con monos y se entretuvieron observando a los diablos micos. "—¿Quieres un platanito, monito lindo?", dijo Estrellito a un simpático mico. El mono estiró su garruda pata y al ver que no era más que una copucha de viento, se indignó.

4. Y había que ver la furia del mico. Sacando sus patas con garras peludas, cogió las cabezas de Estrellito y Celestín y les dió un cabezazo juntando las dos caritas de los mellizos. "—¡Ay, ay, ay!", chillaron los traviesos chiquillos. "—Eso es —gritó el mico—, canten el *ayayay*, niñitos."

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se bate en olímpico combate con el gigante rubio Rolando el Gavilán, que capitanea la horda de normandos que asaltan el continente.

CAPITULO IV.—El rey Arturo condena a muerte al Gavilán

Nunca se había encontrado Ives con un adversario semejante. Era el joven viking normando como un semidiós, de cabellos pajizos y rostro tan blanco como el de una doncella. La lucha continuaba ruda y feroz.

Por fin, Ives, con una formidable arremetida, logró que el lanchón se inclinara y el viking desapareció en el mar. En ese preciso instante se oyeron los clarines de guerra de los barones del rey Arturo.

—Todos al mar —ordenó el jefe de los corsarios.

Los blancos veleros se esfumaron en el horizonte.

De pronto Ives el Indomable divisó una mano que surgía entre las olas y sin demora nadó hasta el náufrago y lo alzó con su brazo derecho fuera del agua, mientras que con el izquierdo nadaba hasta la ribera.

—Eres buen enemigo —balbuceó el viking.

—Luché contigo en buena lid —respon-

dió Ives el Indomable—, pero ninguna criatura humana es mi enemiga. He nacido en los bosques a causa de la hostilidad del rey Arturo contra mi madre la princesa Ghislene y soy el caudillo de los débiles.

Ambos jóvenes fueron detenidos por la caballería del rey Arturo y conducidos ante él.

El viking, cargado de cadenas, caminaba con paso firme y la cabeza erguida. El rey, rodeado de su corte y de su guardia, ocupaba un alto trono. Al ver entrar al rubio normando surgió en la vasta sala un murmullo de odio.

—¿Quién eres —preguntó el rey Arturo al prisionero—, y por qué tu gente ha querido invadir mi reino?

—Mi nombre es Rolando el Gavilán y los hombres del Norte son mi pueblo —dijo el rubio gigante—. Nuestra tierra es pobre, ¡oh rey!, y nuestros niños

mueren de hambre. Es por eso que los guerreros navegan hasta muy lejos para conseguir su subsistencia.

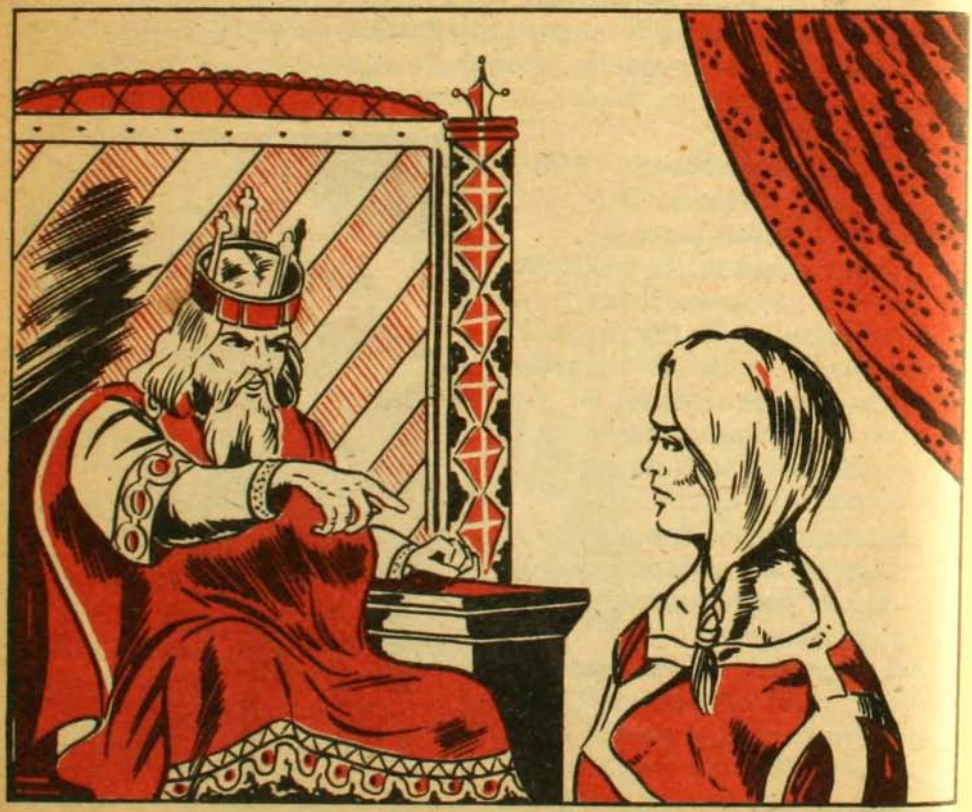
—Tú y los tuyos —replicó, furioso, el rey Arturo— habéis saqueado mi reino y los dominios de mis barones. Por eso morirás.

—No le temo a la muerte —dijo Rolando el Gavilán—. Seré vengado por mi pueblo en la próxima estación. Sabedlo, ¡oh rey! Vosotros no seréis siempre los más fuertes. El destino de los vikings está escrito... Nuestros dioses nos protegen.

—Que tus divinidades te protejan —dijo sarcásticamente el rey Arturo—, pero lo que es yo te condeno a muerte.

Rolando el Gavilán sonreía y su blanco rostro parecía brillar con una luz interior.

—¿Por qué hacer morir a este joven? —interrumpió Ives el Indomable—. Sería mejor devolverle a su tierra nativa. Es verdad cuanto ha dicho el viking. En el Norte, los normandos sufren



hambre y aquí no se cultiva la mitad de las tierras. En vez de guerrear con ellos, podría concedérseles el derecho a laborar los campos incultos o los bosques que sólo sirven para las cacerías de los barones ociosos. Así habría paz entre nosotros.

—Renunciar a nuestra venganza, jamás, jamás —gritaron los cortesanos—. Que muera Rolando el Gavilán y que se le queme la boca a Ives por traidor.

—No soy traidor —replicó el indomable doncel—, pido justicia, y mientras yo viva, Rolando el Gavilán será defendido por mí. No morirá.

Aullidos de fieras parecían los gritos que lanzaban los cortesanos. Algunos alzaron sus espadas y lanzas. Pero Ives el Indomable, como un héroe de leyenda, abrió sus brazos y se interpuso entre el prisionero y los que pedían su muerte.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

¿Puede decirnos qué voz emite la hiena? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes "Vitalmín Vitaminado", 1 portadocumentos, 6 pelotas de goma, 6 estuches colegial, 1 muñeca, 2 juegos manteles para té, 5 premios de $ 10.— y 10 libros de cuentos infantiles.

Además de los premios ya anunciados, **LA CASA GARCIA**, de Alameda Bernardo O'Higgins esq. Av. España, dará un premio semanal.

Remita oportunamente su solución y tendrá opción a ganar los magníficos y prácticos regalos que obsequia "Simbad".

Los ejemplares de "Simbad" se agotan rápidamente. Adquiera con anticipación el suyo.

¡Todos a participar en este torneo de la suerte!

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

Simbad

N.º 5

LA CENICIENTA

$ 2.-

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 5
Precio: $ 2.—
6-X-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO V

Simbad, espantado por la horrible visión de miles de serpientes, dejó caer los diamantes y prudentemente se alejó de la caverna. Los reptiles no parecían preocuparse del marino y reptaban atropellándose, las unas bajando de los árboles, y las otras saliendo de sus madrigueras. Era incalculable su número, y las más pequeñas serpientes podían engullir tres hombres del tamaño y corpulencia de Simbad.

El marino había oído decir que los mercaderes de diamantes iban a aquel valle en la época que las águilas tienen cría, pero ignoraba el procedimiento. Ahora veía caer de la altura grandes pedazos de carne fresca a la gruta. Algunos pingajos se pegaban a los diamantes, y luego las águilas, siempre voraces, sacaban la carne para llevarla a sus polluelos que vivían en la cima de las montañas. Entonces los mercaderes se apoderaban de las piedras preciosas, valiéndose de tal astucia, porque de otra manera les resul-

taba imposible penetrar a esas grutas rodeadas de altísimas montañas.

"Una idea maravillosa —murmuró Simbad—, pero como yo no soy pájaro volador, no veo manera de ascender."

Simbad comprendió que estaba en una especie de tumba y comenzó a cavilar recorriendo todo el valle y evitando siempre la presencia de las serpientes.

"Están llenas con el almuerzo suculento que les han ofrecido los mercaderes —se dijo Simbad—, y allí las veo dormitando al sol."

El marino, habituado a las aventuras, buscó un arroyo dónde saciar su sed y devoró con repugnacia algunos frutos ácidos del vallecico.

Todo podía soportarse durante el día, pero llegada la noche Simbad se aterró con la idea de que los reptiles querrían ofrecerse un pequeño banquete con sus pantorrillas. Comenzó entonces a mover peñascos hacia una pequeña gruta, cerrando hasta los más pequeños intersticios con piedrecillas y hasta con diamantes. Por cierto que los reptiles no le dejaron dormir una pestañada con sus silbidos estridentes y el sonar de sus cascabeles.

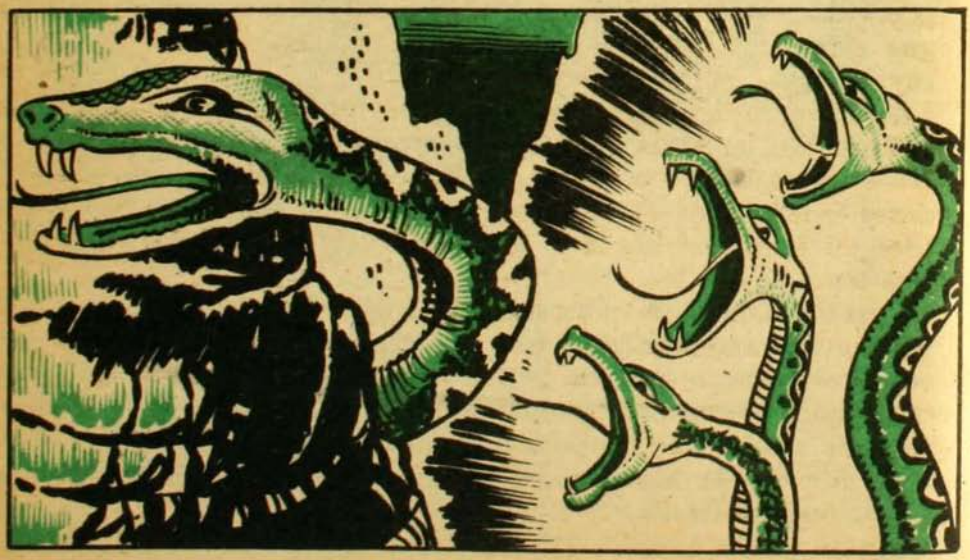
Tal como el día anterior, los reptiles se alejaron al rayar el alba

y Simbad pudo salir de su encierro. Pero era tal su pavor que ya no le interesaban los diamantes y pisaba sobre ellos al caminar como si hubieran sido vulgares guijarros.

"Riqueza, ambición ¿de qué sirven? —suspiraba el aventurero Simbad—. Si hubiera permanecido junto al docto maestro Pulan, nada de esto me ocurriría. En mi primer viaje dormí a flor de agua sobre una ballena, pero tenía el recurso de lanzarme al mar."

Pero de tanto y tanto aguzar el magín, Simbad discurrió que tal como había viajado hasta el valle de los diamantes en la pata fenomenal de un roc, o sea, vulgarmente de un águila gigante, podía también salir del pantano, colgado de esas patitas que semejaban troncos de vieja encina.

"Y no me iré sin llevar una buena cantidad de estas piedras



preciosas —añadió Simbad el Marino—. No importa que recargue el peso. El águila podría acarrear hasta con el palacio del rey Miraj."

La ambición de Simbad por la riqueza podía costarle la vida. No calculaba el aventurero que tenía dos peligros que afrontar.

No sólo las águilas acudirían en busca de la carne que los mercaderes lanzaban desde el altísimo acantilado, sino también los reptiles de enormes fauces y mortal veneno que podían engullir a tres hombres juntos.

Es así que ocurre muchas veces a los hombres codiciosos, que sólo piensan en amontonar tesoros, sabiendo que algún día la muerte se los arrebata, pues, como dice el refrán:

"Desnudos llegamos al mundo y desnudos nos iremos de la tierra, sin más caudal que las buenas obras."

Pero Simbad el Marino nunca escarmentaba y confiaba siempre en su buena estrella.

(CONTINUARA)

MUCHI

1. "—¿Juguemos a las escondidas?", dijo el pato Poco. "—Ya está", asintió Muchi, tapándose la carita. "—Espera hasta que cuentes cincuenta y no mires", ordenó Poco.

2. Al divisar un montón de hojas secas, Poco pensó que sería un espléndido escondite. En esto llegó el jardinero. "—Voy a quemar la basura", dijo.

POCO

3. Inmediatamente encendió un fósforo y el fuego ardió. Por poco el pato no quedó como pato asado al palo. "—¡Ay, ay, ay! —gritó Poco—. ¡Socorro, bomberos!... Me quemo el rabo."

4. Muchi continuaba buscando a Poco. "—Aquí no está... Frío como el agua del río." Al ver a Poco dentro de una barrica con agua, Muchi gritó: "—¡Te pillé!" "—Al diablo con tu juego."

ELENA POIRIER

DICK TABÚ

CAPITULO V.—Dick Tabú recobra su poder.

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo, lo declara Tabú. Durante diez años su padre y los negros del kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós. El mulato Gómez, enemigo de Hateras, atrae al padre de Dick a una celada y le aprisiona. El Intocable ejecuta proezas maravillosas. Para salvar a su padre baja a la caverna del río donde Hateras yace cautivo del mulato Gómez. Dick mata a Gómez, pero su padre muere víctima de un cocodrilo. Instigados por nativos de Subava, los negros obligan al cazador Marfué a romper el tabú, y esperan siete días para ver si es castigado el delincuente.

En su abatimiento y soledad, Dick Tabú sintió ruido de pasos. Un hombre se acercaba. Debía ser un nativo por la manera de correr, a saltos.

Dick se ocultó tras una palma y escuchó una voz de mujer que gritaba al fugitivo:

—Detente, Marfué. Eres un malvado. Confiesa al tabú el mal que has hecho. Pensar que has mostrado menos gratitud que un perro sarnoso. Si no hubiera sido por el Intocable nuestro hijo habría muerto en las garras del tigre. Confiesa, Marfué.

Pero antes de que Marfué se resolviera a confesar su delito, Dick Tabú salió de entre las ramas y gritó:

—¡Atrás..., trepen a los árboles! Pronto; se acercan los búfalos.

Marfué y su mujer, atónitos al ver al Intocable, permanecieron inmóviles y como petrificados de espanto, y no advirtieron que un búfalo salvaje venía hacia ellos.

El terror les confundió aun más; Marfué corrió de un lado mientras su pobre mujer, en vez de refugiarse entre los árboles, vaciló y cayó al suelo justamente al paso del furioso animal.

Dick Tabú cogió una gruesa rama y dijo a la negra:

—Aléjate, mujer; yo te defenderé.

Ya embestía el búfalo contra la mujer de Marfué y Dick se desesperaba por no tener otra arma que un palo para combatir al cornudo toro.

—¿Qué hacen escondidos esos cobardes guerreros? —gritó Dick Tabú—. ¿Van a permitir que el búfalo mate a esta mujer?

Como nadie respondiera a su llamado, el valiente muchacho soltó el garrote, cogió al búfalo por las astas, saltó encima de su

lomo y de allí resbaló a la cola, que tiró con todas sus fuerzas para apartarlo de la mujer de Marfué.
La negra estaba en salvo, pero Dick Tabú recibió una feroz patada del búfalo y perdió los sentidos.
Cuando volvió en sí vió a pocos pasos de distancia al búfalo muerto con más de cien flechas clavadas en el lomo. Tras el animal se hallaban los cazadores y guerreros del *kraal* en actitud sumisa y dolorida.
El Intocable se puso de pie y todos los negros alzaron sus armas y lo aclamaron.
—Explícate, Tomasi —ordenó el Intocable.
—Nunca podrá ser explicado lo inexplicable, OH GRAN TABU —replicó Tomasi—. Aquel que nadie puede tocar es sagrado para siempre. No puedo explicarlo yo tampoco.
—¿Y Marfué dónde está?
Los negros tendieron el cadáver de Marfué a los pies de Dick.
El búfalo, acosado por los flecheros, había cogido en sus cuernos al individuo que rompió el sagrado tabú.
—Pobre Marfué, era un buen hombre —dijo el compasivo Dick.
—No —declaró Tomasi—. Marfué rompió el tabú y debía morir. Es justicia.
Pero nunca comprendería Dick el misterio de esos seis días en que los negros le miraban arteramente, ni nunca le confesarían que, habiéndole narcotizado mientras dormía, el infeliz Marfué colocó una mano sobre su pecho.
Sin embargo, Dick sospechó que algo se había tramado contra él y que de aquella prueba salía victorioso.
Desde entonces la fama del joven semidiós se engrandeció aun más y hubo tranquilidad en el distrito gobernado por el hijo del colono Hateras.
Por aquellos días se verificaba en otra región africana un sangriento drama. Dos individuos escapados de presidio se habían introducido en la jungla huyendo de la policía.
Los dos blancos pidieron hospedaje al jefe del *kraal* de Chivamba, quien les acogió bondadosamente y durante una quincena les trató con sincera amistad.
Pero aquellos forajidos tenían el alma negra, más negra que el cuerpo de los ingenuos africanos. Un día que asistieron a una fiesta indígena, se despertó en ellos inmensa codicia al ver un ídolo adornado con maravillosos rubíes.

ELENA YOIKIEV

—Logan —dijo Riper a su compañero de presidio—, mira esos rubíes. Valen una fortuna. Ofrezcamos un precio por ellos.
Riper se acercó al jefe del *kraal* y le propuso cambiar los rubíes que adornaban al ídolo por su pipa, su revólver y un puñal de acero.
—No —respondió el jefe Sulim—, esos *ju-jus* y todo lo que engalana a nuestro fetiche es tabú. Hay pena de muerte para quien los toque.
Los presidiarios se burlaron de los nativos; durante la noche mataron al guardián que custodiaba la entrada al templo del ídolo y se robaron los rubíes. En seguida huyeron por la enmarañada selva.
Después de dos días de fuga y creyéndose ya seguros, ambos forajidos comenzaron a disputarse el reparto de las piedras preciosas. Se trabó entre ellos una acalorada discusión y por fin Logan mató a Riper mientras éste dormía.
Ya en posesión absoluta de los rubíes, Logan se internó en la selva y siguió la dirección del Norte, decidido a llegar lo más pronto posible a una colonia extranjera, donde pudiera vender las piedras preciosas y embarcarse con otro nombre para un país europeo.
Llevaba dos días sin comer y el cansancio extenuaba sus fuerzas. De pronto divisó un villorrio indígena.
—En ese *kraal* hay hombres blancos —murmuró Logan—. Lo compruebo porque sobresale entre el grupo de chozas un edificio de sólida construcción.
Sin embargo, a Logan, fugitivo de la justicia, le acosó una duda. ¿Y si los moradores de aquel *kraal* le eran adversos? ¿Si ya la noticia de su sacrilegio, es decir, del robo de los rubíes del ídolo, había corrido de *kraal* en *kraal*?
Mejor sería observar quiénes vivían en la casa principal.
Arrastrándose por entre las breñas, tratando de hacer el menor ruido posible, fué acercándose al caserío.
Gritos salvajes atrajeron su atención.
Junto al fugitivo pasaron varios nativos con sus armas desplegadas. Tras los primeros venían otros escudriñando los matorrales, cual si buscaran una presa que coger.
Logan temió que los negros del *kraal* de Chivamba hubieran dado aviso del robo de rubíes. El cobarde presidiario tembló por su vida.

Pronto comprobó qua su temor era vano.
Los guerreros negros se habían concentrado en un claro de la selva, rodeando a un esbelto muchacho vestido con piel de leopardo.
El joven blanco, de espaldas al grupo de flecheros que le apuntaban con sus armas, permanecía inmóvil. No obstante, ninguna flecha tocaba su cuerpo.
Logan observó largo rato el ejercicio de los negros.
"Ya comprendo —pensó Logan—, ese gallardo niño debe ser Dick Tabú, el semidiós de esta comarca, aquel niño prodigio del cual me hablaron con tanta veneración los negros de Chivamba.
En la mente astuta y pérfida de Logan surgió un plan diabólico. Se conquistaría la confianza de Dick Hateras, fingiendo que iba en su auxilio, porque le creía en peligro, y después de captarse su confianza le traicionaría como traicionó a su compañero Riper y al jefe Sulim.
Los negros continuaban ejercitando sus armas en un peligroso juego de destreza con Dick Tabú.
Cualquiera otro que no tuviera la agilidad y astucia del Intocable, ya habría perecido.
—El Gran Espíritu le protege —decían las mujeres, que desde un tabladillo presenciaban aquel torneo digno de las justas de caballeros de la Edad Media.
—Es un dios encarnado en una mujer blanca —decían otras negras, llenas de admiración—. Su padre y Marfué murieron por haber tocado al Tabú.
Terminado el tiro al blanco con flechas, se siguió un ataque con machetes cuyo extremo estaba formado por una bola de acero. Dick Tabú sonreía a sus atacantes y esquivaba el cuerpo casi por arte de magia.
Logan, siempre oculto entre las breñas, experimentaba asimismo la admiración de los negros.
"Si realmente es un semidiós —se dijo el hombre de negra conciencia—, puede adivinar mis crímenes... ¡Caramba!... No soy supersticioso. El tabú es cosa de negros supersticiosos."
Sin embargo, aun no se atrevía a presentarse.
"Ocultaré los rubíes en un sitio seguro antes de presentarme a Dick Tabú", decidió por fin el traidor Logan.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO V

Los navíos de Hernán Cortés remontaron hacia el Norte y por fin el 15 de abril de 1519 el conquistador dió orden de desembarcar. Levantado el campamento de los españoles, no tardaron en llegar los emisarios del emperador Moctezuma.

Un noble azteca, coronado de grandes plumas, dijo a Cortés:

—Yo te saludo en nombre de mi amo el gran emperador Moctezuma.

—Y yo —replicó Cortés, con igual dignidad— te saludo en nombre del emperador Carlos V, el soberano más grande del mundo.

Y para deslumbrar a los aztecas, Hernán Cortés hizo desfilar a todo su ejército. La artillería produjo un estruendo fenomenal, que conmovió al gobernador indígena hasta hacerle pensar que los invasores eran semidioses.

Entretanto, un azteca letrado anotaba en un papiro todo lo que veía, y terminado el desfile, entregó el papiro a un indio semidesnudo, ordenándole que lo llevara al emperador.

Dócil, como un esclavo, el indio se lanzó a toda

carrera por rutas bien trazadas y que demostraban un estado de civilización superior al de otros países conquistados por los españoles.

El arrogante capitán y sus lugartenientes Irigoyen, Alaminos y el padre Aguilar, que servía de intérprete, conversaban con el enviado del emperador Moctezuma, y como era de rigor, le preguntaron si había mucho oro en ese país.

—Oro y muchas otras riquezas —dijo el noble azteca—. Y en el vuestro, ¿hay también riquezas? ¿O habéis tenido que venir a tierras tan lejanas a buscarlas?

El genio vivo de Hernán Cortés se sublevó ante tan irónica pregunta, pero el padre Aguilar suavizó la respuesta altiva del conquistador.

—Mi emperador os invita a abandonar el país —sugirió el noble azteca.

—Decid a vuestro emperador —respondió Hernán Cortés— que vengo en misión de paz y que sería una descortesía volver a mi patria sin conocer a tan alto personaje.

El padre Aguilar modificó también las palabras del conquistador español y la entrevista terminó pacíficamente, pero con resquemores de ambas partes.

(CONTINUARA)

LA CENICIENTA

CUENTO DE PERRAULT

Había una vez un caballero acaudalado que se casó por segunda vez con la dama más altiva y orgullosa que jamás ha existido. Esta dama tenía de su primer matrimonio dos hijas que en todo se le parecían.

El caballero tenía también una hija de su primera mujer, tan dulce y bondadosa como ninguna otra y en todo parecida a su difunta madre.

Apenas celebradas las bodas, la madrastra se puso malhumorada; de ningún modo podía soportar que las buenas cualidades de aquella niña hicieran más notables aún lo odiosas que eran sus hijas.

Por ello la encargó de las más pesadas tareas domésticas. Cuando concluía su tarea, la pobre niña se sentaba en un rincón de la chimenea de la cocina, junto a las cenizas; esto hizo que sus hermanastras la llamaran despreciativamente la Cenicienta. Hay que advertir que la Cenicienta, con sus ropas destrozadas, era cien veces más bonita que sus hermanastras, que llevaban trajes magníficos.

Sucedió que el hijo del rey dió un baile, al cual invitó a todas las personas distinguidas del país. Las hermanastras fueron también invitadas. Y he aquí que estaban ocupadísimas en escoger trajes y peinados. Este fué un nuevo trabajo para la Cenicienta; tenía que preparar los trajes, planchar la ropa blanca y peinarlas y arreglarlas.

Las damiselas, llegado el día feliz, se marcharon al baile y Cenicienta las miró largo rato en la puerta de calle. Cuando ya no las divisó, se echó a llorar amargamente.

En esto apareció su madrina, que era un hada (siempre es un hada la madrina de las niñas buenas), y al ver sus lágrimas le preguntó cuál era la causa de ellas.

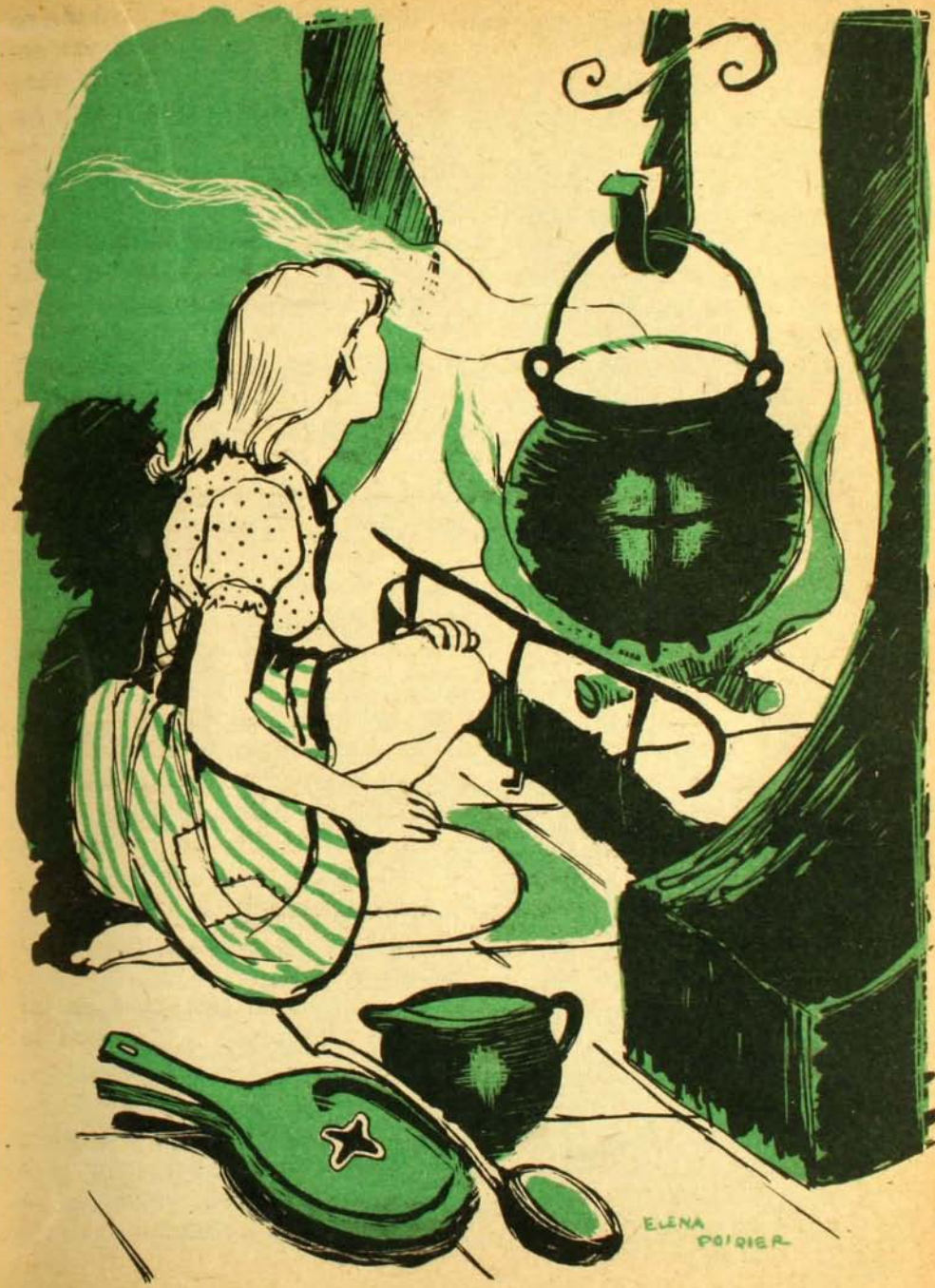
—Yo quería..., yo quería...

Su madrina, que como era un hada lo adivinaba todo, le dijo:

—¿Tú querías ir al baile?

—Ay, sí —dijo ella, suspirando.

—Yo haré de modo que puedas ir —respondió el hada—. Ve al jardín y tráeme una calabaza.


ELENA
POIRIER

Cenicienta fué al jardín y le llevó la más linda calabaza que pudo encontrar.
El hada vació la calabaza y cuando ya sólo quedaba la cáscara, la tocó con su varita de virtud y la calabaza se convirtió en una hermosa carroza de oro.
Después dijo a la niña que le trajera la ratonera, en la que estaban presos seis ratoncitos. El hada mandó a la Cenicienta que levantase la trampa de la ratonera y a cada ratón que salía le daba un golpe con su varita mágica; al golpe el ratón se convertía en un hermosísimo caballo. Así se formó un tiro de tres parejas para la carroza.
Después transformó a una ardilla en un bello cochero muy bien vestido y con grandes bigotes. Luego dijo a la Cenicienta:
—Ve ahora al jardín y tráeme seis lagartos que están detrás del rosal.
Apenas los hubo traído, cuando la madrina los convirtió en seis lacayos que, con sus uniformes de vistosos colores, se subieron detrás de la carroza.
El hada dijo entonces a la Cenicienta:
—Ahora ya puedes ir al baile. ¿Estás contenta?
Y dijo la niña:
—Sí; pero ¿cómo voy a ir con estos vestidos rotos?
No hizo su madrina sino tocarla con la varita mágica y sus míseros harapos se convirtieron en preciosos vestidos de oro y plata, incrustados de piedras preciosas; después le dió un par de zapatitos de cristal, los más lindos que jamás se hayan visto. Así vestida la Cenicienta subió a la carroza.
Al despedirse, el hada le dijo:
—No te quedes en el baile un momento después de la última campanada de las doce porque la carroza se volvería calabaza, los caballos ratones, los lacayos lagartos y tus magníficos vestidos desaparecerían, dejando al descubierto tus míseros harapos.
Cenicienta prometió a su madrina que no dejaría pasar la medianoche en el baile, y partió al palacio del rey. Los cortesanos, al ver llegar a una princesa desconocida, llamaron al hijo del rey, quien corrió a recibirla, le dió la mano para ayudarla a descender de la carroza y la condujo al gran salón. Entonces todo quedó en silencio. Las parejas dejaron de bailar y los violines de tocar, pues la concurrencia quedó pasmada ante tanta belleza y elegancia.
El hijo del rey hizo sentar a la princesa desconocida en el pues-

to de honor y danzó con ella todos los bailes.

Cuando Cenicienta oyó dar en el reloj las doce menos cuarto, hizo una gran reverencia a toda la reunión y se marchó en su linda carroza. Al llegar a su casa encontró allí todavía a su hada madrina y, después de haberle dado las gracias, dijo que deseaba volver al baile que en su honor daba el príncipe a la noche siguiente.

Mientras refería a su madrina cuanto le había ocurrido en palacio, las dos hermanastras llamaron a la puerta. Cenicienta fué a abrirles.

—Cuánto habéis tardado en venir —les dijo Cenicienta, bostezando y frotándose los ojos como si acabara de despertarse.

—Si hubieras venido al baile —dijo una de ellas—, no te hubieras aburrido y hubieras visto a la princesa más hermosa del mundo.

—El príncipe está locamente enamorado de ella —declaró la menor.

Al día siguiente, las dos hermanastras fueron al baile, y Cenicienta fué también, todavía mejor ataviada que la primera vez.

El hijo del rey no se separó un instante de su lado y le dijo dulcísimas palabras de amor. La Cenicienta se divirtió a tal punto, que olvidó las recomendaciones de su hada madrina;

por eso, al oír la primera campana de las doce se levantó de golpe y echó a correr como una cervatilla. El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla.

Tanto corría la Cenicienta, que perdió en la escalera uno de sus zapatitos de cristal. El príncipe lo recogió y como la bella desconocida ya había desaparecido lo guardó cuidadosamente.

Por el camino dieron las doce y Cenicienta llegó a su casa muy sofocada, sin carroza, sin lacayos y con sus ropas harapientas.

De toda su magnificencia no le quedaba más que un lindo zapatito de cristal, compañero del que se había quedado en la escalera.

Entretanto, el hijo del rey comenzó a efectuar averiguaciones en los caminos, pero nadie había visto a la princesa. Algunos dijeron que sólo habían visto a una jovencita con trazas de mendiga.

Cuando las hermanastras regresaron del baile contaron a Cenicienta que al sonar las doce huyó la princesa desconocida y que sólo había quedado de ella un zapato de cristal en manos del príncipe, que estaba loco por la hermosa joven.

Pocos días después el hijo del rey hizo publicar un heraldo a son de trompetas, declarando que estaba dispuesto a casarse con la mujer a quien le quedara bien el zapato de cristal. Se lo probaron duquesas y damas de la corte. También las hermanastras, que se trituraron dedos y talones, pero no pudieron calzarlo.

Cenicienta dijo entonces:

—¿A ver si me queda bien a mí?

Sus hermanastras se burlaron de ella, pero el paje que probaba el zapato dijo que era muy justa la petición, pues él tenía orden de probar el zapatito a todas las doncellas del país. Hizo sentar en un banquillo a Cenicienta y al ponerle el zapato vió que calzaba como si estuviera hecho a su medida. El asombro de las hermanastras, que fué muy grande, creció cuando vieron a Cenicienta sacar de sus harapos el otro zapato de cristal, que se calzó también.

Y en esto llegó el hada madrina, que tocando con su varita mágica los andrajos de la Cenicienta, los convirtió en un traje todavía más rico y hermoso que los dos primeros.

Las dos hermanastras reconocieron en Cenicienta a la hermosa princesa y se arrodillaron a pedirle perdón. Cenicienta las perdonó.

En seguida Cenicienta fué conducida por los pajes del rey al palacio real, donde la esperaba el príncipe, y pocos días después se celebraron sus bodas.

Cenicienta, que era tan buena como hermosa, alojó a sus hermanastras en su palacio, y el mismo día que ella se casó las hizo casar con dos grandes señores de la corte.

F I N

TOLITO, POR Moris

Centelleante

RESUMEN: Fernando Vilches, su esposa paralítica y sus seis hijos están sumidos en la más negra miseria. Lidia, la hija mayor, de diez años, efectúa todos los menesteres de la casa y desea entrar a un circo. El saltimbanqui Julio Salvador, prendado de la belleza de Lidia, trata de conquistarla con obsequios. Lidia, por salvar a su familia, ingresa al circo con el apodo de Centelleante. Conchita Salvador se convierte en una maestra despiadada y cruel.

CAPITULO V

Cuando terminó la danza de Conchita, Lidia, maravillada, le dijo con sincera admiración:

—¡Qué bien baila usted, señora!

—Tú debes hacer otro tanto —replicó la mujer—, pero es aún más difícil que bailar en la cuerda. ¿Ves tú, Julio, cómo suscito admiraciones?

—Bien, bien —replicó Julio—, todo el mundo sabe que bailas bien. Lidia lo hará mejor algún día.

—Eso se verá...

—Ya está visto.

Esa noche, terminada la función, Lidia pidió al Anguila que tocara el acordeón, y co-

mo tenía excelente oído, trató de imitar la danza de Conchita, siendo aclamada por los boxeadores, los payasos y el empresario.
—Bravo, bravo —exclamó Julio Salvador—. Anunciaremos el estreno de Centelleante para el fin de la semana.
—Faltan tres días —balbuceó Lidia.
—Tres días y tres noches —indicó la feroz profesora.
Y así comenzó el tormento de Centelleante.
Sin embargo, como sus progresos le auguraban éxito, soportaba resignada el maltrato de Conchita.
La hora más atroz en su vida de saltimbanqui era cuando se reunían todos para comer. Era tan vulgar el Orangután y tan groseras sus palabras.
Felizmente la habían colocado en la mesa junto al Anguila, quien, despistando las miradas celosas de Concha Salvador, le servía los mejores bocados y procuraba que ninguno de los vulgares comensales probara su plato.
—Mi ángel guardián —decíale Lidia, cuando estaban solos.
Limiro, apodado el *Marinero,* solía distraer la comida refiriendo sus aventuras por los mares del Sur. Lidia seguía arrobada su narración. Sus pupilas despedían centellas.
—Te llamarás *Centelleante* —exclamó Julio Salvador—. Observen ustedes las pupilas de esta chica. Se dirían chispas de estrellas.
—Y a mí deberías llamarme *Viejo Planeta* —expresó la celosa Conchita.
Julio Salvador golpeó violentamente la mesa con su puño.
—Alguna vez serías tú también *Centelleante,* mujer —dijo el español—, pero lo que es ahora...
—¿Por qué no te miras tú al espejo? —vociferó la mujer—. ¿Te crees muy bello?
—No tengo pretensión de ser bello —protestó Julio—, y no gasto sumas fabulosas a fin de parecer joven. Para lo que te sirven esos cosméticos...
La discusión de los esposos iba a terminar agriamente cuando se oyó en la puerta del carromato el ladrido de un perro.
Lidia no se equivocó.
—Es Didi —murmuró la feliz chica corriendo a abrir la puerta.
En efecto, el perrito regalón de Lidia, después de algunos días de muda protesta, logró zafarse del cordel que le ataba y vagando por los campos siguió la pista de su amita.

Venía sucio y enlodado de tanto correr por los campos y ya no se veía su pelaje blanco como la nieve.

—Afuera con ese perro —chilló Conchita, tomando una escoba—. Si no sale inmediatamente, le quiebro las costillas.

—Dios mío —murmuró Lidia, apretando a Didi contra su pecho.

El *Marinero,* que había observado la escena en silencio, se puso de pie y, cogiendo el brazo de la mujer, le dijo:

—Hace usted una tontería, señora Conchita, porque ese perro, bien lavado, debe ser bonito.

—Muy bonito —indicó Lidia.

—¿Y qué me importa a mí que sea bonito? Con el precio que costará su mantención...

—Yo me encargaré de él —declaró el *Marinero*—. Será un artista más en el circo. Le adiestraremos bien.

Y así fué cómo Didi formó parte del circo de Julio Salvador.

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS

1. Estrellito y Celestín estaban furibundos porque un chiquillo apodado el Gran Bonetón era el primero en su clase. "—Le tengo una pica a ese farsante —dijo Celestín—, que donde le encuentre le saco la mugre." "Y yo también."

2. Justamente el Gran Bonetón venía silbando por la calle. "—Hola, amigo, cómo te va", díjole Estrellito. "Salud y pesetas", añadió Celestín. "—Déjenme en paz, majaderos —respondió el Gran Bonetón—, voy a ver a mi prenda."

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. "—¡A su prenda! —reían a gritos Estrellito y Celestín—. El muy farsante, cara de sapo." "—¿Qué dicen? —gritó el Gran Bonetón—. Si quieren pelea, la tendrán." Estrellito y Celestín se arremangaron la camisa.

4. Pero el Gran Bonetón les pegó a matar... Estrellito y Celestín vieron candelillas. Lo menos que les quedó de recuerdo fué un ojo en tinta, mientras el triunfante Bonetón seguía su camino.

Ives el indomable

RESUMEN: Ives el Indomable sobrino del rey Arturo se constituye en protector de los débiles y terror de los tiranos. Después de un combate épico con el viking Rolando el Gavilán, se rebela contra la sentencia de muerte que dicta el rey Arturo.

CAPITULO V.—Ives prisionero del Rey Arturo.

—No permitiré que condenen a muerte a Rolando el Gavilán —gritó Ives—. Es un prisionero de guerra.

Los guerreros de la corte del rey Arturo saltaron al medio de la vasta sala del trono y se trabaron en lucha con el indomable y altivo doncel. Ives rompía lanzas con su espada, pero los enemigos se multiplicaban. Entretanto el rubio viking Rolando el Gavilán, atado con cadenas, no podía unirse a su defensor en la sangrienta lucha.

—Barones —gritaba furioso el rey Arturo—, ¿qué hacéis ahí de espectadores y no derribáis al insolente que ha desafiado mis órdenes?

Uno de los barones saltó a la pista con una antorcha de acero y la arrojó por la espalda al heroico combatiente.

Ives cayó aturdido por el feroz golpe de la pesada antorcha.

—Encadenad al rebelde —ordenó el rey Arturo—, y encerradle en un calabozo.

Los soldados transportaron al inanimado Ives y lo depositaron en una celda contigua a la que servía de prisión a Rolando el Gavilán.

Cuando el Indomable recobró los sentidos se asomó a la reja y dijo al joven viking:

—Valor, Rolando. El verdugo no se dará el placer de cortaros vuestra rubia cabeza.

—Nunca le he tenido miedo a la muerte —replicó con arrogancia el normando de rubia cabellera.

Por la noche se escucharon los aullidos de innumerables lobos que parecían enfurecidos. Los guardianes de los calabozos temblaban de pavor y decían:

—Los lobos son amigos de Ives el Indomable. Han olfateado su presencia en esta fortaleza.

Ives, el hijo de la princesa Ghislene, hermana del rey Arturo, había vivido desde su más tierna edad en los bosques y formado allí, con intrépidos mocetones, un ejército aguerrido en las más inverosímiles proezas.

El pueblo les denominaba "LOS LOBOS".

Por eso, al oír el aullido del lobo, los carceleros supersticiosos creyeron que todas las manadas de lobos acudían a salvar a su jefe.

—Yo tampoco tengo miedo a la muerte —replicó Ives al viking—, pero me agrada la vida y no quiero morir. Cuando mis amigos sepan que estoy prisionero, acudirán a salvarme. Escucha, Rolando... Los lobos aúllan. Son mis amigos.

En efecto, invisibles como sombras, iban acercándose los mocetones.

La prisión de Ives y Rolando estaba en el piso más alto de una torre con muros rodeados por fosos profundos.

Trepar hasta esa altura de cuarenta metros era una empresa casi imposible.

Sin embargo, en la obscura noche, uno de los compañeros de la foresta, uno de los más fieles amigos de Ives el Indomable, comenzaba a trepar por los muros de la fortaleza afirmando su pie en los intersticios de la piedra o en las hiedras trepadoras, cuyas raíces le servían de peldaños.

(CONTINUARA)

CONCURSO COMPLETE LA FRASE.— Estimados lectores: "SIMBAD", la revista que regala premios efectivos, se apresuró a dar los premios correspondientes al ejemplar N.º 1, asignándolos a TODAS las soluciones que llegaron primero.

Pero el plazo de recepción era demasiado corto, de modo que se vió obligado a extenderlo, a fin de que todos los solucionistas tuvieran la oportunidad de participar. En consecuencia, las soluciones, desde hoy, aparecerán con un intervalo de dos ejemplares. Así todos los lectores entrarán en el sorteo semanal.

Por ejemplo: las soluciones del N.º 3, y la lista de los lectores premiados, aparecerán en el N.º 6, y así continuaremos.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

El cerdo _____

¿Puede decirnos qué voz emite el cerdo? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítela en una hoja a la revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 1 billetera, 6 carteras para niñitas, 6 juegos de escobillas, 5 bolsas de playa, 6 llaveros, 5 cajas de lápices de color, 14 libros de cuentos infantiles, y 30 paquetes de "Vitalmín".

SOLUCION AL CONCURSO N.º 2: El asno, rebuzna.

Premiados de Santiago: 1 PAQUETE VITALMIN: Ismael Valenzuela, Cristina Espinoza, René Muñoz, Reemberto Escalona, Luis Ramírez, René Saravia, Liliana Jiménez, Raúl Bustos, Beatriz Guzmán, Eugenio García, Marcial García, Arturo Crisóstomo, Raúl López, Hernán Fuenzalida, Sergio Guardiola, Gloria Acevedo y Carlos Neubauer; Sigfrido Molina, Osorno; Florencia Gamboa, Valparaíso; Oscar Dávila, Puente Alto; Gladys Pereira, Los Andes; Violeta Cartes, Los Angeles; Florencia González, Estación Quinta; Jorge San Martín, Angol; Héctor Hernández, Concepción. UNA PELOTA DE FUTBOL: René Cuevas, Santiago; UNA BLUSA DE POLO: Enrique Fuentes, Rancagua; Miriam Olavarría y David Waistein, Santiago. UN JUEGO DE PIMPOM: María López, Quilpué. UN PAR DE ZAPATILLAS SPORT: María de la Luz Cortés, Angol; Duilio Oviedo, Santiago. UNA TOALLA: Luz Muñoz, Viña del Mar; María Vial, Quintero; Pedro Jiménez, La Unión; Juan Ferrari, Viña del Mar; Salvador Marín y Marcelo Espinoza, Santiago.

Simbad

$ 2.-

CENTELLEANTE

N.º 6

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)
AÑO I - N.º 6
Precio: $ 2.—
13-X-1949

de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
OCT 13 1949
DEPOSITO LEGAL

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO VI.—A vuelo de pájaro.

Al amanecer se fueron todas las serpientes que habían perturbado el sueño de Simbad en aquellas grutas inmensas donde apenas penetraba la luz del sol. Los reptiles volverían cuando comenzaran a caer, como maná del cielo, los trozos de carne

que lanzaban desde la altura hábiles mercaderes de diamantes.

Porque hemos de recordar que en esas grutas, donde había caído Simbad el día anterior, el suelo estaba sembrado de diamantes, tal como si se hubiera esparcido fructífera semilla de piedras preciosas sobre la roca dura.

Silenciosamente Simbad apartó el peñasco que le había aislado de las serpientes y caminó por los vericuetos de las grutas.

—Ya empieza de nuevo a caer la carne apetitosa —exclamó Simbad—. Trozos de tres kilos o más cuando está tan cara la carne.

Es de imaginar la angustia que sentiría el estómago del aventurero que no comía ni bebía desde veinticuatro horas antes.

Salir de esas grutas por sus propios medios resultaba un imposible.

Simbad alentaba la esperanza de viajar colgado de las patas de un roc o águila gigante, el cual acudiría muy pronto en busca de la carne fresca.

"Mientras tanto —se dijo Simbad—, llenaré mis bolsillos de diamantes, los meteré dentro de mi camisa y apretaré bien la faja de la cintura."

El muy codicioso hasta se despojó de su turbante, quedándose nada más que con el fez rojo, porque, como buen musulmán, nunca dejaba su cabeza descubierta.

Eran tantos los diamantes esparcidos en las rocas, que casi no podía escoger los mejores.

"Uno solo de estos diamantes constituye una fortuna para mí —se decía Simbad—, y ahora que mi barco ha desaparecido, construiré otro más grande y más hermoso que el de nuestro sultán."

Atareado estaba Simbad en su trabajo cuando sintió el aleteo de las águilas gigantes.

Inmediatamente Simbad se tendió en el suelo, a fin de evitar los picotazos de tan rapaces aves.

Las águilas revoloteaban por encima de los diamantes, devorando trozos de carne y disputándose entre ellas el festín.

Simbad pensó cogerse de una pata del águila más próxima para subir la montaña, pero antes que ejecutara el menor movimiento, ya el águila, creyéndole un buen bocado para sus polluelos, le cogía por la cintura y se elevaba en el aire.

Terrible ascensión con las garras del águila hundiéndose en las costillas rollizas del aventurero.

"Me lleva a su nido en el pico de la montaña —suspiraba Simbad—, y allá los aguiluchos me sacarán los ojos. ¡Ay suerte mía!..."

¿De qué le servirían entonces todos los diamantes que llevaba en sus bolsillos, en su turbante y dentro de su camisa?

El águila, entretanto, volaba lentamente, porque, a pesar de su gigantesca fuerza, el trozo que cargaba no era liviano.

Desde lejos Simbad divisó el gran nido y los picos hambrientos de seis aguiluchos.

Si no se desmayó fué porque sus anteriores viajes le habían dado un coraje casi sobrehumano.

Para extremar aún más la inquietud de Simbad el Marino, el águila revoloteó durante largo rato, formando círculos en el aire y en cada uno de esos revuelos hundía sus garras en la carne del aventurero.

"El pájaro ha husmeado seres humanos en estos parajes —caviló Simbad— y por eso evita un peligroso aterrizaje."

Sabido es que las águilas tienen los sentidos tan aguzados como casi ningún ave y desconfían de los hombres en grado sumo.

(CONTINUARA)

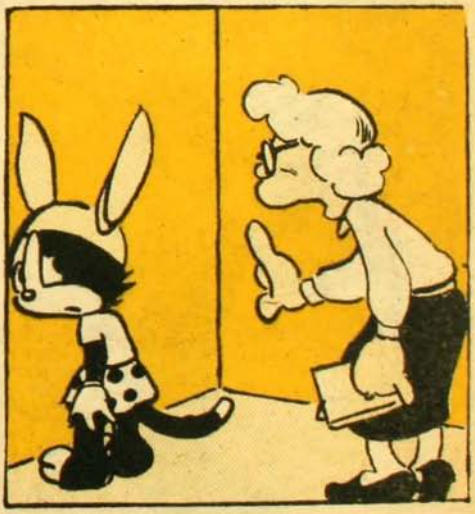
MUCHI

1. "—Muy malas mis notas esta semana —balbuceó Muchi saliendo de la escuela—. Poco me retará mucho." "—¿Qué haces ahí escribiendo con los ojos vendados?", preguntó el pato asomándose.

2. "—A ver si tú también puedes firmar como yo con los ojos vendados", dijo la pícara Muchi. "—Claro que sí —declaró Poco, dejándose vendar los ojos—. Es muy fácil."

POCO

3. "—No hagas la letra tan temblorosa", aconsejó Muchi. En seguida le colocó el cuaderno de notas que debía firmar como apoderado para que con los ojos vendados lo firmara Poco.



4. "—Muy rara la firma, señorita Muchi —dijo la profesora, examinando el cuaderno—. Aquí hay gato encerrado." Y después de reprender mucho a la pobre gatita le puso orejas de burro.

DICK TABÚ

CAPITULO VI.— Castigo del presidiario Logan.

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo, lo declara Tabú. Durante diez años su padre y los negros del kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós. El mulato Gómez, enemigo de Hateras, atrae al padre de Dick a una celada y le aprisiona. El Intocable ejecuta proezas maravillosas. Para salvar a su padre baja a la caverna del río donde Hateras yace cautivo del mulato Gómez. Dick mata a Gómez, pero su padre muere víctima de un cocodrilo. Instigados por nativos de Subava, los negros obligan al cazador Marfué a romper el tabú y esperan siete días para ver si es castigado el delincuente. Marfué muere al séptimo día y la fama del Intocable crece.

El presidiario Logan, después de haber huído del presidio y de haber robado los rubíes de un fetiche en el *kraal* de Chivamba, llegaba a la tribu de Dick Tabú en el momento en que éste se ejercitaba con los guerreros de su tribu.

Habíanse entrenado en el tiro con flechas, en el machete y otros juegos guerreros, sin que nadie pudiera herir al Intocable.

Logan, fingiendo amistad y deseoso de socorrer a Dick Tabú, gritó por entre los matorrales:

—Defiéndase, compañero; yo voy en su auxilio.

Al escuchar esa voz desconocida, los indígenas suspendieron el juego y Dick Tabú miró de alto abajo al intruso.

—¿No has comprendido que es un juego guerrero? —dijo Dick al forastero.

—Yo creí que esos negros iban a matarle —respondió Logan—, y como los blancos deben ayudarse entre sí, yo...

Y no dijo más, porque el cansancio y el hambre le sumieron en un síncope.

Cuando recobró los sentidos se encontró en un lecho cómodo y dentro de una habitación iluminada por una lámpara. En el velador había un paquete de cigarrillos.

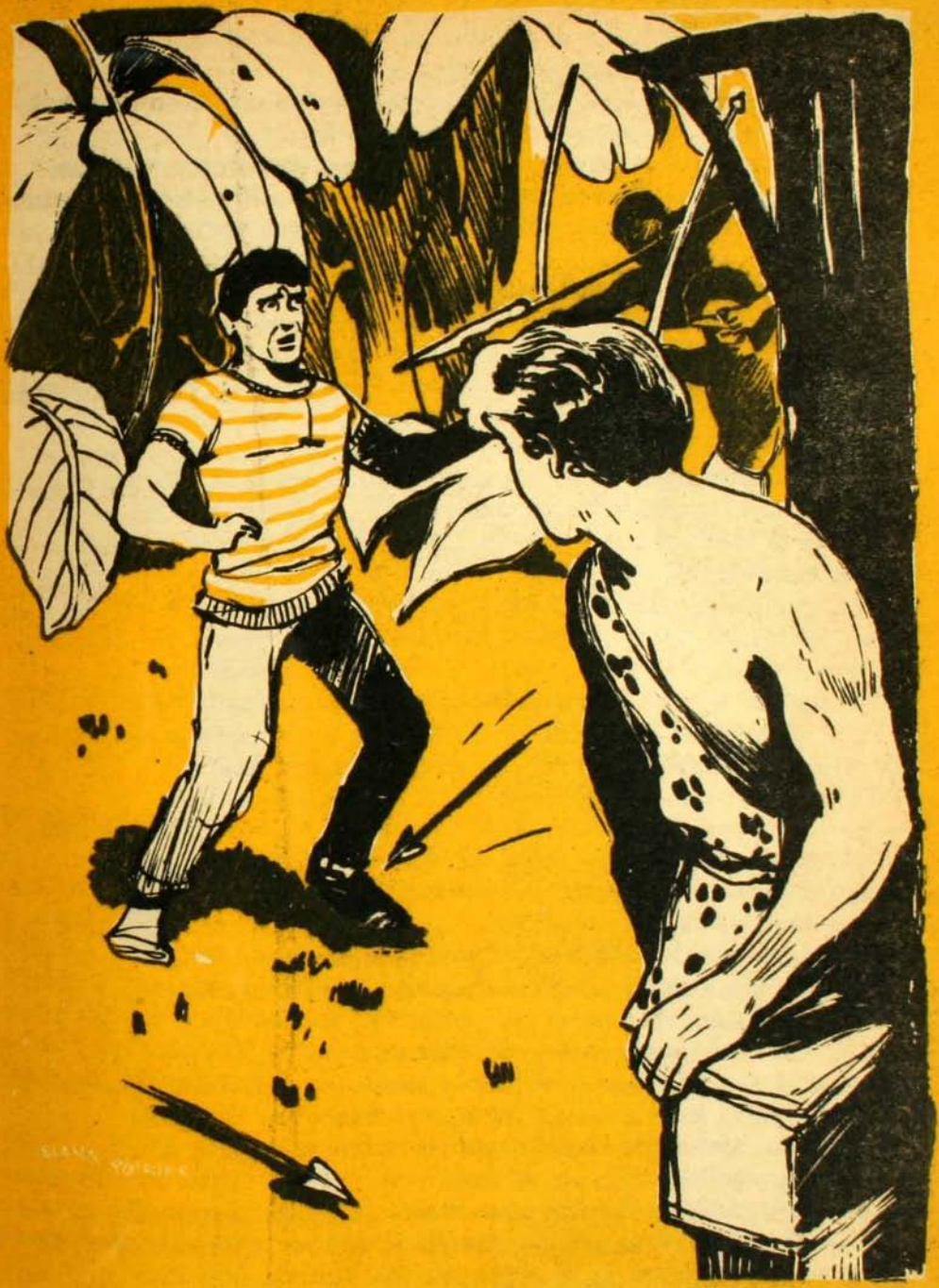
—Caí bien —murmuró Logan, encendiendo un cigarrillo.

A poco entró Dick, preguntándole si se sentía mejor.

—Gracias a usted —respondió el presidiario prófugo, tendiendo la mano a Dick.

El Intocable evitó el contacto, lo cual provocó una airada protesta.

—No tengo lepra —refunfuñó Logan.
—Tal vez usted ignora que soy tabú —indicó el muchacho—. Nadie puede tocarme; quien lo haga, morirá.
En ese momento entraba un servidor con apetitosas viandas.
—Hace tres días que no probaba alimentos —dijo Logan, llenando su boca con un trozo de carne.
—Más tarde hablaremos —respondió Dick, saliendo de la habitación.
Tardó más de una hora en volver junto a Logan, y cuando lo hizo, su semblante revelaba inusitada gravedad.
—Quiero pedirle algo más —se atrevió a decir Logan—. Una botella de whisky.
—Aquí no tenemos ninguna clase de licor —expresó Dick.
—¡Qué maravilla! —exclamó Logan—. ¿Y qué hace usted cuando le acosan fiebres palúdicas?
—Nunca me enfermo —declaró el semidiós de los negros.
Logan recordó las estupendas leyendas que había oído sobre el prodigioso niño y temió que hubiera adivinado sus siniestras intenciones.
—¿Y ahora qué piensa hacer conmigo? —preguntó Logan—. ¿Me abandonará en la selva?
—Usted ha quebrantado un tabú —dijo, severamente, Dick Hateras.
—¿Le toqué a usted mientras estaba aletargado? —preguntó el infame ladrón de los rubíes del jefe Sulim.
—No hablo de mi tabú —sentenció Dick—. ¿No ha escuchado usted el son de los tambores indígenas? ¿No oye que tocan a rebato? ¿Nada le explican a usted esos llamados de la jungla?
—No —balbuceó, temblando, Logan—. ¿Y a usted qué le dicen?
—Que dos hombres blancos asesinaron al guardián del ídolo de Chivamba —expuso Dick— y que se robaron el collar de rubíes que pendía del cuello del ídolo sagrado. El mensaje de los tambores acusa a esos dos hombres de asesinato.
—Era sólo un negro —interrumpió Logan.
—El asesinato de un nativo no es poca cosa —dijo severamente Dick Tabú—; pero el robo sacrílego del collar de rubíes es algo grave. Este quebrantamiento de un sagrado tabú suscitará grandes tribulaciones...
—Los tambores hablan de dos hombres y yo estoy aquí solo y



enfermo. ¿Los negros que me trajeron a esta casa encontraron en mis ropas los sagrados rubíes?
—No —respondió Dick—, pero los guerreros que siguen su rastro me pedirán que yo lo entregue a usted.
—Usted no lo hará; somos de la misma raza, somos blancos...
—Si usted es culpable —dijo el Intocable—, no estoy obligado a arriesgar mi vida por un hombre blanco que se conduce como un criminal.
—Yo no robé los rubíes —afirmó el mentiroso Logan—; fué mi compañero. Es claro que ya consumado el hecho ambos huímos del *kraal* de Chivamba. Al pasar el río, un cocodrilo nos atacó y Riper fué arrebatado por el caimán. Creo que se llevó también los rubíes. Riper rompió un tabú y por eso murió...
—Siempre sucede así —declaró el Intocable.
Logan se estremeció ante ese niño que se revestía de un prestigio y de una autoridad casi divinos.
Extático y con el oído atento, Dick Tabú pareció sumirse en honda meditación.
—Los guerreros del *kraal* de Chivamba se acercan —murmuró, como en trance, Dick Tabú—. Son muchos y vienen en su busca.
—Pero yo no robé los rubíes —protestó el presidiario.
—Ya me lo dijo —replicó Dick—, pero su compañero rompió el tabú y mató al guardián del ídolo. Lo único que puedo hacer por usted es darle un traje y víveres para que huya.
—Y un rifle con municiones...
—No —declaró el Intocable—, ningún arma le daré. Un grupo de mis nativos le guiará fuera de este distrito.
—¿No habría otro medio? —interrogó Logan.
—Sí —dijo Dick Tabú—, aquí tengo un collar muy semejante al que robó usted al ídolo de Chivamba. Solamente que...
—Que no son rubíes, sino cuentas rojas —interrumpió Logan—. ¿Cree usted que los negros no verán la diferencia?
—Creo que no —respondió el Intocable.
Logan estaba felicísimo. Ese collar tenía que ser falso, porque él había ocultado los rubíes en el tronco hueco de un árbol.
—Según la historia relatada por usted —prosiguió Dick—, los verdaderos rubíes están en el vientre de un cocodrilo. Por lo tanto, tiene usted que inventar una nueva leyenda. Supongamos que iban ustedes huyendo por la jungla y que de pronto usted ultimó a su compañero y le arrebató los rubíes. Me dijo que no

poseía armas, pero pudo usted usar su revólver y matarle por la espalda.
Logan miró atónito al niño prodigio. ¿Cómo era posible que adivinara punto por punto los hechos ocurridos?
—Estamos suponiendo —sonrió el astuto Dick—. ¿Creía usted que yo le acusaba de tan horrendo crimen?
—No me atormente más —suplicó el anonadado Logan—. Es verdad... Yo maté a Riper.
—Bien; así se lo dirá a los negros cuando vengan a tomarle cuenta y añadirá que lo hizo para rescatar el collar. Oigo ya el avance de los furiosos nativos. Vístase pronto y venga a mi chalet.
Logan quedó satisfecho del plan de Dick Tabú.
Gritos salvajes atronaban el espacio.
Los nativos del *kraal* de Chivamba, al informarse de que Dick Tabú había asilado a Logan, dieron muerte a varios negros y quemaron algunas rucas.
Entretanto Dick Tabú ordenaba que se cerrara la empalizada.
Logan tenía que atravesar un ancho campo para ir al chalet de Dick Hateras y durante su precipitada carrera fué el blanco de las flechas de los asaltantes.
Dick acudió a recibirle diciéndole:
—Entre pronto.
Logan tuvo una sorpresa por demás desagradable.
Allí se encontraba el sargento Jackson, con una orden de arresto para el presidiario prófugo.
—Al fin te encuentro, bandido —dijo el sargento—; a tus otros crímenes has agregado el asesinato de tu compañero de presidio, Naldo Riper.
—Defiéndanme —suplicaba Logan—; conduzcanme a presidio, pero no permitan que esos negros me persigan y me torturen.
—Razón tendrían para hacerlo —declaró Jackson—; ya han dado muerte a varios hombres y han incendiado los campos de Dick Tabú. Observa a esa multitud que rompe la empalizada para castigarte por tu sacrílega acción.
—Defiéndanme —suplicaba Logan.
Y el criminal buscaba con la vista al niño prodigio.
Dick Tabú había desaparecido y ya los nativos de Chivamba entraban al recinto del Intocable vociferando como demonios.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO VI

El conquistador Hernán Cortés ya había desembarcado definitivamente en tierra mexicana. Sus tres barcos permanecían en la bahía y sus tropas acampaban en el valle.

El noble emisario de Moctezuma, ante la demostración de fuerzas de Hernán Cortés, no demostró asombro alguno, pero envió a un indio llevando un mensaje para el emperador azteca. El correo indígena llegó exhausto a la grande y bella ciudad de Tenoctitlán (México) y entrando al palacio imperial entregó el papiro.

Cuando el anciano Moctezuma tomó conocimiento del escrito, quedó pensativo y su semblante expresó temor.

"Ese jefe blanco ha de ser el dios Quetzalcoatl, la serpiente de plumas verdes, que en otros tiempos abandonó el país y que debe volver un día. Si es un dios, yo no puedo combatirlo", reflexionaba el emperador Moctezuma.

Otra preocupación del emperador era su contienda con

los *tolteques*, a quienes dominaba solamente por el terror...

—Llamen a Cuitlopitoc —ordenó Moctezuma, tocando un gongo de plata.

Inmediatamente un azteca, que tenía una portentosa semejanza con Hernán Cortés, se presentó ante el emperador.

—Cuitlopitoc —ordenó Moctezuma—, ve al encuentro de los extranjeros blancos, y, con palabras de paz, salúdalos en mi nombre, pero invítalos a abandonar el país. Saca de mis tesoros un sol de oro puro, dos leones, un tigre y tres patos de oro. Añade a éstos todas las charrerías que puedan gustar a los blancos.

Cuitlopitoc tuvo que cargar sobre los hombros de veinte fornidos mozos las riquezas que llevaban como presentes a Hernán Cortés, pues nada más que el sol de oro pesaba tanto como una rueda de carreta.

Si el emperador Moctezuma hubiera sospechado la codicia que despertaría en los conquistadores la vista de tanto oro, jamás habría enviado presentes tan valiosos al invasor de su reino, pero para los aztecas el oro no tenía la importante significación que le atribuía el mundo civilizado.

(CONTINUARA)

LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

Había una vez un rey y una reina que se quejaban por no tener hijos. Se los pedían a Dios, hacían promesas y peregrinaciones, pero todo era inútil, hasta que al fin, con gran contento de todos, la reina tuvo una preciosa niña.

Se hizo un bautizo espléndido y se dió por madrinas a la princesita todas las hadas del país, para que cada una le concediera un don.

Después de las ceremonias del bautizo, se dió un gran banquete en honor de las hadas. Y he aquí que cuando todos los comensales estaban ya en su sitio, vieron entrar a una vieja hada, a quien nadie había invitado, pues como hacía más de cincuenta años que no salía de su torre, todo el mundo la creía muerta o encantada.

El rey ordenó que se pusiera también un cubierto en la mesa, pero no se le pudo dar el estuche de oro macizo como a las demás hadas, porque sólo se había mandado hacer siete. La vieja lo tomó a desprecio y empezó a murmurar entre dientes injurias y amenazas. Una de las hadas jóvenes la oyó y, sospechando que pudiera otorgar algún don maléfico a la recién nacida, fué a esconderse tras un cortinaje para hablar la última y poder así reparar el mal que hiciera la vieja.

Y entonces fué el momento en que las hadas concedieron sus dones a la princesa. La más joven le concedió la belleza; la siguiente, un alma angelical; la tercera, el don de la gracia; la cuarta, la más perfecta habilidad para danzar; la quinta, el don de cantar como un ruiseñor, y la sexta, el don de tocar toda suerte de instrumentos musicales de un modo perfecto. Al llegar el turno al hada vieja, ésta dijo, meneando la cabeza con desdén, que la princesa se heriría en la mano con un huso y moriría en plena juventud.

Este don terrible hizo estremecer a toda la concurrencia, pero en aquel momento el hada joven y generosa salió de detrás del cortinaje y dijo en voz alta:

—Tranquilizaos, poderosos reyes; vuestra hija no morirá. Es verdad que no tengo poder para anular enteramente lo que ha he-

ELENA POIRIER

cho un hada mayor que yo, pero puedo desvirtuarlo. La princesa, pues, se herirá la mano con un huso, pero en vez de morir caerá únicamente en profundo sueño, que durará hasta que, pasados cien años, venga el hijo de un rey a despertarla.
A pesar de esto, el rey, para evitar la desgracia anunciada por la vieja, hizo publicar un edicto por el cual se prohibía el manejo, adquisición y posesión del huso bajo pena de la vida.
Pasaron quince años y el rey y la reina se hallaban cierto día descansando en su casa de campo, cuando la princesita, correteando por el castillo y subiendo de una cámara a otra, llegó hasta lo alto de una buhardilla, donde una viejecita hilaba en su rueca. Esta infeliz mujer, apartada de todo en su retiro, no había oído hablar de la prohibición que el rey había hecho.
A la princesa, que jamás había visto una rueca ni un huso, le extrañó sobremanera la labor de la vieja.
—¿Qué es lo que estáis haciendo, buena mujer? —le preguntó.
—Estoy hilando, hermosa niña —respondió la anciana, que no la conocía.
—¡Oh qué bonito es hilar! —exclamó la princesa—. Dejadme ver si yo sabría hacerlo también.
Mas, apenas había tomado el huso en sus manos —como era tan viva y aturdida, sobre todo, como la predicción de las hadas lo ordenaba así—, se hirió una mano y cayó al suelo sin sentido.
La viejecita, asustada, sin saber qué hacer, llamó en demanda de auxilio.
Entonces el rey, que al oír el barullo subió a la buhardilla, comprendió que la predicción de las hadas se había cumplido y ordenó que se transportara a la princesa al más bello salón de palacio, donde la colocaron sobre su lecho todo adornado de oro y plata. Estaba tan bella como un ángel.
El rey mandó que se la dejara dormir tranquilamente hasta que sonara la hora en que debía despertar. El hada buena, que había salvado la vida a la princesa condenándola a dormir cien años, se hallaba a doce mil leguas de allí, en el reino de Mataquín, cuando ocurrió el accidente a la princesa, pero lo supo al instante por un enanillo servidor suyo que tenía unas botas de siete leguas (las famosas botas que podían andar siete leguas de un solo tranco).
El hada llegó en una hora al castillo de la princesa durmiente en un carro todo de fuego, tirado por dos dragones. El rey le dió

la mano para bajarla del carro y la impuso de lo ocurrido. El hada, que era muy previsora, pensó que cuando llegara la hora de despertarse, la princesa se asustaría al verse sola en aquel castillo.

Tocó entonces con su varillita mágica cuanto había en el castillo (excepto al rey y la reina): damas de honor, camaristas, soldados, cocineros, pajes, etc. Y apenas fueron tocados por la mágica varita, se durmieron para no despertarse sino al mismo tiempo con su ama.

Entonces el rey y la reina salieron del castillo e hicieron publicar un edicto en el que se prohibía acercarse a la casa del bosque.

Mas esta prohibición no fué necesaria, porque media hora después, en torno del parque, habían nacido ya un sinfín de árboles, arbustos y enredaderas que ni hombre ni animal alguno habría podido pasar. Sólo se divisaban de lejos las torres del castillo.

Pasaron cien años y el hijo de un rey, que pertenecía a otra familia que la de la princesa dormida, fué de caza por esos lugares y preguntó a sus monteros a quién pertenecían aquellas torres que se elevaban en medio de tan espeso bosque.

Un viejo campesino le dijo por fin:

ELENA

—Príncipe amado, hace cincuenta años oí decir a mi padre que en ese castillo duerme una princesa más bella que el sol y la luna y que sólo despertará cuando llegue hasta ella el príncipe que ha de ser su esposo.

Al oír estas palabras, el príncipe se enardeció; pensó que acaso a él le estaba reservado ver el fin de tan bella aventura. Apenas se adelantó para entrar en el bosque, todos los árboles se apartaron, dejándole paso; pero lo extraño fué que ninguno de su comitiva pudiera seguirle, porque la maraña volvió a cerrarse.

El príncipe entró a un gran patio, donde todo lo que se ofreció a su vista era propio para helarle la sangre de espanto. Reinaba allí un silencio terrible. Hombres y animales completamente inmóviles, damas y caballeros todos dormidos, sentados unos y otros de pie. Al fin el príncipe entró en un salón dorado y vió sobre su lecho, cuyas cortinas estaban descoloridas, el más bello espectáculo que jamás pudiera soñar: una princesa de quince años, lo más, y de belleza resplandeciente, dormida.

El príncipe se acercó a su lecho, temblando de admiración.

Entonces, como había llegado al fin del encantamiento, la princesa se despertó y, mirando al príncipe, le preguntó:

—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Cuánto te has hecho esperar!

El príncipe, entusiasmado al oír estas palabras, no sabía cómo demostrar su alegría y su agradecimiento. Tomó las manos de la princesa y las besó.

Y sucedió que el castillo entero despertó al mismo tiempo que la princesa; todos se pusieron en seguida a su tarea.

El príncipe ayudó a la princesa a levantarse, y la admiró magníficamente vestida y tan hermosa, que su amor se acrecentó.

Pasaron al salón de los espejos, donde cenaron servidos por los oficiales de la princesa. Después de cenar, el obispo, que también había dormido cien años, casó a los novios en la capilla del palacio.

Durante dos años el príncipe y la princesa vivieron en el bosque, mas cuando murió el anciano rey, el príncipe fué proclamado monarca.

Entonces declaró públicamente sus bodas con la bella del bosque y en la capital del reino se les hizo un recibimiento magnífico, en medio de toda la corte.

Y así vivieron muy felices otros cien años, teniendo muchos hijos y grandes riquezas.

TOLITO, POR Moris

Centelleante

CAPITULO VI

RESUMEN: Lidia Vilches, transformada en la bailarina Centelleante, abandona a su familia, a fin de ayudarla en su miseria con lo que gane en el circo. El saltimbanqui Julio Salvador y su esposa Conchita, mujer mala y cruel, la adiestran en su oficio.

Por fin llegó el día del estreno de Centelleante. Era un día magnífico y a la carpa del circo, instalada en Peumo, acudía una multitud de espectadores atraídos por los anuncios del empresario Julio Salvador.

Por milagro la andaluza Conchita no se había embriagado ese día. Comprendía la envidiosa mujer que Centelleante obtendría un ruidoso éxito y por eso quiso ella vestir sus mejores galas para rivalizar con la adorable niña.

De un cofre antiguo sacó un magnífico traje sevillano y se colocó todas las joyas que poseía. Gracias a un sabio maquillaje, la cuarentona española parecía rejuvenecida.

—Estás hermosa —díjole su marido—. Conquistarás todos los aplausos.

El astuto Salvador sabía que Centelleante era la mayor atracción de esa velada circence, pero quería halagar a su mujer, a fin de que no molestara.

El Orangután y el Marinero preparaban sus números de boxeo, Pepo y Pipo vestían de payasos; el Anguila resultaba un gracioso tony.

—Anguila —preguntó Centelleante a su amigo y compañero—, ¿crees que tendré éxito?

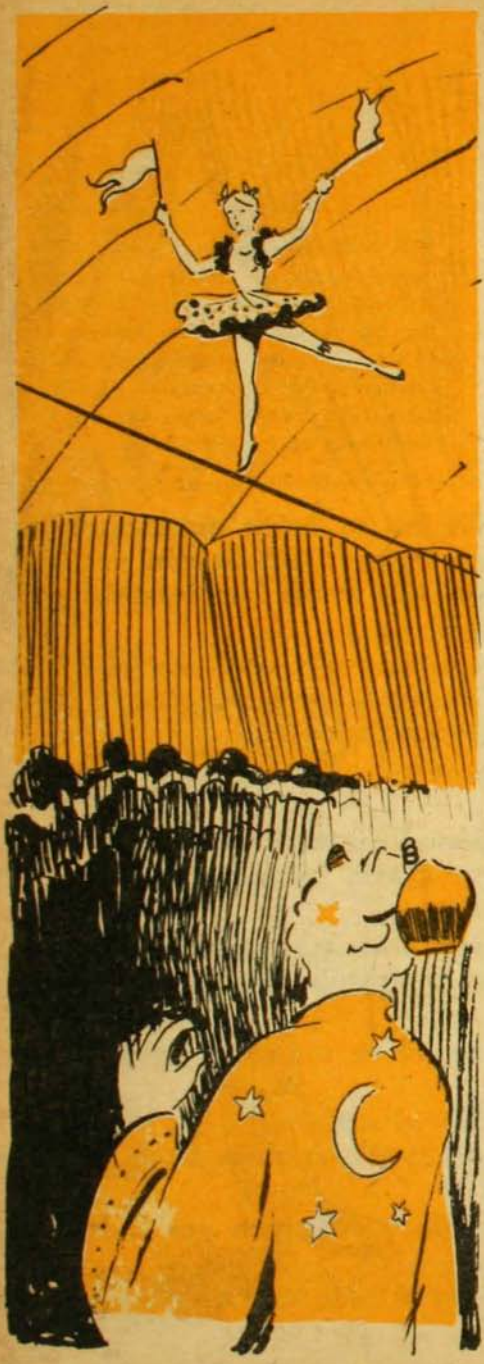
—Obtendrás un gran triunfo —dijo el niño.

El perrito Didi, con un cintillo al cuello, también actuaría en el circo.

Centelleante se veía preciosa en la cuerda con sus banderines tricolores.

—¿Qué te dije yo? —insinuó Julio al oído de Conchita—. Mira cómo aplauden a Centelleante. La aclaman todos.

—Verás cómo aplaudirá el público mis danzas —respondió Con-



chita, avanzando hacia la pista con su traje de gala y sus castañuelas.

En efecto, la española recibió aplausos, pero no aclamaciones delirantes como las que se tributaron a Centelleante.

La furia de Conchita no tuvo límites por el éxito de la niña y en su corazón se despertó un odio a muerte contra la pequeña artista.

Entre los espectadores se encontraba Fernando Vilches, padre de Centelleante.

El pobre campesino había acudido al circo para asistir al estreno de su hija y para darle las gracias, porque con lo que ella ganaba había podido comprar alimentos para su familia. Otros campesinos felicitaban a Fernando por el triunfo de su hija.

Un forastero elegante preguntó:

—¿Quién es el padre de Centelleante?

—Yo —dijo Fernando.

—Su hija es un portento, una maravilla —dijo el desconocido—. Llegará a ser la bailarina más notable del mundo. Se lo dice un experto... Yo soy el secretario del hacendado Marty, dueño de muchas haciendas y de un palacio en Santiago.

—¿Entonces hice bien en permitir que mi hija se contratara

en el circo? —preguntó Fernando al secretario Martín Esparon—. Yo acepté el contrato porque estábamos en la miseria.

—Cuente por seguro que la suerte le acompañará —declaró Martín Esparon.

Este hombre era el más vil de los individuos, y al punto pensó que podía aprovechar la ingenuidad del campesino para sus criminales planes.

Entretanto, terminada la función, Fernando entró a la carpa del circo y buscó a su hija.

—Papacito, ¿tú estabas en la carpa? —gritó Centelleante, saltando al cuello de Fernando Vilches—. ¿Cómo encontraste mi actuación?

—Maravillosa, hijita —declaró Fernando—. Si hubieras escuchado lo que decía un señor de Santiago que estaba a mi lado.

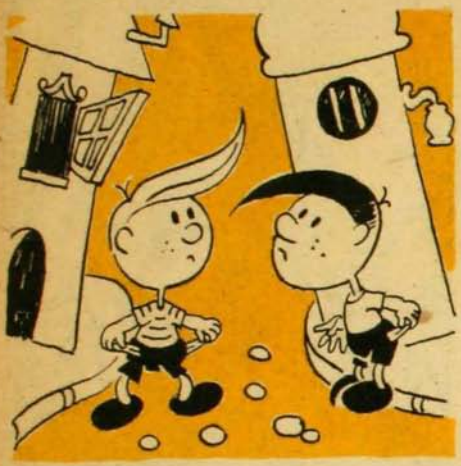
Y el campesino refirió en corrillo de artistas las palabras de Martín Esparon, secretario del magnate Marty.

A excepción del Anguila, los dos boxeadores y Conchita se fastidiaron porque Martín Esparon sólo se fijaba en Centelleante.

Desde lejos el villano Esparon sonreía diabólicamente.

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS



1. Estrellito y Celestín hicieron un descubrimiento capaz de hacer llorar a un pan seco: no tenían un solo chipe. "—¿Con qué compraremos caramelos?", dijeron desconsolados. En ese momento divisaron a un hombre que estaba en una esquina.

2. "—Tiene un platillo", observó Estrellito. "—Sí —añadió Celestín—. Está pidiendo." Su hermano preguntó: "—¿Qué está pidiendo? ¿Una taza para completar el juego?" Celestín repuso: "—No seas tonto. Pide limosna. ¿Viste los pesos?"

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. En menos que canta un gallináceo, los mellizos angelicales se pusieron de acuerdo para robar su fortuna al pobre cojo. Pero resultó que aquel tipo sólo fingía tener una pierna mala y corrió detrás de los chiquillos.

4. Los alcanzó y les dió con su muleta una paliza que los dejó molidos para toda la semana. Tendidos en el suelo, lloraron sus caramelos perdidos. Y esto les sirvió de lección para convertirse en niñitos buenos.

Ives el indomable

CAPITULO VI.— Portentoso rescate de los prisioneros.

RESUMEN: Ives el Indomable, sobrino del rey Arturo, se constituye en protector de los débiles y terror de los tiranos. Después de un combate épico con el viking Rolando el Gavilán, se rebela contra la sentencia de muerte que dicta el rey Arturo. Ambos jóvenes son encerrados en una torre muy alta, pero los compañeros de Ives acuden a libertarle.

El compañero de Ives el Indomable logró llegar hasta la ventana de la altísima torre donde estaban prisioneros Ives y el viking Rolando el Gavilán.

Ambos amigos conversaron largo rato, sosteniéndose Carlos, el Leñador, en los brazos de su jefe Ives.

—¿Has comprendido bien mi plan? —preguntó Ives a Carlos.

—Sí, mi jefe —dijo el valiente leñador, que había trepado en la obscuridad una torre de más de cuarenta metros de altura—. Todos nuestros compañeros obedecerán vuestras órdenes, ¡oh gran Ives!

El hijo de la princesa Ghislene comunicó entonces al viking Rolando el Gavilán su atrevido proyecto, y el rubio normando respondió:

—No le temo a la muerte, pero si puedo salvarme estaré feliz.

Llegó el día del suplicio. Ives el Indomable y Rolando el Gavilán fueron sacados de la torre cargados de cadenas.

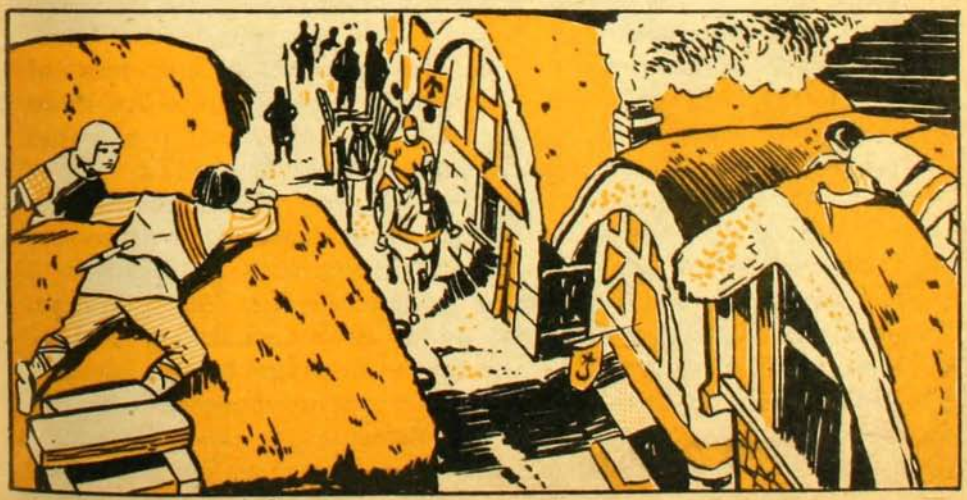
Un público numeroso se si-

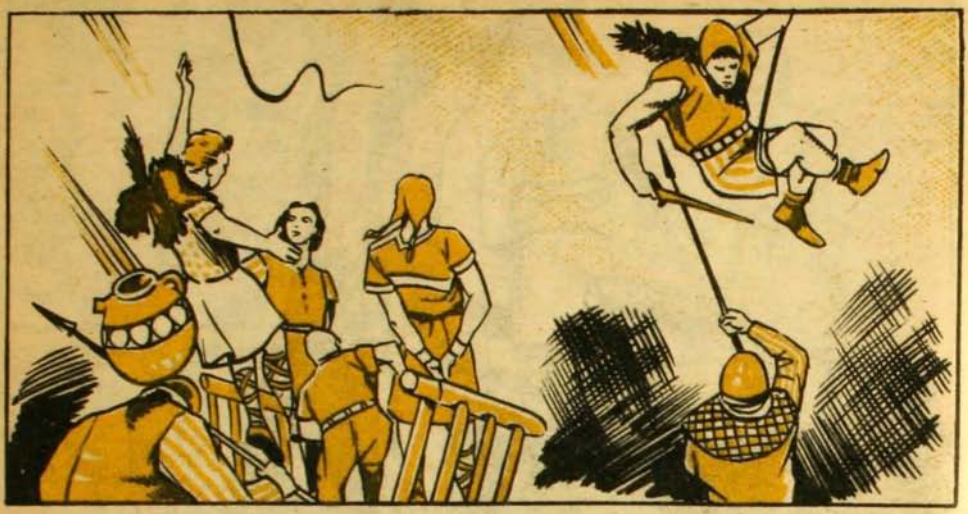
tuaba en todas las calles por donde debía pasar el cortejo de los sentenciados a muerte.

Los dos jóvenes fueron colocados de pie en una carreta. Iban custodiados por lanceros a pie y a caballo.

Las mujeres asomadas a las ventanas decían:

—Ese joven moreno es el hijo de la princesa Ghislene, hermana





del rey Arturo, que fué repudiada por la corte a causa de su matrimonio con un leñador.

—Pero no lo condenan a muerte por su estirpe —declaró otra mujer—, sino porque ha traicionado a la patria al querer defender al normando Rolando el Gavilán, que es nuestro enemigo. Miren la cabellera de ese viking. Parecen gavillas de trigo.

—Qué pena me da ver que vayan a la muerte tan gallardos donceles —suspiró una anciana.

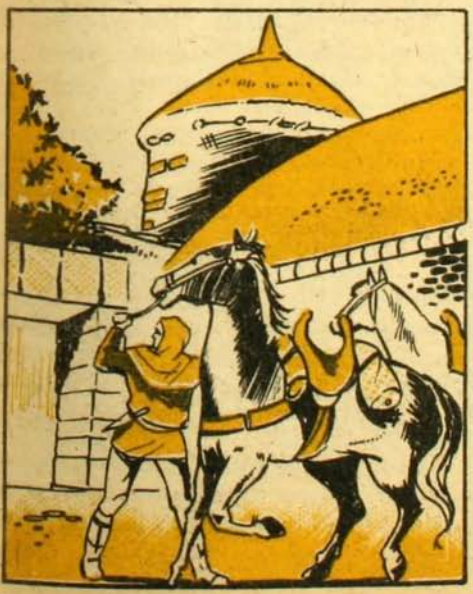
La carreta con los sentenciados avanzaba lentamente entre la multitud. Algunos insultaban a los condenados a muerte, pero la mayoría guardaba silencio.

Entretanto los compañeros de la foresta, los *lobos* que formaban el ejército de Ives el Indomable, tendidos sobre todos los techos, esperaban el momento de actuar.

De súbito hubo un movimiento entre la multitud. En vez de avanzar hacia el patíbulo, algunos hombres retrocedieron y se apoderaron de la carreta donde iban los encadenados prisioneros. De todos los techos saltaban individuos armados de lanzas y garrotes, derribando a los soldados, quitándoles las armas y despojando de sus cadenas y ligaduras a los prisioneros Ives y Rolando. La lucha se hizo sangrienta, pero al fin los compañeros de la foresta, los lobos de Ives el Indomable, lograron alejar del lugar del suplicio a los dos jóvenes, que estando en conocimiento del plan, no tardaron un instante en correr por las estrechas calle-

juelas de la ciudad en dirección a una plaza, donde les aguardaban caballos ensillados y una escolta armada.

—De ahora en adelante seremos proscritos de la ley —dijo Ives al viking Rolando el Gavilán—, pero viviremos en los bosques libres y felices.



—Debemos contentarnos por el momento con habernos librado del suplicio —declaró el normando—. Tal vez convendría volver a la orilla del mar, donde quedó nuestro velero. Temo que alguno de mis compañeros se encuentre en peligro o en difícil situación.

Ambos jóvenes galoparon velozmente hacia el punto donde se había desarrollado la primera batalla.

(CONTINUARA)

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

¡GRANDES PREMIOS!

La mosca _ _ _ _ _

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite la mosca? Compruebe si está bien su solución, escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 10 carpetas de esquelas, 12 libretas para apuntes, 5 paletas de acuarelas, 2 juegos de pimpón, 10 libros de cuentos infantiles, 2 juegos de dominó, 5 premios de $ 10,—, 25 paquetes de "Vitalmín", 2 juegos de lotería y 1 juego de turismo.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 3: La cigüeña crotorea.

Premiados con UN PAQUETE DE VITALMIN: Alejandro Abud, Santiago; Gustavo Salinas, Rancagua; Josefina Campos, Santiago; Oscar Muñoz, Santiago; Adriana Vargas, Santiago; Augusto Grove, Santiago; Italo Solari, Valparaíso; Raúl Barnet, Santiago; Raúl González, Santiago; Patricio Hoethner, Santiago; Alfonso Larrahona, Valparaíso; Silvia González, Santiago; Rubén Guarda, Concepción; Mario Mitnik, Santiago; Carmen Bascuñán, Santiago; Ema Camus, Valparaíso; Ana Bárcena, Valparaíso; Juan González, Santiago; Nofal Abud, Santiago; Fabio Etchegaray, Santiago; María Pantucci, Valparaíso; Norma Navarrete, Santiago; Zilof Rojas, Constitución; Margot Gallardo, Valparaíso; Olga Gaona, Valparaíso. UN PAR DE PATINES: Rhina Fuentes, Viña del Mar. UN PAÑUELO: Carmen Gómez, Valparaíso; A. Escandón, Santiago; Carlos Bascuñán, Santiago; Rosa Hermosilla, Los Angeles; Víctor Pantoja, Santiago; Nazarena Valdés, Santiago. UNA MALETA DEPORTE: Sergio Tapia, Santiago. UN JUEGO DAMAS: Gloria Valdés Santiago; Sonia Lavín, Concepción; Damián Valdés, Santiago; Rosa Carrasco, Santiago; Irene Haeuflein, Santiago; Hernán Fuenzalida, Santiago. UN JUEGO LUDO: Florencia González, Estación Quinta; Orlando Manzo, Santiago; Jorge Barthelemaus, Santiago; María Shina, Santiago; Héctor Bustamante, Santiago; Inés Cartes, Concepción. UN TAMBOR: Juana Becerra, Santiago; Emilio Eckott, Santiago; Antonio Rehbein, Puerto Montt. UN PREMIO DE $ 10.—: Margarita Donoso, Santiago; Alicia Onell, Santiago; José Izquierdo, Santiago; Sergio Contreras, Santiago; Lastenia David, Valparaíso. UN LIBRO: María Aguirre, Santiago; Edith Pinto, Villa Alemana; Margarita Reyes, Santiago; Sonia Valencia, Santiago, y Julia Carrillo, Santiago.

Simbad

EL VIEJO REY SE QUIERE CASAR

N.º 7

$ 2.-

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.° 7
Precio: $ 2.—
20-X-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO VII.—Regreso a Bagdad

Simbad el Marino, cogido en las garras de un roc, o águila gigantesca, fué llevado al nido del ave. Los aguiluchos graznaron con voces de trueno al ver aquel bocado nuevo que se les ofrecía y con picos rapaces rasgaron las ropas del aventurero.

"Esto es peor que un nido de víboras", pensó él, defendiéndose del ataque. Pero estaba tan inerme como una lombriz en el pico de un gorrión.

Afortunadamente, varios mercaderes acechaban el regreso del roc para apoderarse de los diamantes que el ave debía traer. Empezaron a lanzar gritos y a batir con grandes garrotes unos tambores de lata que llenaban el aire de una sonoridad estrepitosa. El roc huyó volando y los aguiluchos cesaron en sus picotazos hambrientos.

—¿Qué es esto? —chilló el primer mercader que se acercó al nido, al ver surgir a un joven. La aparición de un basilisco monstruoso no lo hubiese aterrado más. Imaginó que se trataba de una brujería, de un ser maligno, hijo del roc.

Al convencerse de que sólo era una criatura normal y no un hombre-pájaro, el comerciante gritó:

—¿Entonces te ocultaste en ese nido para robarnos nuestros diamantes que sacamos con tanto trabajo del Valle de las Serpientes? Y sin esperar explicaciones se aprestaba a descargar su garrote contra el intruso.

—¡Cálmate, amigo! —indicó Simbad—. Llama a tus compañeros y te referiré mi extraña aventura. Caí casualmente en el valle y, para salir de él, pensé atarme a uno de los trozos de carne que ustedes lanzan al abismo para que se adhieran a él los brillantes. Un roc me aprisionó en sus garras. Por supuesto que traje conmigo las gemas que me parecieron más valiosas y que estoy dispuesto a repartir con ustedes. Yo de ninguna manera quiero perjudicarles.

Los mercaderes invitaron entonces a Simbad a su campamento, donde él vació sus bolsillos y su turbante, mostrando la gran riqueza que poseía. Ante el fulgor y el tamaño de esos diamantes, brillaron todos los ojos con asombro y codicia. Los seis hombres que formaban el grupo de pescadores de diamantes pudieron elegir uno de los valiosos cristales.

—Te acompañaremos a la isla de Roha —ofreció el jefe de los

traficantes—. Agradecemos tu generosidad, Simbad el Marino. El diamante que nos has regalado vale por todos los que recogemos en un mes de trabajo. Tú observaste que el valle es demasiado profundo y que no podemos elegir el sitio para lanzar nuestro cebo. Así, atrapamos los que el azar quiere y no los que nosotros escogeríamos.

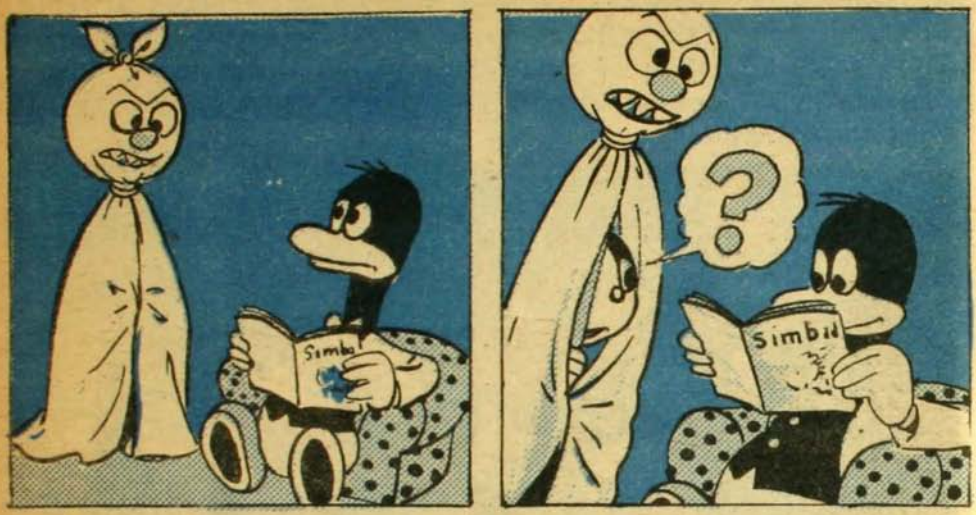
Se pusieron en marcha, alejándose del abismo, en cuyas paredes reptaban espantables serpientes. Cada vez más lejanos, oía Simbad esos silbidos que crisparon sus nervios y que le hicieron temer la muerte por el colmillo venenoso o el abrazo triturador.

—Adiós, sierpes —murmuró, cuando estuvo en camino llano y las montañas eran sólo una pequeña cresta gris en el horizonte.
Un barco anclado en la isla de Roha trasportó a Simbad a Basora, puerto de Bagdad. El viajero sintió gran felicidad al regresar a su palacio. Distribuyó parte de sus diamantes entre los pobres de la ciudad y el resto lo guardó en sus arcas.
La fama de Simbad el Marino se esparció por todo el reino de Harum-al-Raschid.

Los ricos anhelaban hospedarse en su palacio para sentirse deslumbrados por sus riquezas. Los pobres aguardaban a la puerta, con la esperanza de que él les diera por limosna un fabuloso diamante o una bolsa llena de cequíes.
El aventurero árabe tenía amigos por doquier, disponía de cuanto deseaba y las penurias eran desconocidas para él.
Muy pronto, sin embargo, su vehemente espíritu aventurero le incitaría a un nuevo viaje, pues Simbad el Marino era un hombre que prefería perder la respiración ante un peligro y no entre las cuatro paredes de su palacio, cuya plácida vida le ahogaba.

(CONTINUARA)

MUCHI



1. El pato Poco estaba leyendo "Simbad" cuando vió que a su lado se detenía un fulano muy raro. No le dió boleto y la gatita Muchi quedó muy desilusionada.

2. Comprendiendo que el pato era bien ganso y que no entendía la situación, le explicó: "—Yo soy un fantasma. ¡Uuuuuuh!" Al saberlo, Poco huyó pativolando: "—¡Socorro! ¡Mamita!"

POCO

3. Con el susto se le erizaron los tres pelos de su cabeza. Los contó y, al ver que eran muy pocos, decidió usar una loción. Muchi lo ayudó a su manera, pintando una peluca en el espejo.

4. Al día siguiente, Poco se levantó muy esperanzado. "—Tal vez ya ha empezado a crecerme el pelo." Corrió hacia el espejo y casi se desmayó al verse con más melena que un león.

DICK TABÚ

CAPITULO VII.—La venganza de la jungla

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo, lo declara tubú. Durante diez años su padre y los negros del Kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós. El mulato Gómez, enemigo de Hateras, atrae al padre de Dick a una celada y le aprisiona. El Intocable ejecuta proezas maravillosas. Para salvar a su padre baja a la caverna del río donde Hateras yace cautivo del mulato Gómez. Dick mata a Gómez, pero su padre muere víctima de un cocodrilo. Instigados por nativos de Subava, los negros obligan al cazador Marfué a romper el tabú y esperan siete días para ver si es castigado el delincuente. Marfué muere al séptimo día y la fama del Intocable crece. Dos presidiarios roban los rubíes de un ídolo en el kraal de Chivamba. Logan mata a su compañero Riper y busca refugio en casa de Dick Tabú. Los perseguidores de Logan asaltan el kraal del Intocable.

—¿Dónde está Dick Hateras? —preguntaba Logan, desesperado—. El prometió defenderme de estos demonios.

El sargento Jackson, siempre manteniendo al ex presidiario fuertemente sujeto, buscó un refugio entre los árboles que rodeaban la casa.

Nadie podía contener la feroz acometida de los nativos de Chivamba. El jefe Sulim vociferaba y juraba no dejar piedra sobre piedra en el *kraal* de Dick Tabú si no le entregaban al sacrílego Logan.

De súbito apareció el prodigioso niño como caído del cielo. Los nativos detuvieron su avance y supersticioso silencio sucedió a la salvaje gritería.

Dick apareció iluminado por extraña fosforescencia.

—¿Eres un espíritu o un hombre? —preguntó Sulim.

—Sabes tú quién soy... Una flecha si hiere a un mortal lo mata —respondió el Intocable.

Veinte nativos dispararon sus flechas al cuerpo fulgurante de Dick. Una de ésta pareció atravesar el costado del muchacho.

Jackson y Logan estaban tan atónitos como los nativos.

—Ya lo véis —declaró el Tabú—. Ahora escucharéis mi voz y conoceréis el poder que poseo.

Al decir esto alzó la mano derecha y al instante se produjo una explosión formidable.

—Es tan astuto como inteligente —dijo Logan al sargento Jackson—. Para subrayar su prestigio se untó el cuerpo con una materia fosforescente y ahora hace explotar una bomba de dinamita.
—Calla, facineroso —replicó el sargento—. Lo hace para librarte de las torturas y venganzas de los negros. Escuchemos a Dick Tabú.
El Intocable decía a los guerreros de Chivamba:
—¿Por qué habéis venido aquí con armas y amenazas?
—Un hombre blanco quebrantó nuestro tabú —respondió Sulim— y robó el collar de rubíes de nuestro *Ju-Ju*. Hemos atravesado la selva para castigarle. Aquí está y le queremos.
—¿Y si ese hombre les asegura que no ha robado el collar?
—Mentiría —dijo Sulim—. El robó el collar, él mató al guardián del *Ju-Ju*. Que se cumpla la ley de la jungla. ¿Conoces tú esa ley, noble juez?
—Por cierto que sí —indicó Dick Tabú—, y como juez de distrito tengo que hacerla cumplir. Si ese hombre es el culpable, morirá; pero él dice que fué su compañero quien quebrantó el tabú, y, en prueba de ello, me trajo el collar de rojas piedras. Si tú, Sulim, quieres enviarme a dos de tus guerreros en busca del collar te lo entregaré.
Sulim recibió el collar en medio de gritos de alegría y todos los guerreros cayeron de rodillas.
—Grandes y prolongadas gracias, oh juez —dijo en seguida Sulim al Intocable—, pero aun no estamos seguros de la parte que tomó el hombre blanco en el robo. Si sus manos codiciosas cogieron el collar, debe morir. Esa es la ley.
Dick llamó a Logan y rápidamente le dijo al oído:
—Trata de arreglar bien tu historia; de ti depende tu vida.
Logan avanzó hacia los nativos de Chivamba acompañado de un intérprete.
Refirió que su compañero Riper había muerto al guardián del ídolo y se había robado el collar de rubíes y que él hizo lo posible para que lo devolviera.
—Después tuve que huir con él —explicaba el facineroso—, porque era de mi raza y compañero mío. ¿Me culpan ustedes por eso?
—No —dijo Sulim—, si eran hermanos de raza no podían separarse.

ELENA POIRIER

—Cuando estábamos en la jungla tomando agua a orillas de un río —prosiguió Logan, escuché la voz de un espíritu que me decía: "Mata a ese hombre y devuelve el collar a Dick Tabú". Entonces yo maté a mi hermano y vine a cumplir la orden del espíritu.
—Sulim, ¿estás satisfecho con esta declaración? —preguntó Dick.
—Sí, sí —gritaron los de Chivamba—. Nuestro *Ju-Ju* es poderoso. Nos vamos y perdona el mal que te hemos hecho, oh gran juez.
Y partieron llevando en triunfo el collar de rubíes.
Logan, el sargento y Dick Hateras entraron a la casa.
—Ahora yo me llevo al asesino —declaró el sargento Jackson, mostrando a Logan—. Usted ha confesado que mató a Riper.
—Fué una historieta para los negros —protestó Logan, que ya se creía a salvo de la justicia—. A Dick Tabú le dije que un cocodrilo había devorado a mi compañero.
—Hace dos días, atravesando la selva —dijo el sargento—, descubrí el cadáver de Riper asesinado por la espalda con un tiro de revólver.
Logan, que sospechaba lo que iba a ocurrir, tenía clavada la vista en la pistola que el sargento dejó sobre la mesa. Antes que Jackson terminara su exposición, el bandido saltó sobre el arma y, alzándola contra Dick y Jackson, gritó:
—¡Arriba las manos!
Ambos obedecieron silenciosamente.
—Usted se creyó muy listo, sargento —dijo el villano Logan—. Coloque esos grilletes en las manos de Dick Hateras.
—¿Con qué objeto? —interrogó serenamente el Intocable.
—A fin de que yo tenga la seguridad de huir sin que me persigan —replicó Logan—. Han de comprender que no puedo confiar en ustedes.
—Le doy mi palabra de honor que ni el sargento ni yo le perseguiremos —declaró Dick Tabú—. No proteste, Jackson... Debemos darle nuestra palabra de honor.
Conociendo las cualidades extraordinarias de Dick Tabú, el sargento Jackson accedió por fin.
—Convenido —dijo triunfante el facineroso—. Cuento con tu palabra, Dick, pero no querría estar en tu lugar cuando los negros de Chivamba se dén cuenta de que el collar que les entregaste era falso. Muchas gracias y adiós.

Logan cerró la puerta y huyó hacia el bosque.
—Que idiota fuí al dejarle huir —protestó el sargento—. Ese individuo en libertad será pernicioso...
—No crea que pueda hacer más daño —dijo Dick, sonriendo misteriosamente—. Se olvida usted de que tiene que buscar todavía el collar de rubíes.
Al día siguiente, cerca del mediodía, Dick y el sargento Jackson se dirigieron a la jungla.
Dick Tabú, sin vacilar, caminó hasta un inmenso árbol, en cuyas raíces había un profundo hoyo. Muy próximo al tronco estaba el cadáver de Logan.
—¿Ve usted, sargento? —exclamó el Intocable—. El tabú de Chivamba reclamó su venganza.
—No comprendo —musitó el sargento.
—Es muy sencillo —expresó Dick Tabú—. Logan ocultó los rubíes en el tronco de este baobad. Yo ya había descubierto anoche este escondite y mientras Logan yacía exánime en la ruca recobré el collar de rubíes del *Ju-Ju* de Chivamba.
—¿Entonces el collar de piedras rojas que usted entregó al jefe Sulim era el verdadero collar del ídolo?
—Sin duda —sonrió el portentoso niño—, y los negros lo reconocieron al punto, pero Logan, que lo ignoraba, acudió aquí anoche en busca de esos preciosos rubíes.
—¿Y usted lo mató?
—No —protestó Dick Tabú—, yo no puedo matar... Logan buscó solo su muerte, porque ocultó los rubíes en la madriguera de una serpiente cobra.
—¿Y qué ocurrió, joven visionario? —preguntó, más y más atónito, el sargento Jackson.
—Que cuando vino anoche Logan en busca del tesoro escondido —explicó Dick—, la serpiente cobra le atacó de sorpresa y aún cuando el bandido pretendió defenderse ya el veneno se había introducido por una mordedura en la mano. Examine usted el cadáver de este infeliz... Tiene la mano completamente negra.
—¡Qué suerte! —murmuró Jackson.
—Usted la llama suerte —dijo el Intocable, irguiéndose como un joven dios—. Yo la llamo VENGANZA DE LA JUNGLA.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO VII.—Hernán Cortés quema sus naves

Cuitlopitoc, el enviado del emperador Moctezuma, que tenía una portentosa semejanza con Hernán Cortés, llegó pocos días después al campamento del conquistador de México con los magníficos obsequios que le enviaba el soberano azteca.

Los españoles miraron asombrados los objetos de oro macizo y su codicia se despertó aún más.

—El emperador —dijo Cuitlopitoc— envía al extranjero estos regalos con palabras de paz y les invita a abandonar el país, del cual es el único señor.

—No se trata de que yo me vaya —respondió Hernán Cortés—. Debo hacerle una visita de cortesía a vuestro emperador para agradecerle sus obsequios.

La frente del embajador azteca se ensombreció. Cuitlopitoc comprendía que Cortés deseaba ser el conquistador de México y que no partiría en sus barcos. Volvió, pues, a la ciudad imperial convencido de que tendrían que defender sus dominios.

Entretanto Hernán Cortés y sus lugartenientes se establecieron definitivamente en tierra mexicana y fundaron el puerto de Veracruz.

—A México, a México —decían los hidalgos Alvarado, Irigoyen y demás acompañantes del conquistador.

Pero, transcurridas algunas semanas, los indios, que hasta entonces habían sido amigos de Cortés, comenzaron a fastidiarse. Faltaban los víveres. La fiebre y los insectos atormentaban a los aventureros y algunos soldados descontentos hablaban de regresar a Cuba.

—No volveréis vivos —replicó Hernán Cortés.

Entonces el heroico extremeño tomó una resolución enérgica y decisiva. Hizo desembarcar toda la tripulación y quemó sus naves.

—Ahora —dijo Cortés, dirigiéndose a sus soldados estupefactos—, toda retirada es imposible. Tenemos que vencer o morir.

(CONTINUARA)

EL VIEJO REY SE QUIERE CASAR

POR GERMAN BERDIALES

—El viejo rey, nuestro viejo rey se quiere casar...
El murmullo corría por los palacios y las chozas.
Y nadie ocultaba su natural asombro.
El primer ministro, con su levita negra y amplia como la falda de un paraguas; el chambelán mayor, con su cabeza redonda como un mapamundi, y el gran sacerdote, con sus dedos afilados como palillos de tambor, abordaron al príncipe heredero para decirle:
—¿Permitiréis, Alteza, que vuestro augusto padre cometa la locura de volver a casarse?
El joven príncipe sonrió plácidamente:
—¿Que nuestro rey se quiere casar? Pues, allá él —y canturreó:

Como que me llamo Baltasar,
no pienso protestar...

—¡Ah! —exclamó, dramáticamente, el primer ministro.
—¡Eh! —gruñó el chambelán mayor.
—¡Oh! —gimió el gran sacerdote.
Después de estas exclamaciones, como muñecos a quienes se da cuerda otra vez, volvieron a la carga:
—¿Consentiréis...?
—Consentiré, señores. No olvido ni olvidaré nunca la obediencia que le debo, primero como hijo, luego como súbdito.
Y canturreó nuevamente:

Como que me llamo Baltasar,
no pienso protestar...

El primer ministro salió furioso y los negros y amplios faldones de su levita revoloteaban como la tela de un paraguas destrozado por el viento. El chambelán lo siguió, moviendo la cabeza como un mundo en pleno cataclismo. El gran sacerdote se retiró dignamente, tamboreándose el pecho con sus largos dedos.
El príncipe Baltasar se dirigió gallardamente hacia los aposentos particulares del viejo rey, su padre y señor.

ELENA POIRIER

—Buenos días, amado Baltasar —dijo el anciano monarca.
—Buenos días, señor.
—Acércate y óyeme bien. Deseo confiarte una delicada misión. Cuando se llega, como he llegado yo, a los setenta y cinco años...
—Exageráis, señor: setenta y cuatro...
—Bien, me rectifico: a los setenta y cuatro años, once meses y veintinueve días, ya no se tiene ánimos, hijo mío, para correr por esas calles y esos campos en busca de novia... ¿Quieres tomar sobre ti esa fatiga?
—Señor, vuestra confianza me honra.
—Eres tan sabio y tan prudente como creía serlo yo hasta que me dió esta locura... Sí, yo sé que es una locura y sé también que con ella he provocado gran revuelo entre mis palaciegos y mi pueblo... Pero es que, como todas las obsesiones, ésta puede más que yo..., ¡y he de casarme aún a sabiendas de que es un absurdo! Baltasar, desposaré a la doncella cuyas virtudes la hagan digna de mi corona y de mi amor.
Días, semanas, meses, ¿años? Sí, quizá durante años buscó el bello príncipe a la mujer digna de compartir el trono de su padre. Era en vano que las damiselas de los salones y las pastorcillas de los campos intentaran ocultarle con sonrisas de miel y miradas modestas los ruines pensamientos que todas tenían. Ambicionaban la corona del viejo rey, pero se reían del ridículo amor del rey viejo. Baltasar adivinaba la perversidad de sus almas y, desengañado, partía.
Continuó recibiendo desilusiones por doquier. Y muchas veces enrojeció de turbación porque las doncellas casaderas admiraban su gallardía y trataban de retenerle con mil argucias para hablar más tiempo con él.
—Nuestro viejo rey tiene un hijo, ¿verdad? Si fuera como vos...
—Es el rey quien se quiere casar, no el príncipe.
—¿Y cómo es? ¿Tiene vuestra mirada?
—No. Es bizco... y contrahecho.
Decía estas palabras con rabia y, montando en su corcel, seguía la inútil búsqueda. Las fallidas reinas decían entonces, asombradas:
—¡Cómo parece odiar al príncipe! Quizás ese insoportable bizco le ha quitado la novia.
Una tarde el príncipe resolvió dar por fracasada su misión y volver a palacio. Dejaba ya la aldea donde tomara esta determinación, cuando se detuvo ante la puerta de una modesta cabaña.

ELENA PALMER

ELENA POIRIER

Al pie de un árbol vió a una doncella que, sentada en el prado, leía en voz alta un libro que mantenía abierto sobre la falda. Baltasar escuchó por algunos instante aquella voz angelical.
—Buenas tardes —dijo por fin—, y perdonad que os interrumpa.
—Buenas tardes —respondió ella, que levantó la cabeza para mirarlo cándidamente.
—¿Sabéis que nuestro viejo rey se quiere casar?
—Eso he oído decir y ruego a Dios que le depare una esposa digna de él.
—¿Qué haríais si se empeñara en desposaros?
—¿Qué podría hacer? ¡Obedecerle! Eso sí, le rogaría que me permitiese continuar junto a mi padre. El pobrecito es ciego y no puede valerse sin mí. Cuando llegasteis, leía en este libro, para no equivocarme luego cuando lea para él.
—Yo creo que en palacio habría sitio para vuestro padre.
—Por supuesto. Pero ¿os parece que el rey querría una reina-lazarillo?
Ambos rieron. La risa de la niña sonaba entre la risa del príncipe como un vuelo de pájaros entre la fronda.
En aquel mismo instante, una voz llamó desde la choza:
—¡Hija!
—¡Voy! —gritó la doncella, levantándose—. Es mi padre. Perdón, señor. Adiós...
—Adiós.

El príncipe, luego de saludar a su augusto padre, se refirió a la doncella que vivía en una humilde cabaña y cuidaba a su padre como a su mayor tesoro.
Al cabo de un tiempo, el soberano indicó:
—Pues ve y dile que deseo casarla con mi hijo.
Baltasar cayó de rodillas, mientras el monarca añadía:
—Vuestro viejo rey no se quiere casar ni pensó nunca en ello. La suya fué locura fingida para asegurar la felicidad de su hijo y la de su pueblo.
Sonrieron el primer ministro, el chambelán mayor y el gran sacerdote, y, mirando al príncipe, que seguía de rodillas y temblo-roso de emoción, canturrearon cariñosamente:

Como que me llamo Baltasar,
no pienso protestar...

TOLITO, POR Moris

Centelleante

CAPITULO VII.—Se accidenta Julio Salvador

RESUMEN: Lidia Vilches con el apodo de Centelleante actúa con gran éxito como bailarina en el circo de Julio Salvador. La bailarina Conchita hostiliza mucho a la niña, pero el huerfanito Anguila la protege.

Después del triunfo de Centelleante, el circo de Julio Salvador se trasladó a ciudades más grandes y en todas partes la pequeña bailarina obtuvo enorme éxito.

Por fin llegaron a Santiago e instalaron su carpa en las riberas del Mapocho.

Al atravesar la calzada, tan concurrida en los puentes del Parque Forestal, un automóvil atropelló al empresario Salvador. Acudió la muchedumbre insultando al chófer, y en seguida llegaron carabineros y la ambulancia pública.

Julio Salvador fué trasladado al hospital con una pierna quebrada.

Al imponerse del accidente, Conchita lanzó terribles alaridos implorando a todos los santos del Paraíso; los demás saltimbanquis lamentaron profundamente el suceso y se dirigieron al hospital.
Julio Salvador, como buen español, conservaba toda su energía y valor.
—No hay bien que por mal no venga —sentenció el empresario—. El dueño del automóvil es un santiaguino millonario. Tendrá que pagar una fuerte indemnización.
—La pagará —declaró Conchita, con su natural vehemencia.
—Patrón —insinuó el *Marinero*—, por el circo no se preocupe. Yo le reemplazaré a usted en el estrado. Los payasos Pepo y Pipo apuntalarán mi discurso con chistes y disparates.
—Y yo —dijo el Anguila— le enseñaré nuevas gracias al perrito Didi.
—Por mi parte —murmuró Centelleante—, haré lo posible por agradar al público.
—Y yo dirigiré todo —afirmó Conchita enfáticamente.
Y esto fué lo que hizo fracasar las buenas intenciones de los saltimbanquis.
La andaluza recibía todo el dinero de las entradas y lo gastaba en embriagarse y en adquirir joyas y más joyas que iba acumulando en un cofre.
Una mañana se escucharon gritos despavoridos en el carromato
—Me han robado —gritaba Conchita.
Hurgando en sus joyas, la mujer comprobó que uno de sus mejores anillos había desaparecido.
Uno de los artistas del circo tenía que ser el ladrón.
"Han operado mientras yo dormía —se dijo Conchita—, o tal vez colocaron un narcótico en mi café para adormecerme."
La saltimbanqui no recordaba que el vino, bebido en exceso, la hacía dormir más de diez horas seguidas.
A sus gritos acudieron todos los habitantes del carromato.
El Anguila y Centelleante temblaban de miedo.
—Me han robado mi mejor anillo —vociferaba la arpía.
—Lo habrá perdido —sugirió el *Orangután*.
—O lo habrá buscado mal —insinuó el *Marinero*.
—¿Mal buscado? He registrado todos los rincones, abierto todos los cajones, examinado todos los muebles y no encuentro el anillo
El *Orangután*, disgustado por los gritos de la patrona, exclamó:
—Delo entonces por perdido.

—Sin duda —replicó Conchita—, pero antes le sacaré los ojos al que haya cometido ese crimen.

Los payasos y los luchadores se retiraron porque debían preparar la velada de la noche.

—Quédense ustedes —ordenó la mujer a Centelleante y al Anguila.

Y cuando quedó sola con los niños prosiguió:

—Ustedes me han robado el anillo.

—Señora, somos inocentes —murmuró Centelleante.

Concha ya había cogido su varilla de mimbre.

—Nada sabemos de ese anillo —declaró el Anguila, precipitándose a defender a la aterrorizada niña.

—¿Nada saben? —rugió Conchita—. Pues bien, yo les enseñaré.

Y de inmediato comenzó a golpear a los niños.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡ME MUERO DE SED!
SACARE AGUA DE LA NORIA. DEBE DE ESTAR FRESQUITA

por nato

Ives el indomable

CAPITULO VII.—El jinete negro

RESUMEN: Ives el Indomable, sobrino del rey Arturo, se constituye en protector de los débiles y terror de los tiranos. Después de un combate épico con el viking Rolando el Gavilán, se rebela contra la sentencia de muerte que dicta el rey Arturo. Ambos jóvenes son encerrados en una torre muy alta, pero los compañeros de Ives acuden a libertarle.

Los audaces "lobos" que formaban el ejército de Ives el Indomable, no sólo rescataron del cadalso a su jefe y al viking Rolando el Gavilán, sino que tenían equipado un barco, en el cual huyeron ambos jóvenes.

—Vamos a mi tierra, Islandia —propuso el gigante rubio.

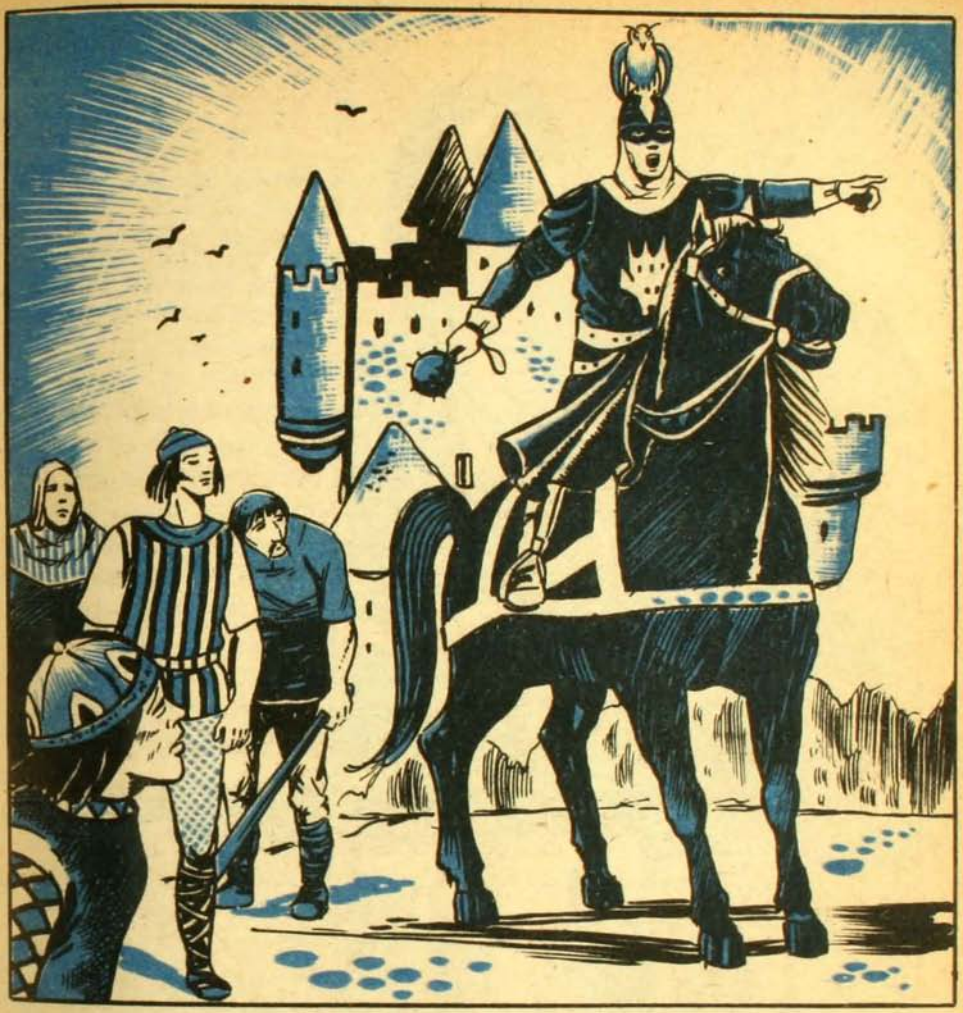
—No —rebatió Ives—. No puedo alejarme de Bretaña. Mi madre, la princesa Ghislene, quedó en el bosque y temo la venganza de su hermano, el rey Arturo. Alguna vez, quizás, pueda perdonar que ella, hija de reyes, se haya casado con un humilde leñador. Pero jamás le perdonará que tenga un hijo tan rebelde como yo.

—¿A dónde iremos entonces?

—No nos alejaremos demasiado de la costa.

El viking sonrió al advertir que obedecía la voluntad de Ives como si él fuera su rey natural. El Gavilán llevaba también sangre real en sus venas, y, sin embargo, no se sentía mortificado por aquella sumisión.

Una tormenta cogió el barco en su torbellino silbante y lo arrastró hacia alta mar. Con gran di-



ficultad logró resistir la nave el embate de las olas. Al amanecer, amainó la borrasca y, a través del aire despejado, Ives y Rolando avistaron una isla. Cuando intentaron desembarcar, una turba de isleños les mantuvo alejados con una lluvia de piedras.

Avanzó hasta el borde del acantilado un caballero con armadura negra. Su corcel era obscuro como el ébano. De pie sobre los estribos, el extraño jinete gritó:

—¡Volveos al mar! ¡Huid! Nadie desembarca en Tule, el reino de la muerte.

—A mí nadie me da órdenes —rugió el impulsivo Rolando.

—Ya sé que te agradan las grescas, Gavilán —murmuró Ives—. Pero esta vez no te seguiría. Esa multitud no puede ser vencida con la punta de la espada..., pero sí puede ser burlada. Simulemos que nos damos a la mar y luego saltaremos a tierra en algún punto solitario de la costa.

Prevaleció la astucia de Ives sobre el inflamado espíritu guerrero del viking.

Los "lobos" desembarcaron sigilosamente y llegaron a una choza desierta, en la cual había ali-

mento y agua en abundancia.
—Aquí hay víveres para un ejército, pero ni una sola alma viviente —observaron los bretones, asombrados.

Y en sus oídos resonaron las palabras del jinete negro: "...*Tule, el reino de la muerte*..."

Mientras sus hombres saciaban el hambre devorando las provisiones, Ives reflexionaba:

—Rolando, por tu rubia cabeza juro que descifraré el misterio de esta isla y desafiaré al caballero negro a singular combate, para hacerle pagar su falta de hospitalidad.

—Y yo juro por tu piel de lobo —sonrió el viking, cesando por un instante de masticar—, juro que el enlutado se verá también conmigo si tú lo dejas bueno para seguir combatiendo. Aunque me placería ser yo el primero en desafiarlo.

A la mañana siguiente, Ives y el Gavilán, vistiendo ropas halladas en la cabaña desierta, se dirigieron a la villa más cercana. Allí vieron al caballero negro que se aprestaba a leer una proclama al pueblo. Ambos amigos advirtieron en todos los rostros una expresión de miedo cerval.

(CONTINUARA)

A nuestros lectores

Hasta ahora nos había sido imposible comunicarnos con nuestros miles de lectores por falta de espacio en la revista. Procuraremos hallar, si es posible cada semana, un rinconcito como éste para conversar con ustedes. Nuestra primera comunicación sea para agradecer a todos sus entusiastas felicitaciones por nuestro "SIMBAD".

ROXANE.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el pato? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes de "Vitalmín Vitaminado", 1 bolsón para colegial, 6 chaucheras, 3 cinturones, 10 libros de cuentos infantiles, 6 autitos de baquelita y 2 juegos de ludo.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 4. La hiena claquea.

Premiados con UN PAQUETE VITALMIN: Walterio Ojeda, La Unión; Luis Tartari, San Javier; Isabel Moyano, Talca; Victoria Arriagada, Purén; Susana Rodríguez, San Carlos; Julio Inostroza, Purraque; Alicia Lillo, Santiago; Arturo Olavarría, Los Andes; Aldo Barrera, Santiago; Arturo Hormazábal, Santiago; Mercedes Pérez, Santiago; Carmen Miranda, Rancagua; Guido Riquelme, Lautaro; Angela Panulssis, Santiago; Harro Harz, Temuco; Juan Santorcuato, Los Andes; Lidia Quezada, Santiago; Sonia Villén, Valparaíso; Raúl Garretón, Santiago; Arturo Quinteros, Rengo; José M. Mora, La Unión; Hernán Gutiérrez, Traiguén; Manuel Arayam, Coquimbo; Carlos Ossandón, Codegua; Ademaro Giusti, Lebu. UN PORTADOCUMENTOS: Mario Carrasco, Temuco. UNA PELOTA DE GOMA: Remberto Escalona, Santiago; Violeta Cortés, Los Andes; Oscar Flores, Santiago; Jaime Sepúlveda, Santiago; Mariana Divin, Santiago; César Millas, Santiago. UN ESTUCHE PARA COLEGIAL: Paz del Campo, Santiago; Eileen Gazmuri, Santiago; Mario Sanhueza, Santiago; Augusto Gordon, Santiago; Graciela Guazzoni, Santiago; José Avila, Parral. UNA MUÑECA: Ada Martínez, Santiago. UN JUEGO MANTEL PARA TE: Inés Romaní, Viña del Mar; Clemencia Urzúa, Viña del Mar. UN PREMIO DE $ 10,—: Alejandro Contreras, Santiago; René Hagar, Santiago; Carlos Gómez, Valparaíso; Sergio Pineda, Santiago; María G. Nieto, Santiago. UN LIBRO: Luis Jaime, Santiago; Julio Alvarez, Concepción; Carmen Valenzuela, San Bernardo; Silvia Inzunza, Santiago; Luis Núñez, Santiago; Andrés Ochagavía, Santiago; Jaime Lagos, Santiago; Mila Valenzuela, Santiago; María Eugenia Verdaguer, Santiago, y José Peralta, Pailahueque.

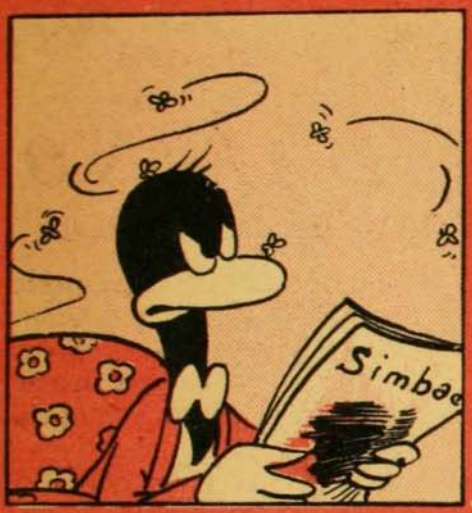
Simbad

ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES

N.º 8

$ 2.-

MUCHI y POCO



1. El pato Poco se disponía a leer cuando una banda de moscas cogoteras le asaltó por todos lados. "—Yo les enseñaré a no molestar a los patos decentes", y empezó a lanzar insecticida.

2. Parece que aquello no era un insecticida, sino un paticida, pues fué Poco el que se desmayó. Las moscas siguieron zumbando. Muchi exclamó: "—¿Y a qué se debe este patatús del pato?"

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

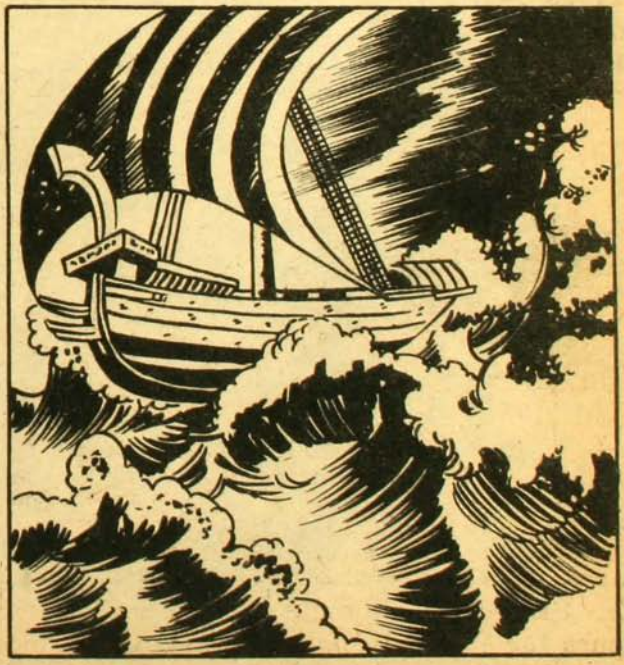
AÑO I - N.º 8
Precio: $ 2.—
27-X-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO VIII.—La isla de los hombres-monos.

Simbad el Marino había realizado ya dos viajes. En el primero, casi terminó su vida en el fondo del mar; en el segundo, le amenazaron serpientes y pájaros roc. A pesar de ello, quería emprender un tercer viaje y no descansó hasta fletar un barco y partir de Basora, con una tripulación avezada y un capitán que conocía los siete mares.

Cierta noche, una terrible tempestad sacudió el navío como si fuese una cáscara de nuez. En aquella danza frenética, los navegantes creyeron llegada su última hora y ya se veían en las profundidades del océano, teniendo por sudario el agua salada, como corresponde a un buen marino. Por suerte, la tormenta amainó y el barco se encontró varado en una costa desconocida.



—Esta es la isla Garan —dijo un marinero, palideciendo—. Está habitada por hombres-monos que no tardarán en acometernos.

—¡Monos indecentes! —gritaba el capitán, de pie sobre una roca y tendiendo su puño amenazante hacia los garaneses que parecían saber mucho de náutica, pues el barco navegaba a las mil maravillas.

—Paciencia —dijo Simbad el Marino—. Nada ganamos con vociferar y desesperarnos. Internémonos en la isla. Tal vez hallemos algo interesante.

—Vamos —dijo el capitán, resignado.

Se pusieron en marcha, aventurándose por una selva espesa. Por doquier crecían plantas y arbustos, cargados de flores y de perfume. Altos árboles levantaban sus frondas hacia el cielo. Retorcidas raíces y lianas flexibles como serpientes se entrecruzaban en los senderos. Un silencio absoluto reinaba en aquel mundo verde.

—¡Qué extraña calma! —susurró el capitán, desconfiado—. Esto no augura nada bueno.

En efecto, aquel silencio oprimía el alma. Era tan terrible, que los viajeros presentían un enemigo oculto y sabían que de un instante a otro oirían un aullido espeluznante o un tumulto amenazador.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO VIII.— El negrero Kenedy.

RESUMEN: Dick, consagrado por su padre, el colono Hateras, como sagrado tabú, es llamado el INTOCABLE por los negros africanos, y todo el que ha pretendido romper el tabú ha muerto.

Aun no había transcurrido una semana de la muerte del presidiario Logan, cuando llegó a conocimiento de Dick Tabú que un conocido traficante de esclavos, un *negrero*, como se les llamaba allí, cometía toda clase de atropellos y crueldades en los *kraals* vecinos.

En efecto, el *negrero* Kenedy, y su asociado, el joven Parson, recorrían la jungla africana comprando colmillos de elefante y cometiendo mil depredaciones con los nativos.

—No me agradan esas flagelaciones —Kenedy, decía el joven Parson a su compañero—. Tú tratas muy mal a los indígenas.

—Yo sé cómo tratarlos —replicó Kenedy—, porque mi larga experiencia me ha enseñado que si los trato con suavidad, a lo mejor me lanzan una flecha por la espalda. En cambio, con el látigo en la mano...

—Recuerda que hasta un gusano puede vengarse.

—Si un gusano se rebela lo aplasto —sentenció el cruel Kenedy.

Esta conversación tenía lugar en el sitio donde flagelaban a un negro.

Kenedy gritó a los verdugos:

—Suelten al negro.

Sus secuaces soltaron al infeliz torturado, quién cayó exánime al césped. Los demás nativos atados uno a otro con cadenas guardaban un doloroso silencio.

—¿Tiene alguien que protestar por sus cadenas? —preguntó Kenedy a sus víctimas—. ¿Alguien dice que la carga es pesada? ¿O que el alimento es insuficiente? ¿No? ¿O hay alguno que se atreva a atemorizarme porque he entrado al distrito de Dick Tabú? ¿No? ¿Entonces creen que yo soy bueno y justo? Respondan.

—Tú eres bueno y justo —respondieron los infelices esclavos.

Kenedy lanzó una alegre carcajada y prosiguió:

—Recoged vuestra carga y en marcha.

Se escuchó el ruido de las cadenas, y los negros, caminando de uno en fondo, marcharon en silencio como bestias de carga.
—Ya ves tú cómo yo manejo en mi dedo meñique a estos negros —dijo Kenedy al joven Parson.
Kenedy recogió el rifle y su cinturón con municiones y avanzó por la selva.
—Espera —intercedió Parson—, no podemos dejar abandonado a este pobre hombre que hiciste azotar. Yo también tengo derecho a mandar aquí. Esta expedición se hizo con mi dinero. Nunca pensé que necesitaras ser tan cruel para hacer un negocio. ¿Por qué castigaste a ese negro?
—Porque vino a intervenir en mis asuntos —expresó Kenedy—. Habló a mi gente de Dick Tabú, el *Intocable*, ese chiquillo de dieciséis años, que se hace pasar por un semidiós. Ese muchacho farsante se apodera de todos los marfiles de los cazadores de elefantes y reclama usureros tributos en su distrito.
—¿Qué clase de tributos? —preguntó Parson.
—Sobre la caza de animales salvajes —dijo el mentiroso Kenedy—. Lo quisiera ver obligándome a que le pague tributo por el elefante que maté. Ese hombre —agregó el *negrero*, mostrando al supliciado— quería que yo les quitara las cadenas a mis esclavos. ¿Me creen idiota? Vamos caminando, Parson.
—¿Y ese negro exánime? —insistió Parson.
—Los muertos no cuentan cuentos —murmuró Kenedy, colocando el cañón de su rifle en la sien del desmayado negro.
—Detente, bruto —gritó Parson, furioso—. He soportado demasiado ya. Si tú matas a ese hombre yo te mataré a ti.
—Qué niño tan sentimental —exclamó el *negrero*—. ¿No adviertes que estaba bromeando? Marchemos.
—Ayúdame a cargar a este negro —volvió a insistir Parson.
Kenedy lanzó una estridente carcajada y se alejó tras los negros encadenados.
Parson se inclinó entonces sobre el desfallecido negro y pretendió cargarlo en sus hombros. Vano intento. El supliciado era alto y macizo.
"Si no puedo cargarlo —decidió Parson—, me quedaré junto a él."
Llegó la noche y el compasivo joven permanecía al lado del nativo exánime. Pero ya comenzaba a invadirle el miedo a la selva y a sus salvajes rumores. Pensó por un momento trepar a un

ELENA POIRIER

baobad. Cuando alargaba el brazo, un enorme pitón se deslizó por el tronco.
Enloquecido de pavor, Parson gritaba:
—Kenedy, espérame.
Sólo le respondió la trompeta de un elefante.
Entretanto, el nativo, abandonado de todos, quedaba expuesto a los ataques de cuervos, hienas, leopardos y hormigas.
La noche con sus tétricas asechanzas amenazaba al supliciado.
De súbito un leopardo saltó sobre el negro y éste, recobrando vagamente la conciencia, exhaló un leve suspiro. Sus ojos se entreabrieron para cerrarse con espanto. Las pupilas de fuego del leopardo parecían ascuas y sus narices olfateaban las sangrantes heridas.
Como bajado del cielo apareció súbitamente el niño de rubios cabellos y de overa piel. Sin hacer ruido, su filudo puñal cayó sobre la cabeza de la fiera y le dió el golpe morta!.
Hienas, ciervos y buitres se apartaron ante el semidiós que dominaba la selva.
Dick Tabú se inclinó sobre el doliente nativo y le preguntó:
—¿Estás herido? Tomasi, fué una suerte que yo llegara a tiempo.
—Estoy herido, pero no por la fiera —respondió Tomasi, mostrando su espalda desgarrada por los azotes.
—Quién usó de los azotes tendrá que pagarlo —exclamó Dick Tabú.
El Intocable llevó ambas manos a su boca y lanzó un grito agudo y prolongado, grito que el viento llevaría de eco en eco hasta los oídos de quienes conocían su llamado. Repitió Dick ese grito, que era semejante al cantar del indio y en seguida guardó silencio.
—Estarán aquí antes del alba —dijo el Intocable, como si ya hubiera escuchado la respuesta a ese grito.
—Vendrán —murmuró Tomasi—, pero yo aun no he oído su respuesta.
Dicú Tabú sonrió y dió algunos pasos, fijando su vista en la bolsa con ropa y armas que Parson dejó abandonadas en su fuga. Arrastró la bolsa hasta el pie de un árbol, y sentándose sobre ella comenzó a espantar las hormigas que cubrían el cuerpo de Tomasi.
—¿Sufres mucho? —preguntó Dick al herido.
—Mucho, gran *buana*.

ELENA POMER

—Y yo nada puedo hacer para aliviarte, mi buen Tomasi.
—Lo comprendo —dijo el negro—; tú no puedes tocarme sin romper el tabú.
—Qué necio soy —exclamó de pronto Dick—; no puedo cargarte en mis brazos, pero me es posible aliviarte.
Con la ligereza de una ardilla el niño prodigio comenzó a recoger hierbas que curaban heridas y mitigaban el dolor y las esparció como un lecho junto a Tomasi.
—Vuélvete a un lado —ordenó Dick a su viejo capataz— y trata de restregar tu cuerpo en estas hierbas.
El zumo de las maravillosas plantas produjo rápido efecto en el torturado hombre.
—Fueron muy malvados —suspiró Tomasi—; me torturaron casi hasta la muerte. Eran dos hombres blancos, con muchos nativos que servían de verdugos. Nuestros hermanos estaban encadenados como viles esclavos y cargados como bestias. Uno de los blancos era grande, grueso y de mal carácter; el otro, más joven y no parecía malo.
—Prosigue —ordenó Dick Tabú, como exaltado por extraña visión.
—Ese hombre blanco engañó a los negros de mi *kraal* prometiéndoles grandes recompensas, pero una vez que estuvo lejos les cargó de cadenas. Seguí a mis hermanos, pero antes, oh gran *buana*, te envié un mensaje. ¿Lo recibiste y por eso estás aquí?
—No —dijo el Intocable—; vine por casualidad.
—Te trajo el Gran Espíritu —declaró Tomasi—. Bien sabía tu padre que eras el enviado del Gran Espíritu. Tú lo sabes todo, oh gran *buana*.
—¿El más joven de los blancos también es cruel? —interrogó Dick.
—Más bien es débil —indicó Tomasi—, porque vive en el temor del cruel amo y siempre se oponía a las maldades del terrible Kenedy.
Transcurrieron varias horas y de pronto Tomasi, que se había adormecido, dijo a Dick Tabú:
—Ya vienen.
El Intocable sonrió. Hacía mucho rato que él había percibido el rumor de su gente.
—Creen que les he convocado para un ejercicio de destreza —murmuró sonriendo el maravilloso muchacho—. Voy a esperarles.

Con los músculos en tensión se aprestó para recibir las flechas y dardos que le enviarían sus mejores guerreros. Sabemos que Dick gustaba de esos ejercicios, en los cuales probaba su destreza para evitar que le tocara un arma dañina.

Después de evitar veinte flechas, Dick gritó a sus guerreros:

—Terminen el juego. Tomasi está herido. Ya sé dónde se ocultan ustedes. Jensí está detrás del baobad; Samukué se arrastra como una sierpe, y Babajan se encumbra en la copa de un árbol.

Los tres nativos se acercaron a su jefe con honda veneración.

Momentos después los tres fornidos negros cargaban sobre sus hombros al torturado Tomasi, mientras Dick Tabú cerraba la marcha.

—Ya pagará Kenedy sus crímenes —decía el Intocable con semblante severo—. La jungla pide justicia. Ojo por ojo... Vida por vida.

Sonrieron los gruesos labios del negro Tomasi. El tirano que le azotó y quiso matarle, atravesando su cabeza con una bala, recibiría el castigo de sus fechorías.

Los africanos, con sus agudas ojeadas y su olfato que en los habitantes de la selva es casi un sentido de tacto, seguían el rastro de los hombres malos. A través de la densa hojarasca, sobre las raíces y lianas entrecruzadas, la pista era visible sólo para Dick Tabú y sus fieles. Inexorables como el destino, rastreaban a Kenedy.

(CONTINUARA)

A nuestros lectores

MARIO VARAS: Sus entusiastas felicitaciones por nuestras seriales: "Ives el Indomable" y "Simbad el Marino", significan para nosotros un aliciente que nos insta a mejorar día por día nuestra revista.

GERMAN LOPEZ: Agradecemos su gentil carta, que contiene tantos "me gusta" referentes todos a "Simbad" y sus seriales.

RUTH ESCOBAR, Puerto Varas: Gran noticia es para nosotros que usted y sus compañeras de Liceo hayan declarado a "Simbad" la revista infantil más interesante de cuantas se publican.

BRENDA OROZCO: Trasmitiremos sus felicitaciones a Elena Poirier.

JORGE DIAZ: Prefiere "Ives el Indomable", "Centelleante" y "Muchi y Poco".

ROXANE.

Ponchito

¡PONCHITOOO!
¡MANDE, ABUELITA!
LLEVALE ESTOS HUEVITOS AL PATRON
¡HOLA PATOCO!
¡TE JUEGO BOLITAS!

por nato

¡CUARTITA !
HORAS MAS TARDE
¡ME VOY, TENGO QUE LLEVARLE ESTE ENCARGO AL PATRON !
¡BUEN DIA PATRON ! AQUI LE MANDA ESTOS HUEVOS MI ABUELITA
NATO.
¡PIO
¡PIO
PIO!

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO VIII.—Alianza con los tolteques.

Después de haber quemado sus naves, a fin de impedir que los timoratos provocaran un motín para regresar a Cuba, Hernán Cortés se internó con sus huestes en la selva. Ya no era posible la retirada y aun aquellos que acobardaban ante los peligros de la conquista, no tenían otra alternativa que seguir adelante.

El calor les ahogaba y el fulgor del sol ardía en sus ojos. Después, al acercarse a la cordillera, padecieron frío.

—Endemoniada tierra —gruñían los españoles.

Atravesaban el territorio de los tolteques, tribu que odiaba a los aztecas.

—Serían espléndidos aliados si pudiéramos pact a r con ellos —dijo el padre Aguilar, que, durante su largo cautiverio, conoció todos los clanes indios.

En un valle cubierto por plantíos de maíz, los conquistadores encontraron las primeras avanzadas de tolteques. Con un ímpetu fiero, cayeron sobre los hombres blancos. El chivateo ensordecedor corría por la campiña como un anuncio de muerte y exterminio. Hernán Cortés se vió rodeado por una turba que su fiel amigo Irigoyen le ayudó a dispersar.

Rugieron después los cañones y la indiada retrocedió. Con el supersticioso temor que despertaba aquel trueno en sus almas primitivas, huyó en desorden.

En los días sucesivos, los tolteques volvieron al ataque, guiados por jefes que lucían corazas de oro o de plata y yelmos de madera tallada. Por fin, un embajador de la tribu se presentó ante el Conquistador para decir:

—Te proponemos la paz y te juramos obediencia.

El padre Aguilar tradujo esta frase y también la respuesta de Hernán Cortés:

—Acepto la alianza. Juntos combatiremos a nuestro enemigo común: los orgullosos aztecas.

Al saber esta contestación, el rostro del emisario tolteque, impasible como una máscara de greda, se animó. Los indios consideraban a Hernán Cortés como el enviado de la Serpiente de plumas verdes, una deidad poderosa. ¡Ahora vencerían a Moctezuma, el emperador de los aztecas!

(CONTINUARA)

ALÍ BABÁ Y LOS 40 LADRONES

En una ciudad de Persia vivían dos hermanos, cuyos nombres eran Casim y Alí Babá. Cuando su padre murió, les dejó muy pocos bienes, pero Casim tuvo la suerte de casarse con una mujer rica.

Alí Babá se casó con una mujer pobre, y sostenía a su familia vendiendo las cargas de leña que iba a cortar a un bosque distante y que trasportaba en tres borricos.

Un día, después de reunir grandes atados de leña, se disponía a cargar a sus asnos, cuando percibió en la lejanía una polvareda levantada por un grupo de jinetes que se acercaban galopando furiosamente. Tuvo miedo y trepó a un árbol alto para esconderse entre sus ramas. Apenas había terminado de cobijarse bien, cuando los jinetes descabalgaron cerca del roble. Alí Babá contó cuarenta hombres y no dudó que eran ladrones, por su traza insolente, su rostro patibulario y el fardo que traía cada cual. El capitán de la banda se acercó a la roca situada junto al árbol en que el leñador se refugiara y dijo:

—Sésamo, ábrete.

La roca se abrió al punto, y cuando la gavilla de foragidos hubo entrado, se volvió a cerrar. Al cabo de algún tiempo la abertura se ensanchó de nuevo y salieron los cuarenta ladrones. El capitán pronunció:

—Sésamo, ciérrate.

Cerrada la caverna secreta, todos montaron a caballo y no tardaron en alejarse a todo galope.

Alí Babá esperó prudentemente algunos minutos, y después, bajando del árbol y deteniéndose ante la peña, murmuró:

—Sésamo, ábrete.

Penetró a un sitio claro y espacioso que recibía la luz por una grieta en lo alto del peñasco. Vió abundancia de víveres y oro y plata a montones. Alí Babá no perdió tiempo en contemplar tantas riquezas. Sin vacilar, sacó talegos de oro, hasta juntar lo suficiente para cargar sus tres borricos. En seguida cubrió los sacos con alguna leña, y, presentándose delante de la roca, dijo:

—Sésamo, ciérrate.

Emprendió entonces el camino hacia la ciudad y pronto llegó a su casa. Condujo a los asnos a un patio y descargó los talegos. Más tarde contó a su mujer el suceso, recomendándole que no revelase a nadie el secreto. La mujer se regocijó con su marido por su buena fortuna y cavaron un hoyo para enterrar el oro. Pero ella, curiosa, quiso saber cuánto habría y decidió:

—Voy a buscar una medida, mientras tú cavas el hoyo.

Salió para ir a casa de su cuñado, y, no hallándole, rogó a su mujer que le prestara una medida. La cuñada, que conocía la pobreza de Alí Babá, quiso saber qué clase de grano quería pesar

y ensebó el fondo de la medida. Cuando ésta le fué devuelta, reparó que traía adherida una moneda de oro. Estupefacta, llamó a su marido y le dijo:

—Casim, te crees rico, pero te engañas. Ali Babá lo es infinitamente más que tú. No cuenta el dinero, sino que lo mide a celemines.

Y le explicó en seguida el enigma.

Envidioso Casim de la prosperidad de su hermano, le dijo:

—Alí Babá, simulas pobreza y cuentas el oro por medidas.

Y como prueba, tendió la moneda. El hermano, comprendiendo que el secreto estaba descubierto, refirió toda su aventura.

Casim partió a la madrugada siguiente con diez mulas cargadas de grandes cofres. Delante del peñasco, pronunció las palabras mágicas y entró a la caverna, que volvió a cerrarse en cuanto él traspuso la entrada. Casim arrastró gran cantidad de sacos. Preocupada y ofuscada su imaginación con la codicia que le inspiraba tanto oro, olvidó que debía decir "Sésamo" y empezó a gritar:

—Trigo, centeno, cebada...

Y otros muchos cereales y semillas; todo inútilmente, porque la roca permanecía cerrada. Mientras tanto, volvieron los bandidos cerca de medianoche y, al hallar a aquel intruso en su caverna, le dieron muerte en el acto.

La mujer se Casim, temblando de inquietud porque su marido no regresaba, acudió a casa de Alí Babá. Era ya de madrugada y el antiguo leñador se puso en camino. En la gruta encontró el cadáver descuartizado de su hermano y lo trasladó a la ciudad para darle sepultura. Llamó a una fiel esclava de la casa y le refirió todo.

—Es preciso hacer creer que mi hermano murió de muerte natural —añadió—. Morgiana, inventa alguna estratagema.

La esclava compró al boticario una esencia que suele ser eficaz en las enfermedades más incurables, dando a entender que su amo estaba muy grave.

Esa noche, los vecinos oyeron las lamentaciones de la viuda y no se extrañaron de aquel duelo, que ya presentían desde la mañana.

Morgiana buscó, además, a Babá Mustafá, el remendón, y, vendándole los ojos y prometiéndole dos monedas de oro, lo guió a casa de Casim, y, mostrándole el cadáver, murmuró:

ELENA POIRIER

—Os he traído para que cosáis las piezas que veis aquí.
Mientras tanto, los cuarenta ladrones habían descubierto la desaparición del cadáver. El capitán rugió:
—El ladrón tiene un cómplice. Es preciso que él también muera, o, si no, estamos perdidos. Uno de vosotros irá a la ciudad para saber si se habla del asesinato de alguno.
Partió el bandolero hacia la ciudad y al amanecer llegó a la tienda de Babá Mustafá, que estaba siempre abierta mucho antes que las otras. El ladrón saludó:
—Buenos días. Muy temprano empezáis a trabajar. Me parece imposible que podáis ver a la edad que tenéis.
—¡Cómo no! —replicó Babá Mustafá—, aunque me véis tan viejo, tengo una vista de lince. Sabed que no hace mucho tiempo cosí a un muerto en una habitación donde no había tanta claridad como aquí.
El ladrón, comprendiendo que había hallado el rastro que buscaba, dió al remendón una moneda de oro y sugirió:
—Hacedme el favor de indicarme la casa donde cosísteis al muerto.
—Me llevaron con los ojos vendados y no sabría hallarla.
—Pues bien, os vendaré los ojos. Aquí tenéis otra moneda.
El oro tentó a Babá Mustafá, que, dejándose cubrir la vista, se puso en marcha. Por fin se detuvo.
—Me parece que entré aquí.
Era, en efecto, la casa de Casim, donde ahora vivía Alí Babá. El ladrón hizo entonces en la puerta una señal con yeso. Morgiana vió más tarde aquel signo, y, temiendo una desgracia, tomó yeso y marcó en igual forma varias casas vecinas.
Cuando el bandido, con su jefe, intentó ubicar la casa, se confundió ante la gran cantidad de señales. Por su fracaso, fué ahorcado, e igual suerte corrió otro compañero que señaló con pintura encarnada la puerta de Alí Babá. Morgiana repitió su ardid anterior, y así, otro ladrón murió ahorcado. Finalmente, el propio capitán descubrió cuál era la casa y, sin marcarla, estuvo examinándola hasta estar seguro de que la reconocería al volver. Reunió a su banda, que estaba disminuída en dos valientes, compró diecinueve mulas y treinta y ocho tinajas para llevar aceite, una llena y las demás vacías. En éstas se escondieron los ladrones, que, a lomo de las acémilas, fueron llevados a casa de Alí Babá. Fingiendo ser un mercader, el tunante pidió hospedaje.

ELONA POIRIER

Antes de retirarse a dormir, el ladrón recorrió las tinajas, que estaban en el patio, murmurando:

—Cuando yo os tire piedrecitas, salid de la vasija.

Al anochecer, Morgiana advirtió que le faltaba aceite para la lámpara y bajó al patio. Al acercarse a la primera tinaja, oyó una voz que preguntaba:

—¿Es hora?

Comprendió al momento el peligro en que se hallaban Alí Babá y su familia y respondió:

—Todavía no, pero pronto lo será.

Continuó caminando, hasta la última tinaja, que tenía aceite, llenó su lámpara y volvió a la cocina. Tomó una gran caldera, la llenó de aceite y la puso a hervir. Cuando el aceite estaba hirviendo, Morgiana derramó en cada botija la cantidad suficiente para sofocar a los que estaban dentro y quitarles la vida.

Al cabo de un cuarto de hora, el capitán de los ladrones empezó a hacer la señal convenida, pero, por más piedrecitas que tiró, no obtuvo contestación. Bajó entonces al patio, muy azorado, y descubrió que todos sus secuaces habían muerto. Furioso, descerrajó la puerta que daba a la huerta y huyó.

Al saber Alí Babá que Morgiana le había salvado, le dió la libertad y diez mil cequíes. Los ladrones fueron enterrados secretamente.

El capitán de los bandoleros no renunciaba a su venganza y se instaló en la ciudad, como un rico mercader en telas. Trabó amistad con el hijo de Alí Babá y logró que le invitasen a cenar. Al verle, Morgiana le reconoció y, examinándole atentamente, advirtió un puñal que llevaba oculto.

Sin pérdida de tiempo, la astuta doncella se vistió de bailarina, ciñó a su cintura una cadena de plata, de la cual pendía una daga y se cubrió el rostro con una máscara. Durante el baile, en el cual manejaba el puñal con diversos movimientos, lo enterró en el corazón del bandido. Luego explicó:

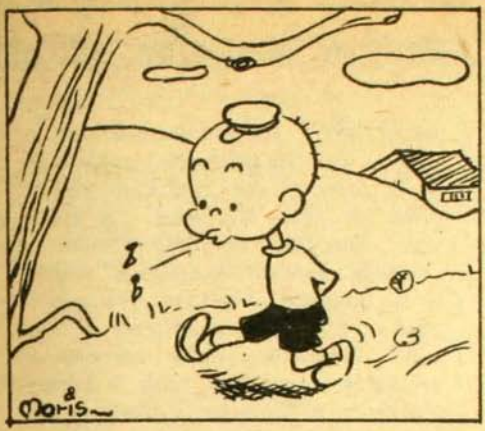
—Es el capitán de los bandidos del bosque. Le reconocí a pesar de su disfraz y sospeché sus perversas intenciones.

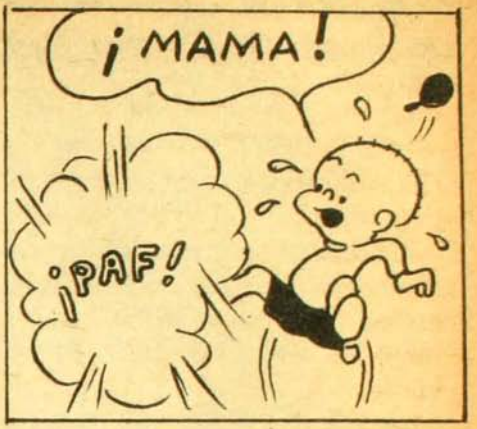
Alí Babá la abrazó, diciendo:

—Morgiana, te di la libertad y ahora te convierto en mi nuera.

Pocos días después, Alí Babá celebró las bodas de su hijo y de Morgiana.

TOLITO, POR Moris





Centelleante

CAPITULO VIII.— El marinero protege a Centelleante.

RESUMEN: Lidia Vilches con el apodo de Centelleante actúa con gran éxito como bailarina en el circo de Julio Salvador. La bailarina Conchita hostiliza mucho a la niña, pero el huerfanito Anguila la protege. Mientras Julio Salvador está accidentado en el hospital, Conchita pierde un valioso anillo, y acusa del robo a Centelleante y al Anguila, a quienes golpea con su varilla.

Centelleante, a pesar de la defensa del Anguila, recibía también los varillazos de la cruel y borracha mujer de Julio Salvador.

El perro Didi, furioso con el maltrato a su amita, saltó sobre la mujer y le mordió el tobillo.

La bailarina lanzó un grito de dolor y, enfurecida, tomó al perro por el cuello y lo arrojó brutalmente contra un mueble.

Al ver tanta crueldad, Centelleante, con las manos crispadas, gritó a la andaluza:

—Eres una mala mujer.

—Iremos a quejarnos a la policía —agregó el Anguila con furor.

—Eso es —exclamó la saltimbanqui—. Vayan a quejarse a la policía. A ti, Anguila, te mandará a un asilo, y a ti, muchacha, te devolverá a tus padres. Ladrones, pilletes...

—Yo no he robado su anillo —gimió Centelleante, apretando a Didi contra su pecho.

—Ella es incapaz de robar —dijo el Anguila.

—Entonces eres tú —replicó la bailarina, volviendo a coger la varilla.

Por suerte, en ese momento y atraído por los aullidos lastimeros de Didi, entró el *Marinero* al carromato.

—Limiro —dijo Concha Salvador para disculparse—. Es preciso matar a ese perro rabioso. Mira... Me ha mordido la pierna.

—¿Quién estará con la *rabia*? —preguntó Limiro, fijando una mirada mordaz en la vieja bailarina—. Centelleante y Anguila, les necesitamos en la carpa.

Los dos niños salieron corriendo tras del *Marinero*.

Después de un rato se escucharon verdaderos alaridos que interrumpieron el trabajo de los saltimbanquis.

Era Concha Salvador quien así gritaba.
Para consolarse de la desaparición de su anillo, la bailarina abrió su armario en busca de una botella de coñac. Tendía la mano para cogerla del gollete y quedó como petrificada.
—¡Aquí está mi anillo! —gritó la arpía.
En efecto, la joya estaba bien a la vista.
—Los bandidos, los facinerosos —exclamó Concha Salvador, empinando la botella con el fuerte licor—. Se han burlado de mí... Me la pagarán.
Y sus vociferaciones degeneraban en alaridos estridentes.
—¿Qué ocurre? —preguntaron los saltimbanquis.
—Aquí está mi anillo. Lo han colocado recientemente... ¿Quién ha sido?
—Nadie, seguramente —declaró el *Marinero*—. En su borrachera usted colocó ese anillo en el armario y en seguida olvidó que lo había dejado allí.

—Así ha sido —declararon los payasos Pepo y Pipo—. Conviene que don Julio Salvador regrese pronto del hospital, porque con esta mujer ya no es vida la que se pasa aquí.
—Y pegarle a esos dos niños inocentes —protestó el *Marinero.*
—Inocentes, inocentes —clamó la mujer, ebria—. Déjenme en paz.
Dejarla en paz significaba que quería seguir bebiendo hasta quedar tendida en el suelo como un cuerpo sin vida.
Pero el *Marinero,* o sea, Limiro, no podía perdonar a la mala mujer el castigo brutal que había infligido a su protegida Centelleante.
Con el pretexto de limpiar el carromato, entró al compartimiento de la vieja bailarina y derramó sobre su cabeza un balde con aguas servidas.
La borracha saltó como mono de resorte, con los diversos cosméticos de su cara mojada, formándole tonos verdes, rojos, amarillos y azules.
—Esto le refrescará la mollera —declaró el *Marinero,* celebrando su fechoría.
Pero la vengativa esposa de Julio Salvador no perdonaría la ofensa, y desde ese momento se dedicó a hostilizar en forma cruel a Centelleante y al Anguila. Hubo días en que no les dió ni un plato de sopa, y otros en que les golpeaba con terrible furia.
—Si no huimos de aquí —dijo un día el Anguila a Centelleante—, moriremos como murió la pobre Griselda, a quién tú reemplazaste.
Centelleante tampoco recibía cartas de su padre. Concha Salvador las interceptaba para ahondar más aún los pesares de la niña.
—Yo voy a llamar por teléfono a un amigo que tengo en tu pueblo, hijita —dijo el *Marinero* a Centelleante—, y entonces sabremos de tu familia.
Dos días después llegaba una carta de Fernando Vilches, en la cual comunicaba a Centelleante que un buen señor había enviado a todos los niños a una Colonia Escolar y que a él le había ofrecido un espléndido empleo en el puerto. La madre de Centelleante estaba bien atendida en un hospital.
—Qué felicidad —exclamó Centelleante—. Ahora puedo escribirle a papá.

—Yo creo que podrías hacer algo mejor —insinuó el *Marinero*.
—¿Qué puedo hacer?
—Irte con tus padres. Concha te maltrata y acabará con tu vida. Tú posees un gran talento como bailarina y en cualquier circo harías fortuna.
—¿Y el Anguila?
—También lo llevaríamos —sonrió Limiro.
—¿Y Didi?
—Por cierto que sí... Nos marcharemos al Puerto y buscaremos un teatro o un circo donde contratarnos. Y ahora, mucho silencio, princesita... Yo les avisaré cuando convenga huir.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Deben desembarcar clandestinamente porque los isleños les lanzan piedras para que vuelvan al mar.

CAPITULO VIII.—Violencia y terror.

Ives el Indomable y Rolando el Gavilán, vestidos con ropas de campesinos, llegaron a una aldea de Tule. Los rústicos se agrupaban en torno al Jinete Negro, quien leía una proclama:

—Los aldeanos de Valok han sido elegidos para el gran viaje. Deberán ponerse en marcha mañana, al despuntar el alba.

Un grito de terror surgió entre la muchedumbre y un adolescen-

te se abrió paso, balbuciendo:

—¡Yo no! ¡Yo no quiero ir!

Y ciego de espanto intentó evadirse. En la esquina de una calleja acechaba un hombre con una cerbatana en sus labios. Sopló con indiferencia el dardo venenoso y el fugitivo cayó, exhalando un ahogado grito.

La sardónica risa del Jinete Negro vibró en el silencio.

Rolando, siempre impulsivo, quiso abalanzarse contra el tirano, pero la mano firme de Ives le retuvo y su voz imperiosa ordenó:

—¡Quieto, Gavilán! Sería una temeridad inútil. Nos haríamos masacrar, sin provecho para nadie.

Irguiéndose sobre los estribos y blandiendo su terrible maza, erizada de puntas de fierro, el jinete habló al pueblo aterrorizado:

—Como ése, morirán los que se atrevan a resistir.

La mano de Ives tuvo que ceñir con más fuerza el hombro de Rolando. El viking sólo a él obedecía.

Descendiente de reyes normandos, héroe entre los corsarios de Islandia, nadie había logrado antes influir en su voluntad. Pero Ives era diferente, por su audacia, su valor y la majestad que emanaba de él, a pesar de sus jóvenes años.

De pronto, otro aldeano irrumpió:

—¡Es un lazo! ¡No creáis en sus engaños! El Valle de la Dicha no existe.

El Jinete Negro, lanzando su caballo contra el audaz, le asestó un mazazo y el cráneo resonó con un crujido horrible. El populacho, despavorido, huyó, temiendo hallar la muerte bajo las púas de hierro o los cascos del caballo, pues jinete y corcel parecían poseídos de un espíritu de destrucción.

Ives y el Gavilán, siguiendo un mismo impulso, corrieron hacia la víctima. El Jinete Negro, creyéndoles aldeanos serviles que trataban de adularlo, indicó:

—¡Echad al mar a ese perro!

Ambos amigos alzaron el cuerpo inerte y enfilaron por una desierta calle. De pronto, una mujer les salió al paso, llorando desesperada:

—¡Por piedad! ¡No le sepultéis en el mar! Permitid que yo vele su cuerpo y rece por su alma. ¡Es mi padre!

Ives murmuró:

—No t e m a s, doncella. Trata de contener tu dolor. Camina delante de nosotros para saber dónde queda tu vivienda.

La niña, doblegada por los sollozos, avanzó, mientras ellos la seguían, llevando el cadáver.

El Jinete Negro les gritó antes de alejarse a galope tendido:

—¡Bien, aldeanos de Valok! Y si esa desharrapada trata de impediros que le lancéis al agua, ahogadla.

Aterrorizada, temiendo que Ives y el Gavilán obedecieran el terrible mandato, la doncella hizo ademán de volverse, pero la voz firme del joven bretón la detuvo:

—¡Seguid! Ya os he dicho que disimuléis. El Jinete Negro no debe sospechar que hemos oído vuestra imploración.

Torcieron por una calleja. Entonces el príncipe Ives murmuró:

—¿Desapareció el buitre negro?

—Sí —repuso el viking.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

SOLUCION AL CONCURSO N.º 5.— El cerdo gruñe.

Premiado con UNA BILLETERA: Hernando Flores, Copiapó. UNA CARTERA PARA NIÑITA: Inés Ruiz Tagle, Santiago; Susana Rodríguez, San Carlos; Olga Bórquez, Viña del Mar; Marta Carrasco, Temuco; Marta Sáez, Los Angeles; Aurelia Hidalgo, Santiago. UN JUEGO DE ESCOBILLAS: Raúl Amunátegui, Santiago; Santiago Cornejo, Rengo; Juan Bahamondes, Puente Alto; Mario Rodríguez, Victoria; Luis Jiménez, Talagante; Enriqueta González, Ercilla. UNA BOLSA DE PLAYA: Alicia Lillo, Santiago; Sonia

Kimura, Santiago; Ilusión Castro, Santiago; Berta Sazo, Santiago; Nancy Gaete, Chimbarongo. UN LLAVERO: Francisco Rivadeneira, Santiago; Héctor Ponce, Santiago; Héctor Concha, Lanco; Nelson Jofré, Santiago; Gonzalo Cortés, San Bernardo; Pablo Torres, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: René Cuevas, Santiago; Rodolfo Espejo, Santiago; Montsi Wittig, Quilpué; Osvaldo Espinoza, Santiago; Sergio Derpich, Santiago. UN LIBRO: Luis Fuentes, San Carlos; Marta Noguera, Santiago; Fernando Ríoseco, Santiago; Alfredo Ulriksen, Santiago; René Muñoz, Santiago; Max Montoya, Santiago; Roberto López, Santiago; Iván Valdivia, Santiago; Juan Echeverría, Santiago; Jaime Duque, Santiago; Juan Ramírez, Curicó; Fernando Jara, Santiago; Gabriel Cabrera, Santiago; Oscar Flores, Santiago. UN PAQUETE DE VITALMIN: Patricio Salvo, Santiago; Hugo Aramayo, Santiago; César Fernández, Santiago; Juan Olivares, Llay-Llay; Luis Sixto, Santiago; Inge Bunning, Loncoche; Alicia Onell, Santiago; Patricio Lira, Santiago; Mario González, Santiago; Nerva Gutiérrez, Santiago; Carlos Bozzo, Santiago; José Atala, Peumo; Ana María Moraga, Santiago; Hugo Gálvez, Santiago; Julio Alvarez, Concepción; Pedro Rodríguez, Talcahuano; Eleodoro Hormazábal, Llo-Lleo; Raúl Arangua, Rancagua; David Poblete, Talca; Sonia Latrach, Santiago; Oscar Durán, Santiago; Ruth Arenas, Chimbarongo; Dorka Pivalica, Maipú; Aurelio Barrientos, Buin; Margarita Cornejo, San Vicente; Juana Lisboa, Viña del Mar; Sergio Carrasco, Temuco; Onofre Araneda, Talcahuano; Guillermo Vera, Melipilla, y Alfredo Vergara, Quillota.

CONCURSO COMPLETE LA FRASE
N.º 8

¿Puede decirnos qué voz emite la serpiente? Remita su solución a la revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 5 cajas de lápices de colores; 2 cartones de herramientas; 2 juegos de damas; 2 juegos de dominó; 5 carpetas de esquelas; 2 juegos de pimpón; 2 juegos de lotería; 5 premios de $ 10,—; 5 libros de cuentos infantiles; 25 paquetes de Vitalmín Vitaminado.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

MUCHI y POCO

3. Sin ocuparse más de Poco, Muchi fué a colgar un cuadro y se pegó un martillazo, que la hizo ver estrellas. Poco, despertando, la aconsejó: "—Nunca seas cobarde. En la vida...

4. ...hay que tener la filosofía del porrazo. En jamás de los jamases..." En ese momento, una abeja lo picó y el orador huyó gritando. "—¿Y él me dice que sea valiente?", dijo Muchi.

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. Tomasín tiene cuatro ositos llamados Ma, Ra, Vi y Lla. Los pequeños acostumbran decir: "—No somos ositos, somos maravill-ositos". Un día Tomasín no les quiso prestar una red para pescar y ellos se hicieron una en un santiamén.

2. Usaron para ello un canasto y uno de los palos para tender ropa. Así pescaron la mar de peces. "—Tomasín nos mira con asombro", dijo Ma. "—¡Ah!, yo creí que nos miraba con los ojos", contestó Lla.

Simbad

HERNAN CORTES

N.º 9

$ 2.-

MUCHI y POCO

1. Muchi salió pativolando. ¿La perseguía un hotelero para convertirla en guiso de liebre? No. Sencillamente, era la hora del baño. Poco la pescó de la cola. "—Tienes que bañarte."

2. En vano pataleaba la gatita. Poco la zampó dentro del baño. Mientras ella protestaba en idioma glu-glú, el pato reía. Terminado el baño, le dijo: "—Anda a secarte al sol".

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)
AÑO I - N.° 9
Precio: $ 2.—
3-XI-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO IX.—*El monstruo con un ojo.*

Simbad y la tripulación de su navío quedaron abandonados en una isla donde reinaba un silencio terrible. Ni siquiera susurraba la brisa entre los árboles, ni se oía el murmullo del agua.

—Presiento que un gran peligro nos amenaza —dijo el capitán.

Se detuvieron ante un palacio que se alzaba magnífico en un claro de la selva. Sus muros eran de mármol y sus puertas y balcones tenían cinceladuras de oro. Pero la admiración que podía despertar esta riqueza estaba contrarrestada por un espectáculo siniestro. En las gradas de la escalinata se esparcían los mondos huesos de muchos cuerpos humanos.

Los compañeros de Simbad el Marino prorrumpieron en gritos de horror. No se atrevieron, sin embargo, a huir hacia la floresta. Caía la noche y la sombra ocultaba fieras y monstruos.

—Entremos —propuso nuestro valiente marino—. Dormiremos en la primera sala.

Al entrar, un nuevo sembradío de esqueletos barrió con un helado soplo el último resto de audacia que guardaban aquellos

hombres. Sus piernas no les sostenían ya. Vencidos, se dejaron caer en un rincón. Allí permanecieron sin atreverse casi a respirar.

Más tarde, cuando el sueño empezaba a invadirles, una espantable aparición los estremeció de pies a cabeza. La gran puerta se abrió, crujiendo sobre sus goznes y un gigante cruzó el umbral. Su faz era horrible, con un solo ojo en la frente y colmillos aguzados que sobresalían del labio. Una de sus orejas tenía el lóbulo tan largo, que pendía sobre su hombro. La piel ostentaba un color verdoso. Las uñas eran verdaderas garras.

Cogió a Simbad de la cabeza y lo hizo girar como a un muñeco, a fin de examinarle con su pupila, enorme y roja como el lente de un faro. Simbad, con sus continuas andanzas, había adelgazado mucho. No le juzgó el monstruo un manjar apetitoso y lo dejó caer despreciativamente, como a una nuez vacía o un fréjol desabrido.

En seguida, el terrible ojo pasó revista a los demás marineros.

Ulises y sus griegos sufrieron iguales angustias en la cueva del cíclope (gigante con un solo ojo). También Simbad el Marino asistió al sacrificio de uno de sus amigos, sin poder defenderle.

El capitán fué elegido para aquella muerte de perdiz o de lechoncillo.

Luego de cenarse al capitán, el gigante se recostó y muy pronto el sueño acudió a su único párpado. Los ronquidos atronaban el palacio, haciendo temblar las paredes.

Simbad, que fué el primero en recuperar el habla, porque para algo era el más intrépido, murmuró:

—Es necesario exterminar a este monstruo.

—¿Cómo? —gimió uno de los marineros—. Nuestros puñales harían simples picaduras de mosquitos en su piel, suponiendo que podamos hundir en ella

las hojas. No me extrañaría que su filo se mellara si intentamos hacerlo.

—Pero no nos quedaremos de brazos cruzados, mientras él nos devora uno por uno. En primer lugar, mañana, en cuanto el gigante se vaya, iremos al bosque y construiremos una balsa. En ella huiremos.

—De un solo paso en el mar, el cíclope nos alcanzará —observó el navegante pesimista—. Y la leña de la balsa le servirá para asarnos.

—¡Soy yo quién ordena y quién decide! —exclamó Simbad—.

Si desconfías de nuestra buena estrella, guarda siquiera silencio para no desalentar a los demás. No sólo haremos una balsa. Tengo una idea para enviar al otro mundo a este caníbal.

—Supongo que no le mandarás al paraíso de Mahoma —apuntó alguien, pues ya todos recuperaban la confianza y el valor.

Simbad el Marino sonrió:

—El punto vulnerable de nuestro enemigo es su ojo. Le dejaremos ciego y después emprenderemos la fuga.

Miró al cíclope, que, sin sospechar el complot de los hombrecillos, respiraba como un fuelle. ¿Sería posible vencerlo? A aquel Goliat no se le derribaba con una simple pedrada. La tarea era difícil, pero había que intentarla, porque la vida de todos peligraba.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO IX.—La venganza de la selva.

RESUMEN: Dick, consagrado por su padre, el colono Hateras, como sagrado tabú, es llamado el INTOCABLE por los negros africanos, y todo el que ha pretendido romper el tabú ha muerto. El negrero Kenedy martiriza a los nativos que Dick Tabú jura proteger.

Sin preocuparse más del infeliz Tomasi, a quien dejó casi agonizante en la selva, el infame *negrero* Kenedy acampó en medio de la jungla. Los infelices esclavos, uncidos a sus cadenas, esperaban hambrientos la ración de maíz cocido que se les daba una vez al día.

Ya se había reunido con Kenedy su joven socio Parson, individuo débil, pero de buen corazón, que sufría con las crueldades del *negrero*.

—Tú no has trabajado nunca con los nativos —explicaba Kenedy a Parson—, y por eso les tienes compasión. Voy a darte una prueba de mi excelente sistema. Oye, esclavo, ven acá —gritó al indígena que estaba más cerca.

El nativo, poseído de pánico, se arrastró a los pies de su verdugo.

—¿Cómo te llamas tú?

—Gufa, mi amo.

—¿A cuál *kraal* perteneces?

—Al de Tomasi, mi amo.

—¿Cómo se llama tu hijo mayor? —interrogó Kenedy.

—Katuiti. Está ahí sentado con los otros —indicó Gufa.

Kenedy llamó a Katuiti y le preguntó de qué color era la sangre de su padre.

—Roja, mi amo.

—Es negra, imbécil —gritó Kenedy.

—Si mi amo lo dice así debe ser —respondió el joven Katuiti.

—No estoy seguro —musitó el infame Kenedy—, y puedo equivocarme. Toma este látigo acerado y golpea a tu padre hasta que brote sangre de su cuerpo.

Katuiti vaciló un momento y en seguida dijo con voz angustiada a Gufa:

—Perdona, padre.

Pero antes que cayera el primer azote sobre las espaldas del anciano Gufa, el joven Parson saltó sobre Katuiti y le arrancó de las manos el látigo.
—Kenedy, eres un bruto —protestó Parson—, y no permitiré que ese negro flagele a su propio padre.
Fué tal la furia de Kenedy por la intervención de su socio, que le dió una feroz bofetada, arrojándole al suelo medio aturdido. Los negros se alejaron felices al verse libres de su verdugo.
—Parson —dijo Kenedy—, basta de cobardías. O te callas cuando yo mando o...
—Sólo te pido que no seas cruel y villano.
Enfurecido Kenedy golpeó con el mango de su revólver a Parson. En seguida volvió la vista hacia el campamento y grande fué su estupor al ver que todos los nativos, incluso los capataces, habían huído lejos.
Inmediatamente salió de entre las breñas un muchacho vestido con piel de pantera.
—Soy Dick Hateras —dijo el Intocable.
—¿El famoso *fetiche* de los negros? —preguntó con burla Kenedy—. ¿Eres tú quien ha hecho desertar a mi gente?
—Yo hablé con mis nativos y ellos escucharon mi mandato —declaró Dick Tabú—; capturaron a tus crueles capataces y libertaron a tus esclavos. Nunca más los volverás a ver.
Kenedy metió la mano en su bolsillo para sacar el revólver. Pero antes que lo hiciera, Dick le apuntó con su rifle.
—Arroja al suelo tu revólver —ordenó el Intocable.
Kenedy obedeció y preguntó a Dick cuál era su decisión.
—La ley de la jungla es pagar vida con vida —expresó Dick—. En la ruta hay dos cadáveres de indígenas. Tú los asesinaste.
—Lo hice en defensa propia.
—Lo creo difícil, porque fueron asesinados por la espalda —replicó el Intocable.
—Basta ya de farsas —rugió Kenedy—. Yo no soy el ignorante que cree en *tabús*... Volveré con hombres blancos, y verás tú, ridículo Intocable, que no sólo te tocaremos, sino que te partiremos en cuatro.
—Falta que te dé tiempo para ejecutar tus perversos propósitos —insinuó Dick Tabú.
—Mátame entonces... Sólo necesitas apretar el gatillo del rifle.
—Esa es la diferencia entre el hombre honrado y el facineroso

—respondió Dick—. Yo no puedo matar a sangre fría, pero dejaremos que la jungla ejerza su venganza.
El joven semidiós de los negros ocupó un sitio al pie de un árbol, dejó junto a sí el rifle y pareció sumirse en honda ensoñación. Kenedy, con el semblante bañado de sudor, cavilaba sobre la extraña sentencia del Intocable.
"Voy a saltar sobre ese mequetrefe —pensó el *negrero*—, y acabaré con su famoso tabú."
Con la agilidad de un tigre, Kenedy saltó sobre el muchacho caviloso, pero Dick, que dormitaba con los ojos abiertos, adivinó su intento y con pasmosa rapidez trepó a un elevado gancho.
Dos nativos surgieron del matorral y sujetaron fuertemente a Kenedy.
—Escucha, mal hombre —gritó Dick—, ya que has pretendido romper el sagrado tabú, voy a darte la ocasión de hacerlo. Yensi y Semú, suelten a ese hombre cuando yo lo ordene y recojan el rifle y el revólver. Y tú, Kenedy, si logras tocarme recibirás todas mis tierras, mis riquezas, y mis nativos te obedecerán. ¿No es así, Yensi y Semú?
—Sí, gran *buana*, pero hay pena de muerte para quien rompa el tabú.
—Si este hombre me toca y vive —ordenó Dick—, le obedecerán todos. Los has oído, Kenedy... Vamos a iniciar un duelo de vida o muerte.
Diciendo esto, Dick Tabú se colocó frente al *negrero*.
Kenedy se abalanzó contra el muchacho, quien emprendió la carrera. Cada vez que el *negrero* creía alcanzarle, Dick desviaba su ruta y se perdía de vista.
De pronto se escuchó en la jungla un sonido estridente. Era un elefante salvaje que estremecía el suelo con sus pesadas patas.
—¡Alerta! —gritó Dick.
Pero ya el imprudente Kenedy era cogido por la trompa del paquidermo.
Dick Tabú corrió en busca del rifle y apuntó al elefante a tiempo que el formidable animal doblaba sus patas para clavar sus colmillos en el vientre de Kenedy.
El proyectil hirió al paquidermo en el lomo, lo cual le impidió arrodillarse. Otros dos tiros le tendieron sin vida junto al *negrero*.
Yensi, Semú y los demás nativos se aproximaron al grupo for-

ELENA POIRIER

mado por el elefante y Kenedy, y comprobaron que ambos habían dejado de existir.
—La jungla se venga —sentenció Yensi.
—Era justo —asintió Semú.
En ese instante se acercaba el joven Parson.
—¿Le mató el elefante? —preguntó el socio de Kenedy.
—Sí —replicó Dick Hateras—. ¿Y tú estás exento de culpa?
—No —confesó Parson—, porque fuí ciego y débil. Mi obligación era intervenir ante las crueldades de Kenedy. ¿Es usted el tabú?
Y Parson tendió la mano al joven colono.
El Intocable evitó rápidamente el contacto.
—No lo hice con mala intención —explicó Parson, retirando su mano—. ¿Y ahora qué hará usted conmigo? Estoy perdido.
—Yo le invito a mi casa —propuso Dick—, y allí le enseñaré a trabajar con los nativos de muy distinta manera que Kenedy. ¿Quiere venir conmigo?
—Muy agradecido.
Durante varias semanas Parson fué el huésped de Dick Hateras. En la primera ocasión que pasó por el *kraal* de Hateras el capitán Darcy, Parson partió de regreso a su país, llevando un agradable recuerdo del maravilloso Intocable.
Poco después comenzó la época de las continuas lluvias en la selva y los nativos, no pudiendo trabajar, se reunían en sus reductos y realizaban fiestas religiosas con grandes diversiones.
Una noche, mientras arreciaba la tempestad, se entreabrió sigilosamente la ventana del dormitorio de Dick y apareció por ella un nativo con el cuerpo untado en aceite y con la cabeza cubierta por horrenda máscara.
El merodeador nocturno depositó un cesto en la habitación del Intocable y huyó sin hacer ruido. Del cesto surgió la triangular cabeza de una cobra y luego el sinuoso cuerpo del reptil. Ya iba a trepar a la cama de Dick, cuando resonó en la habitación un tiro de revólver.
Dick Tabú había presentido la llegada del traidor nativo y silenciosamente le espió desde el cuarto contiguo.
Al ruido del proyectil acudieron los servidores del Intocable y estupefactos vieron el cadáver de la cobra a los pies del lecho de Dick.
—Un nativo con el cuerpo untado de aceite y la faz enmascarada entró por la ventana y arrojó este reptil en mi dormitorio —

explicó el Intocable—. Que suenen los tambores y que se busque al traidor.
Dadas las órdenes, Dick Tabú volvió a su dormitorio y se sumió en profundo sueño.
Muy de madrugada llegaron dos negros de un kraal vecino, a comunicar al patroncito que el Jefe Tuso agonizaba a causa de la mordedura de una serpiente cobra.
Poco después, acudían otros emisarios de la comarca dando parte de que también otros jefes de kraal habían muerto envenenados por las sierpes de la yungla.
Dick Tabú cogió su botiquín y partió al kraal de Tuso, seguido de sus fieles compañeros Yensi y Semú.
El jefe Tuso tenía el brazo inflado y amoratado por la fatal mordedura de la cobra.
Por orden de Dick, Yensi abrió la herida en el brazo de Tuso, y la desinfectó con permanganato de potasa.
—No tengo remedio, gran Buana —murmuró Tuso—; ésta es obra de los malos espíritus.
—Hagan caminar a Tuso, y no permitan que se duerma hasta que su sangre se purifique —ordenó el Intocable.
Sabido es que la mordedura de serpientes venenosas produce una modorra fatal, y que para salvarle la vida es necesario que el individuo no pierda la conciencia.
Durante ocho horas Tuso debió caminar del brazo de sus compañeros.
En seguida le prepararon una especie de baño turco y le abrigaron con mantas para hacerle traspirar.
—Me has salvado la vida, ¡oh gran Buana! —dijo el jefe Tuso a Dick—, pero has de saber que hay poderes ocultos con los cuales no podemos luchar. Esos son los malos espíritus que piden sangre y víctimas. Ellos han enviado a las cobras en visitas nocturnas, y por eso han muerto tantos jefes de kraal. Debo advertirte que hay quién clama contra ti.
—Ya me lo has dicho —respondió el Intocable—, y yo te aseguro que te engañas, Tuso. Si yo permitiera los sacrificios humanos que antes se realizaban en este distrito, sería un mal hombre, y mi padre, el colono Hateras, que los suprimió, renegaría de mí desde el otro mundo.

(CONTINUARA)

EL GIGANTE EGOISTA

POR OSCAR WILDE

Todas las tardes, cuando salían de la escuela, acostumbraban los niños ir a jugar al jardín del Gigante.

Era un hermoso e inmenso jardín, tapizado de hierba verde y suave. Aquí y allá, entre el césped, crecían flores brillantes como estrellas, y había doce albérchigos que durante la primavera florecían en delicadas corolas de rosa y aljófar, y en el otoño se cargaban de rico fruto. Los pájaros se posaban en los árboles, y cantaban tan dulcemente, que los niños suspendían a menudo sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se gritaban unos a otros.

Un día, el Gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y permanecido con él durante siete años. Al cabo de los siete años había dicho ya todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y determinó volver a su castillo. Al llegar, vió a los niños jugando en el jardín.

—¿Qué hacéis aquí? —vociferó ásperamente. Y los niños escaparon corriendo—. Mi jardín es mi jardín —dijo el Gigante—; todo el mundo debe comprenderlo, y a nadie permitiré que juegue en él.

Al efecto, levantó una tapia elevadísima, y puso un cartelón que decía:

SE PROHIBE LA ENTRADA BAJO LAS PENAS CONSIGUIENTES

Era un Gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ya sitio en que jugar. Trataron de hacerlo en la carretera; pero la carretera era muy polvorienta y sembrada de duros guijarros, y no les gustó. Con frecuencia rondaban en torno de la tapia, al salir de clase, y hablaban del hermoso jardín que había detras.

-¡Qué felices éramos entonces! —se decían unos a otros.

ELENA
POIRIER

Cuando llegó la primavera, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sólo en el jardín del Gigante egoísta reinaba aún el invierno. Los pájaros, como no había niños, no se cuidaban de cantar y los árboles olvidaron florecer. Una vez, una hermosa flor sacó la cabeza de entre la hierba; pero, en cuanto vió el cartel, se sintió tan triste a causa de los niños, que volvió a meterse en tierra y se durmió de nuevo. Los únicos que estaban a gusto eran la Nieve y la Escarcha.

—La Primavera olvidó este jardín —decían—; así que viviremos en él todo el año.

La Nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco, y la Escarcha pintó de plata los árboles. Luego invitaron al Viento del Norte a que pasara una temporada con ellos. Y el Viento del Norte vino. Iba envuelto en pieles, y estuvo rugiendo todo el día a través del jardín, y derribando las chimeneas.

—¡Qué paraje tan delicioso! —dijo—. Tenemos que decir al Granizo que nos haga una visita.

Y el Granizo vino. Todos los días, por espacio de tres horas, tocaba el tambor sobre los tejados del castillo, hasta que hubo roto la mayor parte de las pizarras, después de lo cual se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo todo lo de prisa que le era posible. Iba vestido de gris y su aliento era como hielo.

—No comprendo por qué la Primavera tarda tanto en llegar —decía el Gigante egoísta, cuando se asomaba a la ventana y veía su frío jardín blanco—; espero que el tiempo cambiará pronto.

Pero la Primavera no vino jamás, ni el Verano tampoco. El Otoño dió frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dió ninguno.

—Es demasiado egoísta —decía.

Así siempre fué allí Invierno, y el Viento del Norte, y el Granizo, y la Escarcha, y la Nieve, de continuo danzaban en medio de los árboles.

Una mañana, estaba todavía el Gigante en la cama, cuando oyó una música sumamente agradable. Tan dulcemente sonaba a sus oídos, que pensó debía ser el rey de los músicos que pasaba. En realidad, no era más que un jilguerillo que cantaba frente a la ventana; pero hacía tanto tiempo que no oía cantar a un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo suspendió su danza y el Viento del Norte cesó de rugir, y un delicioso aroma entró por las maderas abiertas.

ELENA POIRIER

—Me parece que al fin llegó la Primavera —dijo el Gigante; y saltando de la cama corrió a la ventana.

¿Qué fué lo que vió?

Vió un maravilloso espectáculo. A través de una brecha del muro habían entrado los niños, y se habían subido a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles se sentían tan contentos de tenerlos nuevamente entre sí, que se habían cubierto de flores, y balanceaban suavemente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros volaban piando con deleite en torno de ellos, y las flores se asomaban entre la hierba verde, y reían. Realmente, era un hermoso espectáculo. Sólo en un rincón reinaba todavía el Invierno. Era el más apartado rincón del jardín, y un niño se encontraba en él. Era tan pequeño, que no podía llegar a las ramas del árbol, y daba vueltas en torno, llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él.

—¡Sube, Chiquitín! —decía el árbol, y bajaba sus ramas todo lo que le era posible; pero el niño era demasiado pequeño.

Y el Gigante sintió derretírsele el corazón mientras miraba.

—¡Cuán egoísta he sido! —exclamó—. Ahora sé por qué la Primavera no quería venir aquí. Yo subiré a ese pobre chiquitín al árbol, y después derribaré el muro, y mi jardín será para siempre el lugar de recreo de los niños.

Y, realmente, estaba muy arrepentido de lo que había hecho.

Bajó, pues, la escalera, abrió sigilosamente la puerta de la fachada, y entró en el jardín. Pero, cuando los niños le vieron, se asustaron de tal modo que echaron todos a correr, y el jardín quedó de nuevo en Invierno. Sólo el pequeñín no huyó, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vió venir al Gigante. Y el Gigante llegó hasta él, y cogiéndole dulcemente entre sus manos, lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en él, y el pequeñín echó los brazos al cuello del Gigante, y le besó. Y los demás niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo, y con ellos volvió la Primavera.

—El jardín es vuestro desde ahora, hijos míos —dijo el Gigante, y empuñando una gran hacha, derribó el muro.

Y al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, encontraron al Gigante jugando con los niños en el más hermoso jardín que habían visto nunca.

Todo el día estuvieron jugando, y al anochecer vinieron a decir adiós al Gigante.

—Pero, ¿dónde está vuestro compañerito —preguntó éste—, el niño que subí al árbol?

El Gigante le quería más que a los otros, porque le había besado.

—No sabemos —contestaron los niños—; se ha ido.

—Decidle que venga mañana —dijo el Gigante.

Pero los niños dijeron que no sabían dónde vi-

vía, y que nunca le habían visto antes; y el Gigante quedó muy triste.

Todas las tardes, al salir de la escuela, los niños venían a jugar con el Gigante. Pero al pequeñín que el Gigante prefería no se le volvió a ver. El Gigante era muy bueno con todos los niños, pero, sin embargo, echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

—¡Cuánto me gustaría verle! —repetía.

Pasaron los años, y el Gigante envejeció y sus fuerzas flaquearon. Ya no podía jugar; sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños, y admiraba su jardín.

—Tengo muchas flores hermosas —decía—; pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno, miró por la ventana, mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno, pues sabía que era simplemente la Primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

De pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró, y miró.

Ciertamente que era maravilloso lo que veía. En el rincón más apartado del jardín había un árbol totalmente cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, y frutos de plata pendían de ellas, y debajo estaba en pie el chiquitín a quien tanto había querido.

Lleno de alegría, bajó corriendo el Gigante las escaleras, y entró en el jardín. Y, cuando llegó junto al niño, su rostro enrojeció de cólera, y dijo:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Porque en la palma de las manos del niño había las huellas de dos clavos, y las huellas de dos clavos había en sus piececitos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el Gigante—. Dímelo, para coger mi espada y darle muerte.

—¡No! —respondió el niño—; Estas son las heridas del Amor.

—¿Quién eres tú? —dijo el Gigante; y un extraño temor se apoderó de él, y cayó de rodillas ante el pequeñín.

Y el niño sonrió al Gigante y le dijo:

—Tú me dejaste una vez jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en mi jardín que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron muerto al Gigante, debajo del árbol, todo cubierto de flores blancas.

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO IX.—En el cráter del volcán.

En Tlascala, capital del pueblo tolteque, los españoles fueron recibidos como libertadores. Meses después, las huestes hispanas y sus aliados indios avistaron la ciudad de Tenoctitlán (México). El aire frío hería las manos y el rostro de los conquistadores como un cuchillo nevado. En la lejanía se alzaba un penacho de humo sobre una alta montaña: era el volcán Popocatepelt en erupción.

—¡México! —exclamó Hernán Cortés.

Allí estaba la meta de sus sueños, la ciudad de oro situada sobre el lago Tezcuco.

El emperador Moctezuma acudió al encuentro de los visitantes que había tratado en vano de alejar. Ocupaba una litera dorada. Plumas de quetzal, adornos de oro y tejidos de lana finísima le ataviaban. Su rostro permanecía majestuoso y sereno, pero por sus ojos cruzaba y recruzaba una sombra de inquietud.

Minutos después, el ejército hispanoindio entraba a Tenoctitlán.

Una tarde, Hernán Cor-

tés quiso visitar el templo de Huitzitlopochtli, dios mexicano de la guerra. Acompañado de Irigoyen, subió los ciento cuarenta peldaños de la escalera principal. Al llegar a la terraza, el capitán vasco pronunció horrorizado:

—¡Qué salvajismo! Es preciso terminar con este culto sanguinario.

En aquella terraza, todos los días se inmolaba una víctima, arrancándole el corazón. El ara de piedra estaba manchada de sangre.

Esa misma noche, Pedro de Alvarado y otros capitanes de la expedición solicitaron hablar con Hernán Cortés. Una profunda agitación se traslucía en sus facciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Cortés.

—Se prepara un complot contra nosotros. Estamos sobre un barril de pólvora, que estallará de un momento a otro.

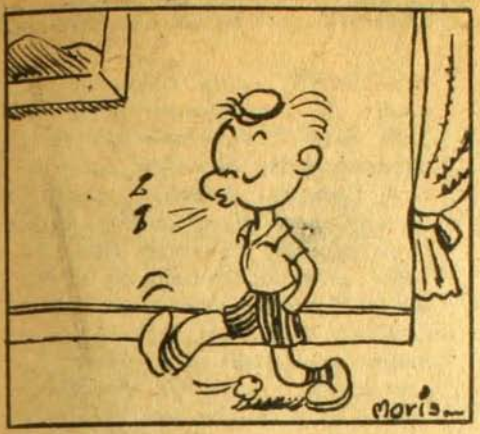
La alarma no era infundada. Todos ellos habían observado señales inquietantes.

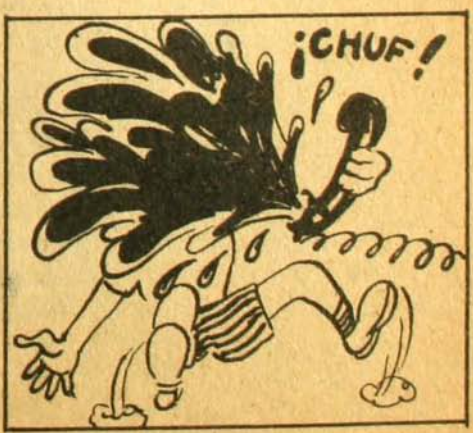
El valeroso jefe extremeño dijo con voz tranquila, sostenida por una voluntad inquebrantable:

—Iré a arrestar a Moctezuma.

(CONTINUARA)

TOLITO, POR Moris





Centelleante

CAPITULO IX.— Centelleante y el Anguila huyen.

RESUMEN: Lidia Vilches con el apodo de Centelleante actúa con gran éxito como bailarina en el circo de Julio Salvador. La bailarina Conchita hostiliza mucho a la niña, pero el huerfanito Anguila la protege. Mientras Julio Salvador está accidentado en el hospital, Conchita pierde un valioso anillo, y acusa de robo a Centelleante y al Anguila, a quienes golpea con su varilla. Un día, Centelleante sabe que su familia está en mejor situación. El MARINERO la ayudará a huir en compañía del Anguila y del perrito "Didi".

Desde el día en que Limiro, apodado el *Marinero*, propuso a Centelleante y al Anguila huir del circo de Julio Salvador, ambos niños sufrían los golpes e insultos de la esposa del empresario sin protestas ni gritos.

Tal como se los había recomendado el *Marinero*, guardaban completo silencio sobre su proyectada fuga, pero en sus semblantes irradiaba tal alegría, que Conchita entró en sospechas.

"¿Qué complotarán esos dos pilletes?", cavilaba la borracha andaluza.

Lo supo al día siguiente, cuando el *Marinero*, Centelleante y el Anguila abandonaron el carromato del circo antes de la madrugada.

Limiro dejó a sus jóvenes amigos en el tren que debía conducirles al puerto, y él se marchó por su cuenta.

Veamos ahora por qué la suerte de Jerónimo Vilches había cambiado tan favorablemente.

Un día que el labriego volvía de su trabajo se encontró con un individuo de espesa y negra barba, quien le saludó diciéndole:

—Jerónimo Vilches, tal vez tú no me recuerdes. Yo soy Martín Esparon, secretario del millonario Marty. Nos encontramos en el circo cuando se estrenó tu primorosa hija, la bailarina Centelleante. Conozco tu angustiosa situación y como mi patrón reparte dinero a los necesitados, he decidido favorecerte a ti y a tu familia. Recibe estos mil pesos, pero a nadie lo comuniques, porque los dones del señor Marty deben quedar en el anónimo.

Jerónimo creyó que estaba soñando y corrió a dar la buena noticia a su esposa enferma.

—Anda al banco, Jerónimo —aconsejó la mujer—. No sea que esos billetes resulten falsificados.

Jerónimo volvió horas después, declarando que el dinero era auténtico y que podían disponer de él para adquirir todo lo que necesitaran.

A los pocos días, volvió Martín Esparon a visitar a Jerónimo y, continuando en su papel de benefactor, propuso al labriego que se trasladara al puerto con su familia y hasta le ofreció un departamento amoblado en una calle central.

—Los niños pueden ir a una Colonia de Vacaciones que regenta el señor Marty —agregó Esparon—, y tu mujer puede ingresar a un hospital para que atiendan su enfermedad.

Estas eran las noticias que había recibido la feliz Centelleante y ahora ella y el Anguila se dirigían a la nueva residencia de Jerónimo Vilches.

Martín Esparon era un mal hombre, vicioso y jugador. Gracias a una recomendación de sus padres pudo entrar como secretario a casa del millonario Marty, con diez mil pesos de sueldo mensual. Pero Martín quería ser rico, muy rico...

Poco a poco había surgido en su mente la idea de un crimen. Sabía que el millonario Marty guardaba en su caja de fondos grandes cantidades de oro. Una suma superior a diez millones de pesos.

Como él no podía efectuar el robo, sin que le sorprendieran o sospecharan de él, ideó un diabólico plan para envolver a Jerónimo Vilches.

"Yo robaré el oro, pero haré que el delito recaiga sobre ese labriego ignorante", pensó Martín Esparon.

Su plan fué desarrollándose tal como lo había ideado, y hasta el departamento que proporcionó a Vilches se situaba en el mismo edificio que el del millonario Marty.

Eran dos cuartos sombríos en un sexto piso, pero para Jerónimo Vilches resultaban un palacio. Un sencillo amoblado y una cocinilla prestaban las indispensables comodidades al campesino.

La esposa enferma fué trasladada al hospital y Jerónimo quedó solo en su nueva casa.

Martín Esparon se cruzaba todos los días en la calle y en el ascensor con su víctima, pero Vilches no podía reconocerle, pues no llevaba su barba negra y vestía con gran elegancia. Altivo y desdeñoso, el secretario del millonario ni siquiera daba una mirada a su protegido.

Cuando tenía que visitarle, volvía Esparon a colocarse la barba y los bigotes negros y el traje desgarbado.

Una mañana, al abrir la puerta, Jerónimo se encontró en el umbral con Centelleante, el Anguila y el perrito Didi.

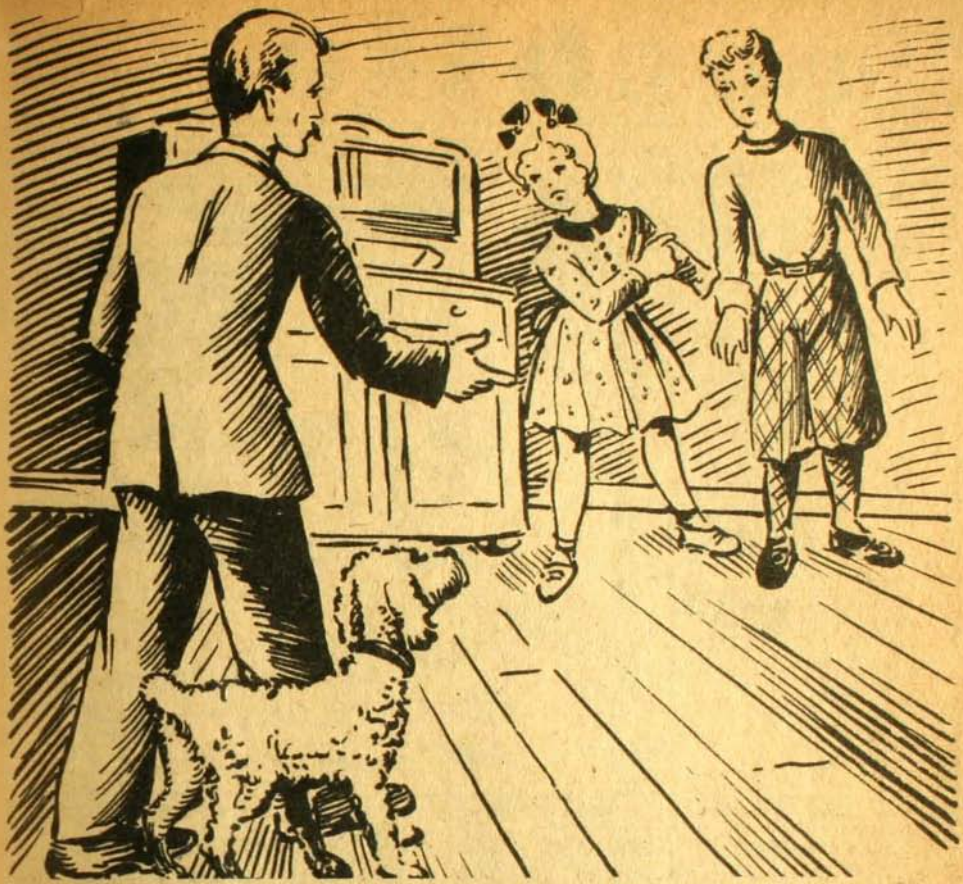
Una alegría delirante embargó al pobre e ingenuo labriego, que no se cansaba de abrazar y besar a su hija.

El Anguila quiso retirarse, pero Centelleante le cogió de la mano y dijo a su padre:

—El ha sido el ángel de mi guarda. El me protegía cuando la malvada Conchita quería pegarme. Por eso huimos los dos del circo.

—¿Y si sufrías tanto, por qué no me escribías, hijita? —preguntó Jerónimo.

—No quería inquietarte, papacito —replicó Centelleante—. Aho-



ra no volveremos más al circo de Julio Salvador. Limiro, el *Marinero*, dice que el Anguila y yo podemos ingresar a otro circo.

—Por el momento se quedarán los dos aquí —decidió Jerónimo—. Tenemos un buen protector que nos facilita la vida y yo también buscaré un trabajo honrado.

—¿Y mamá? —preguntó Centelleante.

—Está muy bien cuidada en el hospital y creen que mejorará completamente.

—Gracias, señor, por su hospedaje —dijo el Anguila—. Cuando Centelleante y yo seamos artistas célebres, usted no necesitará trabajar más.

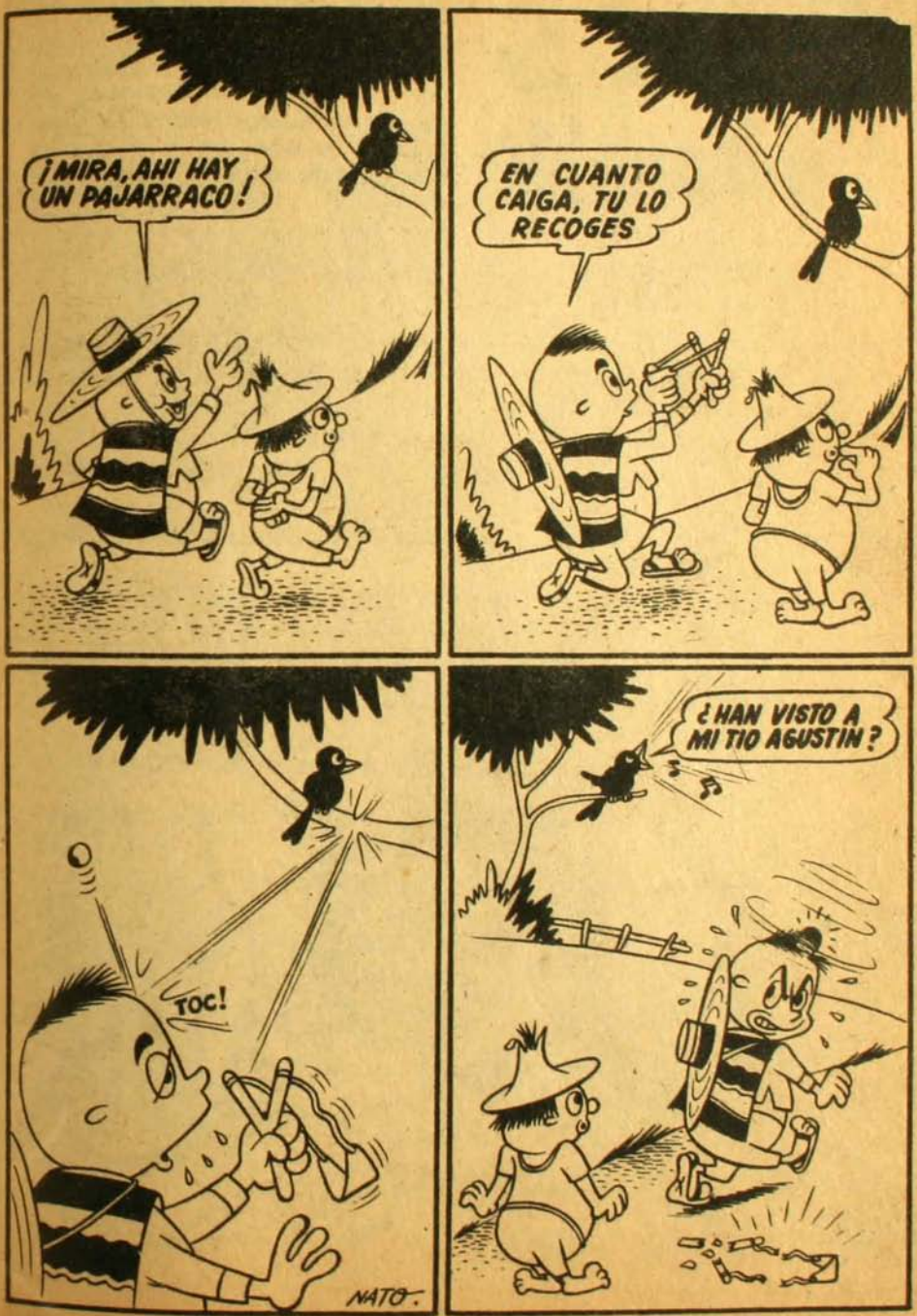
Las primeras horas de Centelleante en su hogar fueron deliciosas. La niña no podía imaginar que sólo era una tregua en su vida dolorosa y que una araña venenosa, es decir, un criminal, estaba tejiendo una red para sumirles en el deshonor y la desgracia.

(CONTINUARA)

Ponchito

YO SOY HOMBRE NACIDO EN EL CAMPO... LA-LARI LA-LARI LA-LARA
¡HOLA PATOCO! MIRA LA HONDA NUEVA QUE ME COMPRÉ
¿CUANTO TE COSTÓ?
SE LA COMPRÉ RE BARATA A UN CABRO MEDIO QUEDAO EN LAS HUINCHAS
TE HARÉ UNA DEMOSTRACION DE MI BUENA PUNTERIA

por nato


¡MIRA, AHI HAY UN PAJARRACO!
EN CUANTO CAIGA, TU LO RECOGES
TOC!
¿HAN VISTO A MI TIO AGUSTIN?
NATO.

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Deben desembarcar clandestinamente, porque los isleños les lanzan piedras para que vuelvan al mar. Ives y el Gavilán deciden descubrir el misterio de Tule.

CAPITULO IX.—Al final del desfiladero.

El príncipe Ives de Bretaña y el viking Rolando el Gavilán transportaron hasta su vivienda el cadáver de un aldeano de Valok, asesinado por el Jinete Negro.

Vivian, su hija, abatida por el dolor, sollozó:

—¡Maldito sea el que le diô muerte! ¡Y maldito el rey cruel que gobierna la isla!

—Explícanos, doncella, qué sucede en esta extraña tierra. Somos forasteros —dijo Ives.

Ella clavó su mirada en los donceles. Uno era rubio como los trigales al sol, tenía estatura de gigante y ojos azules. El otro era casi tan alto como su amigo, pero de cuerpo esbelto y flexible, cabellos negros, tez morena y ojos también azules, más obscuros y con una mirada imperiosa.

—¿Habéis oído la proclama? —susurró la niña, lentamente—.

Así reclutan aldeanos para que marchen al Valle de la Dicha. Ninguno retorna. Salen al alba, por la puerta del Norte.

—Allí estaremos nosotros mañana al amanecer —decidió el sobrino del rey Arturo.

—Desconfiad de todos —indicó Vivian.

—No temáis. Estaremos ojo avizor. Adiós, doncella.

Al despuntar la aurora, Ives y Rolando, sobre el parapeto de la muralla, observaron una tétrica escena. Por el puente levadizo, que fué bajado con rechinar de cadenas, salió el Jinete Negro. Le seguía un grupo de aldeanos, que marchaban con la cabeza inclinada.

Cuando la sombría caravana se distanció, ambos amigos caminaron tras ella. El rastro estaba marcado en la tierra calcinada de un desierto. Arboles torcidos y resecos servían de percha a los buitres. Surcaban el cielo esas aves devoradoras de carroña.

—¡Qué paisaje tan fúnebre! —exclamó Ives.

—¿Renuncias a la aventura? —sonrió el Gavilán.

—No. Cuando calcé las espuelas de oro de la caballería no lo hice sólo para salir en busca de grescas, sino con el propósito de amparar al débil y castigar al felón. Y aquí en Valok no es una sola víctima la que gime. Es un reino completo.

Siguieron caminando, hasta llegar a un desfiladero. De pronto,

rodando entre las piedras, llegó hasta ellos una música ululante, capaz de helar el corazón más animoso.

Por un instante se detuvieron los perseguidores del Jinete Negro. En aquella época, nadie dudaba de la existencia de hechiceros y maleficios. Los guerreros no retrocedían ante un batallón de enemigos, pero vacilaban ante una sombra, un fuego fatuo, un rumor de brujería.

—Vamos —propuso Rolando el Gavilán.

Continuaron, hasta detenerse ante una puerta de bronce que tenía en el centro, en las jambas y en el dintel, esculturas que simbolizaban muerte y tortura.

Como no podían entrar por la puerta ancha, saludados por los centinelas y anunciados con solemnidad como descendientes de reyes, Ives y Rolando treparon sobre el dintel. Desde esa altura examinaron a la guardia.

—Nos corresponden dos adversarios a cada uno —dijo Ives.

—Si quieres, me encargo de tres y tú volteas al más bizarro —contestó el rubio normando.

—Dos y dos —determinó el joven Ives y, sin cambiar otra palabra con su amigo, saltó al patio. Espalda contra espalda, presentaron batalla a los centinelas. A la primera embestida se quebró el arma del Gavilán, que entonces recurrió a la potencia de sus brazos.

El guardia que estaba más cerca de él sintió la impresión de que un oso le abrazaba. Aterrorizado, levantó la cabeza, creyendo ver una gran cabeza bamboleante y unas zarpas garrudas. Pero sólo distinguió las cortas trenzas de oro que usaba el viking, el rostro blanco, sin gestos agresivos, y la sonrisa tranquila. Su desconcierto fué tan intenso, que ni siquiera pensó defenderse. Lanzado con fuerza, se estrelló contra el segundo guardia y los huesos de ambos crujieron secamente.

Mientras tanto Ives atacaba a sus contrarios. Las mazas con púas, que ellos esgrimían, eran tan inofensivas como una espada de madera en la mano de un niño. Ïves ni siquiera les dió tiempo de asestar golpes. La brillante lámina de su acero giró dos veces en el aire y los guardias cayeron para no levantarse más.

(CONTINUARA)

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

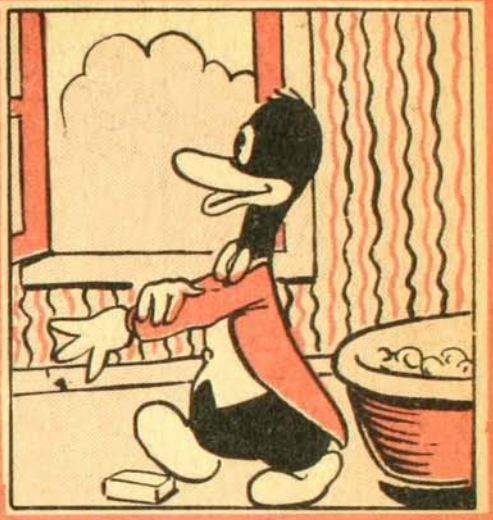
¿Puede decirnos qué voz emite la rata? Compruebe si está bien su solución, escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 6 pelotas de goma, 5 premios de $ 10,—, 2 juegos de pimpón, 5 cajas de lápices de colores, 5 libros de cuentos infantiles, 2 juegos de lotería, 2 juegos de dominó, 2 juegos de turismo y 25 paquetes de Vitalmín Vitaminado.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 6. La mosca zumba.

Premiados con $ 10,—: Pedro Encina, Concepción; Gonzalo Puga, Concepción; Ester Espinoza, Santiago; Matilde Calderón, Santiago; Carmen Castillo, Quillota. UN PAQUETE DE VITALMIN: Salvador Marín, Santiago; Jorge Oyarzún, Valparaíso; Francisco Espinoza, Rancagua; Pablo Concha, Santiago; Luis A. Méndez, Santiago; Jaime Moreira, Santiago; Carlos Ravest, Viña del Mar; Rosa Andrade, Valparaíso; Aralio González, Santiago; Eugenia Escalona, Santiago; Nelson Jofré, Santiago; Claudio Ortiz, Temuco; Gladys Cooper, Rancagua; Enrique Salas, Santiago; Segundo Valenzuela, Santiago; Iris Romero, Purranque; Brenda Orozco, Quilpué; Edmundo Zeballos, Santiago; María Elena Cornejo, Rengo; Serafina Handschuli, Santiago; Pedro F. Díaz, Santiago; José Luis Carretero, Valparaíso; Luis A. Marinao, Valparaíso; Hernán Guzmán, San Fernando; Patricia Lagos, Curicó. UN LIBRO: María Josefina Soza, Santiago; Ximena Rueda, Santiago; Edna Hotheuer, Santiago; Iván Valdivia, Santiago; Leonardo, Santiago; Alicia Valdés, Santiago; Sergio Torrealba, Santiago; Sergio Carrasco, Temuco; Liliana Ríos, Rengo; Rosa Carrasco, Santiago. UNA PALETA DE ACUARELAS: Patricio Bahamondes, San Fernando; José Cumberland, Valparaíso; Juan González, Santiago; Adriana Soto, Valdivia de Paine; Hugo Uribe. La Unión. UN JUEGO DE PIMPON: Ester Vera, Santiago; Ricardo Isaac, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Mario Barrientos, Santiago; Waldo Lobos, Santiago; Leandro Soto, Santiago; Georges Neumann, Santiago; Carlos Contreras, Santiago; Rubén Fuentes, Santiago; Lucía Bravo, Valparaíso; Germán Valdivia, Santiago; Jorge San Martín, Angol; Raúl Pérez, Santiago. UN JUEGO TURISMO: Carlos Furat, Penco. UN JUEGO DOMINO: Mercedes Elena Torrealba, Talagante; Marta Mackeney, Llolleo. UN JUEGO DE LOTERIA: Hernán Castillo, Quillota; Santiago Cornejo, Rengo. UNA LIBRETA DE APUNTES: Sergio Tapia, Santiago; Carlos Vega, Nogales; Mónica Bolados, La Serena; Blanca Cavieres, Santiago; Gladys Córdova, Traiguén; Sergio Espinoza, Chillán; Joe Venegas, Santiago; Mirna Rojas, Santiago; Guido Aranda, Santiago; Fresia Zepeda, Santiago; Beatriz Iturrate, Santiago, y Héctor Concha, Lanco.

MUCHI x POCO



3. Ella se marchó, pensando que Poco debía ser el pato feo del cuento de Andersen. Poco, sin fijarse, pisó el jabón, y ustedes saben que el que pisa un jabón, se da un matasuelo.

4. Y aterrizó dentro del baño. Muchi, que lo miraba por la ventana, dijo: "—¿Te bañas vestido?" El pato, sumamente disgustado, no contestó ni chus, ni mus, ni cua-cuá.

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. "—A que no son capaces de equilibrarse como yo —dijo Tomasín—. Si inventan una prueba mejor, les daré un tarro de miel." Los ositos Ma, Ra Vi y Lla empezaron a buscarse una idea en todos los bolsillos. Tenían que encontrarla.

2. Y la encontraron. Tomasín casi se desmayó de admiración al verlos caminar sobre las botellas. "—Es un truco", anunciaron los osos. En efecto, caminaban sobre zancos. Tomasín pagó, pues Ma, Ra, Vi y Lla decían: "—Abejita, dame la miel".

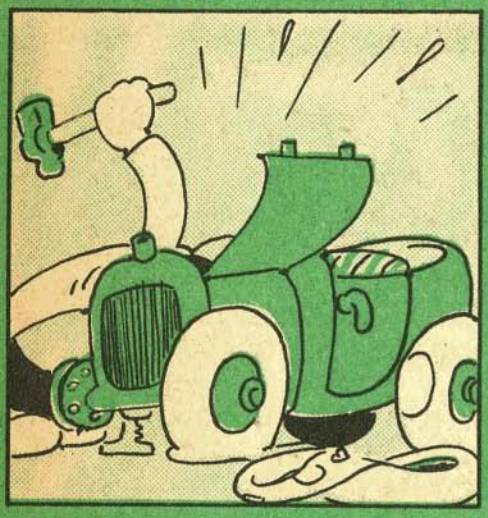
Simbad

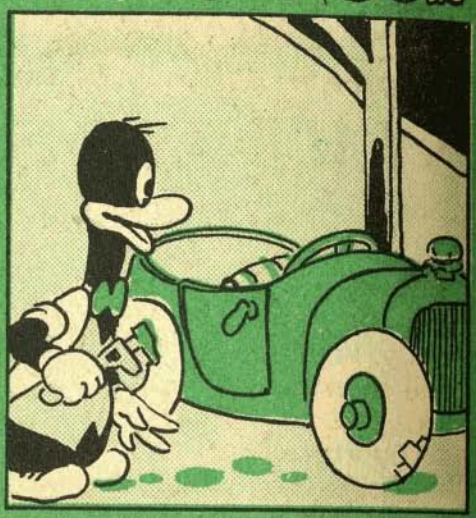
N.º 10

$ 2.-

SÍMBAD EL MARINO

MUCHI y POCO





1. Poco estaba arreglando el auto y aleteaba como un loco entre las ruedas, el motor, los tornillos, las bielas y otros asuntos que tienen todos los autos que se respetan. Al fin terminó.

2. "—Listo el coche —anunció a la gatita Muchi—. Sube y te llevaré de paseo." "—¡Ay, qué bueno!", exclamó ella. "—Si es bueno, ¿por qué dices "ay"? El "ay" es para los dolores."

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 10
Precio: $ 2.—
10-XI-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO X.—Otra isla peligrosa

Simbad y la tripulación de su navío quedaron abandonados en una isla donde habitaba un cíclope. El monstruo devoró al capitán y, según era de suponer, continuaría cenándose a los marinos, que se sentían en el palacio como en una despensa. Tal idea no les agradaba y Simbad el Marino decidió que se fugaran, matando oportunamente al antropófago.

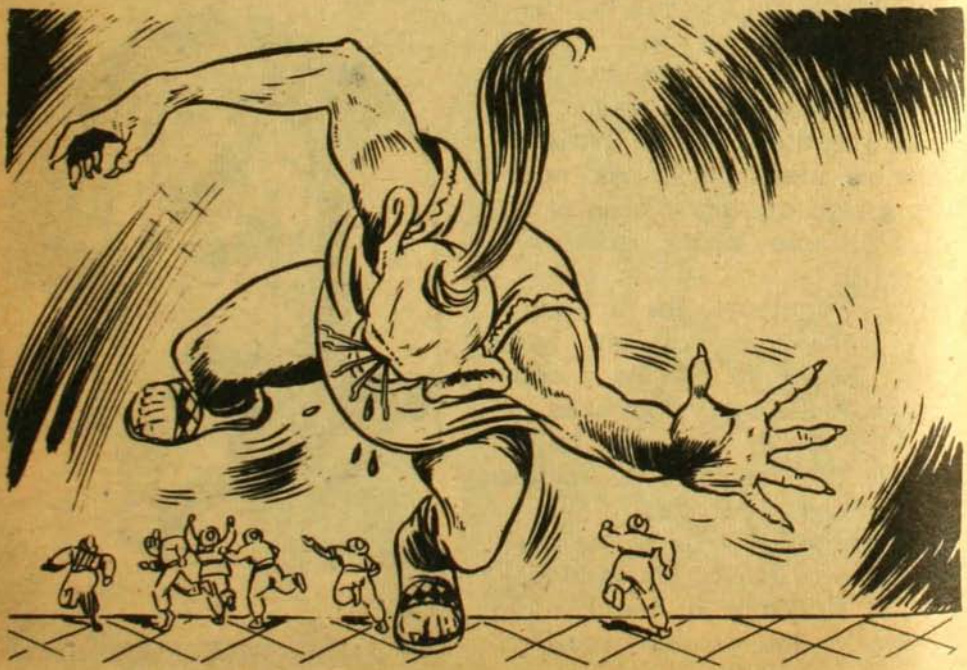
—¿Creéis que podamos quitarle la vida? —expresó con grandes dudas uno de los marineros—. Es un gigante y quizás las heridas no le dañen bastante.

—Le cegaremos —decidió Simbad, que, como vemos, tenía las mismas ideas de Ulises, aquel rey griego que hundió en el ojo de Polifemo lanzas calentadas al rojo.

Al día siguiente, los aventureros trabajaron con sin igual afán, aserrando árboles y construyendo balsas y barcazas para huir. En la tarde, la improvisada flota estaba lista, incluso con remos y pértigas.

Regresaron al palacio de mármol y oro. No tardó en aparecer el coloso y su temible ojo revisó a los temblorosos "co-

mestibles". Eligió al más rollizo, aunque ese día nadie probó ni el agua, por miedo a verse bien alimentado. Los compañeros del infeliz tuvieron que asistir a su muerte y consolarse pensando que pronto le vengarían. El cíclope, como la noche anterior, se tendió a dormir después de la macabra cena. Los ronquidos se elevaron de su pecho. En la penumbra, los marineros le observaban. Cautelosa-



mente se dirigieron al brasero y calentaron las largas agujas que el monstruo usaba para trinchar a sus víctimas.

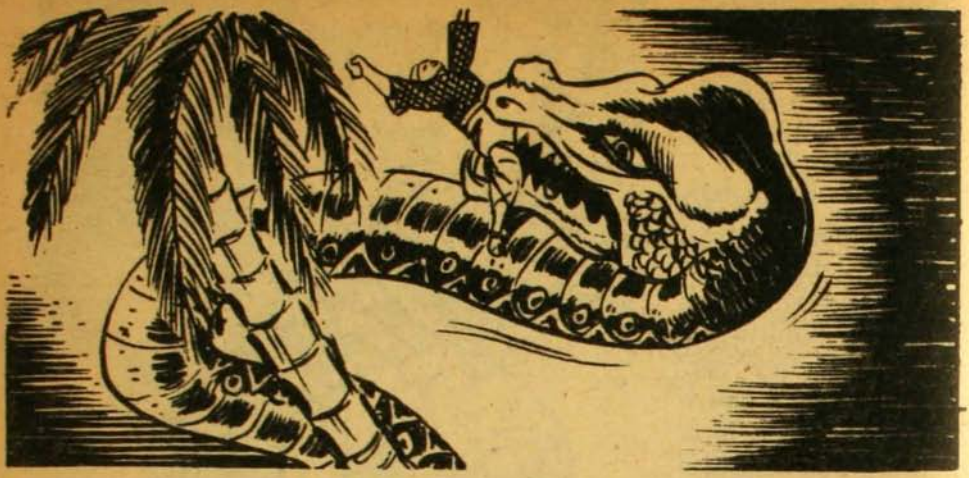
Cuando el hierro estuvo candente, seis valientes treparon al enorme rostro. Caminaban temblando sobre las mejillas verdes y, detenidos sobre la frente, a una voz de Simbad, hundieron las agujas en el ojo entornado. Luego tuvieron que saltar, pues, con un rugido de dolor, el cíclope se irguió. A ciegas intentó atrapar a sus enemigos, pero ellos tuvieron buen cuidado de no ponerse a su alcance. Corrían desalados, evitando las garras y los pies del monstruo ciego.

Los bramidos del gigante se oían hasta el último rincón de la isla. Por señas, pues era imposible que una simple voz humana se escuchara entre aquel aullar, Simbad indicó a sus hombres que se aprestaran a salir. En cuanto el cíclope huyó hacia el bosque, los marineros corrieron hacia el sitio donde habían dejado sus embarcaciones.

De pronto la tierra tembló con un galope furioso. ¡Eran otros cíclopes que acudían a ver por qué gritaba el gigante del palacio!

—¡Animo! —dijo Simbad el Marino—. Mientras ellos investigan la causa de los aullidos, nosotros podemos huir.

El espanto les dió fuerzas para bogar, y estaban ya a bastante distancia, cuando los gigantes de la isla empezaron a lanzar sobre ellos grandes rocas. Todas las balsas naufragaron, excepto la barca donde iban Simbad y dos marineros. Ellos arribaron a otra isla y desembarcaron. Una gran tristeza pesaba sobre sus corazones. Agotados por la fuga y las emociones, se durmieron en la playa. Les despertó el horrible silbido de una serpiente.



Era un ofidio gigante, que se tragó a uno de los náufragos y se alejó, desapareciendo en la selva. Aterrorizados Simbad y el otro sobreviviente, se subieron a un árbol muy alto.

Sólo se atrevieron a bajar cuando el sol alumbró la tierra.

—¿Cómo nos defenderemos? —gimió el compañero de Simbad—. Estamos solos. No tenemos armas con qué abatir a ese reptil espantoso.

—Tal vez él no pueda trepar a la palmera, que es tan elevada —contestó Simbad—. Procura dominarte. Mientras conservemos la calma, podremos idear el modo de rehuir esa muerte. Vamos, cálmate y busquemos con qué alimentarnos. La isla es fértil.

Un manantial apagó la sed de los dos árabes. El hambre fué saciada con frutos exquisitos. Al llegar la noche, treparon a la palmera, pero hasta allí se deslizó la serpiente, arrollándose al tronco y devoró al segundo náufrago. ¡Sólo nuestro héroe quedaba con vida! Pero, ¿por cuánto tiempo?

La noche le pareció interminable. Hora tras hora, tembló Simbad entre las hojas de la palmera.

"¿Regresará la serpiente?", meditaba, empuñando su daga con desesperada fuerza.

Por supuesto que el arma de nada le serviría. El reptil era gigantesco y atacaba con rapidez fulmínea. Pero aun sabiendo que su puñal no le salvaría, el Marino se sentía más animoso al percibirlo en su mano.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO X.—La bruja de las serpientes

RESUMEN: El colono Hateras declara tabú a su pequeño hijo a fin de resguardarlo contra los nativos y defenderlo de los forasteros malvados. Transcurren diez años y Dick Tabú es adorado en la selva como un semidiós. Todo el que lo toque, muere. Ni siquiera su propio padre se libra del tabú y perece víctima de un cocodrilo. Crece la fama del Intocable. En cada kraal africano se le venera. Los malhechores que rondan por la yungla le temen. Cierta noche, un nativo de faz enmascarada lanza una cobra en el dormitorio de Dick Tabú. El joven Intocable mata al reptil.

Dick Tabú comprendía que en el espíritu de los negros subsistían aún las viejas supersticiones y que toda desgracia debían atribuirla a la influencia de los espíritus malos.

El jefe Tuso, salvado de la mordedura de la cobra por la sabia intervención de Dick, persistía en su temor y decía al Intocable:

—El mal irá creciendo, oh gran Buana. Será como un río que comienza en un hilillo de agua y forma un mar; como una nube negra que tapa la luz del sol.

—¿Y si yo extinguiera el mal en su fuente? —interrogó Dick

—Serías un sabio —exclamó el viejo Tuso.

Dick Tabú se dirigió al reducto indígena y, subiéndose a un entarimado, habló así a los nativos que convocó expresamente:

—Conocen ustedes el mal que llega de noche y aprovecha las tinieblas. Saben que una serpiente venenosa me visitó a mí, mordió a Tuso y mató a varios jefes de kraal. Los malos espíritus están actuando y yo debo combatirlos. Escúchenme todos. Durante cuatro días y cuatro noches me encerraré en mi ruca y nadie debe verme ni hablarme. Hago este *tabú* y quien lo quebrante morirá.

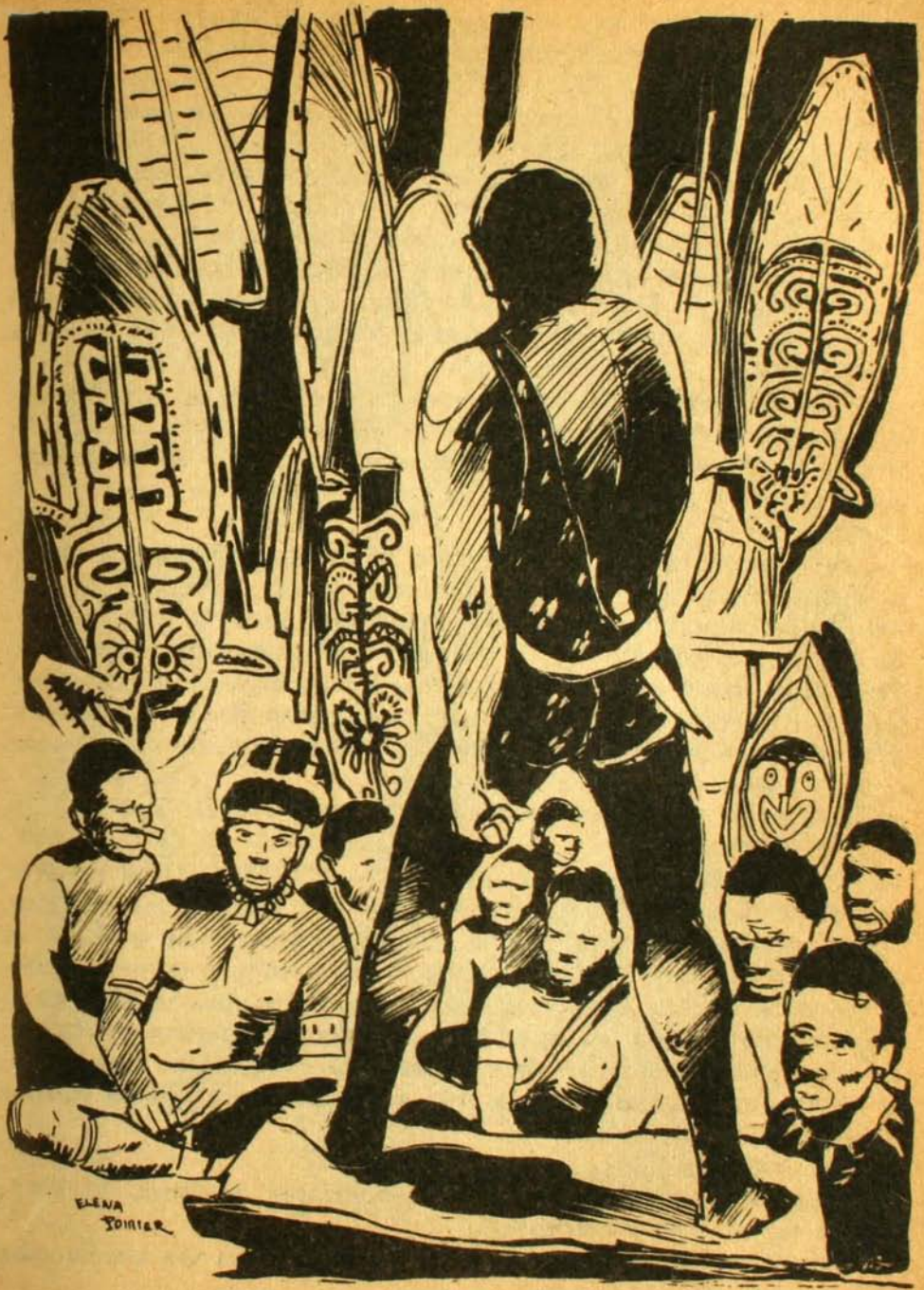
—No lo quebrantaremos —juraron los nativos.

Momentos después Dick Hateras se retiraba a su morada y los tambores del kraal comenzaron a redoblar enviando a otros reductos el mensaje del Intocable.

Dick Tabú cerró puertas y ventanas y se tendió en su lecho para dormir hasta la noche.

En la obscuridad, nadie le vió salir, vestido con su piel de leopardo, un puñal en la mano y un revólver al cinto. Deslizóse

cual una sombra por la maraña y al amanecer trepó a un árbol desde cuyas empinadas ramas podía observar las lejanas montañas.
Estuvo allí todo el día, alimentándose con los víveres que había llevado para la jornada.
Al anochecer volvió a reanudar su marcha en línea recta hacia los montes. La aridez de aquellos suelos alejaba a los nativos, y sólo las fieras frecuentaban sus múltiples cavernas.
Escalar aquellos picachos habría sido difícil para cualquier otro individuo que no poseyera la maravillosa agilidad de Dick.
—Presiento un peligro —murmuró de pronto Dick Tabú—. Si volviera atrás...
Pero el deseo de libertar a su pueblo de las acechanzas diabólicas le impelió hacia adelante.
De improviso sintió un abismo bajo sus pies y rodó montaña abajo.
A Dick le pareció que nunca terminaría de rodar; por fin asentó sus pies en una roca y advirtió que la obscuridad no era completa.
A corta distancia divisó una luz.
"Es el término de la caverna", se dijo el Intocable.
Volvió a reanudar su marcha y sólo al estar muy cerca de una fogata advirtió que había llegado, no al término de la caverna, sino que entraba a otra más extensa y tenebrosa.
Junto al fuego se encontraba una mujer anciana con rostro de gorila. Carecía de dientes y las uñas semejaban garras.
Tras aquella horrible bruja había un sinnúmero de cestos cuyas cubiertas se movían como las tapas de las teteras cuando el agua comienza a hervir.
Todo esto vió Dick con sólo una mirada. Instintivamente llevó su mano al revólver que colgaba del cinto.
Mamoti, que así se llamaba la bruja, fué la más encarnizada enemiga de su padre, el colono Hateras, a causa de que éste había prohibido en su distrito los sacrificios humanos en las fiestas religiosas de los negros. Mientras viviera ese esperpento, no habría paz en la yungla africana.
Mamoti merecía cien veces la muerte, pero Dick consideró que sería más conveniente pactar con la bruja y exigirle la promesa de que no continuaría enviando mensajes fatales por medio de sus serpientes venenosas.


ELENA
POIRIER

—Al fin decidiste visitar a Mamoti —dijo la horrible bruja con estridente carcajada—. ¿A qué vienes?
—He venido para razonar contigo —respondió Dick—, y si fracaso...
—Ya, ya ya —murmuró con mofa la bruja—. El Intocable viene a razonar con la pobre Mamoti. ¿Y si no quiero darme a la razón?
—Entónces, te mataré —declaró Dick con firmeza.
—¿Eso es todo lo que se le ocurre al famoso Intocable? —exclamó Mamoti—. Loco y necio... No soy un chico para que me atemorices con amenazas. Te escucho, joven. ¿Qué tienes que decirme?
—Mamoti —comenzó Dick—, eres culpable de un gran delito. Por tu mandato han muerto varios jefes de kraals de mi distrito. Yó sé que pretendes atemorizar a mi pueblo a fin de obligarle a volver a los sacrificios humanos. Esto debe cesar. Yo te lo ordeno.
—¿Eso llamas razonar? —protestó Mamoti—. Pides y ordenas al mismo tiempo. Estás en un profundo error al atribuirme delitos que no he cometido. ¿Cómo puede una anciana asesinar desde aquí a tu pueblo? Día y noche he permanecido en esta caverna, esperando que los espíritus me lleven a mejor vida, soñando tal vez con los tiempos en que poseía gran poder y clamando a los dioses venganza contra los que se han burlado de nuestros ritos sagrados.
—Ejercías tú misma esa venganza —declaró Dick Tabú—. Esto debe terminar.
—Tú no puedes matar a una anciana —dijo Mamoti, al advertir que Dick le apuntaba con su revólver—, y aunque me mataras, no destruirías mi poder. Yo sé que salvaste la vida a Tuso; sé que en la próxima luna morirá. Conozco el tabú que pronunciaste antes de partir. Te perseguí con mis malos deseos durante el viaje y sólo porque tienes poderes ocultos, no moriste al caer al abismo. Ahora mismo aprietas el arma de fuego, pero tu corazón es débil y no puedes matar a una anciana. Ahora quiero pedirte yo también algo.
—¿Qué pides?
—Que nuestra raza vuelva a las costumbres de antes. Si aceptas, no habrá más muertes.
—Habrá muchas más —dijo Dick—, porque en las ceremonias

ELENA POIRIER

religiosas secrificarán a las doncellas más lindas y a los doncelles más fuertes, como lo hacían antes que mi padre llegara a este distrito. Rechazo tu petición.
Mamoti cogió un puñado de yerbas y lo arrojó a la fogata; en seguida volcó un líquido viscoso al cesto que tenía a su lado y estalló en siniestra risotada.
—Mátame —desafió la bruja—, y esas serpientes que van saliendo de sus cestos me vengarán. No retrocedas, ¡oh Intocable! La fuga está cortada para ti. Desde que penetraste a esta caverna, mi enano favorito salió a convocar a mis fieles siervos.
Dick Tabú tenía los ojos fijos en una cobra que se deslizaba fuera del cesto.
Sonó un disparo, y la cobra cayó muerta. Pero había un peligro aún mayor... Las yerbas que ardían en la hoguera despedían un pernicioso humo que asfixiaba al muchacho.
Rápidamente, Dick cogió una jarra con agua y la arrojó al fuego.
—Ya no puedes salvarte —gritó Mamoti—, matas a una serpiente, pero quedan muchas más. Acepta mi petición y te salvaré la vida.
Una segunda bala hizo reventar el ánfora que contenía el líquido viscoso, y entonces las serpientes, en vez de atacar al Intocable, cargaron contra Mamoti. Una cobra la envolvió en sus anillos, haciendo crujir sus viejos huesos.
Por fin la muerte se llevaba a ese perverso genio del mal.
El Intocable fué retrocediendo paso a paso. De pronto le parecía que un reptil rozaba sus desnudos pies y de un salto evitaba su contacto. A fin de no volver a caer al abismo, iba tanteando el terreno con sus manos.
Por fin logró trepar a un alto picacho y ver la luz del día. El espectáculo que se le presentó a la vista fué terrorífico.
A los pies de la roca se encontraba un numeroso grupo de negros que vociferaban como demonios.
Dick Tabú, medio asfixiado por las yerbas ponzoñosas, vaciló sobre sus pies y aspiró el aire a pleno pulmón.
—¡Oídme —gritó a la multitud—, ya no existe el genio del mal! Mamoti ha muerto. Volved a vuestros kraals y olvidad vuestros rencores.
—Miente —gritó el enano favorito de Mamoti—, nuestra sacerdotisa no puede morir. Matad a ese niño blanco, que ha estado engañándonos con su maldito tabú.

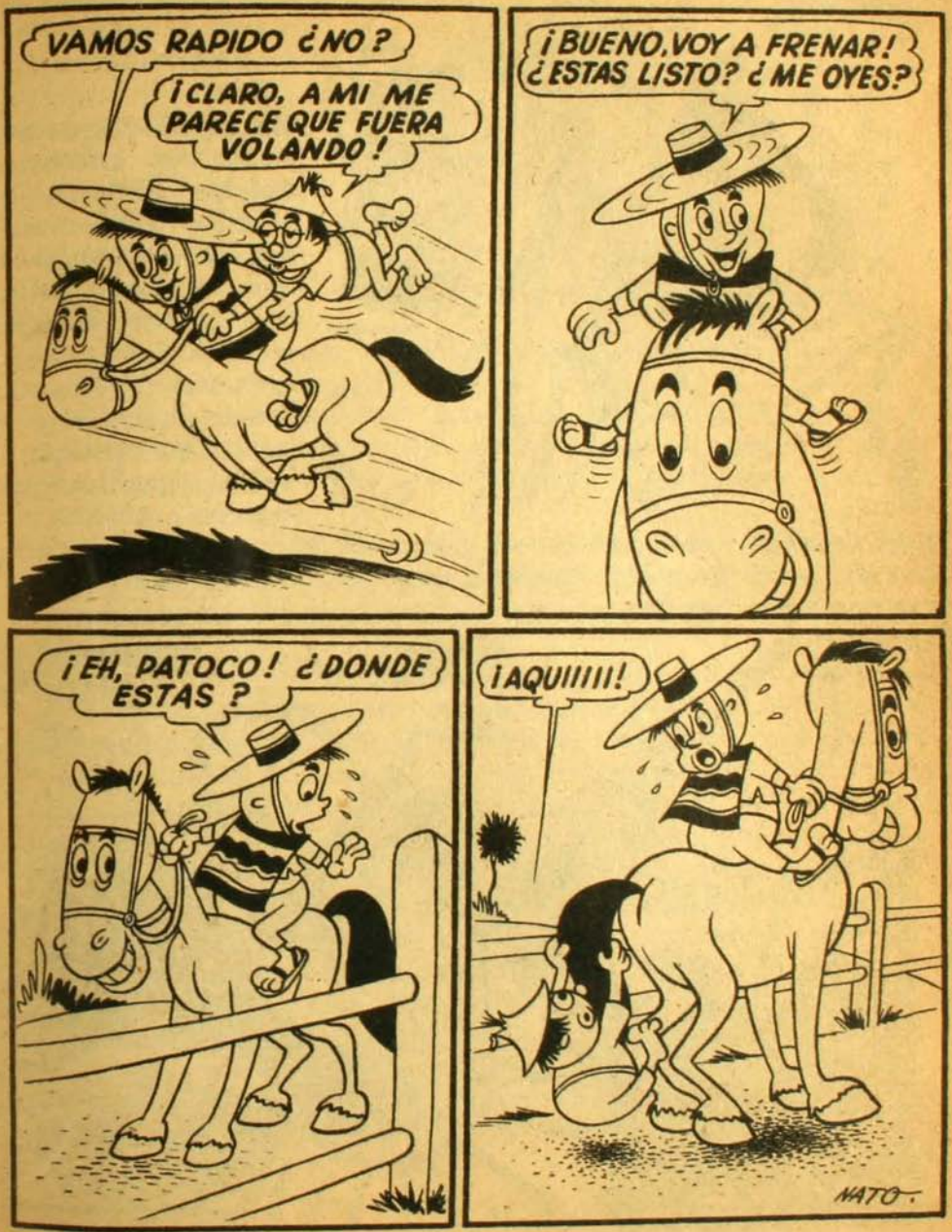
Algunos de los más osados treparon a la roca y cuando ya le alcanzaban, Dick Tabú dió un salto colosal y cayó a retaguardia de sus agresores.
Un momento después, subió a una roca aún más alta y desde allí volvió a repetirles que Mamoti había muerto.
—No le crean —gritó el enano—. Entremos a la caverna y pidámosle a Mamoti que hechice al demonio blanco.
—No entréis —gritó Dick—. Si lo hacéis, hallaréis la muerte.
Los negros entraron al túnel e instantes después se escucharon agudos gritos. Las serpientes, enfurecidas, atacaban a algunos negros y otros caían asfixiados por los mortíferos gases.
—Volved —ordenó el Intocable a los que aun no habían penetrado al túnel.
Los negros vacilaron.
—Oídme —dijo Dick Tabú—, mi mandato es que regreséis a vuestros kraals y queméis los venenos que os dió Mamoti. Eso es todo... Me marcho a mi casa y continúo siendo AQUEL QUE NADIE DEBE TOCAR.
Y como para afirmar su poder sobrenatural, el intrépido muchacho atravesó por entre los negros con la cabeza erguida y firme la planta, sin que ni uno solo se atreviera a herirle.
Había entre ellos un silencio atónito y reverente.
Al quinto día y una hora antes del alba, Dick Hateras se levantó de su lecho después de descansar de su larga y fatigosa jornada. Con su habitual sonrisa y dulzura, convocó al pueblo en la terraza de su chalet.
Los nativos le contemplaban con miedoso respeto.
—Ya está deshecho el mal, pueblo mío —declaró el Intocable—. He vencido a los espíritus malignos. No habrá más mordeduras de sierpes y cesarán los males y maleficios que os acongojaban. Prosperarán las siembras y terminarán las lluvias perjudiciales. Mirad... Aparece el sol.
En efecto, mientras hablaba el maravilloso niño, un sol radiante iluminaba la yungla, los campos y praderas.
—¡Honor a nuestro gran Buana! —gritaban los nativos—. Celebremos su triunfo con fiestas y tambores de regocijo.
Por la tarde se oyó de kraal en kraal el sonido de los tam-tams, anunciando que el Intocable había destruído el poder de los malos espíritus en ese distrito.

(Continuará)

Ponchito

¡GALOPA, GALOPA...!
¡HOLA PATOCO! ¿TE LLEVO AL ANCA?
NO LE TENGAS MIEDO, ESTE CHUZO ES MANSITO
¡AGARRATE FIRME, QUE VAMOS A GALOPIAR!

por nato

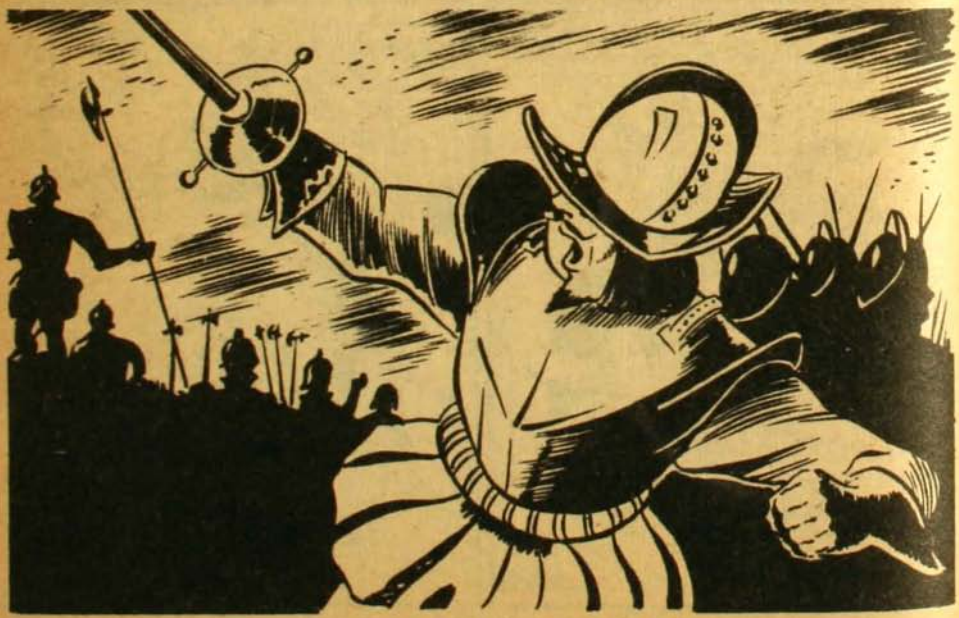

VAMOS RAPIDO ¿NO?
¡CLARO, A MI ME PARECE QUE FUERA VOLANDO!
¡BUENO, VOY A FRENAR! ¿ESTAS LISTO? ¿ME OYES?
¡EH, PATOCO! ¿DONDE ESTAS?
¡AQUIIIII!
NATO.

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO X
¡Revolución!

Hernán Cortés no actuaba con injusticia. Estaba decidido a arrestar al emperador Moctezuma, porque él diezmaba a traición el ejército español. Los aztecas asaltaron Veracruz, pueblo fundado por los conquistadores.

—No permitiré que masacre a mis hombres —declaro el extremeño—. Hasta ahora, no ha querido pactar en forma amistosa. Rugirán, entonces, los cañones y parlamentarán las espadas.



Escoltado por cinco de sus capitanes, pidió audiencia al emperador. Impuesto Moctezuma de la queja que traía al palacio su temido huésped, negó ser cómplice de los indios que atacaron Veracruz.

—Basta de simulaciones —pronunció Hernán Cortés, cuyas decisiones eran bruscas y de una suprema audacia—. Acompañadnos a nuestra fortaleza.

Desde ese instante, gobernó como jefe único. Moctezuma, en su prisión, vió declinar su poderío y, dominado por el temor, entregó fabulosos tesoros a sus enemigos. Esto causaba gran irritación a la nobleza azteca.

En abril de 1520, el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, queriendo robar a Hernán Cortés la gloria que le correspondía por la Conquista de México, envió contra él un ejército de novecientos hombres.

Dejando la guardia indispensable para custodiar al emperador, que les servía de rehén, el valiente español salió con 266 soldados al encuentro de su rival, Pánfilo de Narváez, quien, confiado en la superioridad numérica de su hueste, no tomó precaución alguna. Atacado por sorpresa, no pudo resistir. Las tropas se plegaron al vencedor, y en esta forma, por una ironía del destino y por el valor de un hombre, Velázquez envió refuerzos a Hernán Cortés en lugar de una mesnada que lo aniquilara.

Cuando el Conquistador se aprestaba a regresar triunfante a México, un correo tolteque le entregó un mensaje de Pedro de Alvarado, el sanguinario capitán. Al leerlo, el semblante de Hernán Cortés se alteró profundamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Irigoyen, el capitán vasco.

—Alvarado masacró a una multitud de aztecas reunidos por una festividad religiosa. Ha estallado la revolución.

(CONTINUARA)

LA BRUJA DESCONTENTA

por KETMIS

Erase una bruja que vivía en el bosque. Ustedes saben, niñitos, que las brujas no son alegres ni amables. La de nuestro cuento pasaba el día enfurruñada, porque no le gustaba su casa. Gruñía a toda hora.

—¡Murciélagos descuerados! ¿Por qué yo tengo que vivir en esta cabaña, en medio del bosque, y no en una cueva llena de arañas, de ratas, de serpientes, de lechuzas y de otros bichos encantadores? Mis ventanas tienen cortinas de tul, en vez de telarañas. Mis muebles son de madera de encina y no de dura piedra del monte. En el gallinero hay gallinas bobas, en vez de cuervos que causen un buen susto. ¡Yo no soporto más esta casita del bosque! Pero no puedo irme. Un día que estaba tonta dije que en lugar de bruja me gustaría ser una abuelita. Entonces, mis compañeras me desterraron de las cavernas. ¿Por qué fuí tan idiota? Yo no quiero ser abuela de nadie, sino una bruja mala, malísima.

En ese momento, el bosque resonó con el trino de los pajarillos.

—¡Qué ruido más horrible! —gimió la hechicera—. No soporto un minuto más en este lugar espantoso.

Buscó detrás de la puerta su escoba voladora, y no la encontró. La bruja empezó a llorar desconsolada. Luego, decidió:

—Probaré el escobillón. Me subo a él. No está tan malo. Quizás sea fácil manejarlo. Ya se eleva, ya está cerca del techo... ¡¡¡Ayyy!!!

La hechicera había caído, pues sólo las escobas sirven para los vuelos de bruja.

No renunciaba a su idea, y estaba pensando en ensayar la pala de la basura, cuando alguien llamó a su puerta.

—¿Quién llama?

—Yo, abuelita —respondió una dulce voz.

—¿Abuelita? —saltó la bruja, y abrió la puerta. En el umbral había una niña de rubios cabellos.

—¿Qué haces en el bosque? ¿Te perdiste? ¿Por qué vienes aquí? ¿No sabes que puedo convertirte en sabandija?

—Usted no es mala, abuelita. Quiero quedarme a vivir con usted. Le haré la comida, la ayudaré a barrer.

—¿Barrer? ¿Qué es eso?

—Barrer con la escoba.

—¡No seas tonta! Las escobas sirven para volar.
—Yo barrí el caminito que hay delante de su casa. Venga a verlo.
La hechicera salió y... allí estaba la perdida escoba. Entonces bufó de rabia:
—¡Mi escoba! ¿Tú la tomaste? Está llena de tierra, la pobre. Ahora se ha echado a perder y no volará.
—Las escobas no vuelan —insistió la niña, dulcemente—. Déjeme con usted, abuelita. No quiero volver a la otra cabaña que está a la salida del bosque. El leñador y la leñadora son muy malos conmigo.
—¿No son tus padres?
—No. Dicen que me recogieron.
—¿Y cómo supiste que yo vivía aquí?
—Una vez vine a recoger leña seca. Vi su casita. Es muy linda.
—¡Es horrible!
—No, abuelita. Es preciosa. Déjeme con usted. La querré mucho. Viviremos muy felices, rodeadas de este bosque tan hermoso. Plantaremos un jardín y oiremos esa música: la orquesta de los pajaritos.
En el oído de la bruja ya no resonaban tan horriblemente los

cantos de las avecillas y aceptó que la niña se quedara con ella. Con los años, olvidó sus propósitos maldadosos y se convirtió en una amable anciana, a quien su nieta adoraba.

Pasó el tiempo y la niña tenía ya quince años. No puedo decir que era linda como las hadas. Nadie puede ser tan hermosa como un hada. Ellas tienen el rostro de plata y sus cabellos lucen el color dorado y la transparencia de una nube que nace del sol. La nietecita era linda, no tanto como las hadas, pero más hermosa que todas las princesas del mundo.

Un día... Grandes golpes retumbaron en la puerta.

—Adelante, adelante —dijo la bruja amablemente—. La puerta no está con cerrojo.

Un capitán y muchos soldados irrumpieron en la casa, con ruido de espuelas y sables.

—Una visita de soldados... Muy raro, pero... pasad. Sois bien venidos.

—No venimos a visitarte, bruja desalmada —repuso el capitán—. Venimos, en nombre del rey, a arrestarte.

—¡A mí! ¿Por qué?

—Por secuestrar a la princesa Jazmín.

—¿La princesa Jazmín? ¡Ella es mi nieta! ¡No es ninguna princesa!

—Te llevaremos presa y te meteremos en un calabozo lleno de ratones —añadió el capitán, creyendo asustarla, pero ella exclamó:

—¿De ratones? Me gusta mucho su compañía..., es decir, me gustaba en otro tiempo. Ahora he cambiado.

—Eres una arpía y sigues siendo mala y perversa. Dinos dónde está la princesa.

En ese instante advirtió que una doncella muy hermosa se detenía en el umbral y gritó azorado:

—¡Soldados! Presentad armas a la hija del rey. ¡Ar...!

—Buenas tardes, señores soldados —saludó ella, sonriendo—. ¡Qué sorpresa! Nunca recibimos visitas. Abuela querida, ¿les has invitado a descansar?

—No alcancé. Ellos me invitaron primero... a los calabozos del palacio.

—¿A los calabozos? ¡Oh, debe tratarse de una equivocación! Señor capitán, decidme que es un error, que no pretendéis llevaros a mi abuelita.

—Ella no es vuestra abuela, Alteza. Es una bruja malvada que

os raptó de palacio cuando apenas erais una niña de cuatro años.
—Eso es mentira —protestó la anciana.
—Es verdad. Mi padre, que en ese tiempo era capitán de la guardia, os vió y os describió tal como sois. Os conocería entre cien brujas. Vos robasteis de palacio a la hija del rey.
—¿Yo? ¿Yo? —repetía la acusada, con intenso asombro—. No recuerdo... Aunque... Tengo una vaga idea... Me parece que he soñado...
Hablaba como si estuviera dormida:
—Sí, lo recuerdo... Yo iba volando en mi escoba... Volé en torno a la torre del palacio... Vi una cuna de oro. Estaba sola. Entré y cogí a la niña, que dormía. La llevé a través del espacio.

Bajé a un bosque, le quité sus vestidos de seda y le dejé sólo una camisita de lino, donde estaba bordado su nombre: Jazmín. Rasgué mi capa negra y la envolví en el jirón, para abrigarla. De pronto, sentí que sobre mi cabeza pasaba una bandada de brujas, que volaban hacia las cavernas. Me pareció despertar de un sueño y volé también. Aquella noche dormí pesadamente, y, al despertar, dije aquellas palabras que causaron mi destierro: "*Quisiera ser abuelita*". Las hechiceras se enfurecieron y me enviaron al bosque. Yo lo odiaba, porque es luminoso y está poblado de cantos y de la alegre voz de los arroyuelos. Ahora no odio el bosque. Lo quiero, porque mi nieta me enseñó a amarlo.

—Abuelita —susurró la niña, emocionada—. Habías soñado con una niña, y quisiste ser mi abuelita. El deseo de tu corazón te indujo a raptarme. Después, como a pesar de todo tenías ideas de bruja, me dejaste abandonada en el bosque, olvidándome. Los leñadores me recogieron y fuí para ellos una esclava, a quien maltrataban y despreciaban. Cuando vine a ti, conocí la felicidad y el amor.

—¡Ejem! —tosió el capitán, temiendo conmoverse—. Princesa, ¿venís? Una carroza os aguarda. Además, detrás de nosotros, avanza el príncipe Alhelí, hijo del rey vecino. Al conocer la pena de nuestros reyes, propuso registrar este bosque, desafiando a las fieras y sin miedo al peligro que significa rastrear a una bruja. El nos dió valor a todos y ahora, ni siquiera tememos la venganza de la hechicera.

—¿Ah, no? —gritó ella—. Pues los convertiré a todos en...

—¡No, abuelita! —interrumpió la princesa—. Recuerda que tú eres buena y me quieres.

Un ruido de cabalgata se apagó ante la cabaña y después avanzó hacia la hija del rey un apuesto doncel, que, saludándola, exclamó:

—Princesa Jazmín, sois tan hermosa como os había soñado.

—¡Largo de aquí, mozalbete osado! —rugió la hechicera—. Yo guardo a mi nieta de príncipes, de pastores, de porquerizos y de otros malandrines.

El doncel, desenvainando su espada, repuso:

—Mi espada tiene filo para descabezar gigantes. ¡Atrás, bruja! Venid junto a mí, princesa. Yo os protegeré. No temáis.

—No es necesario que me defendáis, príncipe —contestó ella—. Buen alma es mi abuelita y me quiere profundamente. Yo tam-

ELENA
POIRIER

bién la quiero y no deseo separarme de ella. Mi corazón sufr al pensar que no regresaré junto a mis padres y que no os ver más, príncipe. Sin embargo, estoy decidida a permanecer en bosque.

El murmuró asombrado:

—Pensaba hallar muchas dificultades en mi empresa, pero nunc imaginé que vos, princesa, os negaríais a ser rescatada y devue ta a palacio.

—Decid a mis padres que si perdonan a mi abuelita, volver junto a ellos.

—Princesa, vuestros deseos son órdenes. Venid las dos. En ver dad, ella no parece mala. Tiene una luz de bondad en los ojos y sus labios saben sonreír. Vos hicisteis el milagro, princesa. L transformasteis en una abuelita buena y a mí...

—¿A vos? ¿En qué os he transformado?

—En vuestro esclavo por toda la vida.

—Yo lo hubiera convertido en guarisapo —gruñó la bruja.

El sonrió.

—No seáis mala, señora. Pediré al rey la mano de su hija. Per antes, solicito vuestro consentimiento.

—¡Está bien! ¡Está bien! Vamos andando a palacio y espero qu el rey me regale un vestido de raso azul, con encajes plateados Ya estoy cansada de vestir esta capa negra. También quier una cofia blanca, para quitarme este cucurucho de bruja.

A nuestros lectores

Hernán Castillo, Quillota.— Son miles los lectores que como usted ríen y se entusiasman con nuestras historietas divertidas.

Nora Bustos, Santiago; *Adriana Muñoz,* Concepción; *Cruz González,* Santiago.— Agradecemos sus calurosas felicitaciones por nuestras seriales.

Eliana Figueroa, Panguipulli; *Sylvia Sepúlveda,* Talagante; *Luis Núñez,* Santiago; *Jorge A. Garretón,* Santiago; *Jaime Pozo,* Rancagua.— Agradezco a todos ustedes sus elogios a la revista "SIMBAD". Suponíamos qu "Ives el Indomable" tendría gran éx to y nos satisface comprobar que no nos equivocamos. "Muchi y Poco" ocupa también uno de las primeros lugares en la preferencia de los lec tores.

Alfredo Vergara, Quillota.— Mucho nos complació su gentil carta y sus congratulaciones por mi dirección de la revista "SIMBAD".

ROXANE...

TOLITO, POR Moris

Centelleante

CAPITULO X.—El robo de Martín Esparon

RESUMEN: Lidia Vilches, con el apodo de Centelleante, actúa con gran éxito como bailarina en el circo de Julio Salvador. La mujer del empresario, Conchita, la hostiliza. En cambio, el huerfanito Anguila protege a la niña. Un día, huyen ambos y se dirigen al hogar de Centelleante, que ahora no está en la miseria, gracias a la ayuda de Martín Esparon, secretario del millonario Marty. En realidad, ese mal individuo no les ayuda por bondad, sino para que recaiga sobre Jerónimo Vilches un delito que él proyecta.

A Martín Esparon no le agradaría la llegada de Centelleante y del Anguila, pues temía que su nefasto plan fracasara.

Fácil era engañar al ingenuo campesino Vilches, pero no tanto a los despiertos niños que, sin duda, se extrañarían de tanta generosidad y atención.

Después de algunas horas de efusión y regocijo, Fernando declaró a su hija que debía visitar a su benefactor para informarle de su llegada a la casa en compañía del Anguila.

—Vaya, papacito —respondió Centelleante—, y mientras tanto el Anguila y yo prepararemos la comida.

Martín Esparon hizo un gesto atroz al imponerse de que Centelleante había abandonado el circo de Julio Salvador. Esto desarreglaba completamente sus criminales proyectos.

Por suerte para el bandido, Vilches no advirtió la chispa de ira que brilló en las pupilas del siniestro personaje.

—Estoy contento, señor —decía Fernando—, con mi linda hijita. Si mi esposa pudiera sanar seríamos felices y todo se lo debemos a usted.

Al día siguiente, después del almuerzo preparado por Centelleante, Vilches y los dos niños visitaron a Adelaida, la esposa del labriego, que yacía en el hospital.

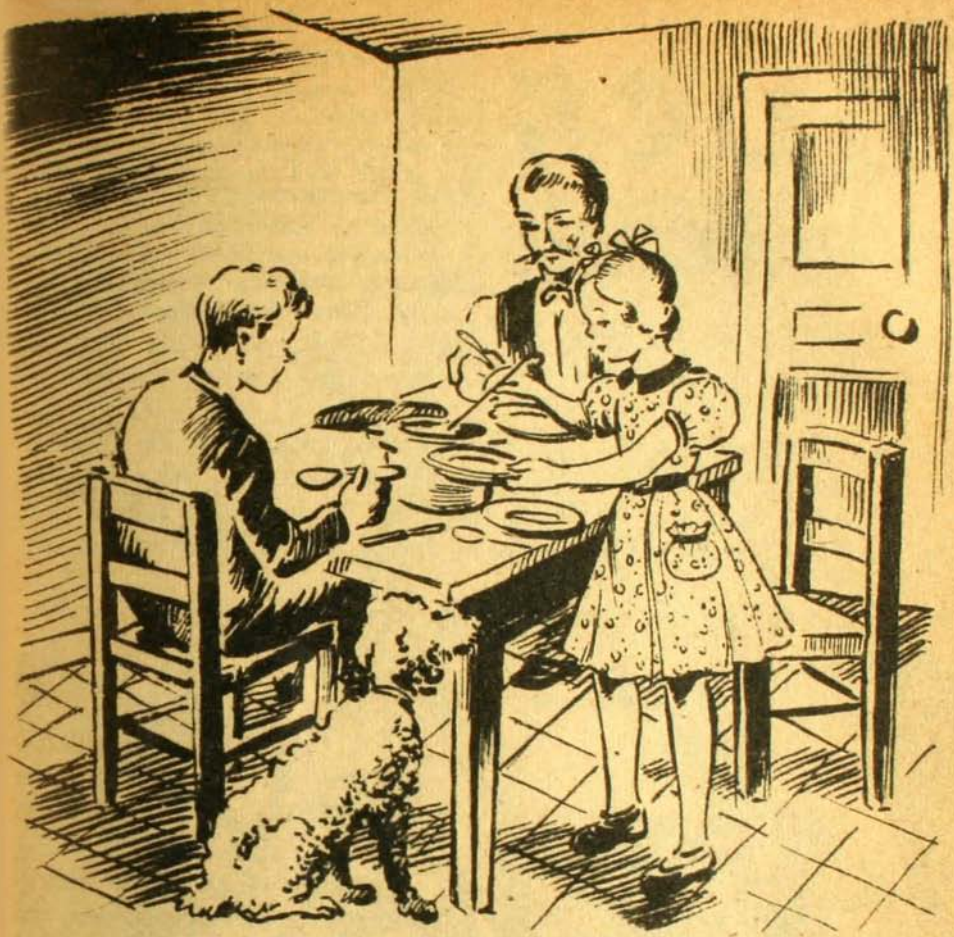
La enferma estaba gravísima y Centelleante no pudo reprimir su llanto al verla en tan triste estado. Su intenso dolor era compartido por el Anguila, quien trataba de consolarla.

El resto del día fué de gran tristeza para todos. Ni las gracias de Didi consolaban a Centelleante.

—Hoy es lunes —dijo Fernando Vilches a su hija—. Si el jueves Adelaida no se siente mejor, la traeremos aquí y entre todos la cuidaremos mejor que en el hospital.
—Sí, sí —aprobó el Anguila—, yo también cuidaré a la señora.
Terminada la frugal comida, los niños se fueron a dormir.
Fernando permaneció en vela junto a la mesa, pensando en su esposa, a quien los médicos consideraban sin remedio.
Entretanto, Martín Esparon, después de haber reflexionado largamente, decidió cometer el robo esa misma noche. Todos los hilos estaban tendidos y nada quedaba al azar.

—Rico, muy rico voy a ser —murmuraba el malvado Martín.
Como ya hemos dicho, Esparon era el secretario del millonario Marty, anciano muy erudito que preparaba una obra científica en varios volúmenes. Con este fin, había contratado un secretario, que ponía en limpio sus documentos.
Marty se había instalado esa tarde en su escritorio y hasta las ocho de la noche trabajó con Martín Esparon. A esa hora el mozo avisó que la comida estaba servida. Marty y su secretario pasaron al comedor.
—Señor —dijo el mozo, cuando terminaron de comer—, he re-

cibido un telegrama de mi familia, en el cual me anuncian que mi padre está muy enfermo y quisiera ir...
Por cierto que ese telegrama era falso y enviado por Martín para alejar al empleado.
—Parte inmediatamente, Diego —respondió el señor Marty—. No te necesito ya. Espera... Voy a ver el itinerario de los trenes.
Mientras que Marty consultaba el horario de trenes, Martín Esparon sacó un frasquito de su bolsillo y vertió rápidamente su contenido en el vaso del patrón.
Poco después Marty bebió el agua sin sospechar que contenía un narcótico.
Martín proseguía la conversación observando el semblante del anciano.
De pronto Marty comenzó a bostezar, palideció y sus manos temblaron.
—No sé lo que me pasa —balbuceó el anciano—. Tengo un mareo.
—Abriré la ventana —insinuó Martín Esparon.
Pero ya el soporífico producía su efecto.
"Y ahora, manos a la obra", pensó el villano.
Sin temor a que despertara su víctima, le registró los bolsillos y sacó las llaves de la caja de fondos. Para ejecutar dicha tarea tuvo la precaución de ponerse guantes, a fin de no dejar huellas digitales.
Como conocía el secreto de la caja de fondos, la abrió febrilmente y se apoderó del oro y billetes que fué colocando en una maleta. El peso era considerable, pero Martín Esparon era un hombre forzudo.
Rápidamente bajó por el ascensor, sin que nadie le sorprendiera, y fué a ocultarse en un pequeño departamento que había alquilado con nombre supuesto.
Como se ve, todo lo había previsto el ladrón. Consumado el robo, le faltaba la parte más ardua y difícil.
Martín guardó algunos billetes de mil pesos en sus bolsillos, y provisto de una escala de cuerdas, volvió al edificio, donde ocupaba un gran departamento el millonario Marty.
Nadie le vió subir en el ascensor ni entrar de nuevo al comedor del anciano narcotizado.
—Dormirá hasta las doce del día —dijo el cínico Martín.



Tranquilamente sacó de su bolsillo los bigotes y barba postizos y efectuó una total transformación de su persona.

Como hemos dicho, Fernando Vilches ocupaba tres habitaciones sombrías en el último piso del edificio en que vivía el millonario Marty.

Esta vez Martín Esparon subió por la escalera de servicio y golpeó suavemente a la puerta de Fernando Vilches.

Una tragedia amenazaba a la familia de Centelleante. Martín había calculado bien su fechoría y, una vez en poder de la fortuna que ambicionaba, culparía del delito a Fernando Vilches. A aquel desalmado no le importaba sumir en el deshonor a un hombre inocente.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Deben desembarcar clandestinamente, porque los isleños les lanzan piedras para que vuelvan al mar. Ives y el Gavilán deciden descubrir el misterio de Tule. Para ello, siguen al Jinete Negro hasta una tétrica fortaleza.

CAPITULO X.—Entre la espada y el abismo

Rolando el Gavilán e Ives el Indomable atacaron a los centinelas de aquella fortaleza enclavada en la montaña. Al viking se le quebró la espada y entonces recurrió a su sola fuerza. Los guardias rodaron por el empedrado del patio, sintiendo crujir sus huesos.

Dueños del campo de batalla, Ives y Rolando quitaron el unifor-

me a dos de los centinelas inertes y se vistieron. Un antifaz negro completaba el atavío.
En el peto, ambas armaduras lucían un murciélago.
Seguros de no ser reconocidos, los amigos recorrieron el "Valle de la Dicha", nombre que se daba a aquel antro para traer hasta él, engañados, a los habitantes de la isla de Tule. En realidad, era una mina de oro, que explotaban a costa de la sangre y de la vida de los pobres reclutas.
Ese mismo día, la guardia fué convocada a palacio. Taz, el Gran Sacerdote, dijo:
—He sabido que un barco extranjero fondeó cerca de la aldea de Valok y que sus tripulantes desembarcaron. Es preciso arrestarlos a todos.
Uno de los guardias quedó sólo herido en la contienda contra Ives y el Gavilán. Llegó arrastrándose a la sala y denunció la presencia de dos forasteros.
—¡Descubríos el rostro! —aulló Taz.
Los guardias obedecieron. El príncipe Ives y el viking Rolando comprendieron que estaban descubiertos y se aprestaron a la defensa. Batiéndose como leones, retrocedieron ha-

cia la puerta, cuyas hojas empezaron a juntarse, rechinando siniestramente.

—¡Huye, Ives! —gritó el rubio normando.

—Sin ti, nunca —repuso el joven bretón. Pero el viking, de un vigoroso gesto, lo hizo trasponer el umbral, mientras continuaba deteniendo con su espada a los soldados. La puerta de acero se cerró herméticamente. Enloquecido de furor y desesperación, Ives le asestó golpes con la empuñadura de su arma. La voz de Rolando llegó hasta él, debilitada a través del grueso muro:

—¡Huye, Ives, por el diablo de tu religión!

—Volveré —musitó el príncipe, comprendiendo que si permanecía delante de la puerta cerrada, sólo conseguiría ser capturado.

Sin vacilar más, salió del palacio de Taz y, desde la terraza, se lanzó al espacio, cayendo sobre el caballo de un guardia. Espoleó al noble bruto para

cruzar el valle. Reuniría a sus valientes hombres, sus "lobos", que de una embestida arrasarían a los esbirros de Taz, libertando al Gavilán.

El rumor de una cabalgata le hizo volver la cabeza. Detrás de él avanzaba un escuadrón de perseguidores.

—Malditos murciélagos. No podrán atraparme.

Hincó espuelas a su caballo, que volaba con las crines tendidas al viento. De pronto, el furioso galope se refrenó, convirtiéndose en un trote indeciso. Delante del jinete se abría un abismo profundo. Desde el borde, Ives distinguió el mar, que estrellaba su oleaje contra las rocas del acantilado.

Los guardias lanzaron gritos de triunfo al advertir que el fugitivo se vería obligado a detenerse. Porque, ¿había un hombre tan audaz, tan indiferente a la muerte que de un salto se precipitara al vacío?

Y era sólo un doncel, casi un niño.

—Se detendrá —barbotó el capitán de la soldadesca—. Y comparecerá delante del Gran Sacerdote para ser castigado.

Pero los mercenarios no conocían a Ives el Indomable. Tenía sangre de reyes en sus venas y orgullo de reyes en su corazón. Acortó las riendas e inclinándose sobre el cuello de su corcel, animó:

—¡Vamos! ¡Salta!

(CONTINUARA)

ATENCION LECTORES DE SANTIAGO.— Si resultó favorecido en nuestro concurso semanal, acuda *personalmente* a cobrar su premio a la oficina de revista "SIMBAD", Avenida Santa María 076, tercer piso.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el sapo? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago.

Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes de Vitalmín Viteminado, 5 juegos de pimpón, 6 pares de soquetes, 5 premios de $ 10,—, 5 estuches para colegial, 10 cajas de lápices de colores, 10 libros de cuentos infantiles y 6 pelotas de goma.

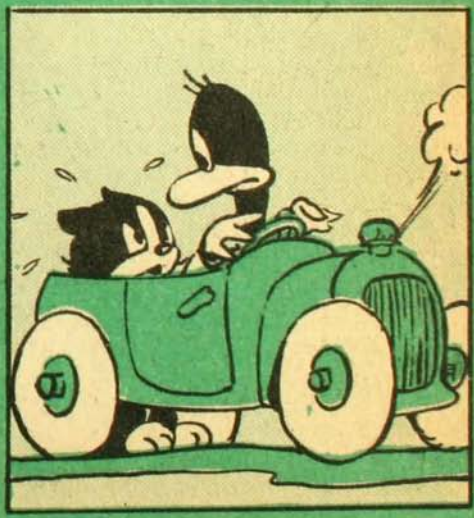
SOLUCION AL CONCURSO N.º 7. El pato parpa.

Premiados con UN PAQUETE DE VITALMIN: Sergio Toro Saldivia, Curacautín; Arturo Escandón, Santiago; Guido Aranda, Santiago; Víctor M. Trujillo, Quillota; Beatriz Iturrate, Santiago; Sonia Escobar, Talca; Norma Naverrete, Santiago; Ruth Arenas, Chimbarongo; Angela Panussis, Santiago; Clara González, Chimbarongo; María Luisa Echeverría, Santiago; Juan Soto, Santiago; Roberto Jaime, Santiago; Sergio Arellano, Valdivia; Alejandro Flores, Santiago; Angel Bozzo, Santiago; Ester Espinoza, Santiago; Víctor Manuel Pantoja, Santiago; N. Parra, Santiago; Joaquín Echeverría, Santiago; Roberto Avalos, Santiago; Sonia Lavín, Concepción; Walter Rojas, San Antonio; Edna Holtheuer, Santiago; Rubén Quezada, Santiago. UN BOLSON PARA COLEGIAL: Mireya Valenzuela, Santiago. UNA CHAUCHERA: Ximena Pinedo, Viña del Mar; Leandro Soto, Santiago; Silvia Espinoza, Santiago; Elisa Alaluf, Valparaíso; Nelson Costas, Santiago; Víctor Maturana, Concepción. UN CINTURON: Jaime Sepúlveda, Santiago; Anselmo Donchaster, Santiago; Jorge Eduardo Lira, Santiago. UN LIBRO: Jaime Reyes, Talca; Manuel Montenegro, Santiago; Lidia Quezada, Santiago; Lucía Guilleminot, Peñaflor; Julio Galli, Santiago; Oscar Novoa, Concepción; Violeta Cartes, Los Angeles; Raúl González, Santiago; Carlos Gómez, Valparaíso; Miguel Albarca, Santiago. UN AUTO DE BAKELITA: Juan Elou, Santiago; Ema Díaz, Santiago; Ramón Guilleminot, Santiago; Gloria Pararró, Viña del Mar; Jorge Perley, Santiago; Luz M. Muñoz, Viña del Mar. UN JUEGO LUDO: Sara Jaime, Santiago; y César Fernández, Santiago.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

MUCHI y POCO

3. "—¡Ay, ay!", seguía chillando la cuchita por el camino. Poco pensó que le gustaba el paisaje, y no se preocupó de esos ayes. "—Las mujeres dicen todo al revés", pensaba.



4. "—¡Ay, paremos!", gritó Muchi. "—¿Te da miedo la velocidad?" "—No —repuso ella—, pero ya no puedo correr más. Te olvidaste de poner el piso de atrás, y he venido trotando."

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. "—¡Osos bulliciosos!", dijo Tomasín. "—Bartolo toca la flauta y nosotros la corneta", decían Ma, Ra, Vi y Lla. "—Si se callan, les compraré helados", ofreció Tomasín. El heladero no tenía vasos.

2. Los ositos solucionaron el problema, recibiendo helados en las cornetas. A Tomasín le resultó muy caro. Ma, Ra, Vi y Lla quedaron con guatitas de pingüino de tanto tomar helados.

Simbad

N.º 11

IVES EL INDOMABLE

$ 2.-

MUCHI y POCO

1. Un día la gatita Muchi tenía un hambre que parecía dos. Registró la despensa, y encontró una salchicha que estaba de comérsela..., y se la comió. ¿Qué explicación daría al pato Poco?

2. Ninguna. Infló un globo que parecía una salchicha y lo puso en la heladera. "—Cuando Poco lo pique, este globo va a dar las doce como el cañón del Santa Lucía, y será hora de reírse."

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)
AÑO I - N.º 11
Precio: $ 2.—
17-XI-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO XI.—Regreso a Bagdad.

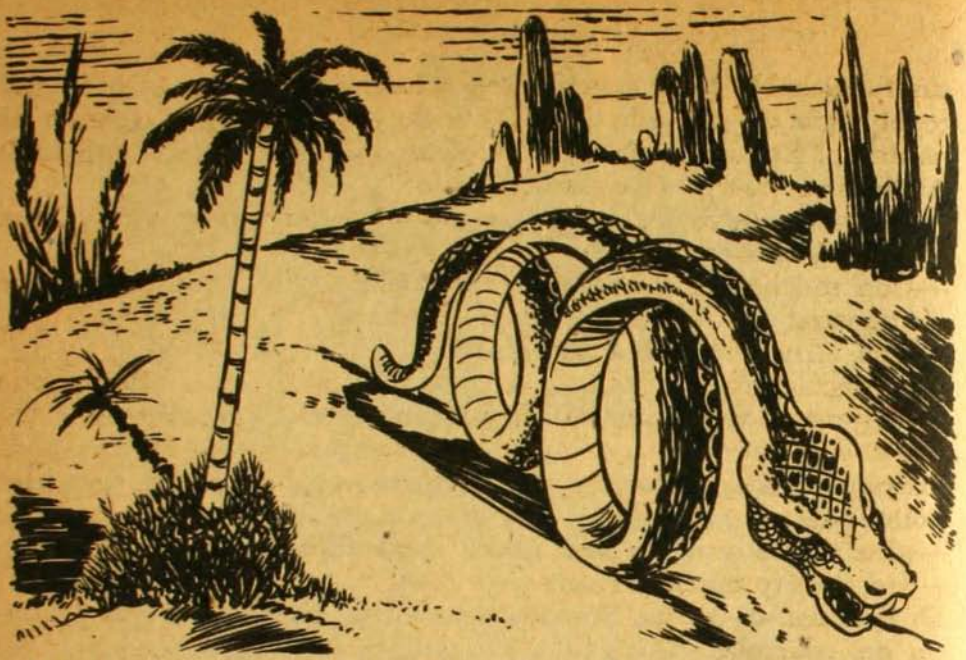
Simbad el Marino estaba en terrible peligro de morir. Una serpiente gigantesca había devorado ya a sus dos compañeros y era evidente que a la tercera noche Simbad sería engullido, si no inventaba un medio de salvarse.

Cuando aclaró el día, Simbad, extenuado, bajó de la alta palmera que en realidad no servía de refugio, porque la serpiente, enroscándose al tronco, llegaba hasta las hojas más altas.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó Simbad—. Escapé de que el cíclope me devorara para caer en las fauces de una serpiente. Es preciso que discurra una estratagema.

De pronto se iluminaron sus ojos. ¡Ya tenía la idea! Sin pérdida de tiempo empezó a recoger las más espinudas ramas en los matorrales de zarzas. La cosecha le dejó las manos llenas de pinchazos, pero Simbad se reía de ese dolor. Juntaba ramas punzantes con la misma alegría que si estuviera cortando las más lindas flores de primavera.

Cuando reunió bastantes haces, rodeó el pie de la palmera, asegurándose de que su trinchera quedara muy firme. Después



bebió en el manantial y se alimentó con los productos vegetales que le ofrecía la isla. En seguida, antes que el sol se ocultara, saltó a su nido de espinas.

Cuando la serpiente vino en busca de su tercer manjar, lo encontró amurallado de púas. Intentó varias veces deshacer el parapeto. Sólo conseguía clavarse y, como aun no le correspondía la muda de piel, esas rasgaduras le causaban daño.

Derrotado, el ofidio se alejó y Simbad pudo abandonar su escondite.

De pronto, creyó que sus ojos le engañaban. ¡Un barco en lontananza!

Temiendo que se esfumara aquella visión, se quitó el turbante y lo sacudió desesperadamente, gritando con todas

sus fuerzas. No tenía muchas esperanzas de ser visto ni oído, pero el vigía de a bordo poseía mirada de águila y distinguió al náufrago. El navío acudió a recogerlo. ¡Simbad estaba salvado!
Al llegar a puerto, el capitán le dijo:
—Hermano, llevo los fardos de un mercader que murió. ¿Quieres encargarte de pregonarlos en el mercado?
—Con mucho gusto. Así no estaré ocioso. ¿Con qué nombre he de registrar los fardos que se me confían?
—Con el de Simbad el Marino.
Esta declaración causó gran estupor a nuestro héroe. Observando con fijeza el semblante del capitán, reconoció a aquel que le había abandonado en su segundo viaje en la isla donde conoció a los pájaros roc y estuvo a punto de ser engullido por sus voraces polluelos.
—¿Por qué suponéis que Simbad el Marino dejó de existir?
—Un día aproamos en una isla para hacer agua y provisiones. Di la orden de zarpar y sólo cuatro horas después noté la ausencia del mercader de Bagdad.
—¿Y creéis que murió?

No somos ignorantes nativos para temerle a Dick Hateras. Yo conocí a su padre, el viejo comerciante que gobernaba el distrito. Hace catorce años los negros organizaron una *razzia*, saquearon su propiedad y mataron a su mujer. Dick tenía entonces cuatro años, y para preservarle de futuros peligros, Hateras lo declaró TABU e INTOCABLE. Patrañas buenas para negros supersticiosos nada más.

—Tengo entendido que el colono Hateras —insinuó Boldy— efectuó una gran obra en su distrito, abolió el canibalismo, protegió a los blancos y educó a los nativos. Dicen que Dick Tabú es un niño prodigio y que aun nadie ha quebrantado el tabú.

—Yo lo haré —dijo, con energía, el asesino Peton.

Y al decirlo, hundió el remo en el agua. Junto con el remo quedó su mano presa en las fauces de un caimán.

Boldy escuchó el grito de su compañero cuando éste, arrastrado por el caimán, caía al río.

Ya no era posible salvarle.

"Buena suerte para mí —murmuró cínicamente Boldy—. Me quedo con el secreto sin cargos de conciencia. Peton recibió el castigo que merecía. Adiós, compañero."

Boldy olvidaba que los caimanes andan siempre aparejados y sólo cuando vió otro saurio mordiendo la frágil piragua advirtió que él también iba a perecer.

Difícil sería defenderse con un solo remo, ni menos saltar al río plagado de cocodrilos. La piragua peligraba volcarse con su cargamento, mientras Boldy gritaba pidiendo auxilio.

Por entre el malezal apareció entonces la esbelta silueta de Dick Tabú, seguido de sus fieles guerreros Yensi, Semú, Tomasí y Barbajan.

El joven Intocable gritó a Boldy:

—No se mueva.

Dick amartilló su rifle y apuntó con mano firme a la cabeza del caimán. Dos proyectiles más dieron en el cuerpo del reptil, que se hundió en el río.

—Ahora puede remar hasta el muelle —ordenó Dick a Boldy.

Izado al muelle por Yensi y Semú, Boldy preguntó al Intocable:

—¿A quién debo agradecer mi salvación?

—Soy Dick Hateras —respondió el muchacho—; venga a mi casa, donde le daré hospedaje.

Boldy fingió ignorar la personalidad del Intocable, y en su inte-

rior iba cavilando sobre la probabilidad de traicionar a su salvador.
"Es un muchacho imberbe —pensaba Boldy—, casi un niño. Puedo engañarle a mi antojo."
Al llegar al chalet de Hateras, Dick ordenó a sus servidores que encendieran fuego en la chimenea y arreglaran un cuarto para el forastero.
El viejo Gufa traía un atado de leña y al pasar junto a Dick resbaló súbitamente. Más rápido que una libre, Dick evitó el contacto de Gufa, lo cual provocó una exclamación de asombro de parte de Boldy:
—¿Se asustó? —preguntó Dick al forastero.
—No me sorprendió la caída del negro —respondió Boldy—, sino su manera tan prodigiosa de evitar que Gufa le tocara.
—Es el resultado de un largo entrenamiento —explicó Dick—. Tiene sus ventajas y desventajas. A las veces me siento triste... Quisiera estrechar la mano de un amigo, acariciar a un niño...
De súbito Dick se puso de pie, su mirada quedó extática y todo su ser fué como una cuerda vibrante.
Boldy observó con honda sorpresa la actitud del muchacho.
—¿Sucede algo? —interrogó por fin el forastero.
—Estaba recibiendo un mensaje —insinuó Dick.
—¿Le hablan a usted los espíritus? —interrogó con sorna Boldy.
—Me hablan las ondas sonoras de la selva por medio de notas desconocidas para los profanos —respondió Dick—. Vienen dos mensajeros en mi busca. Fué muy vago el mensaje, pero por los tambores indígenas comprendo que se trata del asesinato de dos hombres blancos.
—Seguramente les mataron los nativos —expresó Boldy.
—Los nativos no matan por la espalda —declaró Dick—. Esos hombres fueron asesinados por dos individuos de su misma raza.
Boldy quedó estupefacto.
Peton, Brand y él habían dado muerte a dos mineros que descubrieron una rica veta de oro. Como temieran que su crimen fuera descubierto, huyeron por el río, decididos a volver poco tiempo después con herramientas y abundantes víveres para explotar por su cuenta esa mina.
Mientras comían, Boldy preguntó a Dick:
—¿Ha encontrado usted piedras preciosas? Dicen que en esta zona abundan los diamantes y los rubíes.

ELENA

—No tengo interés por esas piedras —replicó Dick—. Los nativos suelen traérmelas como obsequio.
El Intocable se acercó a un mueble y mostró la cajita llena de piedras valiosísimas.
—¿No teme que se las roben? —indagó Boldy.
—Nadie me roba en mi distrito —afirmó Dick—. Sin embargo, tengo dos nativos al cuidado de ellas; no porque las estime, sino porque ellas no deben pasar a poder de una persona mala.
Boldy miró con codicia el tesoro de Dick y cambió de conversación.
—Deseo partir pronto —dijo en seguida el forastero—. ¿Me proporcionaría usted víveres y un guía?
—Por cierto —accedió Dick—. Mañana al amanecer proyectamos ir a cazar cocodrilos y le dejaremos a usted a orillas del río. Navegará en su misma piragua con dos de mis nativos.
—Me gustaría presenciar la caza de los cocodrilos —insinuó Boldy.
—Le invito —asintió Dick—; pienso limpiar el río de esos voraces caimanes y buscarlos hasta en sus antros ocultos. Ha de saber usted que el cocodrilo no devora a su víctima dentro del agua, sino que la lleva a su guarida. Yo ya estuve una vez en una de esas cavernas.
—¡Qué interesante! —exclamó Boldy.
En la mente del malvado forastero surgía la idea de matar a Dick durante la cacería de cocodrilos. Después se apoderaría de las piedras preciosas.
Muy de madrugada partieron.
Doce embarcaciones surcaban el río y ya habían dado muerte a más de diez cocodrilos. Boldy y Dick Tabú ocupaban una lanchita a gasolina, y los nativos sendas piraguas.
—Pare el motor —ordenó Dick a Boldy—, allí diviso un enorme cocodrilo.
Boldy fingió no oír la orden y, acelerando la marcha del motor, la estrelló contra un escollo, con tal ímpetu, que Dick cayó de cabeza al agua.
Un momento después, el enorme cocodrilo se apoderaba del cuerpo del Intocable y se hundía con él bajo el agua.
Gritos y gemidos estridentes surgieron de las diez piraguas.
—El Intocable ha muerto... Nuestro Tabú sucumbió bajo el agua.

Algunos fieles nativos se arrojaron al río con peligro de sus vidas y bucearon sus profundidades, pero no pudieron encontrar ni a Dick ni al gigantesco cocodrilo.

Llegó el atardecer, y Boldy, fingiendo desesperación, aconsejó a los negros que regresaran al campamento.

"Soy el único blanco ahora —decíase el pérfido Boldy—. Ahora seré yo quien gobierne este distrito".

Los nativos, abrumados de dolor, entraron en silencio a sus rucas, y al comunicar al resto de la tribu la fatal noticia, se escucharon otra vez llantos y tristes gemidos.

Sin embargo, Dick no había muerto.

Cuando el cocodrilo le cogió con sus patas delanteras y se hundió con él en el río, Dick no hizo el menor movimiento y se concretó a contener la respiración a la manera de los buzos y pescadores de perlas.

El cocodrilo nadó con su presa hasta un antro fangoso y pestilente. Allí le depositó para ofrecerlo de manjar a su familia.

Parecía que aquel saurio estaba ahito de carne humana y que no tenía prisa por devorar al Intocable.

Por el contrario, tendióse sobre el fango y lanzó un amplio bostezo; bostezo que le fué fatal, pues Dick, con la rapidez que le era habitual, alcanzó a tirarle su cuchillo de caza en las abiertas fauces.

Libre por el momento del feroz cocodrilo, el joven Intocable se arrastró presuroso fuera de la fangosa caverna.

Ya en la jungla, trepó a un árbol y quedó allí inmóvil, escuchando los rumores de la selva.

Desde su observatorio, vió pasar a Boldy y a sus fieles nativos, sumidos en cruel dolor.

El forastero conversaba con Yensi y Semú y, según se advertía, ya tomaba ínfulas de mando.

"Qué sorpresa se llevará ese bandido cuando me vea aparecer —murmuró el Intocable—. Es preciso preparar bien la escena. No me cabe duda de que Boldy intentará robarme la cajita con piedras preciosas".

Dick esperó que llegara la noche, para entrar sigilosamente a su casa.

(CONTINUARA)

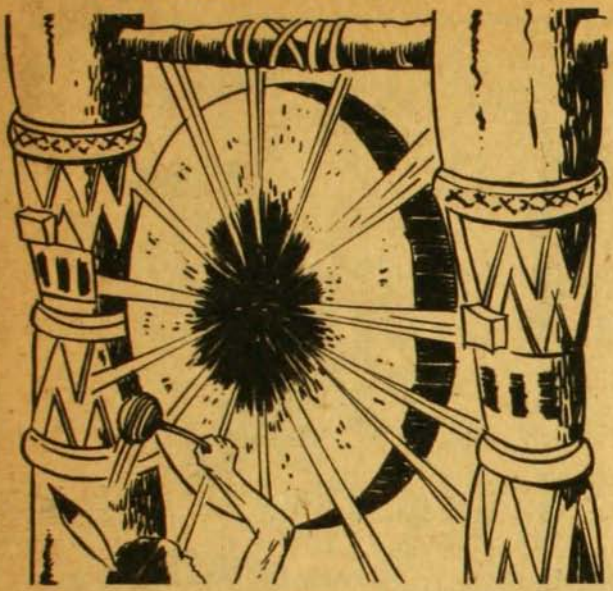
Ponchito

¡ES INUTIL, NO PUDE LACEAR ESE POTRILLO!
¿PILLEMOSLO NOSOTROS PATOCO?...
CORRETEALO PARA ESTE LADO PATOCO
¡A MANCO, A MANCO A MANCOOOOOO!

por nato

¡PATRON!
¡PATROOOON!
¡PONCHITO PILLO' AL POTRILLO!
¿VE? AHI LO TIENE BIEN SEGURO
NATO.

HERNÁN CORTÉS



CAPITULO XI. Cae Moctezuma, el "ídolo viviente".

Hernán Cortés, el Conquistador de México, estaba abocado a un grave conflicto. El pueblo azteca se levantó en armas por las crueldades del capitán Pedro de Alvarado. El ánimo popular estaba, además, irritado contra el emperador, que no pudo rechazar a los invasores. Los rebeldes se disponían a exterminar la raza odiada, capitaneados por un hermano de Moctezuma.

Cortés regresó presuroso a Tenochtitlán para dirigir el contraata-

que. La artillería diezmaba a la intrépida indiada y, tras cruenta batalla, venció el grito de *¡Santiago y cierra España!* sobre los alaridos de los nativos. El tam-tam gigante del templo de Huitzipochtli, que resonó sin cesar, llamando a los aztecas a luchar, calló por fin.

Las hostilidades y provocaciones al cuartel español continuaron, sin embargo. Moctezuma propuso que él hablaría a su pueblo. Hízose adornar de las vestiduras reales, pidió diademas y el manto imperial y subió a la terraza del palacio. Al verle, muchos súbditos se arrodillaron y otros se humillaron hasta rozar la tierra con su frente.

—Os ordeno que depongáis las armas —exigió el emperador—. Los españoles se alejarán del país.

Nadie se atrevía a replicar. Guatimozín, uno de los valerosos caudillos de la revolución, hijo del rey Ahuitzotl, gritó:

—¡Eres un traidor!

Esta fué la señal de un asalto general. Una piedra hirió la frente del "ídolo vivo". También le alcanzaron algunas flechas y dardos.

—¡Mueran los *teules*! (hombres blancos) —rugía la turba.

Hernán Cortés ordenó que sus hombres retiraran al emperador y se aprestó a la defensa. Pero se halló sin enemigos, porque en el instante en que vieron caer a su emperador, los aztecas sintieron un supersticioso temor y huyeron confundidos y temerosos de la ira de los dioses.

Cuando Moctezuma recobró la conciencia y se vió afrentado y herido, le dominó una sombría desesperación. Era imposible curar sus heridas. Arrancaba las vendas y se negaba a tomar alimento. Murió a los tres días.

(CONTINUARA)

LA LEYENDA DE LA GRAN CAMPANA

POR YAKUMO KOIZUMI

El palacio de Pekín alberga la campana más grande del mundo. Fué fundida el año 1406 de nuestra era, bajo el reinado de Joung-Lo, el Emperador de la Brillante Alegría.

Ninguno de los niños que juegan en las calles multicolores de la vieja China ignora la leyenda de la Gran Campana. Y todos saben por qué ella repite siempre: *¡Ko-Ngai!... ¡Hiai!...*

He aquí la leyenda de la gran Campana.

Hace quinientos años, el Celestemente Augusto, el Hijo del Cielo, el Emperador Seda-Brillante, ordenó al digno mandarín Fu-Yu (Pluma-Enhiesta) que hiciera fundir una campana tan grande que sus resonancias se oyeran a cien *li* de distancia. Asimismo ordenó que agregaran cobre al hierro, para que la voz de la Gran Campana fuera más potente; oro, para que fuese más profunda, y plata, para que tuviera suavidad.

El emperador eligió los versos más adecuados de los Libros Sagrados y dispuso que se grabaran en la Gran Campana.

—Cuando esté concluída —añadió el Hijo del Cielo—, debe ser colocada en el centro de la ciudad, para que, como un corazón viviente, difunda sus latidos por toda la comarca.

El digno mandarín Pluma-Enhiesta reunió a los fundidores del Imperio, y ellos, maestros en su oficio, comenzaron a trabajar. Prepararon los metales, los instrumentos, los moldes y los crisoles. Por fin encendieron los fuegos, velando día y noche, sin comer ni dormir, atentos a los más pequeños detalles de la obra.

Pero cuando separaron el molde de arena del metal fundido, observaron que sus preocupaciones habían sido en vano y exclamaron:

—¡Los metales siguen separados! El oro desdeña aliarse con el cobre. La plata no ha querido unirse al hierro.

Se vieron obligados a recomenzar. Encendieron las hogueras y las mantuvieron durante dos días y dos noches. Mientras tanto estudiaban la nueva combinación de los metales.

El Hijo del Cielo, cuando tuvo noticias del fracaso, no pronunció una sola palabra, pero su augusto semblante se tornó sombrío y un silencioso furor distendió sus labios.

Los maestros renovaron la colada por segunda vez. ¡Ay! El resultado fué nulo. Aterrados, intentaron una tercera prueba.

Cuando el Emperador lo supo, no reprimió por más tiempo su cólera. Envió al mandarín un mensaje, escrito sobre una hoja de seda amarillo limón y sellado con el Sello del Dragón. Así decía:

De parte del Poderoso Alegría Deslumbrante, el Sublime Gran Antepasado, el Celeste y Augusto, al mandarín Fu-Yu: Has traicionado dos veces la confianza que habíamos depositado en ti. Si la traicionas por tercera vez, tu cabeza caerá separada de tu cuerpo. ¡Tiembla y obedece!

Fu-Yu tenía una hija bellísima, cuyo nombre, Adorable, sonaba sin cesar en las bocas de los poetas; una hija cuyo corazón era aún más maravilloso que su rostro. El amor de Adorable por su padre era tan intenso, que antes de desolar la casa paterna con su ausencia había rehusado cien pretendientes dignos de ella.

Cuando la doncella vió la terrible misiva amarilla timbrada con el Sello del Dragón, se desvaneció.

El mismo día vendió algunas de sus alhajas y con el dinero obtenido se encaminó a casa de un astrólogo.

—¡Salvad a mi padre! —suplicó, y sus ojos almendrados vertían lágrimas que inundaban sus suaves mejillas.

Cuando ella hubo explicado el peligro que amenazaba al digno mandarín, el astrólogo consultó sus libros.

—Doncella, tendrías que morir para salvar a tu padre —murmuró después.

—Moriré por él —declaró Adorable—. Decidme qué debo hacer.

—Consigue que alguno de los jóvenes fundidores te regale una lágrima de oro y una de plata, extraídas del metal que se usará para la tercera prueba. Llévalas en una cadenita al cuello. Empezarás a languidecer y morirás. Escucha con atención.

El sabio habló durante largo tiempo. Al terminar, no quiso recibir las joyas de la niña y la saludó, de rodillas, inclinándose hasta el suelo, como ante una divinidad.

Adorable concurrió al taller. Los obreros se afanaban alrededor de los grandes crisoles. El fuego alzaba sus llamaradas, inundando la estancia con una roja penumbra. Los fundidores, los maestros del oficio, vigilaban, con los ojos ensombrecidos de temor. El artífice más joven, el que grabaría los versos sagrados en la campana, fué el primero que advirtió la presencia de Adorable y tembló de admiración.

—¿Qué deseáis? —preguntó, acercándose a ella.

Era un doncel de veinte o veintidós años, más alto que la generalidad de sus compatriotas. Tenía los ojos soñadores, la boca sensitiva, los pómulos salientes, porque las mejillas se hundían, como desgastadas por una vida de meditaciones profundas, estu-

dios ávidos, anhelo de aprender y de ser sabio. La ciencia preocupaba su mente, pero, al ver a la hija de Fu-Yu, se sintió deslumbrado. En su corazón despertaba un ansia desconocida.
Adorable contempló absorta a aquel joven y después, lentamente, le explicó su deseo.
El comprendió que esa petición no era motivada por la simple vanidad y que, detrás de ella, se escondía una razón poderosa.
—¿Puedo preguntaros para qué deseáis una lágrima de oro y una de plata?
—No. Es un secreto.
—Las recogeré de los crisoles y las engarzaré yo mismo. Soy orfebre, además de grabador.
—Os agradezco vuestra bondad —susurró Adorable—. A nadie habléis de esto.
—A nadie —prometió él.
Se miraban hondamente a los ojos. Ella pensó que la muerte no sería tan cruel porque, además de ser un sacrificio por su padre, no la haría olvidar la mirada de esos ojos obscuros y tiernos.
Al día siguiente, la niña recibió las perlas prometidas. Las suspendió de una fina cadena, con la cual rodeó su garganta. Al anochecer, la bellísima doncella estaba tan pálida como el marfil y su respiración era leve. Convocó a Fu-Yu y le dijo:
—Padre mío, voy a morir. No te desesperes. Siempre estaré en tu corazón y siempre te amaré. Cuando la vida abandone mi cuerpo, quiero ser sepultada en el crisol donde se funden los metales de la Gran Campana.
El mandarín, llorando, prometió cumplir su deseo.
Adorable se durmió en los brazos de la muerte, como una flor que se llena de sombra porque el sol se apagó.
Cumplidos los ritos fúnebres, el cuerpo de Adorable fué conducido al taller y lanzado al lago de metal. La lava de la hornaza rugió al recibir la frágil figura y saltó hasta el tejado, como una cabellera de fuego retorcida por el viento.
La dama de compañía de Adorable, enloquecida por el dolor, había tratado de retener a su ama, y uno de los zapatos, bordado de perlas y de flores, quedó en su mano. El mandarín, abatido por el dolor, perdió la conciencia y fué trasladado a su palacio.
Aunque el entierro de Adorable en el lago de oro impresionó a todos los presentes, el trabajo de la campana debía continuarse. Mezclados los metales, se procedió a colar la masa incandescente

en el gran molde y, ¡oh prodigio!, cuando el metal se hubo enfriado, aparecieron las formas perfectas de una campana. Ni un rastro quedaba del cuerpo de Adorable. Se había confundido con el cobre y el oro, la plata y el hierro. Cuando probaron la sonoridad de la campana, se oyó su tañido armonioso y potente. Resonaba a la distancia de cien *li*, como el estruendo de una tempestad, como una voz eterna en un minuto, pronunciando un nombre, un nombre de mujer, el nombre de *Ko-Ngai* (Adorable). Desde entonces, en cada uno de los sones de la campana se oye una queja larga y grave, que termina en esta lamentación: *¡Hiai!* Al oír la larga queja de oro, la ciudad enmudece. Pero cuando el agudo y dulce estremecimiento hiende los aires y pasa de firmamento en firmamento el sollozo de *Hiai*, todas las madres chinas, en todas las calles pintorescas de Pekín, dicen a sus niños:

—¡Silencio! Es Ko-Ngai que llora su zapato. Es Adorable que pide su zapato.

Y cuenta la leyenda que el campanario sirvió de vivienda al doncel que había fundido para Adorable dos lágrimas, una de oro y una de plata. Era un joven que pudo llegar a la fama, porque él, más que los sabios maestros, sabía fundir campanas y en sus manos el oro se transformaba en joyas maravillosas. Pero prefirió vivir junto a la Gran Campana y perderse en ensoñaciones, recordando a la hija del mandarín Fu-Yu.

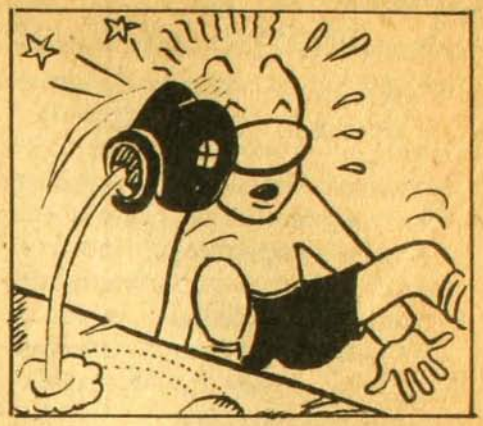
A nuestros lectores

Fernando Jara, Santiago; Rosa Uribe, María Elena, Coya Sur; Rebeca Arcos, Concepción; Luis Avello, Concepción; Ricardo Guerrero, Santiago; Eusebio Pacheco, San Carlos. Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por nuestra revista "SIMBAD", que ustedes aguardan con impaciencia cada jueves.

Gustavo Ortiz, Santiago; Lucía Andrade, Talca; Yolanda Olivares, Sewell; Elsa González, Talagante; Sergio Orellana, Santiago. Las seriales que nombran: "Ives el Indomable", "Simbad el Marino" y "Centelleante", cuentan con muchos admiradores. Nos complace que las historietas "Muchi y Poco" y "Ponchito" sean también de su agrado y que les alegren la vida.

G. Salinas, Santiago; Juan Hernández, Puente Alto; Sergio González, Santiago; Adriana Muñoz, Constitución; Carlos Soza, Santiago; Elisa Paz Abarca, Santiago; Luis Núñez, Osorno; José Sánchez, Puente Alto. Mucho nos complace saber que están encantados con "SIMBAD", la revista infantil que triunfó desde su primer número.

PEDRIN EL MAGO



Centelleante

CAPITULO XI.—Vilches acusado de ladrón.

RESUMEN: Lidia Vilches, con el apodo de Centelleante, actúa con gran éxito como bailarina en el circo de Julio Salvador. La mujer del empresario, Conchita, la hostiliza. En cambio el huerfanito Anguila protege a la niña. Un día huyen ambos y se dirigen al hogar de Centelleante, que ahora no está en la miseria, gracias a la ayuda de Martín Esparón, secretario del millonario Marty. En realidad, ese mal individuo no les ayuda por bondad, sino para que recaiga sobre Fernando Vilches un delito que él proyecta.

Fernando Vilches, pesaroso y dolorido por la enfermedad de su mujer, continuaba sentado junto a la mesa, mientras Centelleante y el Anguila reposaban en sus respectivos cuartos. Al oír el golpe en la puerta Vilches se sobresaltó.

"¿Vendrán del hospital a darme la noticia fatal?", pensó el labriego.

Martín Esparón, provisto de su barba postiza, entraba al lúgubre departamento.

—Vengo a hora tardía —declaró el mal hombre—, para anunciarte una buena nueva. La Sociedad de Beneficencia, de la cual soy tesorero, votó una suma importante para ti y yo me apresuré a traértela.

Ante las miradas absortas del campesino, Martín Esparón entregó a Vilches un rollo de billetes y monedas de oro, de las que había sustraído horas antes de la caja de fondos del millonario Marty.

—¿Todo eso para mí? —preguntó Fernando, con las pupilas dilatadas por el asombro.

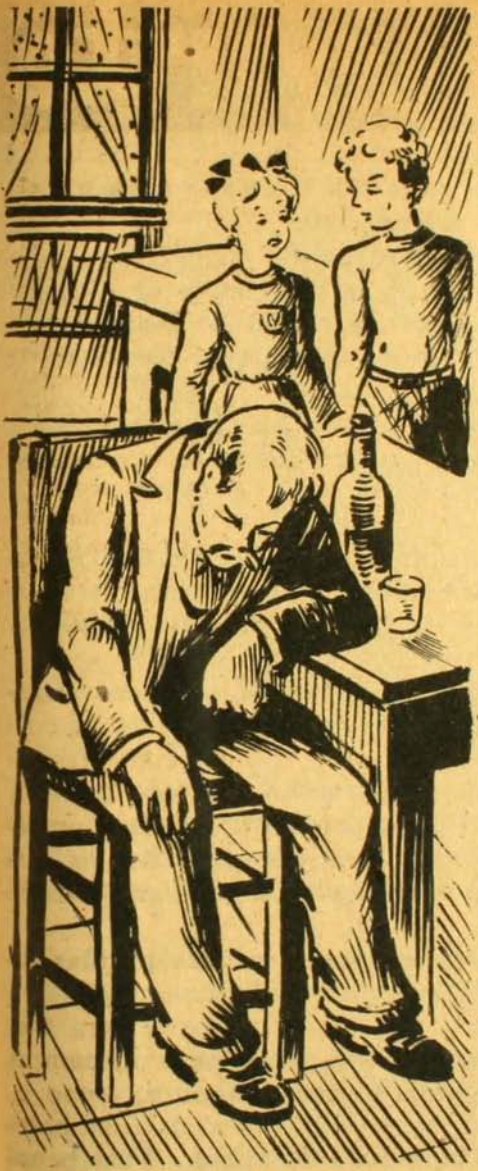
—Sí —declaró Martín—, es preciso que tengas dinero para trabajar tus tierras cuando tu mujer se mejore y regresen al campo.

El ingenuo campesino se deshizo en agradecimientos y, como es de uso entre la gente de los campos, fué en busca de una botella de vino y de dos vasos para brindar a la salud de su benefactor.

Era lo que esperaba Martín Esparón.

Del mismo modo que al millonario Marty, el malvado hombre vertió un poderoso narcótico en el vaso de Vilches, quien no tardó en cerrar sus párpados bajo el efecto del soporífico.

Esparón obró entonces rápidamente. Abriendo la ventana, colgó



del balcón la escala de cuerdas que había dejado fuera de la puerta. Colocada así, la escalera pendía verticalmente sobre la ventana del departamento de Marty.

En seguida arrojó a un rincón el frasco con el narcótico y en los bolsillos de Vilches metió un papel que pertenecía al viejo millonario.

—Ha resultado todo tal como lo ideé —dijo con una sonrisa de satisfacción el cínico secretario de Marty—. Los chiquillos duermen... No... Centelleante parece despierta.

Momento de angustia. Martín Esparón avanzó hacia el lecho de la niña y no habría vacilado en estrangularla, pero Centelleante dormía el sueño de la inocencia.

Cuidando de no dejar huellas de su paso, Martín Esparón se dirigió a su domicilio habitual sin ningún remordimiento por el crimen que había cometido.

Al día siguiente, tal como lo presumía, golpearon a su puerta. Era un inspector de policía que venía a comunicarle que el millonario Marty había sido víctima de un robo.

—Me veo en la obligación de registrar su departamento, señor —dijo el inspector.

—Cumpla su deber —respondió serenamente Esparón.

Buen cuidado había tenido el malhechor de guardar el dinero robado en un cuarto alquilado meses atrás y de arrojar a una al-

cantarilla la barba y los bigotes postizos que le habían servido para disfrazarse ante Fernando Vilches.

—No comprendo quién haya podido asaltar a mi patrón —decía Martín al policía—. Yo estuve con él hasta las diez de la noche. Supongo que no me acusarán a mí...

—No —respondió el inspector—, pero todos los que tenían contacto con el señor Marty serán interrogados.

El miserable ladrón pidió mayores detalles del suceso.

Marty había despertado a las siete de la mañana y se sorprendió al verse aún en el sillón de reposo y no en su lecho. Inmediatamente pensó en un robo y corrió a registrar su caja de fondos.

Al comprobar que habían robado su dinero, llamó al portero y muy pronto todos los moradores del gran edificio se impusieron del delito cometido esa noche.

¿Quién era el culpable?

De pronto se oyeron gritos en el quinto piso. Los habitantes del departamento contiguo al del millonario habían descubierto la escala de cuerdas atada al balcón de la buhardilla de Fernando Vilches.

Entretanto Centelleante y el Anguila, que eran muy madrugadores, se habían admirado al ver a Fernando sentado en una silla y completamente dormido.

—Pobre papá —dijo Centelleante—, se habrá dormido pensando en la enfermedad de mamá. Voy a prepararle el desayuno.

El Anguila cogió los dos vasos y los lavó, sin sospechar que al limpiarlos hacía desaparecer la única prueba que salvaría a Vilches.

Un golpe brutal dado en la puerta sobresaltó a los dos niños.

—En nombre de la ley, abran la puerta —gritó una voz estentórea.

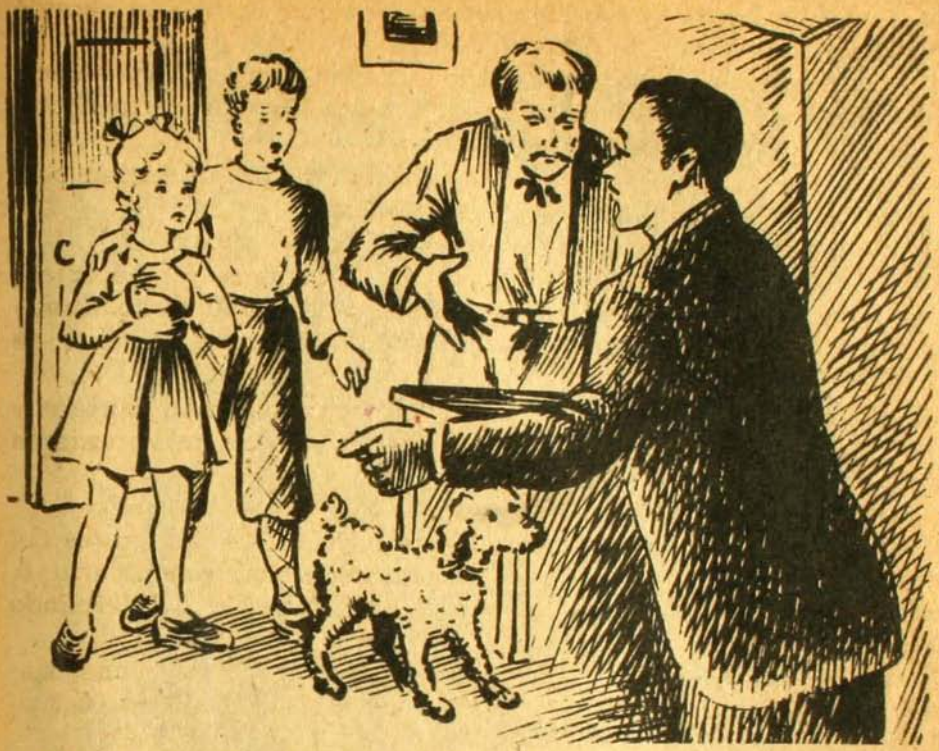
En ese momento Fernando entreabrió sus párpados y alcanzó a ver a un agente de policía que gritaba a otro individuo:

—Registra a ese hombre.

Aturdido aún por el efecto del narcótico, Fernando Vilches no opuso resistencia.

Los inspectores descubrieron inmediatamente los billetes y las monedas de oro en los bolsillos del labriego.

—Un joven de barba y bigotes negros me los trajo anoche —balbuceó Vilches.



—¿También el hombre barbudo ataría esa escala de cuerdas al balcón del señor Marty? —expresó el inspector.
—Aquí está el frasco con narcótico —gritó otro detective.
—¿Qué ocurre? —preguntó Centelleante—. Papá, explícate por favor.
—Ocurre que este hombre —declaró brutalmente el inspector— bajó por una escala de cuerdas hasta el balcón del millonario Marty y le narcotizó y robó todo el dinero que tenía ese señor en su caja de fondos.
—¡Mentira! —gritó enardecido Fernando Vilches—. Yo no tengo fuerzas para descender por una escala de cuerdas, y si lo hubiera hecho, no habría sido tan necio para dejarla colgada. Aquí hay una intriga infame contra mí.
—Si no has sido tú —dijo el inspector—, será el chiquillo o esa niñita.
Centelleante y el Anguila estaban desesperados.
—A la cárcel con el ladrón —gritaba la gente que se había reunido en la puerta de la buhardilla.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Deben desembarcar clandestinamente, porque los isleños les lanzan piedras para que vuelvan al mar. Ives y el Gavilán deciden descubrir el misterio de Tule. Para ello, siguen al Jinete Negro hasta un tétrica fortaleza. Son descubiertos y Taz, el Gran Sacerdote, les sentencia a morir. Sólo Ives huye y va en busca de sus "lobos" para que le ayuden a rescatar al viking.

CAPITULO XI.—Desafío a combate singular.

Perseguido por los esbirros de Taz, Ives el Indomable llegó al borde de un acantilado. Sin vacilar, espoleó a su caballo y se lanzó al abismo. Casi perdió la respiración en la caída vertiginosa y luego se sumergió profundamente en el mar. Sus enemigos no le vieron reaparecer. Sólo el caballo flotaba, relinchando de pavor.

—Ha muerto ahogado —murmuraron, con indiferencia, los guardias del valle.

Se equivocaban. Ives nadó entre dos aguas. Finalmente sus pies tocaron arena y pudo salir a una gruta.

La noticia de su muerte fué llevada al palacio de Taz. El rubio prisionero, al oírla, palideció. Luego, sin embargo, una expresión de incredulidad apareció en sus ojos y sus labios sonrieron irónicamente. Ya verían aquellos felones el "espectro" de Ives rodeado por su camada de lobos. Entonces huirían como ratas asustadas.

—Ese gigante rubio es un buen esclavo para las minas de oro —dijo el Gran Sacerdote, único soberano de la isla de Tule, pues eliminó las dinastías reales para ser gobernante absoluto, enriquecer su templo y dominar por medio del terror y de la tiranía.

Mientras tanto, Ives exploraba la gruta. Las salientes de la roca ofrecían peldaños naturales para ascender. El príncipe llegó al cráter que se abría en la parte superior de la caverna, descubriendo que estaba situado precisamente sobre la fortaleza enemiga. Satisfecho de esta circunstancia que le serviría para sus futuros ataques, bajó a la gruta y a nado alcanzó la playa. Nadie le acechaba y se encaminó hacia la granja donde se ocultaban sus hombres.

—Aun a costa de nuestra sangre, debemos libertar al Gavilán. Aparejen el barco y me esperan, listos para zarpar, en la tercera caleta, al pie del volcán. Colóquense al abrigo de la gruta. ¿Comprendido? Nos encontraremos mañana en la noche.

Había un caballo en la granja. Ives le quitó los arreos y se preocupó de darle forraje y de que reposara bien. Al día siguiente se dirigió a la ciudad. Cruzó la plaza cuando el Jinete Negro leía su acostumbrada proclama:

—Los ciudadanos de Harang vendrán conmigo al Valle de la Dicha. Cuando amanezca...

Ives le interrumpió:

—¡En guardia, felón! Ya no engañarás más incautos. Te desafío a combate singular.
—Más te valiera haber muerto ahogado —repuso el siniestro personaje, reconociendo al forastero.
Relampaguearon las espadas y el duelo se inició en medio de un silencio absoluto. Los espectadores ni siquiera se atrevían a respirar o moverse.

Sólo se oía el choque de los aceros, el golpeteo de los cascos y, a intervalos, una blasfemia del Jinete Negro o la risa burlona de Ives. De pronto, el caballo del joven cayó sin que Ives pudiera explicarse aquella derrota. Saltó con agilidad y vió venir sobre él, a galope tendido, al traidor jinete. Esquivó el golpe

mortal y su espada, con un rápido giro, cortó las correas del estribo. El Jinete Negro, perdiendo el equilibrio, se precipitó a tierra y permaneció inmóvil. El vencedor, envainando su espada, se acercó a él y, de pronto, le vió hacer ademán para coger su arma.

—¡Traidor! —exclamó y, como no tenía tiempo de esgrimir su arma, se lanzó al cuerpo del jinete.

Un murmullo de asombro corrió por el cerco de asistentes. Bajo el antifaz negro, relampaguearon de furia los ojos del capitán de Taz y por sus labios cruzó una blasfemia. Ives le mantenía inmóvil contra la tierra.

—¡Ríndete, felón! De nada te valdrán ahora tus ardides. Ríndete o mi espada atravesará tu podrido corazón.

Silenciosamente, un hombre se abría paso entre la muchedumbre, para quedar ante los contendores. En su mano sostenía una cerbatana. Sin que nadie le observara, la llevó a sus labios. La muerte estaba oculta en la delgada caña.

(CONTINUARA)

ATENCION LECTORES DE SANTIAGO.— Si resultó favorecido en nuestro concurso semanal, acuda *personalmente* a cobrar su premio a la oficina de revista "SIMBAD", Avenida Santa María 076, tercer piso.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

¡GRANDES PREMIOS!

La lechuza _____

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite la lechuza? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "Simbad", Casilla 84-D. Santiago.

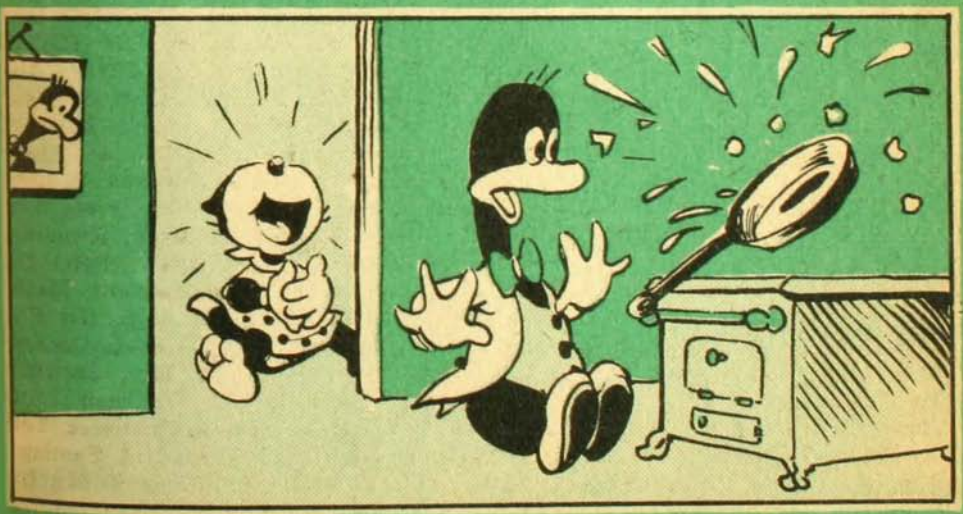
Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 1 pelota de futbol, 6 pares de soquetes, 10 premios de $ 10.—, 2 juegos de pimpón, 3 carteras para niñitas, 6 estuches colegial, 10 cajas de lápices de colores,, 25 paquetes de vitalmín y 10 libros de cuentos infantiles.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 8.
"La Serpiente Silba".

Premiados con UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES:—Jorge Cárdenas, Santiago; Carlos Poblete, Lautaro; Luz Estrada, Rengo; Arturo Astete, Yerbas Buenas; Pedro Zapata, Angol; UN CARTON HERRAMIENTAS:—Waldo Lobos, Santiago; Leonardo Sierra, San Bernardo. UN JUEGO DAMAS:—Roddy del Campo, Coronel; Roberto Vera, Melipilla. UN JUEGO DOMINO:—Yolanda Vargas, La Unión; Emilio Lira, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS:—Loreto Rozas, Santiago; Gladys Reyes, Osorno; Claudio Rodríguez, Viña del Mar; Horacio Valdés, Santiago; Agueda Latapiat, Santiago. UN JUEGO PIMPON:—Beltramina Dubó, San Felipe; Eliana Bustamante, San Bernardo. UN JUEGO LOTERIA:—Juan Bustamante, Concepción; Rubén Guajardo, Santiago. UN PREMIO DE $ 10.—:—Teresa Sandoval, San Bernardo; Oscar Geoffroy, Traiguén; Manuel Calderón, Requínoa; José Ismael Orellana, Linares; Mireya Ramírez, Santiago. UN LIBRO DE CUENTOS:—Alfredo Vergara, Quillota; Eduardo del Valle, Lautaro; Daniel Gutiérrez, Santiago; Nelson Cortés, Santiago; Lucía Jofré, Santiago. UN PAQUETE VITALMIN:—Fernando Ibáñez, Santiago; Luis A. Barrera, Concepción; Luis E. Martínez, Santiago; Ximena Torres, Viña del Mar; Gertrudis Araya, Santiago; Oscar Muñoz, Santiago; Domingo Larrea, Santiago; Ivette del Carmen Muñoz, Traiguén; Rosa Ruiz, Concepción; Pedro Contreras, Talca; Elena Castillo, Santiago; Ruth Moya, Santiago; Marta Madrid, Santiago; Raquel Llorens, Talagante; Ricardo Bustamante, Santiago; Víctor Tobar, Los Cerrillos; Guillermo Meza, Talcahuano; Francisco Martínez, Santiago; Hernán Mery, Santiago; José Dibsi, Quillota; Ana Stany, San Bernardo; Mirna Rojas, Santiago; Ema Zavala, Santiago, Marta Oyarzún, Río Bueno; Isauro Valcárcel, Rengo.

MUCHI y POCO

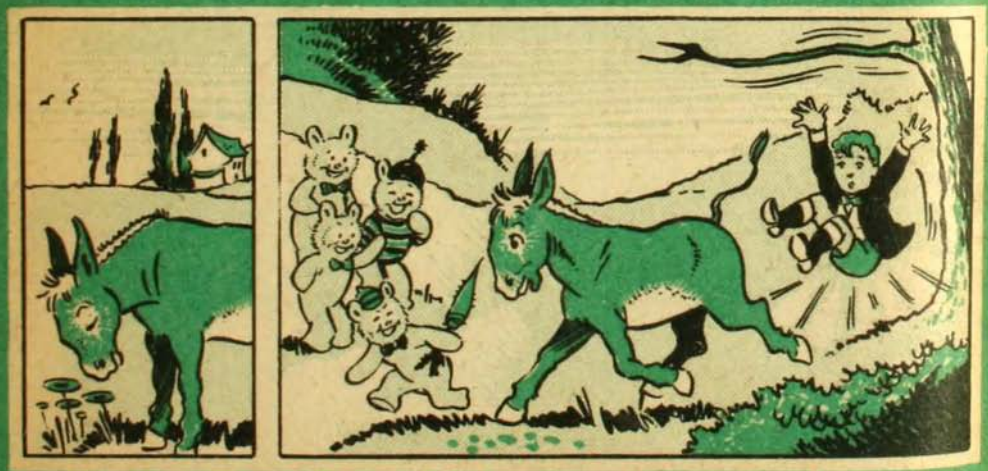
3. Minutos depués llegó el pato, sin imaginar que el destino, cruel y despiadado, le reservaba una pena muy penosa. Echó el globo a la sartén para freírlo, y se saboreaba pensando en el banquete.



4. De pronto la salchicha estalló. "—¡Socorro, mamita! —gritó Poco—. ¡Esta es una bomba atómica!" Muchi, riendo, gritó: "—Es una salchicha con ¡pam! ¿Qué más quieres, Poco?"

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. "—Yo les enseñaré a montar en burro", dijo Tomasín. "—Esa es una lección para caerse", rieron los ositos Ma, Ra, Vi y Lla, viendo que Tomasín se daba un matasuelo tipo extraduro.



2. Tomasín se subió a un árbol para montar en otra forma, pero le resultó igual, pues Ra hizo andar al burrito, ofreciéndole una zanahoria.

Simbad

N.º 12

$ 2.-

MUCHI y POCO

1. Poco dijo: "—Nuestra vecina salió, dejando solo a Cuchín. Cuídalo tú". La gatita Muchi aceptó de mil amores, pues el chico era un encanto. "—Ven, minino. Vamos a jugar."

2. A Cuchín no le hacían gracia los juguetes. "—Mira este perrito", decía Muchi. "—Míralo tú", contestaba él, y de pronto se largó a llorar. "—Yo quiero ver la luna", chillaba.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.° 12
Precio: $ 2.—
24-XI-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO XII.—Sepultado vivo.

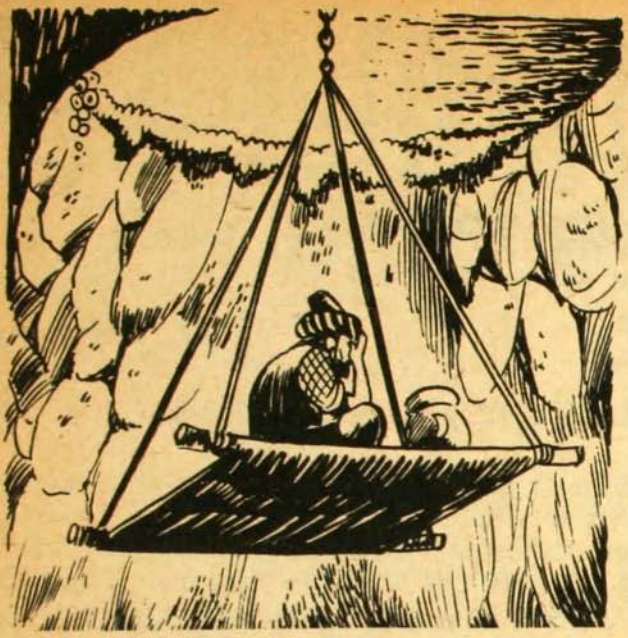
Simbad el Marino había efectuado ya tres viajes y ardía en ansias por lanzarse a otras aventuras.

En su cuarto viaje, con rumbo a Persia, un huracán destrozó la embarcación y sólo se salvaron seis hombres. Llegaron a una isla habitada por antropófagos y únicamente Simbad logró huir de

este nuevo peligro. Un navío le recogió, conduciéndole a una isla cuyo rey le demostró gran predilección. Un día sugirió:

—Mucho me placería que eligieras esposa en mi reino.

El monarca deseaba retener a Simbad el Marino, y una boda



le pareció el anzuelo más apropiado. Le presentó las más hermosas doncellas, y el árabe quedó cautivado por una que era bellísima. Con ella se desposó, viviendo feliz, hasta que un día asistió a una ceremonia que le llenó de terror. La mujer de su vecino falleció y, cumpliendo una bárbara ley de la isla, el marido sería enterrado con la muerta. Esta fué amortajada con sus más ricos vestidos y joyas y el cortejo se puso en marcha, con el viudo a la cabeza. Se detuvo en la cima de una alta montaña y el cadáver fué bajado a un foso. El marido abrazó a sus parientes y amigos y, sin oponer resistencia, se tendió en un ataúd, en el cual había un cántaro de agua y siete panecillos, y lo bajaron también a la tumba. El foso quedó cerrado con una enorme piedra, y cada cual volvió a su casa.

Simbad acudió al palacio real y dijo al soberano:

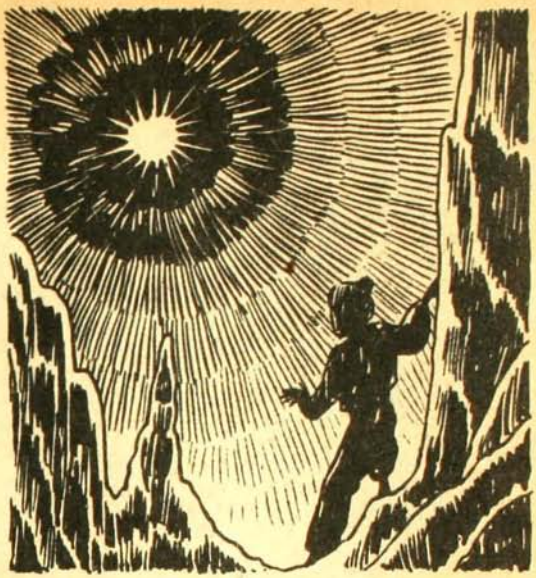
—¿Cómo es posible que sean enterrados los vivos con los muertos?

—¡Qué quieres, Simbad! Es

una ley que ni siquiera yo puedo quebrantar. Si la reina muriese antes que yo...

—Supongo que los extranjeros no están obligados a observar esa costumbre...

—Te engañas, Simbad.



Estas palabras mataron la última esperanza de Simbad. La vida de su esposa ocupó desde entonces todos sus pensamientos. Espiaba el bello rostro y le parecía advertir en él palideces mortales, huellas de cansancio, marcas de enfermedad. El amor que por ella sintiera se desvaneció ante los terrores continuos. Rodeaba de cuidados a su cónyuge, pero un día enfermó gravemente, y a los pocos días, aunque Simbad probó todos los recursos para salvarla, murió.

"Seré sepultado en vida", pensaba, estremeciéndose.

Quería huir, pero su abatimiento era muy profundo y, además, el rey, adivinando quizás su desesperada resolución, le puso guardias. Más tarde, para honrarle, acompañó a la fúnebre comitiva.

Toda resistencia era inútil. Simbad vió que su mujer desaparecía en la tumba. Se instaló entonces en una angarilla que, mediante cuatro sogas, fué bajada al foso.

En el terrible antro, sin más compañía que los muertos, Simbad permaneció inmóvil, meditando en su triste suerte. Sobre su cabeza se apagó el último rayo de luz. El sepulcro estaba cerrado. Sin vacilar, se incorporó entonces, y, llevando sus panecillos y la jarra de agua, se internó por las cavernas subterráneas. Caminó sin detenerse, replegado contra la pared, sin saber hacia dónde iba. Cuando el hambre le produjo una aguda sensación de sufrimiento, devoró uno de los panes. El agua la tomaba a sorbos pequeños, para que durase lo más posible.

Finalmente se encontró sin alimentos. Se disponía a morir, cuando percibió un ligero ruido y vislumbró una sombra que huía. Se

lanzó a perseguirla y entonces pudo ver a lo lejos una luz que semejaba una estrella. Aquel resplandor se filtraba por una hendedura de la roca. Era lo bastante amplia para dar paso a un hombre.

Por un instante, Simbad permaneció atónito, indeciso. No creía en tal ventura, Finalmente, cruzó la brecha y se encontró a orillas del mar. Su alborozo fué inmenso. La sombra que había seguido era la de un ave de rapiña que penetraba al foso para devorar los cadáveres.

Tres días permaneció nuestro héroe en la playa, que le ofrecía sustento natural. Un barco pasó al tercer día. Simbad hizo señas con su turbante desplegado y el capitán envió una chalupa en su rescate.

El viajero se dedicó a reposar durante la travesía. Quería olvidar las emociones sufridas. La nave ancló en muchas islas de idílica belleza, entre ellas la de la Campana, distante diez jornadas de la isla de Serendib.

Y Simbad volvió otra vez a su ciudad natal, Bagdad.

Por largo tiempo, se mantuvo en calma. Su última aventura era demasiado horripilante. Las serpientes del valle, los pájaros Roc, el gigante con un ojo, le parecían seres inofensivos que apenas causaban un pequeño susto, en comparación con el terror intenso que tuvo que sufrir en la tumba.

Olvidó a la gentil esposa, por cuya culpa fué sepultado vivo. No quería siquiera pensar en ella.

Cualquier hombre hubiese renunciado para siempre a viajar. Pero Simbad el Marino tenía en el alma la inquietud del aventurero y un día, apenas abrió los ojos, miró su palacio como si fuese una jaula y decidió volar por cuarta vez, aunque en su camino le aguardaran monstruos y penurias. (CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XII.—El Leopardo Fantasma.

RESUMEN: El colono Hateras declara tabú a su pequeño hijo, a fin de resguardarlo contra los nativos y defenderlo de los forasteros malvados. Todo el que lo toque, muere. Ni siquiera su propio padre se libra del tabú, y perece víctima de un cocodrilo. Crece la fama del Intocable. En cada kraal africano se le venera. Los malhechores que rondan por la yungla le temen. Visitan el distrito algunos hombres blancos, y Boldy intenta arrojar a Dick a las fauces de un cocodrilo. El Intocable logra salvarse.

Mientras Dick Tabú se ocultaba en la rama de un árbol, a fin de que Boldy creyera en su muerte, los nativos propagaban con lamentaciones y gemidos la desaparición del Intocable.

—Ahora mando yo —dijo Boldy, entrando a la casa de Dick Hateras.

¿Quién, a su juicio, podía tener más derechos que él a la herencia del muerto? Era el único hombre blanco del distrito y sabía hacerse obedecer. Rifle en mano Boldy penetró a la sala donde horas antes estuvo desayunando con Dick. La estancia estaba solitaria.

Su primera mirada fué para la cajita con piedras preciosas que se hallaba sobre el estante. Sus manos codiciosas la abrieron y, lleno de despecho, comprobó que estaba vacía.

"Los nativos no han perdido el tiempo —pensó el criminal—, y han robado el tesoro... Conviene que no me apresure. Me sobra tiempo para obligarles a devolver las piedras preciosas."

Gufa sirvió la comida a Boldy y le dió las buenas noches.

Continuó el hombre blanco buscando las piedras preciosas y descerrajando chapas. En vista del fracaso de la búsqueda, se dirigió a su dormitorio y momentos después dormía profundamente.

Pero aún cuando su sueño no hubiera sido profundo, Boldy no habría despertado con la llegada de Dick Tabú, quien, cual ligera sombra, cogió el revólver del alevoso criminal, le quitó las balas y volvió a dejarle sobre la mesa.

Antes del alba, Boldy despertó a causa del alboroto que provocaban los nativos. Parecían muy alegres y algunos se instalaban en las habitaciones de Dick como dueños de casa.

—Voy a poner orden —exclamó Boldy, colocando el revólver en su cintura.

Dos nativos ocupaban las sillas

del vestíbulo y tenían frente a ellos una botella de *whisky* a medio consumir.
—¿Ustedes creen que porque al amo se lo comieron los cocodrilos van a ser los patrones aquí? —rugió Boldy—. Vengan acá y díganme dónde ocultaron las piedras preciosas que Dick Hateras guardaba en esta caja.
—No sabemos —dijeron Gufa y Yensi.
—Si quieren vivir tendrán que decírmelo —respondió Boldy, apuntándoles con su revólver.
—Lo ignoramos —repitieron los fieles servidores de Dick.
—Escuchen —indicó Boldy—; vuestro amo ha muerto y ustedes, en vez de llorar, se manifiestan encantados. Lejos de mi ánimo reprocharles su conducta, porque Dick Hateras era un farsante. Ahora todas sus tierras son mías y ustedes también me pertenecen. ¿Hay alguien que dude?
—No, señor —murmuraron los sumisos negros.
—Díganme entonces dónde están las piedras preciosas.
—Señor —declaró Yensi—, cuando vimos que al Intocable le devoraba un cocodrilo, ocultamos las piedras preciosas en el tronco de un árbol junto a la piragua que usted dejó en el río. con la intención de huir en ella.
—Condúzcanme allá —ordenó Boldy.
Gufa y Yensi guiaron al bandido hasta las riberas del río.
—Aquí está el árbol —dijo Yensi—. ¿Le entregamos las piedras, señor?
—No —repuso Boldy—; retírense ustedes. Temo que pretendan quedarse con las mejores.
Los negros se alejaron y fueron a reunirse con los nativos que surcaban el río en sus piraguas buscando al Intocable.
A la llegada de Gufa y Yensi, las piraguas se alejaron río abajo y cesaron los gritos y lamentaciones.
Boldy comenzó a escarbar la tierra del tronco y pronto descubrió las piedras preciosas. Llenó con ellas sus palmas y comenzó a escoger aquellas que consideraba de mayor valor.
De pronto alzó la vista y, ante su presencia, vió a Dick Tabú.
—¿No esperabas verme otra vez? —preguntó con calma el Intocable—. A veces ocurren milagros en la yungla. Tú trataste de matarme, villano.
—Yo, no —protestó confuso el asesino—. Usted cayó al río.
—¿Para qué mentir? —insinuó Dick—. Yo sospeché tu traición,

mal hombre, pero no la temo. La yungla tarda en cumplir su venganza, pero siempre la ejecuta.
—No comprendo —musitó Boldy.
—Ya los tambores están anunciando con claridad tus crímenes —prosiguió Dick Tabú—. Tú y tus compañeros fallecidos mataron a dos mineros. El sargento Jackson se acerca. Harías bien en huir pronto de aquí.
—Nadie puede probar que soy culpable —exclamó Boldy—, y tú, farsante mozalbete, morirás primero.
—Te ofrezco la salvación —insinuó Dick con calma—. Si deseas huir de la policía, sube a la piragua y la corriente del río te conducirá a otras regiones.
—He perdido los remos —protestó Boldy.
—Sube a tu piragua —ordenó Dick—. Yensi y Gufa te trajeron a este sitio por orden mía. No quiero ejercer venganza por mi mano y por eso te arrojo de mi distrito... La yungla hablará por mí.
Boldy se puso de pie y, afirmando su espalda en el tronco del árbol, levantó su revólver.
—No puedes matarme porque soy TABU —declaró Dick.
—Las balas rompen todos los tabús —replicó Boldy.
—Quien me toque, morirá —afirmó Dick—. Esa ley no puede alterarse. Te ordeno que subas a la piragua.
Boldy veía al prodigioso niño avanzar sin miedo hacia él. Cuando estuvo a un metro de distancia, Boldy apretó el gatillo de su revólver.
—Maldición— gritó enfurecido—, le has quitado las balas...
Su furor incontenible le movió a lanzar el revólver a la cabeza de Dick. El muchacho evitó el golpe con admirable destreza.
—¿Y ahora, subirás a la piragua? —insistió el Intocable.
Con increíble ligereza el asesino sacó su puñal del cinto y, saltando como fiera sobre Dick, pretendió clavárselo en el pecho.
El Intocable esquivó de nuevo la embestida. Sin embargo, la punta del puñal alcanzó a herirle en el hombro.
Era la primera vez que herían al Tabú, la primera vez que una mano le tocaba.
Habían roto el sagrado tabú.
Dick Hateras perdió la serenidad y en un acceso de indignación cogió a Boldy en sus brazos, le alzó por encima de su cabeza y exclamó:

—Vé a reunirte con el cocodrilo a cuyas fauces me destinabas.
Boldy lanzó un grito estridente, que fué como un llamado para el saurio que esperaba su presa. El bandido no volvió a la superficie y sólo se divisó la cola del enorme cocodrilo que arrastraba a su víctima por el fangoso río.
Casi inmediatamente cesó el furor de Dick y le acometió un intenso temblor.
Arrodillándose en la ribera comenzó a frotar su cuerpo con arena y en seguida fué lavándose miembro por miembro, como deseoso de borrar el contacto impuro de Boldy.
"Lo merecía ese mal hombre —suspiró Dick—. ¿Por qué no partió en su piragua? Tenía allí rifles, provisiones y ropa. La codicia lo mató."
Dando vuelta la cabeza, divisó a seis guerreros alineados respetuosamente.
—¿Y bien? Pueden hablar —les dijo el Intocable.
—El gran Buana hizo bien en castigar a ese hombre blanco —dijo un guerrero—. Era un malvado.
—Ustedes no son gente de mi distrito —expresó Dick Tabú—. ¿Cómo saben que ese hombre blanco era malo?

—Somos los mensajeros que tocaban los *tam-tams* en la yungla —explicó uno de los nativos forasteros—. Veníamos tras ese bandolero, apodado el *Cuervo*. Mató a dos hombres de su raza. Faltan los otros dos compañeros del *Cuervo* que busca el sargento Jackson.

—Los otros dos bandidos ya recibieron el castigo de la yungla —declaró el Intocable—. La yungla es justiciera.

Los seis guerreros se prosternaron a los pies de Dick Tabú y quedaron allí en señal de respeto y admiración.

—¿Por qué hacen ustedes esto? —interrogó el joven Hateras.

—Nuestros hermanos nos han referido el prodigio de tu salvación, oh gran Tabú —dijo el jefe de la patrulla—. Tú has vencido a los cocodrilos, como vences a los espíritus malos. Eres nuestro gran Buana y nuestro dios.

Dick pensó que no había bien que por mal no venga y que el episodio trágico del cocodrilo le serviría para acrecentar aun más su prestigio de ser sobrenatural.

—Recuerden bien esto —dijo el Intocable a los reverentes nativos—, ningún daño podrá alcanzarme. Y ahora dirigíos a mi campamento y que mis guerreros os den hospedaje y víveres.

Con extravagantes elogios y juramentos de fidelidad, los forasteros fueron a reunirse con los negros de Dick Hateras, y durante el día se escucharon cantos y gritos de júbilo por la salvación del niño prodigio.

"Un dios —suspiraba tristemente Dick—, pero un dios muy solo y añorante de ternuras."

En un kraal lejano, que formaba parte del distrito gobernado por Dick Hateras, reinaba intenso pánico a causa de la aparición de un leopardo que noche a noche devoraba a un habitante del kraal Markai.

Los supersticiosos negros reunidos en torno a las fogatas se preguntaban cuál sería esa noche la víctima del LEOPARDO FANTASMA.

A lo lejos se escuchó el salvaje aullido de la fiera.

—Ay, ay, ay —gimieron los nativos—, ya el Leopardo Fantasma se llevó su presa.

En la clausura de su ruca sagrada, un hechicero llamado Mopa, reía sarcásticamente:
—Mañana mataré a otro indígena —decía el horrendo hechicero de la piel de leopardo—; no terminaré hasta que negros y blancos hayan abandonado estas tierras.
Tendió la piel de leopardo en su lecho y se recostó para divagar sobre sus ambiciosos sueños.
—No quiero que en esta comarca habiten los estúpidos negros que sólo saben temblar ante mis poderes, ni tampoco los blancos, que siempre están codiciosos de arrebatar tesoros a la selva. Nadie más que yo reinará en la yungla.
La luz del alba se filtraba entre los árboles cuando Mopa abandonó su ruca.
—¡Oh gran hechicero! —gimieron los africanos, al verle aparecer, majestuoso y grave—. ¡La Bestia nos aterroriza!
También estaban consternados los colonos blancos del kraal Markai.
—Juan —murmuraba la señora Chalmers a su esposo—, parece que el Leopardo Fantasma ha hecho otra víctima. ¿Oiste los rugidos de la fiera? Temo que alguna noche salte la empalizada.
—No temas, Doris —respondió Chalmers, sacando su rifle de la panoplia—. He colocado trampas al exterior de la empalizada y no podrá acercarse. Son balas de rifle que estallarán cuando las pise el leopardo.
En ese instante se oyó el estampido de una bala.
—Ya murió la fiera —declaró el colono Chalmers, corriendo fuera de la casa con un farolillo.
También salieron corriendo los nativos con antorchas de fuego.
Chalmers había colocado en las trampas fusiles con el gatillo atado a un cordel, de manera que si algún animal caía en la trampa, el arma dispararía y le heriría de muerte.
—La trampa funcionó bien —dijo el negro Penique—, pero la bestia huyó.
Chalmers examinó la trampa a la luz del farorillo y murmuró:
—No es una bestia la que ha caído en la trampa. Miren las huellas. Son las de un ser humano.
—El Leopardo Fantasma —gritaron despavoridos los negros—. Nos vamos todos de este kraal. No queremos morir.

(CONTINUARA)

Ponchito

AHI ESTA DON BALDOMO, EL VIEJO AVARO. PASARÉ POR SU LADO HACIENDOME EL QUE NO LO HE VISTO
¡OIGA JOVEN! ¿YA NO ME CONOCE ?
¡JE, JE! ¿QUE TAL DON BALDOMO, COMO LE VA?
DIME PONCHITO, ¿TE GUSTAN LAS CEREZAS?
¡NO, NO LAS PUEDO NI VER !

por nato

¡MACANUDO! TU ERES EL HOMBRE QUE NECESITO. VEN CONMIGO
TOMA, SUBE Y BAJAME UNAS CUATRO GUINDITAS
AL RATO
VEREMOS COMO SE HA PORTADO ESE MUCHACHO
¡PERO!...¿NO ME DIJO QUE LE BAJARA UNAS CUATRO? ¡AHI ESTAN EN EL CANASTO!
NATO.

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO XII.—La Noche Triste.

Hernán Cortés y sus huestes conquistadoras vieron que su posición en México se tornaba cada vez más peligrosa. Guatimozín, hijo del rey Ahuitzotl, inflamaba con su espíritu revolucionario al pueblo azteca.

La muerte de Moctezuma les privaba de su principal baluarte. Ahora la indiada, como un alud incontenible, caería sobre los hispanos. Después de dar sepultura al emperador, los aztecas ungieron rey a Quetlabaca y volvieron con más bríos al asalto de la fortaleza.

—Los dioses nos han entregado a los *teules* (hombres blancos) —gritaban enfurecidos—. El altar está dispuesto y el puñal afilado. Ninguno de ellos podrá huir, porque hemos destruído todos los puentes.

—Esta noche saldremos de Tenochtitlán (México) —decidió Hernán Cortés—. Construid un puente portátil.

Era el 30 de junio de 1520 y los sucesos que se avecinaban pasarían a la historia como la *Noche Triste de Hernán Cortés.*

Ya hemos dicho que Cuitlopitoc, el emisario que Moctezuma envió a los españoles cuando ellos arribaron a su imperio, tenía una portentosa semejanza con el conquistador. Los sitiadores sospecharon que sus enemigos intentarían huir y dispusieron una emboscada. Como poseían trajes y armas españolas, Cuitlopitoc se vistió con ellas. Nadie hubiese dudado, al verle, que no era el verdadero Hernán Cortés.

Silenciosos, como un ejército fantasma, los conquistadores abandonaron la fortaleza y marcharon por las calles desiertas y sombrías. Cuitlopitoc y otros caudillos, con una estupenda audacia y mediante una maniobra sagaz, desviaron el grueso de la tropa hacia una acequia donde los indios permanecían emboscados. Los soldados no vacilaron en desviarse, pues creían estar recibiendo órdenes de su jefe. El puente levadizo se tendió a través de la riada y, al pasar sobre él la artillería y los caballos, se incrustó en tal forma, que no fué posible moverlo.

Entonces, con un chivateo espantoso, los aztecas irrumpieron de todas partes, como si la noche vaciara desde la sombra aquel alud de indios aullantes. Los españoles sintieron venir la muerte y se aprestaron a luchar hasta su último aliento.

Se inició la masacre, bajo los sones del tam-tam que, desde el templo de Huitzilopochtli, esparcía a todos los ámbitos su mensaje de muerte y exterminio.

Los indios murieron en tal número que sus cadáveres cegaron el canal y sirvieron de macabro puente al ejército español. Este sufrió también enormes pérdidas. Al destellar el alba, Hernán Cortés, abatido en las gradas de un templo, lloró la derrota de su valerosa mesnada.

—¡Qué noche triste! —murmuraba—. ¡Cuatrocientos hombres muertos en breves minutos!

(CONTINUARA)

En cierto pueblo vivían, una vez, dos hombres que tenían el mismo nombre, Nicolás, pero uno era dueño de cuatro caballos y el otro solamente de uno. Para distinguirlos, la gente llamaba al primero Nicolasón, y, al segundo, Nicolasín.

Durante toda la semana, Nicolasín se veía obligado a labrar para Nicolasón, y, además, le prestaba su propio caballo. Pero una vez por semana, el domingo, Nicolasón le entregaba sus cuatro caballos. Entonces araba su pequeño campo y, delante de los vecinos que pasaban en grupos hacia la iglesia, gritaba haciendo restallar su látigo:

—¡Arre mis cinco caballos!

—No debes decir eso —observó Nicolasón—, porque solamente un caballo es tuyo. No lo digas otra vez o te arrepentirás.

Nicolasín olvidó pronto la amenaza y, cuando pasaba alguien por delante del campo, volvió a exclamar:

—¡Arre mis cinco caballos!

—Si lo repites —gruñó Nicolasón—, apalearé a tu rocín hasta matarlo.

—Prometo no volver a decirlo.

Pero en cuanto veía venir un vecino y éste le saludaba, sentíase tan satisfecho y se consideraba tan rico y poderoso porque labraba su campo con cinco caballos, que repetía involuntariamente:

—¡Arre mis cinco caballos!

—Ahora voy a arrear a tu caballo —exclamó Nicolasón, y asestó con un mazo un golpe tan violento en la cabeza del pobre animal, que éste cayó muerto.

—¡Ay de mí, que ya no tengo ningún caballo! —exclamó llorando Nicolasín.

No tardó en consolarse, comprendiendo que las lágrimas eran inútiles. Desolló al caballo muerto y colgó la piel para que la secara el aire. Cuando estuvo seca, la metió en un saco de arpillera y se encaminó al vecino pueblo, a fin de venderla. Pero el camino era muy largo y atravesaba un obscuro y triste bosque.

De pronto estalló una tempestad y Nicolasín se extravió.

ELENA
BOIXER

Cerca de la senda había una gran casa.
Nicolasín se dirigió a la puerta y llamó. La mujer del granjero acudió a abrir.
—¿Puede darme albergue por esta noche, buena señora?
—No. Mi marido está ausente y no hospedo a desconocidos.
Y le cerró la puerta en las narices.
Cerca de la casa había un gran pajar y un pequeño cobertizo con tejado de totora.
"Me quedaré aquí —se dijo Nicolasín—. La cama será blanda y espero que la cigüeña no vendrá a picarme las piernas."
Porque, en efecto, allí había una cigüeña que vigilaba su nido.
Nicolasín trepó al tejado y descubrió que los postigos de la parte superior de las ventanas de la casa no estaban cerrados y así él podía ver lo que sucedía adentro. En la estancia había una mesa grande y sobre ella vino, carne y un magnífico pescado.
A la mesa estaban sentados la mujer del granjero y el sacristán. Este último devoraba como un lobo los guisos y pasteles. De pronto se oyó ruido de pasos. El granjero regresaba.
Era un hombre excelente, pero tenía una extraña manía: no podía soportar la presencia de un sacristán. Y si, por casualidad, se le ponía uno por delante, se enfurecía terriblemente.
La granjera, asustada, indicó al sacristán que se escondiera en un cofre muy grande. Luego escondió los bocados exquisitos y los metió en el horno.
—¿Hay alguien ahí? —preguntó el granjero, mirando hacia donde estaba Nicolasín—. ¿Qué haces ahí arriba? Vale más que entres en la casa conmigo.
—Me extravié, señor, y quisiera que me déis albergue.
—Por supuesto, y también te daré cena.
La mujer los recibió bondadosamente, puso la mesa y les sirvió un gran plato de porotos. El granjero, que tenía hambre, comía con el mejor apetito del mundo; pero Nicolasín no podía olvidar la carne asada, el pescado y el pastel que estaban escondidos en el horno.
No le gustaban los porotos. En un momento dado, pisó el saco, puesto debajo de la mesa, y la piel seca dió un crujido.
—¡Calla! —dijo Nicolasín, dirigiéndose al saco y pisando de nuevo sobre él, de manera que la piel dió otro crujido aún mayor.
—¿Qué llevas en el saco? —preguntó el granjero.
—Es un duende. Me dice que no hay necesidad de que comamos

porotos, porque ha encantado el horno, que contiene ahora carne asada, pescado y pastel.
—¿Qué dices? —exclamó el granjero.
Se apresuró a abrir la puerta del horno y, en efecto, encontró allí las buenas cosas escondidas por su mujer. Ella no se atrevió a protestar y sirvió los manjares.
—Me gustaría tener un duende como el tuyo —dijo el granjero—. ¿Es capaz de hacer aparecer al diablo?
Nicolasín hizo crujir el saco.
—Dice que el diablo aparecerá bajo la forma de un sacristán.
—¡Qué lástima! —exclamó el granjero—. No puedo resistir la presencia de ningún sacristán. Pero, en fin, no importa, ya que sé que, en realidad, será el diablo. Recomiéndale, sin embargo, que no se acerque mucho.
—Se lo encargaré a mi duende —contestó Nicolasín, pisando de nuevo el saco—. Dice que vayáis a abrir el cofre que hay en el rincón y veréis al mismísimo diablo, atontado en la obscuridad. No levantéis demasiado la tapa o se escapará.
El granjero se dirigió hacia el cofre donde su mujer escondiera al verdadero sacristán. Miró en el interior y, dejando caer la tapa, gritó:
—¡Oh! Sí, acabo de verlo y

realmente tiene la misma cara que nuestro sacristán. ¡Qué cosa tan espantosa!
Cuando se le pasó el susto, declaró:
—Es preciso que me vendas ese duende. Pide por él cuanto quieras. Te daré un barril lleno de dinero.
—No, no puedo venderlo —contestó Nicolasín.
Pero tanto insistió el granjero, que al fin el muchacho cedió:
—Bueno. Os daré mi duende a cambio de un barril de dinero, pero siempre que lo llenéis hasta el borde.
—Convenido. Y te llevarás también ese cofre. No quiero verlo más en casa, pues ya no sabría nunca si está o no el diablo dentro.
Efectuado el negocio, Nicolasín se marchó, llevando en una carretilla el barril y el cofre. Al llegar al río, dijo en voz alta:
—El cofre pesa mucho y ya me cansé de trasportarlo. Es mejor que lo tire al río.
—¡No! ¡No! ¡Déjame salir antes! —gritó el sacristán.
—¿Qué es eso? —exclamó Nicolasín, fingiendo espanto—. Aún está el diablo dentro. ¡Al río con él!
—¡Oh, no! Te daré un barrilito de dinero si me dejas salir.
—Eso ya es distinto —contestó Nicolasín, abriendo el cofre.
Salió el sacristán y cumplió su palabra, entregando el tonelito con plata.
De regreso a su casa, Nicolasín mandó pedir a Nicolasón una medida de a litro para calcular cuánto dinero tenía. Curioso Nicolasón por saber qué cosa mediría Nicolasín, untó de sebo el fondo de la medida. Allí quedó adherida una moneda de plata. Al verla, Nicolasón corrió a casa del muchacho y le preguntó:
—¿De dónde has sacado esa fortuna?
—Pues de la piel de mi caballo, que vendí anoche.
Nicolasón, sin pensarlo más, dió un hachazo en la cabeza a sus cuatro caballos, los desolló y salió a vender las pieles. A su pregón acudían los zapateros y curtidores a preguntarle qué precio pedía.
—Un barrilito de dinero por cada una.
—¿Estás loco?
Furiosos, los zapateros tomaron sus tirapiés y los curtidores sus delantales y, a golpes, expulsaron a Nicolasón del pueblo.
Nunca en su vida había recibido él paliza tal. Furioso, se dirigió a casa de Nicolasín para matarlo por lo menos.

Ocurrió que ese día había muerto la abuela del muchacho. Creyendo que aún podía reanimarla, la acostó en su caliente cama y él resolvió pasar la noche sentado en una silla.

Nicolasón, engañado por la obscuridad, se acercó al lecho y dió un hachazo a la figura que él creía dormida. Nicolasín, petrificado de miedo, le vió salir, murmurando:

—¡Me parece que no volverás a engañarme!

"¡Qué malo es ese hombre! —murmuró asustado—. Ha querido matarme. Ha sido una suerte que mi pobre abuela estuviese ya muerta, pues, de lo contrario, ese criminal la habría asesinado..

Vistió después a la anciana con su mejor traje y la colocó en el asiento posterior de un coche. Tomó en seguida el camino del bosque. Al llegar ante una gran posada, se detuvo y dijo al posadero, que era muy malgeniado:

—¿Queréis hacer el favor de llevar un vaso de vino a mi abuelita? Será preciso que la habléis a gritos, porque es muy sorda.

El hombre obedeció.

—Aquí tenéis un vaso de vino que os envía vuestro nieto.

La muerta permaneció inmóvil, sin replicar palabra. El posadero gritó hasta desgañitarse y después, enfurecido, lanzó el vaso al rostro de la abuela. Esta cayó de espaldas. Creyendo que él la había muerto, gimió con desconsuelo:

—Este es mi castigo por tener tan mal carácter. ¡Oh, buen Nicolasín! Te daré un barrilito de dinero y me encargaré de enterrar a tu abuela tal como si fuese la mía, si tú me prometes guardar silencio.

Accedió Nicolasín, que ayudaba en esta forma al posadero a no ser iracundo.

Cuando Nicolasón supo que Nicolasín estaba vivo y que había vendido el cadáver de su abuela, tomó el cuerpo de su propia abuela que también había muerto y salió a venderlo. Todos se horrorizaron ante su crueldad y codicia y le dieron una paliza aún mayor que la anterior.

Comprendiendo que no podía luchar contra la astucia de su enemigo, abandonó el pueblo, rengueando a causa de los palos recibidos, y nadie volvió a tener noticias de él.

Nicolasín, que era un muchacho a quien gustaban las bromas pesadas, pero que en el fondo de su corazón era honrado, gastó el barril de dinero que le dió el hostelero. Lo había ganado honestamente, porque corrigió el mal humor del hombre, y, además, logró que su abuela fuese enterrada con muchos honores. El primer barril lo devolvió al granjero que le compró la piel de su caballo, creyendo que era un duende.

—Pienso que el duendecillo murió —dijo con pena—, y como no os puede servir, aquí tenéis vuestro barril de dinero.

En cuanto al tonelillo de plata que le dió el sacristán, lo guardó. Le pertenecía en buena ley, porque libró al sacristán de una paliza del granjero.

A nuestros lectores

Mafalda Núñez, Santiago.—Lamentamos comunicarle que el N.° 1 de la revista "Simbad" se agotó totalmente el mismo día de su aparición. Agradecemos sus gentiles felicitaciones.

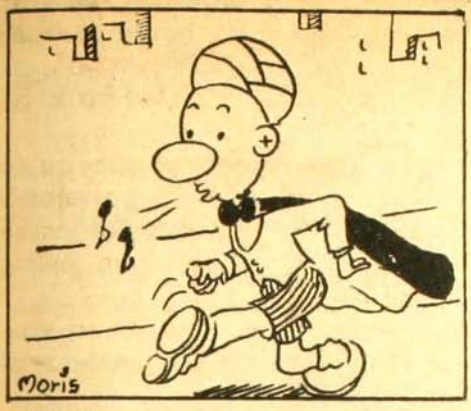
Yolanda Inostroza, Villa Alegre.—Nuestro concurso semanal, con cuantiosos premios, ha tenido mucho éxito. Siga enviando soluciones.

María Polanco, Santiago; *Olga Gaona*, Valparaíso; *Abelardo González*, Santiago; *Luis Moreno López*, Santiago.—Califican de estupendas las seriales "Ives el Indomable" y "Dick Tabú". Como ustedes, son muchos los lectores que nos manifiestan su preferencia por el vibrante relato de la Edad Media, con héroes legendarios, y por la historia del niño selvático, semidiós de los kraals africanos.

Sergio Lermanda San Martín, Valdivia.—Muchas gracias por sus gentiles palabras de aliento y sus elogios.

(Roxane)

PEDRIN EL MAGO



Centelleante

CAPITULO XII.— Fernando Vilches en la cárcel.

RESUMEN: Lidia Vilches ha actuado en un circo y es conocida bajo el nombre de Centelleante. Se ve obligada a volver a su hogar porque la mujer del empresario la hostiliza y maltrata. El fiel Anguila acompaña a la niña. Fernando Vilches, padre de Centelleante, se ve protegido por Martín Esparón, secretario del millonario. Ese individuo hace recaer sobre Vilches un robo que él comete.

—Mi padre no es culpable —gemía Centelleante—. Por favor, no le lleven a la cárcel. El dice que el dinero se lo dió el caballero de barba y bigotes negros que le proporcionó esta casa.

—Patrañas —dijo el inspector de policía—. En el tribunal hará sus declaraciones, pero ahora vamos con él a la cárcel.

Entre los concurrentes a la dolorosa escena de la captura policial estaba Martín Esparón, pero no ya con barba y bigotes negros, sino perfectamente afeitado y ataviado con elegancia. Llegó su cinismo hasta preguntar al inspector:

—¿Qué va a ser de estos dos pobres niños?

Por una especie de instinto secreto, Centelleante retrocedió como al contacto de una serpiente cuando Martín quiso acariciarla. Fernando Vilches, a pesar de su turbación, también tembló al oír el timbre de voz de Esparón, pero como nunca había dicho el villano su nombre, ni su ocupación, era difícil sospechar de él.

Describir el dolor de Centelleante y del Anguila es casi imposible. La niña se arrojó en brazos de su padre y murmuró:

—Nosotros probaremos tu inocencia, papá, y saldrás de la cárcel con la cabeza muy alta.

Los inspectores de policía se impresionaron y tuvieron piedad, pero se vieron obligados a separar a la niña y llevarse al que creían culpable, mientras el autor del robo al millonario Marty respiraba feliz, sintiéndose al abrigo de toda sospecha.

Abandonados en la buhardilla, Centelleante y el Anguila sollozaban.

—No hay que perder un minuto —dijo poco después Centellean-

te, serenando su pena—, tenemos que buscar al verdadero culpable.

Apenas pronunciaba estas palabras la triste niña cuando golpeó la puerta uno de los inspectores de policía que había participado en las pesquisas.

"Ese labriego no puede ser culpable —pensó Humberto Dartus—. Han seguido una pista falsa."

Y con ese objeto, el detective quiso hablar con Lidia Vilches, apodada Centelleante.

—¿Usted también asegura que papá no es el ladrón? —exclamó Centelleante, llena de esperanzas—. Ayúdeme a buscar al culpable, señor.

—A eso he venido —declaró Humberto Dartus—. No conviene que ustedes permanezcan en esta casa. El villano que achacó su robo a Fernando Vilches podría meditar otro crimen contra ustedes, ya que están solos en el mundo. Es mejor que se vengan conmigo. Recojan ustedes lo más indispensable y salgan tras de mí.

Humberto Dartus llamó un taxi y en alta voz dió la dirección de la Comisaría.

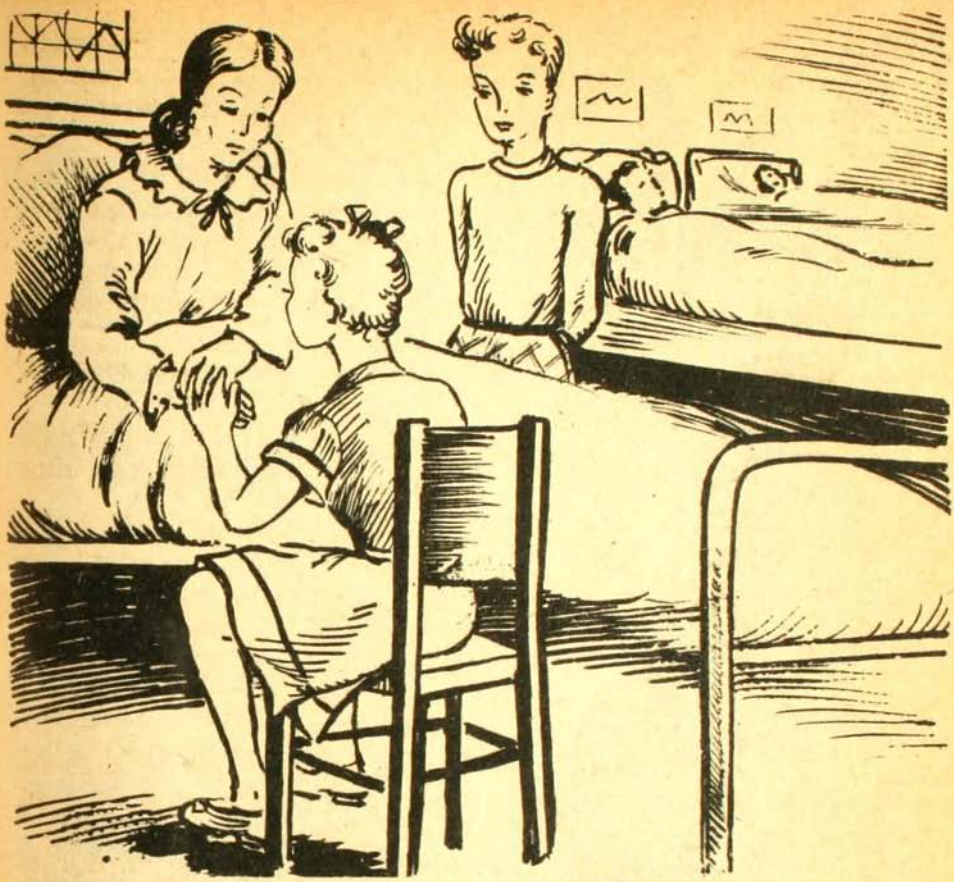
Los curiosos murmuraban:

—Pobres niños, los llevan también a la cárcel.

Pero Humberto Dartus había dado esa dirección nada más que para despistar a los curiosos. Más adelante dió al chófer la dirección de su casa y hospedó en ella a los acongojados niños.

Juana Dartus acogió con cariño a Centelleante y el Anguila y les dijo:

—Mi marido es el mejor detective, y si él dice que don Fernando Vilches no es culpable, es seguro que logrará descubrir al criminal.
—Pienso en mi madre que está tan enferma en el hospital —balbuceó Centelleante.
—Después de almuerzo yo misma les llevaré —expresó Juana Dartus—. Es conveniente informarla de lo que ocurre, porque podrían mostrarle los diarios a la pobre enferma y sufriría una violenta emoción.
—Recuerda, Centelleante, que sólo los jueves hay visita en el hospital —indicó el Anguila.
—Yo obtendré permiso —declaró Juana Dartus—. Conozco a la directora del hospital.
Adelaida Vilches dió un grito de alegría al ver a su hija Lidia y al Anguila, pero al comprobar que su marido no venía con ellos se inquietó mucho.
—Don Fernando —se apresuró a decir la buena Juana— tuvo que concurrir a la comisaría y dejó que lo detuvieran, a fin de descubrir al verdadero ladrón del dinero de Marty. Pronto saldrá en libertad.
—De todas maneras la prisión es infamante —murmuró Adelaida.
—Cuando el reo es culpable lo es —dijo Centelleante—, pero mi papá es inocente.
La pobre enferma no deseaba otra cosa que creer que todo se remediaría, tanto más que Juana Dartus le prometió traerle a su hija todos los días.
Para tranquilizar a la paciente, Centelleante fingió alegría durante la visita, pero una vez fuera del hospital estalló en lágrimas.
Entretanto, el detective Humberto Dartus iniciaba sus pesquisas como buen policial.
Después de una larga conversación con el reo Vilches, se informó de todos los antecedentes. Supo así que Martín Esparón había protegido desde meses atrás a la familia Vilches y les había instalado en la buhardilla del sexto piso, precisamente en el mismo edificio que ocupaba el millonario Marty.
Continuando sus pesquisas, Dartus viajó hasta la hacienda donde había trabajado Fernando Vilches, y allí le informaron que un señor elegantemente vestido, de barba y bigotes negros visitaba a la familia Vilches con frecuencia.
"Por consiguiente, todo cuanto dice Vilches es verdad", pensaba el detective.



En seguida pidió antecedentes del secretario de Marty y supo que había sido un joven jugador y borracho.

"Este individuo preparaba su nefasto plan desde tiempo atrás — se dijo Dartus—, y por ello no ha dejado rastros. Nadie le vió salir la noche del robo del departamento del millonario Marty. Por consiguiente, ya llevaba su barba postiza. Ahora me dirigiré al circo de Julio Salvador.

Como vemos, el detective Dartus sabía hacer conjeturas y descubrir la pista de un criminal, por muy sagaz que éste fuese. Con aquel sabueso tras sus huellas, el pérfido Martín Esparón no iría muy lejos.

Una esperanza se vislumbraba para Fernando Vilches y su hija Centelleante.

(CONCLUIRA)

Ives el indomable

CAPITULO XII.--Invasión

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Deben desembarcar clandestinamente, porque los isleños les lanzan piedras para que vuelvan al mar. Ives y el Gavilán deciden descubrir el misterio de Tule. Para ello, siguen al Jinete Negro hasta una tétrica fortaleza. Son descubiertos y Taz, el Gran Sacerdote, les sentencia a morir. Sólo Ives huye y va en busca de sus "lobos" para que le ayuden a rescatar al viking. Pero antes, desafía al Jinete Negro a combate singular.

En el duelo sostenido con el Jinete Negro, la traición acechaba a Ives. Empezó a lidiar en desventaja, pues contra el caballo de batalla de su enemigo, estaba el rocín de labor que él montaba. A pesar de esto, perdió terreno sólo cuando su cabalgadura cayó fulminada en forma extraña.

Ives eludió el golpe del Jinete Negro y le hizo caer, sesgando con el filo de su espada las correas del estribo. Envainó el arma, creyendo que su adversario no se levantaría más, pero él sólo fingió estar herido o muerto e intentó recuperar su arma. Ives, saltando sobre él, le inmovilizó.

—¡Ríndete, felón!

Con un violento esfuerzo, el Jinete Negro logró alzarse. No se sostuvo mucho tiempo sobre sus rodillas y volvió a caer de bruces. Ives, con gran cautela, porque temía otro ardid engañoso, cogió la cabeza del Jinete para observar su rostro. La muerte

había aflojado los músculos endurecidos. Una espina atravesaba la piel de la mejilla.

—Ahora comprendo —murmuró Ives—. Un aguijón envenenado mató a mi caballo. Este erró su destino, pues lo destinaban a mí.

Se irguió, elevando su alta estatura sobre el cuerpo yerto. Sus ojos recorrieron la multitud. El desconcierto se reflejaba en todos los rostros. En primera fila distinguió un hombre que volteaba la mirada en busca de una brecha entre la turba para huir.

—¿Quién eres? —preguntó Ives, y desenvainó su espada.

—Un humilde tocador de flauta. Yo...

—Un humilde asesino —rugió el príncipe—. Esa no es una flauta, sino una caña para lanzar espinas envenenadas.

Un murmullo amenazante surgió de la plebe. Ives, con un golpe de su espada, arrebató de manos del mendigo la fatal cerbatana.

—¡Pueblo de Valok! —arengó después—. El Jinete Negro ha muerto. Luchad por vuestra libertad. Vamos al engañoso Valle de la Dicha. Debe terminar el reinado de Taz. La isla de Tule restablecerá a sus verdaderos reyes y aniquilará a los usurpadores.

—¡Os seguiremos! —gritaron los donceles más valerosos.

Al día siguiente, cuando el alba despuntó, un batallón que trataba de olvidar los años de sometimiento y de terror, marchó detrás de Ives. Cuando avanzaban por el desfiladero, un eco fúnebre se esparció entre los roquedos. Parecía que la propia montaña gimiera con una voz terrible.

—¡El canto de la muerte! —dijeron los aldeanos, aterrorizados.

—No —rebatió el joven capitán de aquel indeciso ejército—. Es el viento entre las rocas.

Llegaron por fin a la costa, donde estaba fondeado el navío normando. A una orden de Ives, todos se lanzaron al mar y nadaron hacia la gruta submarina. Desde allí, escalando los muros de piedra y lava, alcanzaron la cumbre de un volcán situado sobre la ciudadela de Taz. Ives fué el primero en descender. Le siguió su mesnada y cayeron sobre los guardias. En breve tiempo, los prisioneros del Gran Sacerdote quedaron libres de sus cadenas y se unieron a la fuerza rebelde.

Uno de los esbirros de Taz, comprendiendo que aquella invasión venía dirigida por el príncipe de Bretaña, obligó al viking Rolando el Gavilán a avanzar hacia el cráter.

—Tu maldito amigo no te encontrará vivo —gruñó el guardia—. Lo juro por el murciélago, nuestra insignia.

El Gavilán, encadenado, no podía defenderse. Resistiría algunos minutos, pero, finalmente, resbalaría en la roca y desaparecería para siempre en el foso de ardiente lava. Ives, comprendiendo que no alcanzaría a llegar a tiempo, lanzó su espada como si fuese una jabalina. El acero se hundió profundamente en la espalda del guardia. Cayó sin un gemido. Había muerto instantáneamente, porque la espada le hirió en el corazón, quebrando la armazón ósea.

Rolando, que estaba con una rodilla sobre las piedras, se levantó, siendo:

—Buen golpe, Ives. El murciélago no alentará más.

El cuerpo del viking se destacaba sin temblar ante las nubes de humo que brotaban del cráter.

—Ives, ¿traes a tus "lobos"?

—Sí. También me siguen los aldeanos de Valok. Esta vez el tirano quedará derrocado. ¿Vamos a luchar, viking?

—Vamos. El sable del murciélago me servirá.

Y ambos, hombro contra hombro, se dirigieron al patio donde se combatía denodadamente.

(CONTINUARA)

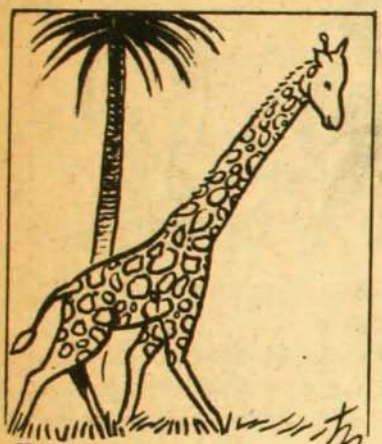
CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 12

La jirafa .....

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE



LA JIRAFA

¿Puede decirnos qué voz emite la jirafa? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón.

Entre los solucionistas exactos se sortearán semanalmente los siguientes premios: 1 muñeca, 5 tubos de pasta dentífrica BAYCOL, 1 lapicero fuente, 5 libros de cuentos infantiles, 6 pelotas de goma, 2 maletas deportes, 5 premios de $ 10,—, 2 billeteras, 6 chaucheras, 6 llaveros, y 25 paquetes de VITALMIN VITAMINADO.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 9.
La rata chilla.

Premiados con: UNA PELOTA DE GOMA: Luis López, La Unión; Nilo Miranda, San Fernando; César Poblete, Talca; Gustavo López, Ovalle; Máximo Madrid, Valparaíso; E. Escobar, Santiago. CON $ 10,—: Miguel Abarca, Santiago; Walo González, Curicó; María Cabrera, Concepción; Zunilda Rivas, Chimbarongo; José A. Gómez, Santiago. UN JUEGO DE PIMPON: Silvia Acle, Santiago; María Antonia Segovia, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: Teresa Sola, Santiago; Eduardo Barra, Quilpué; Augusto Raggio, Santiago; Eduardo Alfaro, La Cruz; René Saravia, Santiago. UN LIBRO: Domingo Vallejos, Santiago; Mario Peralta, Pailahueque; Mónica Espinoza, Santiago; Pedro Flores, Santiago; Graciela Guazzoni, Santiago. UN JUEGO DE LOTERIA: Eduardo Lanas, Santiago; Juan Olivares, Santiago. UN JUEGO DE DOMINO: María Mosqueira, Temuco; Celia Pérez, Santiago. UN JUEGO TURISMO: Héctor Ponce, Santiago; Ana María Torres, Santiago. UN PAQUETE VITALMIN: Alicia Onell, Santiago; Pedro Roberto Gaete, Santiago; Nora Bórquez, Santiago; Alberto Silva, Santiago; Regina Bustamante, Concepción; José Peralta, Pailahueque; Jorge E. Lira, Santiago; Aída Espinoza, Santiago; Rubén Adasme, Valle Alegre; Ema Camus, Valparaíso; Manuel del Río, Santiago; Luis Oyanedel, Santiago; Jaime Sepúlveda, Santiago; Carlos Novoa, Concepción; Lucía Jofré, Santiago; Ana Isabel Troncoso, Estación Quinta; Manuel Cornejo, San Vicente; Alicia Lillo, Santiago; Alba Castro, Santiago; Fresia Cepeda, Santiago; Juan Ramírez, Curicó; Emilio Ger Gasano, Santiago; Carlos Díaz, Chillán; Eliana Pérez, Santiago; Amador Masú, Santiago.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

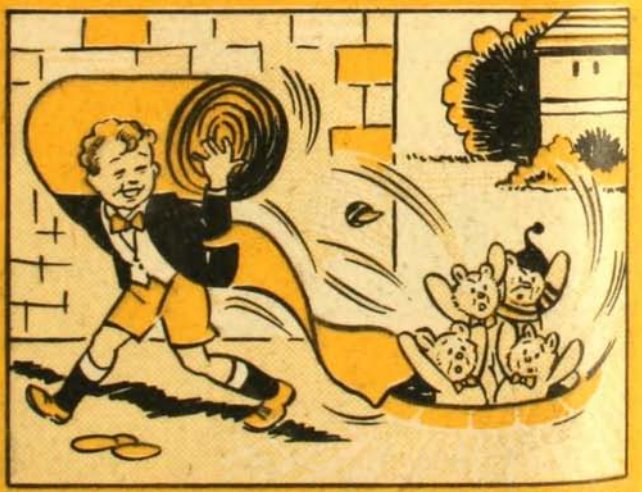
MUCHI y POCO

3. "—No creí que este pergenio fuera tan romántico", decía Muchi, llevando escaleras arriba a Cuchín, para mostrarle la luna desde el tejado, pues de allí, según la creencia gatuna, se ve mejor.

4. Cuchín dió una miradita y después dió cien chillidos. La gata exclamó: "—¿No querías ver la luna? Allí está". Cuchín respondió: "—Es que yo quiero verla por el otro lado. ¡Buáa!"

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. Tomasín llevaba una pesada alfombra. Como el extremo arrastraba por el suelo, a los ositos Ma, Ra, Vi y Lla se les ocurrió viajar. "—Vamos en la alfombra mágica", decían felices.



2. "—El burrito de San Vicente lleva carga y no la siente", agregaban entre risas. Pero de pronto, ¡cataplúm! Tomasín atravesó de un salto una claraboya y los osos se hundieron.

Simbad

N.º 13

$ 2.-

EL REY CUERVO

MUCHI y POCO

1. Poco iba pensando en una pata (en una linda pata palmípeda y no en una pata gamba), cuando un auto casi lo convierte en fiambre. "—¡Eh, tenga más cuidado!"

2. "—No quiero morir tan joven", añadió, ya más calmado, cuando una motocicleta pasó zumbando por su lado y tuvo que saltar para salvarse. Más tarde, un alud de autos lo puso en apuros.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 13
Precio: $ 2.—
1.º-XII-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO XIII:— Un viejo terrible.

Y aquí relatamos el quinto viaje de Simbad el Marino.
Equipó un barco y, con viento favorable, se aventuró mar adentro. Después de mucho navegar, anclaron en una isla desierta. En la playa vieron un enorme huevo de Roc, el ave gigante que ya había dado a Simbad sus buenos sustos.
—No lo toquéis —ordenó el Marino a sus hombres.
En ese instante, el polluelo, con poderosos golpes de pico, abrió la cáscara.
—El mismo se está ofreciendo para que lo asemos —indicó uno de los tripulantes y, olvidando el consejo de Simbad, entre todos despresaron el hijuelo de Roc y encendieron una hoguera.

Cuando saboreaban la exquisita carne divisaron a lo lejos, en el horizonte, dos gruesas nubes.

El capitán, aterrado, gritó:

—¡Son los padres del Roc! ¡Todos a bordo!

Los alegres comensales perdieron el apetito con aquella noticia. Corriendo a todo correr, se dirigieron al navío. No habían alcanzado a izar las velas, cuando las enormes aves planearon sobre sus cabezas.

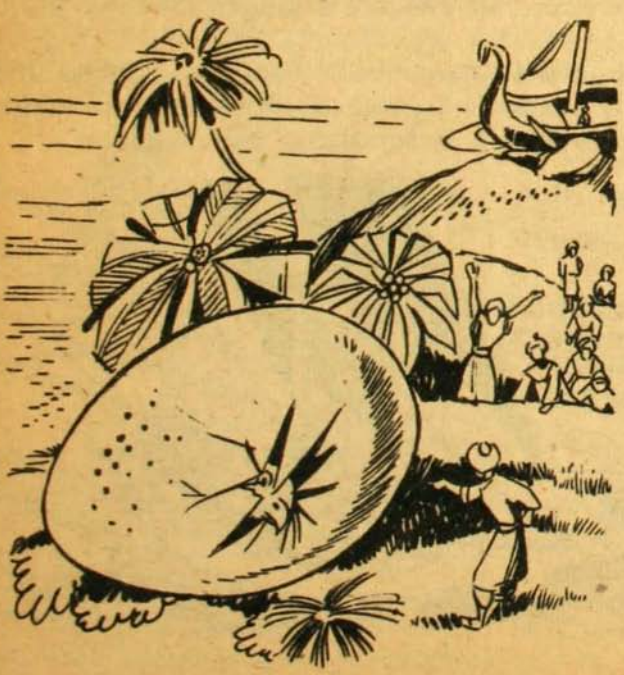
—¡Estamos perdidos! —gimió el capitán.

Pero los Roc, aunque graznaban con espantosa furia y su mirada no era de ninguna manera amable, se alejaron.

—¿Es posible? —balbuceó Simbad, que tan malos recuerdos tenía de esos pájaros—. No quieren vengar a su hijo.

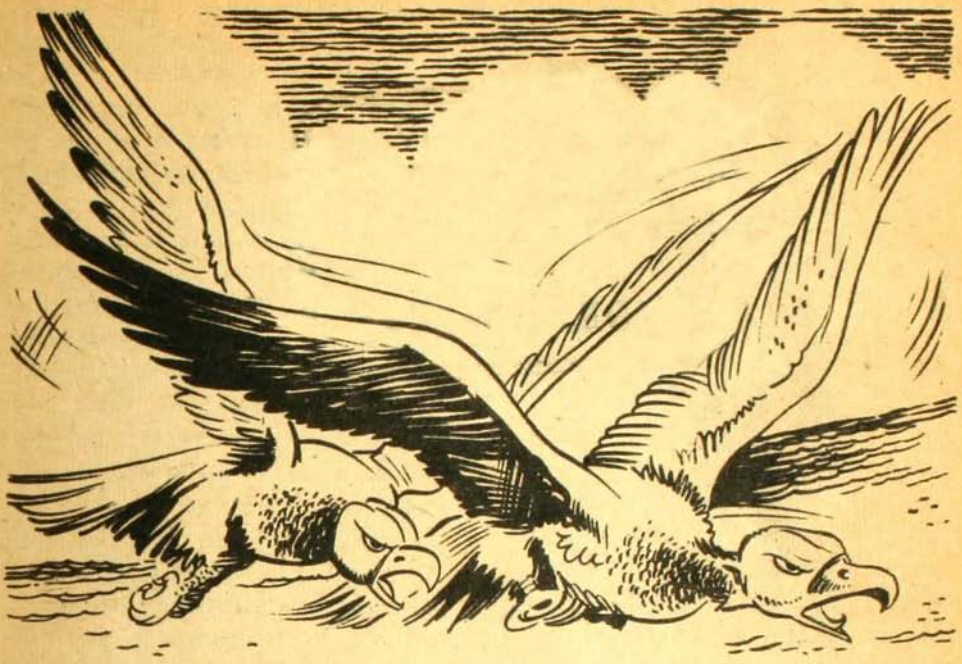
Se equivocaba. A los pocos minutos reaparecieron las aves llevando cada una en las garras dos peñascos tan grandes como montañas. Revolotearon sobre la nave y, de pronto, dejaron caer una de las rocas. El timonel, que viró con habilidad y rapidez, evitó el peligro, pero el segundo peñón hundió el buque. Sólo Simbad el Marino pudo salvarse. Aferrado a una tabla, regresó a la costa, impulsado por el oleaje.

Luego de reposar y cuando los latidos de su corazón se aquietaron, el aventurero se internó en la isla. De pronto vió, sentado en la margen de un río, a un viejo de aspecto decaído y triste. Suponiendo que también era un náufrago, le saludó y preguntó:



—¿Qué hacéis aquí?

En vez de responder, el extraño viejo hizo señales a Simbad de que le cargara sobre sus espaldas y le llevase al otro lado del río. El Marino observó asombrado al estrafalario individuo.



De flacura extremada, parecía tener sólo huesos y piel marchita. Su barba, muy larga, se esparcía por la tierra. Sobre su cráneo de duende se ensortijaban tres cabellos. La nariz puntuda avanzaba varios centímetros. Las pupilas parecían danzar sobre la córnea amarillenta.

—¿Queréis recoger frutas en la otra ribera? —preguntó Simbad, compadeciéndose del viejo. El no respondió, limitándose a repetir sus señas.

Entonces Simbad lo cargó sobre sus hombros y atravesó el río. Al movimiento de su andar, se mecían las flores acuáticas.

—Es una isla muy hermosa —comentó el Marino, posando su

pie en la arena—. Llegamos, hermano. Ahora podéis bajaros. Se inclinó para facilitar el descenso del viejo, pero él cruzó con fuerza sus piernas sobre el pecho de Simbad y, asiéndolo con ambas manos por la garganta, casi lo asfixió. Las energías del terrible viejo, que antes pareciera tan débil, asombraron y aterraron al aventurero árabe.

—¿Qué pretendéis? —balbuceó cuando pudo sacar la voz.

El hombre, sin contestar, golpeó a Simbad para obligarle a enderezarse y proseguir su camino a través de los árboles. De paso, cogía las frutas que le parecían más apetecibles, no olvidándose de propinar a su cabalgadura, cada cierto tiempo, recios pescozones.

(CONTINUARA)

A nuestros lectores

Berta V. H.—Nos alegra saber que usted espera con ansias el día jueves, para leer "Simbad".

Nora Vera, Sonia Ruiz, Juan Besa.—Las proezas de "Ives el Indomable" les tienen fascinados. Esta es una gran noticia para nosotros. Procuraremos que ese interesante relato de la Edad Media sea cada vez más vibrante.

Juan Ferrari.—Su serial "más favorita" es "Simbad el Marino". Cuando ella termine, le daremos otra que tenga para usted igual atracción.

Ciro Vera, Guillermo Parra Gost.—Agradecemos sus felicitaciones por el material que publica "Simbad". En efecto, hemos reunido en sus páginas todo lo que interesa al niño, en fantasía y ficción novelesca.

Enrique Fuentes.—El ejemplar N.° 1 de "Simbad" se agotó por completo. Muy gentiles sus elogios por "Ives el Indomable" y "Hernán Cortés".

Clara González, Chimbarongo.—Para corresponder a su gentil frase: "Nunca dejaré de comprar "Simbad", nosotros le prometemos que "nunca cesaremos de preocuparnos para dar a nuestros lectores las lecturas que sepan despertar su entusiasmo y conquistar su preferencia".

ROXANE

DICK TABÚ

CAPITULO XIII.— Dick sigue las huellas del "Leopardo Fantasma".

RESUMEN: El colono Hateras declara tabú a su pequeño hijo, a fin de resguardarlo contra los nativos y defenderlo de los forasteros malvados. Todo el que lo toque muere. Ni siquiera su propio padre se libra del tabú, y perece víctima de un cocodrilo. Crece la fama del Intocable. En cada kraal africano se le venera. Los malhechores que rondan por la jungla le temen. Visitan el distrito algunos hombres blancos, y Boldy intenta arrojar a Dick a las fauces de un cocodrilo. El Intocable logra salvarse. Este suceso acrecienta aún más su prestigio de semidiós. Poco después aparece en un kraal lejano una fiera a quien los nativos llaman el Leopardo Fantasma.

El colono Juan Chalmers y su esposa Doris también se sobrecogieron de terror al advertir que la misteriosa fiera dejaba huellas de ser humano.

—S i g a m o s el rastro —dijo Juan a su fiel criado Penique.

No habían caminado veinte metros en la obscuridad, cuando se oyó el pavoroso aullido del leopardo.

—Aquí, gran Buana —gritó Penique al colono Chalmers—. La fiera...

Su llamado se interrumpió con un grito de dolor.

Chalmers se aproximó al negrillo Penique y le descubrió una herida mortal que le desgarró la garganta.

Doris corrió junto a su esposo, quien le dijo desesperado:

—Este es el fin, Doris. Todos los nativos han desertado y mi fiel Penique ha muerto. Abandonemos esta maldita tierra.

—Nunca, Juan —protestó Doris—. Mientras exista una esperanza de encontrar a nuestra hijita Viola, no abandonaré el kraal.

Los esposos Chalmers habían tenido la desgracia de perder a su hija única doce años antes, cuando sólo tenía tres años. Fué en una *razzia* o saqueo efectuado por los negros kopjes, quienes raptaron a la pequeñuela y se la llevaron a la selva.

Ahora debía ser una niña de quince años y tal vez viviría entre los salvajes, sin saber quiénes eran sus padres.

Doris se la imaginaba vestida de pieles, con los cabellos sueltos y hablando nada más que la lengua de los africanos.

Sus padres la buscaron incesantemente, pero nunca tuvieron noticias de Viola.

El mensaje de los timbales y tambores africanos anunciando la presencia del **LEOPARDO FANTASMA** llegó a oídos de Dick Tabú, mientras éste conversaba con el capitán Jackson.

—¿Qué escuchas tan arrobado, Dick? —preguntó el capitán inglés.

—El mensaje viene del lejano kraal de Markai... Han muerto muchos nativos, víctimas del Leopardo Fantasma —dijo el Intocable—. ¿Sabe usted algo de esto? Los mensajes de la yungla son muy vagos.

—Conozco el kraal Markai —expresó Jackson—, se encuentra a treinta kilómetros de distancia y vive allí el señor Chalmers con su esposa. Son muy buenas personas.

Dick Tabú volvió a su actitud extática.

—Un hechicero intriga... Se llama Mopa... El blanco está en peligro y los nativos huyen. Capitán Jackson, yo debo ir en auxilio del colono Chalmers. Usted se quedará aquí hasta que sane de sus fiebres palúdicas y mi gente le atenderá. Los tambores de la selva me llaman.

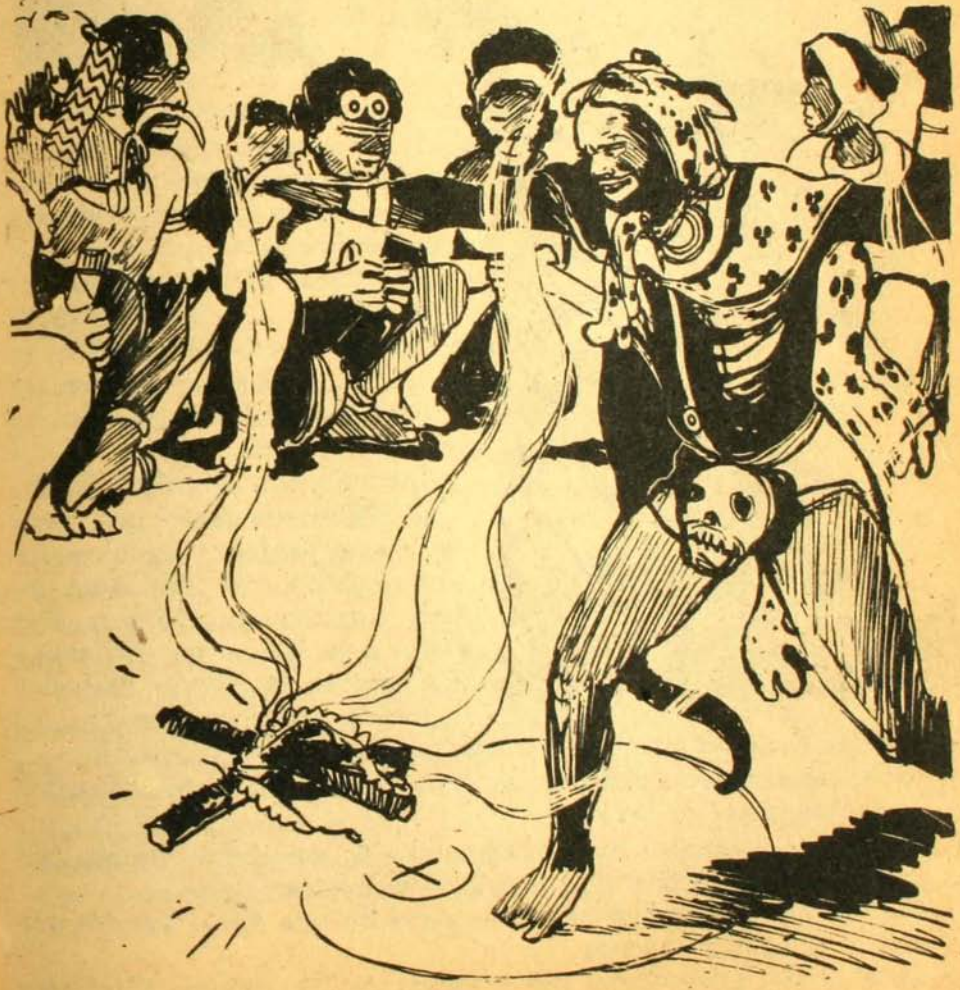
—¿Llevas compañía? —sugirió Jackson.

—Iré solo, para llegar más

pronto —indicó el Intocable—, y veré al hechicero Mopa. Estoy acostumbrado a la soledad.
—Me imagino que debe ser duro para ti el tabú que te impuso tu padre —insinuó el capitán.
—Duro es, pero constituye mi fuerza. Me imagino que soy un nuevo Sansón y que el secreto de mi poder está en ser Intocable. Si se rompiera el tabú, me convertiría en un ser indefenso.
—Entiendo que ese tabú se ha roto algunas veces —observó Jackson.
—Sí —murmuró Dick—; pero los que me han tocado han muerto. Ya sabe usted que mi padre fué la primera víctima del sagrado tabú. Me cogió en sus brazos para defenderme de un cocodrilo y al punto murió. Murieron también un nativo y el pérfido Kenedy. Es triste no poder acariciar a un ser humano, no poder tomarle el pulso a un enfermo ni asistirle.
—Día llegará en que te verás obligado a romper el tabú —dijo sonriendo maliciosamente Jackson—. La edad del amor...
—Nunca —declaró el Intocable—; me marcho, capitán. ¿Hacia dónde queda el kraal de los Chalmers?
—En los límites de la tribu de los feroces kopjes —explicó el capitán Jackson—. Los Chalmers viven en Markai con la esperanza de recuperar algún día a su hija Viola, raptada hace doce años.
Momentos después, Dick Tabú partía llevando su pistola y un bolso con víveres.
Con las primeras luces del alba, el prodigioso niño llegaba a las proximidades del kraal de Markai.
En un claro de la selva divisó un grupo de rucas y el humo de varias fogatas que iban extinguiéndose con el amanecer.
"Celebran una reunión —pensó Dick Hateras—. Voy a espiarles desde la copa de un baobad."
Toda la gente del kraal de Markai estaba convocada allí por orden del hechicero Mopa.
—¿Quién soy yo? —preguntaba el hechicero, cubierto con una piel de leopardo.
—Eres Mopa —respondían los nativos—; Mopa, el dueño de nuestra vida y de nuestra muerte.
—¿Conocen ustedes el mal que me han hecho? —prosiguió Mopa—. Solté a la bestia contra el hombre blanco, pero no lo mató. Los espíritus ocultos están desencadenados contra nosotros. Es

preciso sacrificarles algunas víctimas. ¿Es justo o no este holocausto?
—¡Justo, oh gran Mopa!
Algunas mujeres se acercaban llevando a sus criaturas para sacrificarlas a los genios maléficos.
—Nadie se mueva —ordenó Mopa—. Voy a invocar a Silvani, el león, y a Neloyu, el elefante.
—Nadie se mueva —repitieron los guerreros indígenas.
La invocación a los espíritus era la iniciación al sacrificio de las víctimas humanas.
Varias madres estrechaban angustiadas a sus tiernos hijos, pero nadie se movía, mientras el hechicero daba saltos y arrojaba hierbas aromáticas en las hogueras.
De improviso, Dick Tabú saltó al redondel y disparó al aire una bala de su pistola.
—Es Silvani..., es Neloyu —murmuraron los supersticiosos negros.
—No soy ni Silvani ni Neloyu —exclamó Dick Tabú—. Soy el INTOCABLE. ¿Me oyen?
—Te oimos —respondieron todos.
—Saben, pues, que soy un hombre y no un espíritu —declaró soberbiamente el prodigioso muchacho.
—Es el espíritu del mal —gritó el hechicero Mopa—. Mátenlo.
Los guerreros no se atrevieron a obedecer. Entonces el mismo hechicero cogió una flecha y la lanzó sobre Dick Tabú.
La flecha pareció atravesar el cuerpo del Intocable, pero no le hizo daño.
—Que se acerque Markai, el jefe del kraal —ordenó Dick Tabú.
Markai se acercó trémulo y sin atreverse a mirar al Intocable.
—He venido a poner fin al reinado de los espíritus maléficos —dijo Dick a Markai—. Dime algo sobre el LEOPARDO FANTASMA.
—Nada sabemos —respondió Markai, siempre inclinado hasta el suelo—. La bestia mata y desaparece. Nunca hemos visto sus huellas. Mata a todos los hombres de mi kraal y anoche hirió al *buana*, al hombre blanco... Por eso nos hemos negado a seguir trabajando en los campos y en las faenas del colono Chalmers.
—Que se aproxime Mopa —ordenó entonces Dick Tabú.
El hechicero avanzó.
—Mopa —expresó el Intocable—, eres culpable de un gran de-

lito. Has vuelto a reanudar los ritos prohibidos y pensabas sacrificar criaturas humanas. Quedas prisionero en tu ruca... Y tú, Markai, ordena a tu gente que vuelva a trabajar las tierras del colono Chalmers. Yo me batiré solo con el Leopardo Fantasma.
Nadie se atrevió a desobedecer las órdenes del Intocable, a quien las flechas transpasaban su cuerpo sin herirle.
En realidad, Dick Hateras no era invulnerable, sino que sus movimientos eran tan rápidos e imperceptibles, que esquivaba el ataque desviando su cuerpo uno o dos milímetros, de manera que las flechas pasaban por su costado, entre sus piernas o a un milí-



metro de su cuello.

Triunfante pasó Dick Tabú, a través de los atemorizados negros y llegó a la morada de los esposos Chalmers.

—Soy Dick Tabú —dijo el joven, cuando Doris le abrió la puerta—. Recibí el mensaje de la yungla. ¿El señor Chalmers?

—Está gravemente herido —respondió Doris.

—Quiero verle —indicó Dick.

Juan Chalmers tenía una herida en la garganta igual a las que el Leopardo Fantasma infería a todas sus víctimas. Por fortuna la garra no alcanzó a hundirse en la arteria central y la herida podía curarse.

Después de conversar con el accidentado, Dick le preguntó:

—¿Cree usted que se trata de un verdadero y auténtico leopardo? Déjeme examinar su herida.

El Intocable examinó minuciosamente la sangrienta herida, sin poner sus manos sobre ella, y dijo sentenciosamente:

—Esa herida no es causada por la garra de una fiera. Tendré que buscar a la bestia humana.

Aquella noche Dick Tabú fué huésped de los esposos Chalmers.

—Yo conocí a tu padre —decía Juan al Intocable—. Era un excelente amigo y fué muy bueno cuando sufrimos la desgracia de perder a nuestra hija Viola. Nuestra niña era más o menos de tu misma edad, Dick.

—¿De qué murió?

—No ha muerto —interrumpió Doris, con vehemencia—. La raptaron los negros de la tribu kopjes cuando tenía tres años. Por eso Juan y yo no abandonamos esta región. Siempre abrigamos la esperanza de recobrarla.

—Yo efectuaré una excursión al país de los kopjes —declaró impulsivamente Dick—, y, si vive, la traeré a su hogar.

—En doce años de vida entre los negros, qué puede haber ocurrido a nuestra linda Viola —murmuró Juan Chalmers—. La habrán educado como a una chica salvaje; ignorará nuestro idioma y nuestras costumbres.

—Yo también he crecido entre salvajes —insinuó Dick—, y, sin embargo, no lo soy. Aunque a veces el comandante Darcy y el capitán Jackson afirman que nada tengo ya de mi raza, sino el color. Ahora voy a descubrir a ese Leopardo Fantasma... Seguiré sus huellas... ¿Es usted el único hombre blanco de la región?

—Vive también cerca de aquí un australiano de apellido Burt —comunicó Juan Chalmers—, quien desea que le venda mis tierras. Llegó aquí como vendedor ambulante y no creo que sirva para labores agrícolas. Ese individuo me desagrada y no confío en él.

Dick Tabú se dirigió en seguida al sitio donde había caído el negrillo Penique y buscó las huellas del Leopardo Fantasma.

"Aquí hay huellas de seres humanos y no de fieras —murmuró Dick—. Ya lo calculaba yo. Es una intriga criminal la que se desarrolla en este kraal."

El semidiós de la selva conocía no solamente los ocultos senderos de la yungla y el primitivo espíritu de sus habitantes, sino también los impulsos de los forasteros. Dick Tabú sospechaba que en aquella intriga actuaba un corazón malvado, un cerebro maléfico, perteneciente, quizás, a un hombre blanco, a quien ayudaban traidores de la raza negra.

Siguiendo los rastros llegó hasta una colina, en cuya cima divisó dos rucas muy bien construídas.

(CONTINUARA)

Ponchito

TOMA, LLEVALE ESTE CANASTO A DON CHUMA
...Y TEN MUCHO CUIDADO CON EL PERRO !
¿VAMOS A DEJARLE ESTE CANASTO A DON CHUMA, PATOCO ?
¡NO, MUCHAS GRACIAS! DON CHUMA TIENE UN PERRO MUY GUAPO
¡SI, PERO DA MUY BUENAS PROPINAS!

por nato

¡COBARDE! DE PURO MIEDO NO QUISO ACOMPAÑARME
¡ESPANTE EL PERRO, ON CHUMAAAA!
¡AAYYYYY!
¡JE, JE, JE! ¿QUE BUENAS PROPINAS DA DON CHUMA, NO?
NATO

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO XIII.— El sitio de Tenochtitlán.

Después de la *Noche Triste*, Hernán Cortés, con los sobrevivientes del desastre, se dirigió hacia Tlascala. Cada jinete llevaba a la grupa a uno o dos compañeros heridos. En el camino les detuvo un ejército indio. El conquistador se abrió paso con increíble audacia entre aquel mar humano y hundió su lanza en el corazón del jefe azteca. Los españoles y sus aliados, los tolteques, a favor de la confusión que reinó en las filas enemigas con la muerte del caudillo, lograron vencer.

—¡Los *teules* muertos en las acequias de Tenochtitlán resucitaron! —gritaban los aztecas, aterrados, y huyeron en desbandada. En el territorio de los tolteques, la destrozada hueste descansó y repuso sus fuerzas. Irigoyen, el noble capitán vasco, herido en la última batalla, fué curado por una dulce niña indígena, Malintozin.

La idea de regresar a México no abandonaba a Hernán Cortés.

—El paso de las lagunas es una dificultad casi invencible —argumentó Irigoyen.

—Construiremos una docena de bergantines —dijo el Conquistador—. Martín López se encargará de realizar este proyecto.

En los bosques se instaló el improvisado astillero, de donde saldrían las naves pedidas por Hernán Cortés.

Como faltaba la pólvora, se extrajo fino azufre de un volcán

para cargar los arcabuces. De Cuba llegaron nuevos refuerzos, enviados por el Gobernador Diego Velásquez al capitán Narváez, creyendo que éste había dominado al rebelde Cortés.

A fines de diciembre, las columnas se pusieron en marcha. Los bergantines, en piezas desarmables, fueron transportados a hombro hasta la ribera del lago Tezcuco. Se dragó el fondo para que hubiera suficiente agua y la flotilla no se hundiera en el lodo. El sacerdote Jerónimo de Aguilar bendijo los barcos.

—Esta vez triunfaremos —declaró Hernán Cortés, y todos sus hombres pensaron que estas palabras eran una profecía que anunciaba la victoria.

La flota, llevando sobre sus mástiles la bandera del Rey de España, surcó el lago mexicano. Cerca de la ciudad, vieron venir centenares de piraguas. Las poderosas proas de los bergantines las arrasaron como si fuesen sólo hojas secas flotando en el agua.

Sin embargo, la conquista de Tenochtitlán no sería fácil. Los aztecas estaban dispuestos a defender su tierra pulgada por pulgada. Nuevas piraguas se lanzaron al lago, pero esta vez no con la intención de abordar a los bergantines, sino de colocar estacas que les impidieran avanzar.

(CONTINUARA)

EL REY CUERVO

CUENTO DE GRIMM

La princesita era bella. No había otra igual en el mundo entero. Pero tenía un defecto: era orgullosa. El rey, su padre, se desesperaba al verla rechazar a todos sus pretendientes.

Por fin decidió invitar a los príncipes y nobles de su reino, de los países vecinos y de los reinos lejanos.

A la convocatoria acudieron reyes, príncipes, duques, marqueses, condes y barones.

Se prepararon fiestas espléndidas para agasajar a los concurrentes. En el primer día de recepción en el palacio real, todos aguardaban el momento en que aparecería la suspirada princesita.

Se presentó llevada de la mano por el rey, su padre. Tan hermosa, que despertaba a su paso murmullos de admiración. Mas, ¡ay!, pasó con mayor altivez que nunca.

Uno tras otro la saludaron los pretendientes y cada cual se vió víctima de sus crueles sarcasmos.

Con quien se mostró más despiadada fué con un rey, alto y apuesto, de rostro bello, pero de piel muy morena. Parecía haber atravesado un desierto bajo el sol calcinante.

—Un rey casi negro, un rey casi cuervo —rió la princesita—. ¡El Rey Cuervo!

Y lanzó una estrepitosa carcajada.

Para disimular, el monarca dió orden de que empezara el baile y todo el mundo fingió olvidar el ingrato episodio entre el bullicio de las danzas.

Sólo el llamado "Rey Cuervo" no pudo olvidar.

Al llegar el último día de las fiestas, y al advertir el rey que su hija no había elegido esposo, le exigió que se decidiera por alguno de los pretendientes.

—Ninguno me place. Ninguno es digno de mí —contestó ella con altanería.

—Conque los desprecias, ¿eh? Pues juro que te casarás con el primer pordiosero que acuda a las puertas de mi palacio —gritó el rey en el colmo de la cólera y sin cuidarse de que alguien le oyera.

Hasta transcurridos dos días, no se presentó mendigo alguno. Al segundo día compareció uno desgreñado y mal vestido, que, sin embargo, tocaba maravillosamente la mandolina y cantaba con melodiosa voz.

La princesita le hizo cantar trovas populares y, cuando terminó, el rey dijo:

—Me gustan tu canto y tu música, vagabundo. Y hasta tú mismo me resultas agradable... Tanto es así, que te concedo la mano de mi hija.

El desharrapado trovador se quedó con la boca abierta al escuchar tales palabras. Y la princesa, no digamos.

—¿Qué? ¿No aceptas? —preguntó el rey.

—¡Ya lo creo! ¡Y encantado! —aseguró el harapiento—. Gracias, señor.

La princesa, indignada, protestó:

—Padre y rey mío, ¿cómo puedes hablar así? ¿Cómo puedes ofrecerme a un miserable mendigo? ¿A mí, una princesa, tu hija?

Como el rey se obstinara en celebrar la boda, la princesa rompió a llorar y le suplicó de rodillas que no la obligara a aquel sacrificio. El rey, inflexible, declaró:

—Te casarás con ese mendigo. Lo he jurado, ¿entiendes? Y jamás he faltado a mis juramentos. Juré castigar tu orgullo casándote con el primer pordiosero que viniera a las puertas de este palacio. Has despreciado a los monarcas más poderosos, te burlaste de los príncipes más apuestos, desdeñaste a lo más florido de los duques, marqueses, condes y barones... ¡Pues te casarás con un mendigo!

Y, en efecto, media hora después se celebraba la boda, sin el menor esplendor.

Luego el severo monarca llamó a los recién casados y les dijo:

—No podéis seguir aquí. Un mendigo no debe vivir en un palacio. Su mujer, tampoco. Marchaos, pues, y que el cielo os acompañe.

La altiva princesa no tuvo ni ánimos para protestar.

Detrás de su esposo y sin dejar de llorar caminó la desdichada princesita. El marido no se preocupaba de aquel desconsuelo y,

a decir verdad, parecía muy satisfecho de la boda que había realizado.

Después de mucho andar, atravesaron varios bosques. La princesita, olvidando su pena, exclamó:

—¡Qué hermosura! Marido, ¿sabes a quién pertenecen estos bosques maravillosos!

—¿De quién han de ser? Pues de ése que tú bautizaste con el nombre de Rey Cuervo.

Y nuevamente se puso a caminar.

Ella le siguió en silencio, entregada a sus tristes reflexiones. ¡Hasta aquel pordiosero sabía que se había burlado del Rey Cuervo! Andando, andando, llegaron a una colina. Desde la cima se distinguían fértiles campiñas.

—¡Qué estupendas cosechas se recogerán este año en esos campos! —dijo el mendigo.

—¿De quién son, marido?

—Del Rey Cuervo.

—¡Ah, necia de mí! —se lamentó la princesita—. ¡Qué mal hice no casándome con él!

Al caer la tarde llegaron a la vista de una ciudad muy hermosa. La hija del rey preguntó:

—Marido, ¿a quién pertenece esa ciudad?
—Es del Rey Cuervo.
—¡Y yo que podía haber sido su esposa!
—Oye —dijo el vagabundo, enfurecido—, no sigas lamentándote por no haberte casado con tu Rey Cuervo. Cuando te fué posible hacerlo, no quisiste, y ahora que querrías, no puedes. Ahora no puedes, ¿entiendes? Pues no se te olvide. Conque a callar y a no decirlo más veces. Recuerda que soy yo tu marido y que no quiero oír más lamentaciones. Resígnate con tu suerte y no me obligues a decírtelo de otra manera.
Y cogiéndola de la mano, la arrastró por el camino, haciéndola caminar de prisa. Finalmente se detuvo ante una cabaña de pobrísimo aspecto.
—Bueno —dijo—, ya hemos llegado.
—¿Que hemos llegado? ¿Y adónde?
—A nuestra casa. Esa es.
—Llama entonces a tus criados —gimió la princesita.
—¿Qué?
—Que llames a tus servidores —balbuceó, un tanto cohibida por el tono de su esposo.
El se puso a reír a carcajadas.
—¡Mis servidores! ¿Quién te ha dicho que los mendigos tenemos criados?
—Pues..., pues..., ¿quién te sirve?
—Hasta ahora me he servido yo, si bien desde hoy me vas a servir tú. Anda, enciende el fuego y hazme la cena.
Sin atreverse a decir que no sabía hacer aquello, la princesita se dispuso a obedecer. Pero sólo consiguió quemarse las manos. El mendigo, sin decir una palabra, encendió el fuego y cocinó. Luego ambos se acostaron, rendidos de fatiga.
En cuanto rayó el día, el mendigo, sin muchas ceremonias, sacudió a su mujer, gritándole:
—¡Hola, que ya amaneció!
La princesa gimió un poco y se acostó del otro lado. El mendigo abandonó el pobre lecho, se rascó la cabeza un tanto perplejo, y después volvió a gritar:
—¡Eh, tú, princesa del jergón! Levántate. Has de barrer la casa.
—¿Yo? —preguntó la princesa, despertada bruscamente. Y tuvo que obedecer otra vez. Barrió muy mal, pero su marido no protestó. La ayudó a preparar el almuerzo y así transcurrieron algu-

nos días. Cuando las provisiones se terminaron, el mendigo determinó que su principesca esposa trabajara en algo y le trajo mimbres para que hiciera canastos. Ella, aunque se esforzó por cumplir la faena, sólo consiguió destrozarse sus lindas manos. El vagabundo no tuvo corazón para reñirla y pensó en darle un trabajo menos duro. Le trajo una rueca, un huso y cáñamo para que hilara. Ella no pudo hacerlo y entonces él perdió la paciencia. Las lágrimas de su esposa lograron, sin embargo, contener su cólera.

—Con las monedas que hoy me dieron compraré platos y tazas de barro, para que las vendas en el mercado —resolvió, satisfecho de hallar una solución. La princesa contestó:

—¡Olvidas que soy la hija de un rey! ¿Qué sucedería si me reconociesen los vasallos de mi padre? ¡Se burlarían de mí!

El repuso airadamente:

—¡Ah!, ¿sí?... Pues escucha, hija de un rey. Esta es la última vez que te opones a mis deseos, ¿estamos? Cuando yo te mande, obedeces o te obligaré a palos.

Y al otro día, la orgullosa princesa estaba vendiendo platos de barro en el mercado. Nadie la reconoció, a causa de sus andrajos. Su belleza continuaba siendo tan extraordinaria, que muchos fueron los que compraron su pobre mercancía sólo por recibir una mirada de agradecimiento de sus hermosos ojos.

Con el producto de la venta, el mendigo y la princesa pudieron vivir tranquilamente durante una temporada. Cuando se terminó el dinero, hubo otra feria, de modo que ella volvió al mercado. Pero esta vez ocurrió un desastre. La princesa colocó su puesto en la esquina de una importante calle, por donde desembocó un soldado a caballo. Las patas del corcel destrozaron todas las piezas de barro.

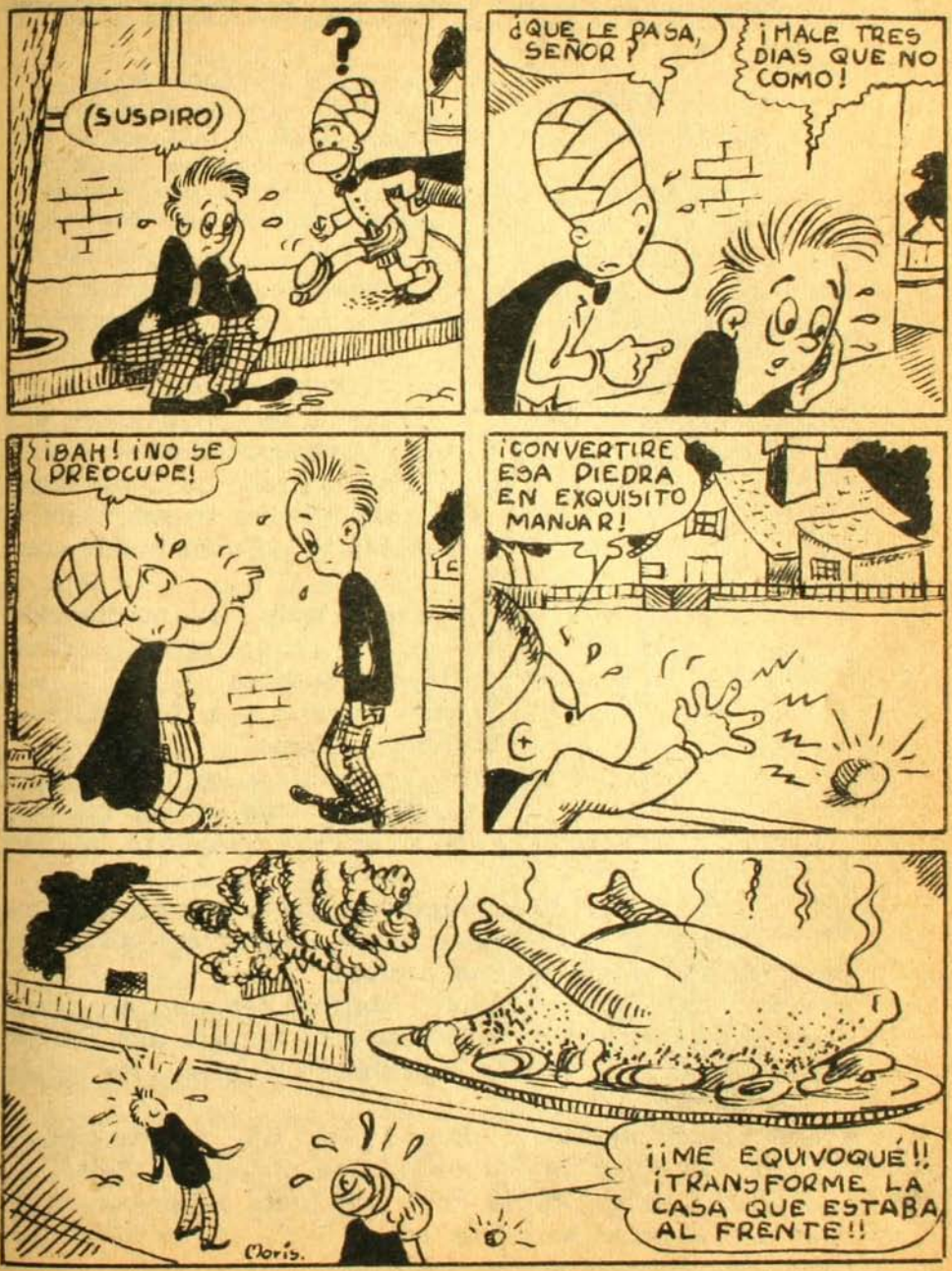
El mendigo se enfadó mucho al saberlo y salió de la cabaña sin consolar a la princesa, que se quedó llorando. Volvió una hora más tarde y dijo:

—Te conseguí trabajo. En palacio necesitan una fregona. Irás ahora mismo y, como pierdas la colocación, te rompo las costillas con un garrote. Sólo trabajarás por la comida y me traerás una parte para mí, pues eso de mendigar cada vez produce menos.

Y así la princesa se convirtió en fregona. Para guardar la ración de comida que el mendigo le exigía, se colgó debajo de las sayas un par de cántaros, donde colocaba algunos bocados en cuanto podía.

Cierta noche se realizó una gran fiesta en el palacio. La servidumbre de la cocina recibió permiso para asomarse discretamente a las puertas de los salones. Entre las criadas y cocineros se hallaba también la princesa fregona. Con gran tristeza observaba la magnificencia de aquel lugar, cuando avanzó hacia ella nada menos que un apuesto príncipe. Vestía un soberbio traje recubierto de oro y pedrería. Y ante el asombro de todos los presentes, cogió de la mano a la fregona y se puso a bailar con ella.
La princesa experimentó una terrible confusión al verse miserablemente vestida en un salón tan brillante. Y aun aumentó su turbación al reconocer al doncel que tan caprichosamente la había elegido. ¡Era nada menos que el Rey Cuervo!
La infeliz quiso escabullirse, pero él no la dejó. Al hacer ella grandes esfuerzos para soltarse, se le rompió el cordón del cual estaban sujetos los cántaros con la comida para el mendigo y todo se desparramó por el suelo.
¡Qué de carcajadas motivó el inesperado suceso!
Pero el Rey Cuervo se inclinó galantemente ante la atribulada fregona, al mismo tiempo que alzaba la enjoyada mano para demandar silencio. Y dijo:
—Enjuga tus lágrimas, princesa.
¡Princesa!... El asombro enmudeció a los invitados y palaciegos. El añadió:
—Mírame bien, princesa. ¿No me reconoces? El mendigo que se casó contigo y yo, el Rey Cuervo, somos una misma persona. Oí por casualidad a tu padre cuando, en un arrebato de ira, juró casarte con el primer mendigo que acudiera a las puertas de su palacio... Entonces decidí disfrazarme de vagabundo, me presenté en palacio y conseguí que nos casaran. Y también yo fuí el soldadote borracho que con su caballo destrozó tu puesto de cacharrería...
La princesa escuchaba incrédula las palabras del Rey Cuervo. Y con ella, los sorprendidos cortesanos y el propio padre de la joven.
—He domado tu soberbia —continuó el Rey Cuervo—, y sé que estás dolida de tu pasada altivez. Es de justicia que terminen tus penas.
Todos se alegraron y el júbilo fué aún más estruendoso cuando la humilde fregona, que se dirigió a sus antiguos aposentos, reapareció con sus mejores galas. Pero ya no era la orgullosa de antes.

PEDRIN EL MAGO



Centelleante

CAPITULO XIII Y FINAL.— Se descubre al ladrón.

RESUMEN: Fernando Vilches, el padre de la bailarina Centelleante, es acusado de un robo que no ha cometido. El detective Dartús sigue la pista a Martín Esparón, secretario del millonario Marty.

El detective Humberto Dartús llegó al circo de Julio Salvador y preguntó por Centelleante.

Concha Salvador estaba, como de costumbre, muy borracha y tembló de espanto creyendo que venían a arrestarla por maltrato de la pequeña.

—¿Ha muerto Centelleante? —preguntó llena de terror.

—No —dijo el detective Dartús—, pero el trato que usted le dió fué abominable. Por suerte logró huir. Yo vengo a efectuar averiguaciones sobre un individuo que asistió al estreno de Centelleante... Parece que conversó con Fernando Vilches en esa función y dijo ser el secretario del millonario Marty. ¿Quién puede confirmarme esto?

—¡Yo! —gritó el Orangután—; lo recuerdo muy bien, porque sólo tuvo elogios para Centelleante y a nosotros no nos aplaudió. Creo que ese individuo llevaba barba y bigotes postizos.

"Voy en buena pista —se dijo Dartús, regresando a la capital—. Ahora seguiré los pasos de ese individuo infame."

De regreso a la ciudad, el detective se dedicó a vigilar al secretario del millonario Marty y descubrió que, bajo un nombre falso, había alquilado un pequeño departamento cercano a la casa de Marty.

Disfrazado de mandadero cojo, Humberto Dartús siguió una noche a Martín Esparón y, agazapado entre las sombras, pudo espiarle por entre los vidrios de una ventana.

Anhelante por contemplar su tesoro, Martín Esparón no cerró completamente el cortinaje de la ventana, de manera que Dartús pudo divisar por un intersticio la multitud de billetes y las bolsas con monedas de oro.

"Parece que piensa ausentarse pronto —se dijo el detective—. Veo que coloca el oro y los billetes en una maleta de viaje."

Humberto Dartús esperó media hora más junto a la ventana, y al advertir que Esparón se tendía en su lecho, comprendió que no pensaba fugarse hasta el día siguiente.

Inmediatamente el falso mandadero cojo recobró su verdadera personalidad y fué a visitar al señor Marty para comunicarle que el culpable del robo era su secretario.

—Espere hasta mañana para dar parte a la policía, señor —suplicó el detective, a fin de no desbaratar sus planes—. Usted conseguirá así recuperar todo su dinero.

Humberto Dartús llegó a su casa contentísimo y dijo a sus protegidos:

—Anguila, Centelleante y tú también, Didi, mañana iréis conmigo a darle una serenata a Martín Esparón.

Entretanto, el ladrón había pasado la noche en el cuarto que alquilaba bajo nombre supuesto, y en las primeras horas pidió que le llamaran un taxi.

Con su maletín en la mano, el bellaco salió a la calle y subió al automóvil.

—A la Estación del Sur —dijo al chófer—, y con la mayor velocidad.

El vehículo se puso en marcha, pero a los dos minutos se detuvo tocando la bocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó el ladrón, que apretaba nerviosamente la maleta llena de bolsas con oro y billetes.

—Unos saltimbanquis obstruyen la calzada —explicó el chófer— y la gente se agrupa en torno de ellos.

Centelleante, vestida con su traje de bailarina, y el Anguila, tocando el acordeón, habían atraído a los pasantes que formaban un compacto grupo. El perro Didi actuaba también con sus graciosas payasadas.

Sobre una cuerda tendida de un lado a otro de la calzada, Centelleante ejecutaba una de sus mejores acrobacias.

Apenas se detuvo el taxi, Humberto Dartús saltó a la puerta derecha del automóvil, en tanto que el Anguila se situaba a la izquierda.

—Arriba las manos o disparo —ordenó el detective a Martín Esparón.

Martín comprendió que toda resistencia era inútil. Los transeúntes se agrupaban curiosos y hubo un general estallido de risa cuando el Anguila arrancó al bandido su barba y bigotes postizos.

Martín, desesperado ya, sacó un revólver del bolsillo y se abrió paso fuera del automóvil. Pero allí actuó el perrito Didi mordiendo los talones al fugitivo.

—¡Eso es! Así hay que tratar a los ladrones —animaba el público a Didi, y él, sintiéndose héroe de la jornada, atacaba con mayores bríos.

El detective Dartús se aproximó al delincuente, que miraba en torno suyo como una fiera acorralada, y se oyó un sonido metálico. Las manos de Martín Esparón quedaron aprisionadas en los grilletes.

—Aquí terminan tus fechorías —anunció Dartús—. En la cárcel podrás meditar sobre la inconveniencia de ser malhechor.
La multitud era cada vez más densa en torno al extraño grupo del ladrón cogido por artistas de circo.
Acudió entonces la policía llamada con anterioridad por el detective Dartús, y Martín fué llevado a la cárcel con la maleta delatora de su culpabilidad.
Esparón marchó a la cárcel, seguido por Centelleante, el Anguila y Didi. A vanguardia, contenidos por la fuerza pública, desfilaban los curiosos. Mucha gente pensó que se trataba de propaganda para algún circo, pero después veían al preso y surgían los más diversos comentarios.
Esa misma tarde, Fernando Vilches salió de la cárcel y el millonario Marty, para compensarle de todos los sufrimientos que padeció por su causa, le obsequió dinero para comprar una finca en su aldea.
Desde ese momento, todo sonrió a la familia Vilches. Adelaida salió del hospital completamente restablecida y pudo volver a su nueva casa con sus cinco hijos.
—Ahora somos seis —decía Centelleante, mostrando al Anguila.
—Ciertamente —declaró Vilches—. El Anguila será nuestro hijo mayor.
—Y Didi, el Benjamín —exclamó Centelleante, besando al blanco perrito que era su fiel compañero.
Todos felices en la casa de campo, se divertían formando un circo en miniatura, y a veces Centelleante y el Anguila daban funciones de caridad para los pobres, pero nunca más permitió Fernando Vilches que su linda hija fuera una saltimbanqui.

F I N

¡NO DEJE DE LEER!
EN EL PROXIMO NUMERO
DOS FUGITIVAS

Es la conmovedora historia de Silvia y Lucía, dos fugitivas que, sin más defensa que su corazón valeroso y el cariño que ambas se profesan, van por el mundo en busca de la felicidad, en demanda de un hogar.

Ives el indomable

CAPITULO XIII.— La leyenda del Graal.

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Allí reina Taz, el Gran Sacerdote, quien les sentencia a morir. Sólo Ives huye y va en busca de sus "lobos" para que le ayuden a rescatar al viking. Arengando a los aldeanos de Valok, les guía hasta el Valle de la Dicha, para que venzan a los tiranos.

Habiendo salvado a Rolando el Gavilán de caer en el cráter de un volcán, Ives le guió hasta el patio, donde combatían el pueblo de Valok y los esbirros de Taz.

—Hoy termina el reinado de Taz —murmuró el sobrino del rey Arturo—. Mientras mi heroica manada de "lobos" asalta a los guardias, vamos en busca del Gran Sacerdote. Quizás pretenda huir.

Así era, en efecto. El ambicioso que atesoraba riquezas a costa de vidas humanas, el déspota que esclavizaba en sus minas de oro a los habitantes de la isla de Tule, escuchó temblando de miedo el clamor de la plebe que pedía venganza y huyó a la torre más alta.

Ives y el viking, con sus espadas desenvainadas, le seguían por las escaleras y corredores de piedra.

Al borde del parapeto, el Gran Sacerdote observó el patio y los jardines, donde sus hombres se rendían. Comprendió que estaba derrotado y se lanzó al abismo.

En el mismo instante, la tierra se estremeció violentamente y el volcán desbordó sobre el palacio un torrente de lava inflamada. Los hombres que luchaban por la libertad de Tule pudieron huir del terrible alud. Al reemprender el camino hacia la costa, vieron cómo la siniestra fortaleza desaparecía para siempre en la vorágine de fuego. ¡Tule quedaba libre de sus opresores!

Cuando Ives y sus valientes se dispusieron a partir, una gran multitud acudió a despedirles.

—¡Vivan nuestros libertadores!

Las aclamaciones ahogaban la poderosa voz del mar y continuaron resonando hasta que la nave se perdió en lontananza. Después de muchos días de navegación, el barco penetró en un inmenso fiordo. En la costa se veían brillar las hogueras.

—¡Mi tierra! —susurró el Gavilán.

Fué recibido con gran algazara. Los guerreros vikings abrazaban a su príncipe, alegrándose de su retorno.

Ives y sus hombres permanecieron algún tiempo entre los vikings y luego regresaron a Bretaña.

—Adiós, Gavilán —dijo Ives—. Recordaré siempre a mi amigo de cabellera y corazón de oro.

—Y yo, a Ives el Indomable y a sus "lobos". Buen viaje, príncipe.

Se estrecharon las manos y sus miradas se encontraron, con el fulgor de una amistad profunda.

En las costas de Bretaña, los hombres de Ives se dispersaron y el joven prosiguió solo su camino, hacia Armorique, en la región de Camelote. Caballero andante, buscaba aventuras donde pudiera vencer a los felones y proteger al débil. Pidió albergue en el castillo del barón Gary, quien le saludó:

—Bien venido, príncipe Ives. Conozco vuestras hazañas en Tule. El rey Arturo sabe también que su sobrino es un héroe.
—¿Pero continúa airado contra mí?
—A nadie confía sus secretos pensamientos, pero creo que os ha perdonado. Al menos, vuestra madre, la princesa Ghislene, no ha sido perseguida.
Ives respiró tranquilizado.
Esa noche, la castellana Genoveva leyó antiguas leyendas sobre el Graal, misteriosa tierra de hechizos y magia, donde existía una laguna encantada. Sobre ella había una copa de oro, suspendida por una cadena de plata. Muchos caballeros intentaron llegar hasta la fuente y jamás regresaron. Más tarde se encontraban, en caminos cercanos a las chozas de los leñadores, sus yelmos y escudos.
Ives, pensativo, murmuró:

—No creo en maleficios ni brujerías. Iré al Graal, a enfrentarme con sus espectros.
Un silencio t e n s o acogió sus palabras. Genoveva palideció. El barón exclamó:
—¡No lo permitiré!
Ives sonrió, mientras sus ojos relampagueaban. Más tarde, mientras cenaban, levantó su copa y dijo:
—¡Por la conquista del Graal!
Nadie acompañó el brindis. Más tarde, un paje acompañó a Ives a su cámara.
En la soledad, el joven meditó profundamente. No renunciaba a su aventura. La comarca estaba

aterrorizada por los moradores del Graal. Se murmuraba que desde aquel rincón jamás explorado por seres humanos provenían los sortilegios que traían la muerte, las epidemias, la guerra. Duendes invisibles se mezclaban con los aldeanos y barones y les susurraban consejos malvados.

Aunque Ives declaró que no creía en la magia, vivía en un siglo de creencias nebulosas. Los caballeros de la Edad Media preferían enfrentarse a un ejército antes que sostener la fosforescente mirada de un duende.

—Sin embargo, iré al Graal —murmuró Ives, antes de sumirse en el sueño—. Y ojalá mi espada sea más poderosa que los conjuros.

(CONTINUARA)

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 13

El león .....

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el león? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón.

Entre los solucionistes exactos se sortearán semanalmente los siguientes premios: 10 paletas de acuarelas, 5 tubos de pasta dentífrica BAYCOL, 3 cinturones, 2 juegos de pimpón, 10 carpetas de esquelas, 10 libros de cuentos infantiles, 25 paquetes de "Vitalmín Vitaminado", 6 libretas de apuntes, 2 juegos de lotería y 5 premios de $ 10,—.

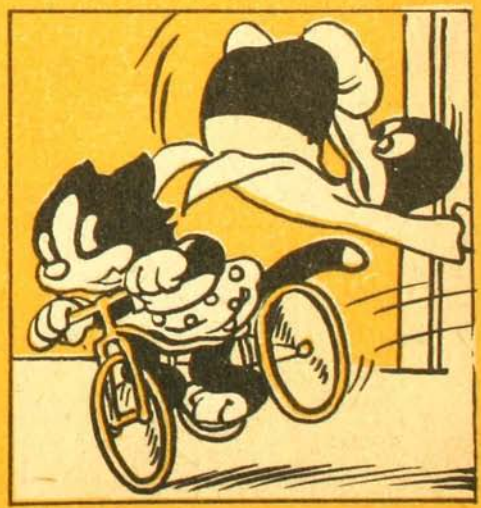
SOLUCION AL CONCURSO N.° 10. El pato, parpa.

Premiados con UN PAQUETE DE VITALMIN: Marcelo Lira, Santiago; Enrique Heresi, Santiago; José Izquierdo, Santiago; Rodrigo Puga, Concepción; Pedro Fernández, Santiago; Max Montoya, Santiago; David Humeres, Santiago; Mónica Latorre, Santiago; Arturo Astete, Yerbas Buenas; Carlos Díaz, Chillán; Roberto Rojas, Santiago; Alfredo Vergara, Quillota; Raúl Domínguez, San Bernardo; Juan González, Santiago; Enrique Salas, Santiago; Gustavo Godoy, Cabrero; Eugenio Lira, Santiago; Guido Dellafiori, Santiago; Bernardita Rojas, Constitución; Eduardo Serra, Talca; Miguel Iturrate, Santiago; Ernesto Ríos, Santiago; Israel Koifmann, Santiago; Felipe González, Valparaíso; Benjamín Donoso, Talcahuano. UN JUEGO DE PIMPON: Fernando Etchegaray, Santiago; Delia Montecinos, Concepción; Nieves Saavedra, Santiago; Arturo Eugenín, Santiago; Sandra Vilhelm, Traiguén. UN PAR DE SOQUETES: Eleodoro Hormazábal, Llo-Lleo; Claudio Contreras, Penco; Eliana Bustamante, San Bernardo; Nisin Jara, Santiago; Marta Valenzuela, Santiago; Ronald Chester, Santiago. CON $ 10,—: Carmen Toscanini, Santiago; Mónica Quezada, Santiago; René Cuevas, Santiago; Jorge Aracena, Santiago; Douglas Venegas, Lautaro. UN ESTUCHE COLEGIAL: Gastón Acuña, Angol; Jorge Díaz, Santiago; Carmen Ponce, Villa Alemana; María Eugenia San Martín, Bulnes; Norma Navarrete, Santiago. UNA CAJA LAPICES DE COLORES: Gloria Paravic, Viña del Mar; Jorge Sanhueza, Talca; Patricia Gómez, Ovalle; Oscar Valencia, Santiago; Elías D. Rojas, Santiago; Pedro J. Cornejo, Santiago; Diana Gubbins, Santiago; Eduardo Godoy, Lautaro; Carmen Bastías, Villa Alemana; Manuel Araya, Coquimbo. UN LIBRO: Ricardo Isaac, Santiago; Heraldo Cerda, Santiago; Guillermo Palacios, Santiago; Hernán Castillo, Quillota; Patricia González, Santiago; Jaime Concha, Viña del Mar; Iván Valdivia, Santiago; Eugenio Bello; Santiago; Ruth Moya, Santiago; Alberto Silva, Santiago. UNA PELOTA DE GOMA: Sergio Ulloa, Quillota; Eduardo Lanas, Santiago; José Monasterio, San Antonio; Norka Corvalán, Santiago; Fernando Ibáñez, Santiago; Alejandro Garretón, Santiago.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

MUCHI y POCO

3. Más muerto que vivo y más asustado que contento atravesó la calle, haciéndole quites a todos esos monstruos con ruedas. Por fin alcanzó la vereda y se pescó a un poste. "—¡Me salvé!"



4. Feliz con la escapada, abrió la puerta de su casa. "—Soy un lince para quitarle el cuerpo a los accidentes", decía, y en ese momento, Muchi salió de la casa en su bicicleta y lo atropelló.

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. Los ositos Ma, Ra, Vi y Lla debían cortar leña y estaban afligidos. El hacha era muy tonta pesada. "—Yo les enseñaré", ofreció Tomasín, y dió el golpe sensacional.

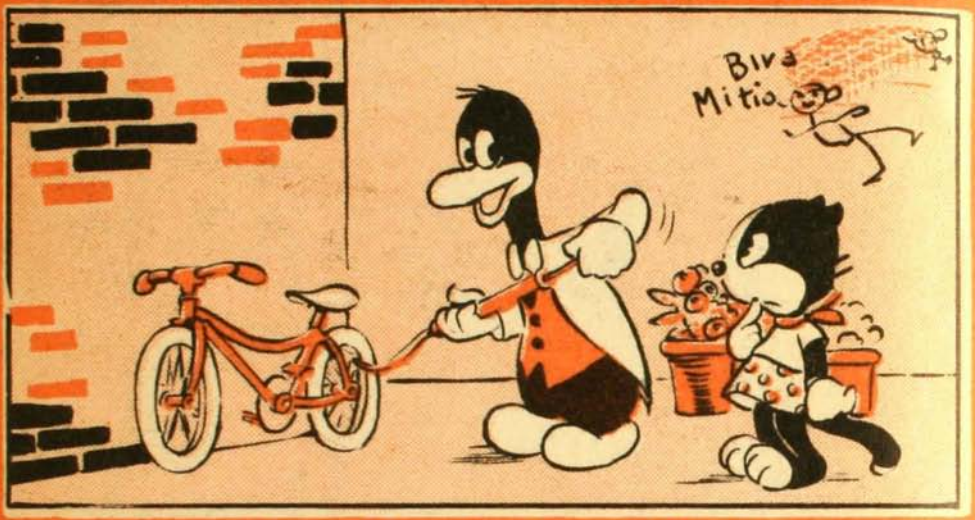
2. Partió el tronco en dos, pero uno de los trozos cayó sobre la palanca del grifo de agua y Tomasín recibió un chaparrón. "—Después del trabajo, una ducha", dijo para disimular.

Simbad

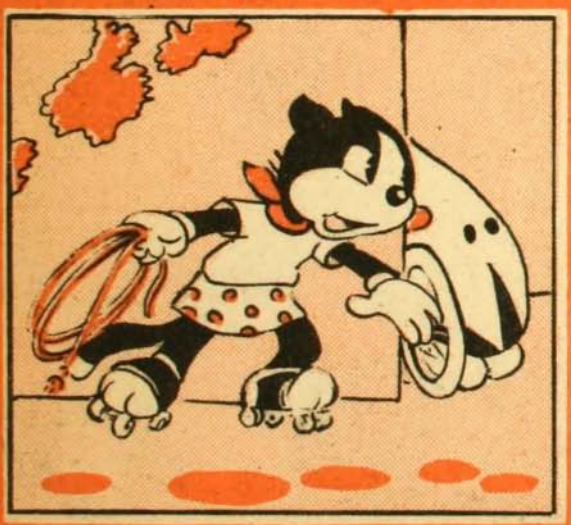
N.º 14

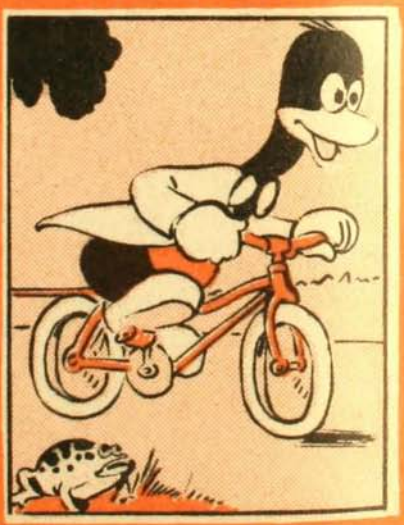
$ 2.-

MUCHI y POCO



1. "—Lléveme de paseo", rogaba la gatita Muchi, pero el pato Poco dijo: "—Los ciclistas salen solos". "—Y los egoístas también", contestó ella. "—Es en vano el chillar", añadió Poco.





2. Muchi no se conformaba con quedarse y tuvo una idea vivaceta. Se puso los patines y cogió un lazo para lacear patos distraídos. Poco se puso a pedalear, entusiasmado con el paseo.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 14
Precio: $ 2.—
8-XII-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO XIV.— Fabulosas riquezas.

Compadecido de un viejo que esperaba en la orilla del río un alma caritativa que le llevase al otro lado, Simbad el Marino lo cargó sobre sus espaldas. En la ribera opuesta, el duende o diablejo no quiso bajarse y cruzó con fuerza sus piernas sobre el pecho de Simbad. Espoleándole como a un caballo, le obligó a trotar entre los árboles, mientras él cogía exquisitas frutas de las ramas bajas.

Llegó la noche, y Simbad creyó que su verdugo le soltaría. Pero éste, aunque le permitió recostarse en tierra para dormir, continuó montado sobre sus espaldas. Transcurrieron así las semanas. El pobre marino, que tan airoso pudo salir de sus aventuras anteriores, ahora estaba convertido en una acémila, y por instantes pensaba que al mirarse en el río no vería su rostro coronado por el turban-

te de seda, sino por dos orejas largas...
—Este brujo terminará por convertirme en cuadrúpedo. Es necesario que me defienda —resolvió un día.
Eligió una calabaza seca, la limpió cuidadosamente, y luego exprimió en ella varios racimos de uva. La depositó en un lugar cálido para que el líquido fermentara. Días más tarde pasó a recoger la calabaza y probó el exquisito vino. Su jinete quiso también un sorbo, y le agrado tanto, que lo bebió hasta la última gota.
Ebrio, el viejo comenzó a cantar, tamboreando sobre la cabeza de Simbad. Las piernas cruzadas con fuerza y que casi ahogaban al marino, se aflojaron, la voz se debilitó y, de pronto, el diablejo cayó, vencido por el alcohol. Entonces nuestro aventurero pudo huir.
Casualmente un barco había anclado en la isla y Simbad se apresuró a regresar a Bagdad.
Cinco naufragios llevaba el marino, y, sin embargo, emprendió el sexto viaje, con rumbo a las Indias. Una poderosa corriente submarina cogió el navío y lo estrelló contra una costa desconocida.
—¡Oh! —gritaban los marineros, contemplando la cadena de montañas que se extendía ante ellos. Eran de cristal de roca, rubíes y otras gemas.
—¡Oh! —exclamaron después, pero con un acento de terror, al observar que la arena, al pie de esa cordillera, estaba sembrada de esqueletos.
—De aquí nadie escapa con vida —anunció el capitán—. Por un lado tenemos el mar; por el otro, esos montes, que no pueden

escalarse, porque resbalaríamos en sus lisos faldeos. Moriremos de hambre.

Así ocurrió, en efecto. Simbad, el único sobreviviente, se internó por una gruta. Descubriendo un río caudaloso, construyó una balsa y dejó que la corriente lo arrastrara. Antes de partir colocó en el madero un gran cargamento de ámbar, telas y piedras preciosas, salvadas del naufragio. En algunos sitios la bóveda era tan baja, que los peñascos herían su cabeza, pero siguió remando, sin acobardarse, rodeado de tinieblas.

El cansancio le rindió por fin, y se durmió profundamente. Al despertar, se encontró en una verde campiña, rodeado de indios. Estos le condujeron a presencia del rey de Serendib.

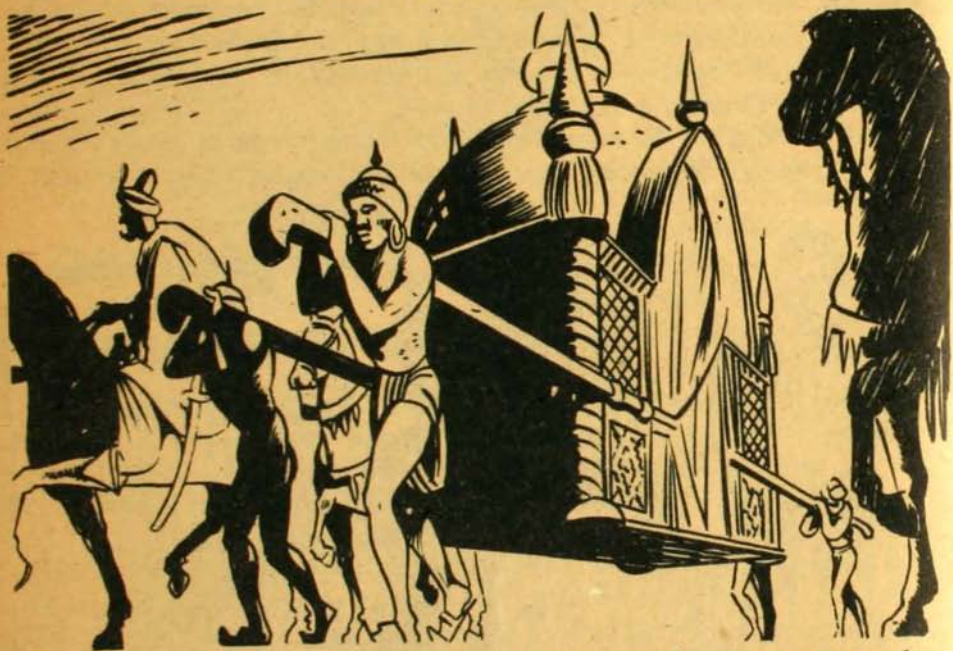
—Bien venido seas —le saludó el monarca—. Dime quién eres y cómo has llegado a mi reino.

Simbad el Marino le refirió sus aventuras, y éstas maravillaron tanto el rey de Serendib, que colmó de regalos a su huésped, y

cuando él quiso retornar a Bagdad, le dió para el califa Harum-al-Raschid los siguientes obsequios: una copa tallada en un enorme rubí, llena de perlas, cada una de las cuales pesaba medio dracma; una piel de serpiente con escamas de oro y que preservaba de toda enfermedad a quien la poseyera, y cincuenta mil dracmas de madera de áloe y treinta granos de alcanfor. Todo esto acompañado por una bellísima esclava, cuyos vestidos estaban cubiertos de piedras preciosas.

El califa, al recibir tan espléndidos presentes, preguntó a Simbad:

—¿Es verdad que ese rey es fabulosamente rico?



—Podéis suponer cuán grande es su riqueza al saber que es dueño de mil elefantes y de un palacio con una techumbre de cien mil diamantes. Las lanzas de los servidores de su corte son de esmeraldas. Cuando me embarqué de regreso, el soberano se dignó acompañarme hasta el puerto. Venía en un palanquín de oro puro, que brillaba en la noche como una constelación de estrellas. No puedo describiros toda la riqueza del rey de Serendib, señor.

(CONCLUIRA)

DICK TABÚ

CAPITULO XIV.— Se rompe el Tabú.

RESUMEN: El colono Hateras declara tabú a su pequeño hijo, a fin de resguardarlo contra los nativos y defenderlo de los forasteros malvados. Todo el que lo toque muere. Ni siquiera su propio padre se libra del tabú, y perece víctima de un cocodrilo. Crece la fama del Intocable. En cada kraal africano se le venera. Los malhechores que rondan por la jungla le temen. Visitan el distrito algunos hombres blancos, y Boldy intenta arrojar a Dick a las fauces de un cocodrilo. El Intocable logra salvarse. Este suceso acrecienta aún más su prestigio de semidiós. Poco después aparece en un kraal lejano una fiera a quien los nativos llaman el Leopardo Fantasma. El Intocable se dirige al kraal de Markai, y después de conversar con el colono Chalmers, descubre huellas humanas en el sitio donde ha muerto un negro desgarrado por la fiera.

Dick Tabú subió intrépidamente la colina donde se destacaban las dos chozas y divisó a un hombre blanco, vestido con pijama a rayas, sentado junto a una mesa.

Al ver al Intocable, frunció el ceño y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—¿Tal vez ha oído hablar de Dick Hateras, señor? —respondió el joven.

—Sí, sí. ¿Usted es Dick Tabú, el ídolo de los nativos? —interrogó el australiano Burt—. ¿Qué le trae por acá?

—Ando de caza.

—¿Y así tan desnudo? —expresó el australiano—. Cualquier cazador podría equivocarse y tomarle por un habitante de la yungla. ¿Cuál es su caza favorita?

—El leopardo.

—¿EL LEOPARDO FANTASMA? —interrumpió Burt—. Supongo que no será usted tan loco para atravesarse contra esa fiera, que ya ha matado a tanta gente. Si lo intenta, haría bien en preparar de antemano sus funerales.

—Por el momento sigo sus huellas —dijo intencionadamente el Intocable.

Burt guardó silencio y poco después preguntó a Dick si deseaba algo.

—No está de más beber una copita de *whisky* —añadió Burt con amable sonrisa.

En seguida el australiano llamó a su criado y le habló un dialecto que Dick no conocía.
—¿Qué dialecto usa usted? —preguntó Dick a Burt.
—El de Uganda —explicó Burt—. Mi criado Tommy es un negro de Uganda; vive conmigo desde muy joven. Es muy fiel y daría su vida por mí.
Tommy trajo licores y frutas que arregló sobre la mesa.
Dick Tabú examinó al coloso ugandés y miró sus enormes pies. De ese negro eran las huellas que él había seguido hasta la ruca de Burt.
De improviso dijo el Intocable:
—El capitán Jackson estará aquí en dos días más.
—¿Viene a arrestar al Leopardo Fantasma? —preguntó, con ironía, Burt.
—Me imagino que piensa ahorcarlo —respondió serenamente Dick—. Tengo ya la convicción, señor Burt, de que el leopardo que mata no es un leopardo.
—¿Será un león?
—No. Son dos hombres —afirmó Dick Tabú.
—Habla usted en enigmas —indicó Burt, llevando su mano al bolsillo del pijama, donde ocultaba la pistola.
—Es fácil aclarar el enigma —respondió Dick, con imperturbable calma—. Anoche escuché dos veces el aullido de la fiera que llaman el Leopardo Fantasma... Buena imitación para los que no conocen el grito genuino de los animales salvajes. También estaban mal hechas las heridas de postizas garras, señor Burt, y, por último, la famosa bestia dejó huellas humanas junto a su última víctima. Por eso digo que el Leopardo Fantasma no es...
—¿Usted cree que se trata de una farsa del hechicero Mopa? —interrogó más y más inquieto el australiano Burt.
—El hechicero Mopa es un juguete en manos de criminales individuos —declaró Dick—. Es usted el culpable, señor Burt. Ha descubierto que en la propiedad de Juan Chalmers hay oro y quiere ahuyentarlo y obligar a sus nativos a desertar de su servicio. Afortunadamente su intento contra el señor Chalmers fracasó.
—Otra vez no fracasaré —dijo el cínico Burt.
—No habrá otra ocasión —expresó altivamente el Intocable—. Yo conozco sus planes. Su criado ugandés debe pertenecer a la

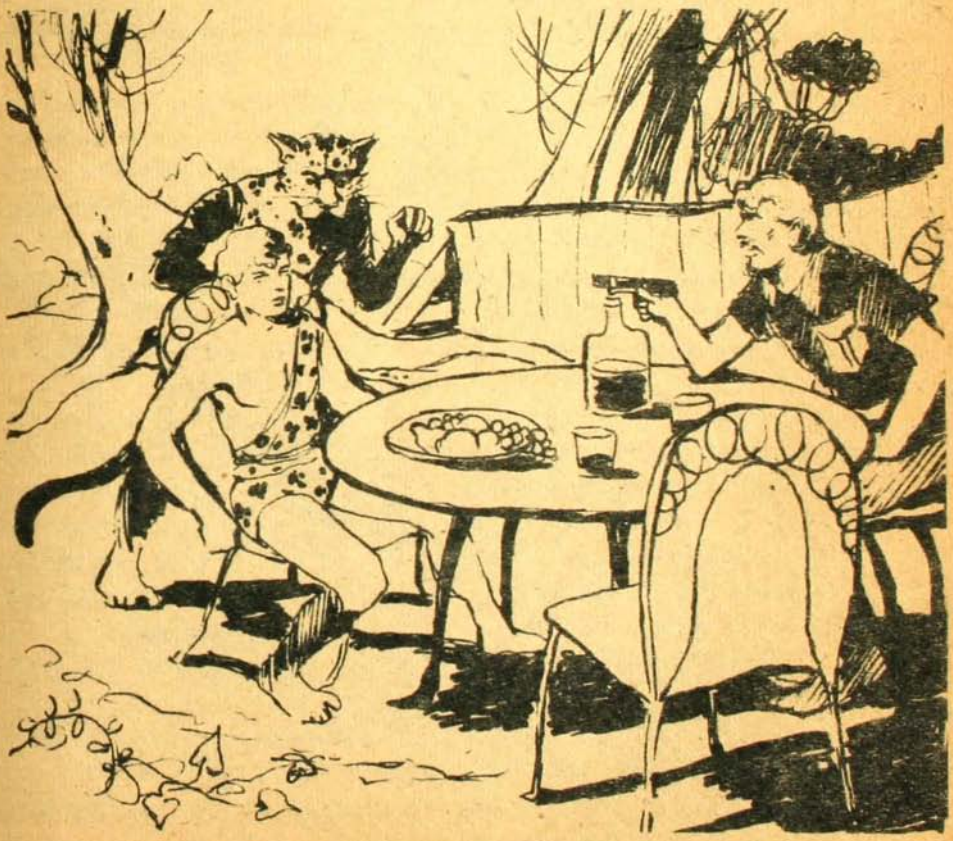
secta secreta de los "Leopardos Ugandeses". Ellos usan pequeños huesos afilados como garras y saben hacer heridas semejantes a las de los leopardos. Usted usa a Tommy para cometer esos crímenes. Ya ve usted, cómo me ha resultado la caza. Ya tengo en mi poder al leopardo.

—No será la primera vez —rugió Burt— en que el cazador sea víctima de la fiera. No te muevas, muchacho idiota e imprudente. Sabes demasiado y mañana todos se impondrán de que el Leopardo Fantasma ha hecho otra víctima.

—¿Piensa disparar su pistola contra mí? —interrogó el Intocable.

—Yo no —declaró Burt—; te matará el Leopardo Fantasma.

Dick Tabú permaneció inmóvil y con la vista fija en el asesino que le apuntaba con su pistola.



Su fino oído escuchaba ya los sutiles pasos del negro Tommy, que avanzaba tras de la silla con sus garrudas manos en actitud de agredir.

Burt dió una señal y el negro dejó oír el aullido feroz del leopardo.

No alcanzó Tommy a posar sus manos sobre los hombros del Intocable, pues éste levantó la mesa en que se apoyaba Burt y la volcó con vertiginosa rapidez.

La bala dirigida a Dick se volvió contra el malvado australiano, quien murió instantáneamente.

Destruído un enemigo, Dick arremetió contra el Leopardo Fantasma.

Fué una lucha atroz. Ambas pieles de leopardo se llenaban de la sangre vertida por los combatientes.

Por fin el negro Tommy lanzó un aullido agónico y cayó sin vida a los pies del vencedor.

Dick Tabú arrastró ambos cadáveres hacia la ruca, y después de recoger la piel de leopardo, las falsas garras y la feroz máscara del negro, salió de la ruca en dirección al chalet de Juan Chalmers.

"He roto el Tabú —pensaba Dick—, pero no había otro remedio para salvar a toda la tribu y también a los colonos Chalmers."

Estaba el valiente muchacho todo cubierto de sangre y arañazos, pues la lucha con Tommy había sido brutal y encarnizada.

—Siento que la cabeza se me desvanece —murmuró Dick—. Por primera vez alguien me hiere y mis fuerzas flaquean.

De súbito sintió un leve ruido en la yungla y advirtió que el hechicero Mopa alzaba sobre su cuerpo una flecha envenenada. Libróse del ataque milagrosamente, gracias a que Juan Chalmers, inquieto por la ausencia prolongada de Dick, salía a su encuentro.

Dick Tabú esperó que el hechicero Mopa lanzara el estridente grito que precedía a todo ataque indígena, y en el momento preciso de la embestida tendióse a los pies de su enemigo.

Juan Chalmers disparó tres veces y Mopa cayó encima del cuerpo del Intocable.

El buen colono apartó el cadáver del hechicero, y, al ver a Dick Hateras exánime, creyó que había llegado demasiado tarde.

Chalmers dió grandes voces llamando a sus criados y pronto trasladaron a Dick a casa del colono inglés.

Horas después el heroico muchacho recobraba los sentidos en un blando lecho.

—El Leopardo Fantasma ha muerto —balbuceó Dick.

—Sí, hijito mío —respondió Doris Chalmers, inclinándose con ternura sobre el lecho—, pero no debes hablar. Hemos lavado tus heridas; hay algunas muy profundas.

—Ya estoy mejor —murmuró el Intocable, incorporándose con dificultad—. Debo regresar... Es preciso que parta.

Doris colocó su suave mano sobre la frente de Dick, y, cosa extraña, el muchacho, en vez de experimentar repulsión por el contacto, se sintió feliz.

—Parece que estoy muy debilitado —musitó con acento de niño mimado.

Sin embargo, pronto reaccionó, y volviendo a incorporarse, exclamó aterrado:

—Señora, no debe tocarme... Soy tabú. Retire su mano... Hay pena de muerte para quien rompa el tabú... YO SOY AQUEL A QUIEN NADIE DEBE TOCAR.

—Hijo mío —expresó Doris, con maternal actitud—, tu padre, nuestro buen amigo el colono Hateras, te impuso ese tabú para librarte de sus enemigos, pero no de las personas de tu raza y de tu amistad. Duérmete, mi niño.

Dick sonrió plácidamente y entornó los párpados.
Aun no podía calcular conscientemente su estado actual, ni los daños que reportaría a su fama de semidiós la pérdida del tabú. Sólo una semana después pudo Dick levantarse del lecho y recobrar el uso completo de sus facultades.
¿Qué sería de su vida cuando regresara al kraal? Tomasi y los demás nativos, que creían en la divinidad del tabú, ya no confiarían en él.
"Marcharé a otras regiones", pensaba el Intocable.
Durante los días de su convalecencia, Dick Hateras escuchó el relato del rapto de Viola.
—Era tan linda mi hijita —decía Doris—. Ahora tendría quince años como tú, Dick. Se la llevaron los *kopjes,* una tribu salvaje que hace sacrificios humanos.
—Acaso ya no exista —suspiró Juan Chalmers.
—Vive —aseguró Doris—. Yo siento su voz en la lejanía y cuando me aparto del bullicio, creo que ella me llama.

—Yo iré a buscar a su hija Viola —decidió Dick—. Ustedes me han salvado la vida y yo hago voto de ir al país de los *kopjes* a buscar allí a Viola. No volverán a verme hasta que regrese con ella.

Por fin, un día, ya completamente curado de sus heridas, Dick Tabú decidió emprender viaje sin pasar por su kraal.

—Señor Chalmers —suplicó el muchacho—, facilíteme usted un traje de explorador europeo, pues ya no soy el Intocable, ni el sagrado tabú de los negros. Seguiré mi ruta por sendas extraviadas y deseo que mis guerreros ignoren a dónde me dirijo.

—Pobre niño —suspiró Juan Chalmers—. Estás triste porque se rompió el sagrado tabú y por eso te destierras.

—Oh, no —protestó Dick Hateras—, mi padre, al imponerme el tabú que me hacía Intocable, nunca pensó que algún día me encontraría gravemente herido y que necesitaba de la atención de una enfermera. La señora Doris ha sido para mí una madre cariñosa, y yo le aseguro que si mi madre hubiera vivido, yo no habría resistido a la tentación de abrazarla y besarla.

—En verdad, yo te quiero con amor de madre —interrumpió, muy conmovida, Doris—, y ahora que vas en busca de nuestra Viola te quiero doblemente.

El muchacho, que jamás había vestido un traje de hombre, ni zapatos, ni yelmo, se sintió sumamente incómodo con el equipo de explorador que le facilitó Juan Chalmers.

—Me parece —dijo sonriendo Dick— que apenas entre a la selva guardaré estos atavíos que me pesan como plomo en el cuerpo. Puedes despojarte de ellos en la espesura —aconsejó Juan Chalmers—, ya que sólo te interesa que los nativos no te vean partir con tu antigua indumentaria.

El colono Chalmers acompañó a Dick hasta los confines del kraal Makai y nadie se dió cuenta que el joven de botas y yelmo era el semidiós de los indígenas.

—Buen viaje y buena suerte —dijo Juan a Dick Hateras—. No expongas más tu vida, hijo mío.

—Siempre sabré defenderme —sonrió Dick—. Como aun no he perdido mis facultades de cazador y de adivino, triunfaré de todo peligro, y Viola regresará a su hogar. Adiós, don Juan.

—Adiós, Dick, y que el cielo te proteja —respondió Chalmers, visiblemente conmovido.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡CHITAS QUE ES TARDE! PARECE QUE VOY A LLEGAR UN POCO ATRASADO A LA ESCUELA
¿VAMOS A LA ESCUELA PATOCO?
¡PERO, SI YA VENGO DE VUELTA! TU VAS MUY ATRASADO, LA CLASE TERMINO HACE RATO
TE PERDISTES UNA CLASE MUY INTERESANTE, EL PROFESOR NOS ENSEÑO A SUMAR
...Y MAÑANA TENEMOS QUE LLEVAR DE TAREA DOS SUMAS

por nato

¡CHAO, PONCHITO! NO OLVIDES LA TAREA DE MAÑANA
ABUELITA, HAGAME DOS SUMAS QUE TENGO QUE LLEVAR DE TAREA A LA ESCUELA
AL OTRO DIA
AHORA SI QUE NO VOY A LLEGAR ATRASADO
¡SEÑOR PROFESOR, AQUI ESTA MI TAREA DE LAS DOS HUMAS!
NATO

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO XIV.— México se rinde.

Hernán Cortés, con una flota de bergantines, intentaba la reconquista de Tenochtitlán (México). Los nativos oponían una tenaz resistencia.

El hambre amenazó a la ciudad sitiada. El Conquistador, que no pudo avanzar mucho a causa de las estacas que erizaban el lago, envió un mensajero a proponer la paz al nuevo emperador, Guatimozín. Este rehusó con altivez.

Entonces, las tropas desembarcaron, para dirigirse a la ciudad por los puentes. El cerco se tornó cada vez más feroz. El acueducto que abastecía a la ciudad de agua dulce fué obstruído. Al hambre, se agregaba la sed. La negra sombra de la muerte se paseaba por las calles mexicanas. Pero los aztecas no se rindieron.

En uno de los contraataques, los súbditos de Guatimozín lograron aprisionar a sesenta españoles, que sacrificaron en el ara del gran *teocali* (templo).

—¡Venganza! —rugieron los hombres de Hernán Cortés, y se lanzaron al asalto con mayor ímpetu. El 13 de agosto de 1521, Tenochtitlán vió extinguida la antorcha de su libertad, y se alzaron, en cambio, las llamaradas de la ruina total.

En varias piraguas, algunos siervos fieles y la familia imperial intentaron la fuga, pero fueron aprisionados. El joven monarca, el "ídolo viviente" de los aztecas, dijo a sus aprehensores:

—Llevadme ante vuestro general. Soy vuestro prisionero. Sólo os suplico que respetéis a la emperatriz.

El capitán Holguín asintió con un gesto, mientras discurría el modo de impedir que las demás piraguas huyeran. El emperador añadió entonces:

—No os preocupéis. Toda mi gente vendrá a morir donde muera su príncipe.

Efectivamente, cuando se supo que Guatimozín era prisionero de los *teules*, cesó la batalla y las voces de guerra se trocaron en gemidos. El pueblo quería morir junto con su emperador.

Ese día se implantó la monarquía de España. Los indios sobrevivientes, en número de 30.000, abandonaron en larga procesión la ciudad de sus antepasados.

Hernán Cortés recibió del rey Carlos V el título de Gobernador y Capitán General de México, y comenzó su gobierno en 1521.

Algunos españoles codiciosos torturaron a Guatimozín para obligarle a confesar dónde guardaba las riquezas del trono. Desgraciadamente Hernán Cortés no intervino para impedir el bárbaro suplicio.

En esa ocasión, tendido sobre un lecho de fuego, el joven emperador no exhaló una sola queja.

—¡Habla, señor! —suplicó uno de sus ministros, también suplicado—. Ya no puedo más.

—Mi lecho no es de rosas —contestó aquel héroe soberbio, y se volvió a callar.

(CONCLUIRA)

LOS MERCADERES Y EL TARRO DE ACEITUNAS

Un mercader de Bagdad llamado Alí Cogia, preocupado por sus negocios, no había realizado la peregrinación a La Meca, a que están obligados todos los buenos musulmanes.

Una noche, en sueños, vió un anciano de aspecto severo que le reprendió por no haber cumplido ese deber sagrado. La aparición se repitió varias veces, y Alí Cogia, atemorizado, se resolvió a emprender el viaje. Después de arreglar todos sus negocios, se encontró con que le sobraban mil monedas de oro. Y como no quería llevarlas consigo ni tenía lugar seguro donde dejarlas, se le ocurrió la idea de colocarlas en el fondo de una vasija que acabó de llenar con aceitunas. Fué en seguida a casa de un comerciante amigo suyo, para rogarle que le hiciera el favor de guardarle aquel tarro de aceitunas hasta la vuelta de su peregrinación.

—Tomad la llave del almacén —le contestó su amigo— y poned vuestro tarro de aceitunas en el sitio que más os agrade, que nadie lo tocará y allí lo encontraréis a vuestro regreso.

Obedeció Alí Cogia y después emprendió su viaje, agregándose a una numerosa caravana que partía para la Ciudad Santa. Llevó dos camellos cargados de sedas y brocados que pensaba vender en La Meca.

Cumplidas las ceremonias de la peregrinación y visitado el célebre santuario musulmán, desenfardó sus géneros y los expuso en un bazar para venderlos o cambiarlos. Como eran mercancías finas, muchas personas se detenían a admirarlas, y una de ellas dijo:

—Si este mercader supiera la estimación que tienen estas mercaderías en El Cairo, no se quedaría a venderlas aquí, donde no obtendrá tanta ganancia.

Estas palabras y otras semejantes decidieron a Alí Cogia a enfardar sus telas y trasladarse a El Cairo. No se arrepintió de su determinación, pues en ese mercado vendió sus géneros con una utilidad de trescientos por ciento. Este buen resultado le impulsó a aprovechar su estancia en Egipto para visitar tan hermoso país. Además, recorrió Persia, el Mosul y otras regiones, siempre traficando, de modo que en todos estos viajes invirtió siete años.

Luego que llegó a Bagdad y se instaló en una posada, mientras el inquilino que habitaba su casa la desocupaba, visitó a su amigo el comerciante en cuyo poder había dejado el tarro de aceitunas con las mil monedas de oro. El mercader le felicitó por su feliz regreso, se manifestó muy satisfecho de volverle a ver, y, entregándole la llave del almacén, le dijo:

—Hallaréis vuestra vasija de aceitunas en el mismo sitio donde la dejasteis.

Alí Cogia, después de dar las gracias a su amigo, recogió el tarro y lo llevó a su posada. Allí le quitó la tapa, vació las aceitunas, que estaban todavía muy frescas y comibles, cosa que le admiró, pero... le admiró todavía mucho más descubrir que las monedas habían desaparecido.

Ocurrió que muy poco antes de regresar Alí Cogia, su amigo cenaba una noche con toda su familia, cuando recayó la conversación sobre las aceitunas.

—Es verdad —dijo la mujer— que hace mucho tiempo que no las he probado y de buena gana comería algunas.

—Mujer —le contestó su marido—, tu deseo es fácil de contentar, porque, a propósito de aceitunas, recuerdo que hay un gran tarro en el almacén. Allí las dejó Alí Cogia antes de marcharse en romería a La Meca. Pero como han pasado tantos años desde que se fué y sólo hemos sabido de él que se trasladó a Egipto, es de suponer que habrá muerto. Así, mira, dame una luz y un plato para bajar al almacén, traeré algunas aceitunas y las comeremos.

—Guárdate bien de tocar esas aceitunas —le aconsejó la mujer—, ya sabes que un depósito es sagrado y debemos conservarlo hasta que su legítimo dueño lo venga a reclamar. Alí Cogia puede aparecer de un día a otro y si no le devuelves su vasija, ¿qué pensará de ti? No, no, ya no tengo deseos de comer aceitunas. Deja el tarro como está, porque de lo contrario nos podrá sobrevenir alguna desgracia.

A pesar de éstas y de otras juiciosas razones que la mujer añadió, el marido persistió en su idea. Bajó a la bodega, destapó el tarro y se encontró con que las aceitunas estaban podridas. Con el objeto de ver si las del fondo se habían conservado mejor, vació el tarro y entonces surgieron las monedas de oro. Á la vista del tesoro, se inflamó su codicia. Volvió a colocar las aceitunas y las monedas en el tarro, lo tapó y dijo a su mujer que, en efecto, las aceitunas estaban podridas y no se podían comer.

Al día siguiente fué al mercado, compró aceitunas suficientes para llenar el tarro y sacando las mil monedas de oro y las aceitunas putrefactas las reemplazó por las frescas.

Por supuesto que Alí Cogia acudió a reclamar:

—Amigo mío, no extrañéis que vuelva tan pronto a veros. Vengo a deciros que en la vasija confiada a vuestra amistad y honradez guardé mil monedas de oro y que, si bien el tarro es el mismo que dejé, las monedas han desaparecido. Si por haberos hallado en alguna dificultad las habéis gastado, las doy por bien empleadas y sólo os ruego que me hagáis un reconocimiento de esa cantidad para devolvérmela cuando vuestra situación os lo permita.

—Me sorprendéis —contestó el comerciante—. Cuando me trajisteis la vasija declarasteis que contenía aceitunas y la colocasteis vos mismo en mi almacén. Allí estuvo todos estos años sin que yo la haya mirado siquiera. Por lo tanto, dejadme en paz.

—Amigo mío, no quiero recurrir a la justicia. Reflexionad —insistió Alí Cogia, pero en vano.

Al día siguiente comparecieron ambos querellantes ante el tribunal del cadí. Este, en vista de que no había testigos presenciales, preguntó al mercader:

—¿Estáis dispuesto a prestar el juramento que la ley exige?

—Sí. Juro que no he substraído las monedas y que ni siquiera me he acercado a la vasija de aceitunas.

En esta forma, Alí Cogia perdió el pleito.
Mientras el perjuro volvía a su casa muy ufano, Alí Cogia envió un memorial al califa, reclamando contra la injusta sentencia. El Comendador de los Creyentes leyó ese memorial. Por la tarde salió a recorrer la ciudad, disfrazado, en compañía del gran visir Giafar y el jefe de los eunucos, Mesrour. Cuando volvía a su palacio, al pasar frente a una casa de modesta apariencia, oyó una gran gritería de muchachos que estaban jugando al claro de luna, en el patio.
—Vamos a jugar a los caballos —gritaban unos.
—A las cuatro esquinas —decían los otros, y todos vociferaban a la vez, nombrando diferentes juegos.
—No, no —exclamó el mayor— vamos a jugar al cadí.
Los otros niños aceptaron. Colocaron en el centro del patio un tonel desvencijado, para que sirviera de asiento al que había propuesto el juego. Este declaró:
—Yo haré de cadí, tú serás el mercader ladrón, y tú, Alí Cogia.
Ya iba a retirarse el califa Harum-al-Raschid, que miraba por una de las hendijas de la puerta, cuando el nombre de Alí Cogia le recordó el memorial que había leído en la mañana. Entonces se detuvo.
Distribuídos los papeles, el niño juez preguntó al supuesto Alí Cogia:
—¿Qué vienes a pedir?
—Señor —contestó el muchacho—, hace siete años puse mil monedas de oro en una vasija, las cubrí con aceitunas y las entregué en depósito a este mercader. Cuando volví de mi largo viaje y recobré el tarro, advertí que las monedas habían desaparecido. Las reclamé a este mercader y él las niega.
—¿Qué respondes tú a eso?
—Yo digo —repuso el presunto mercader ladrón— que no he visto semejantes monedas y que estoy pronto a prestar juramento.
—Espera, espera —le replicó el fingido cadí—. A ver —añadió dirigiéndose a otro niño—, que traigan el tarro con las aceitunas y que vengan dos aceituneros.
El muchacho cogió un cántaro quebrado que había en un rincón del patio, metió dentro de él algunas piedrecillas para representar las aceitunas y se lo presentó al cadí. Dos niños aceituneros hicieron ademán de probar las aceitunas y exclamaron:
—¡Son excelentes!

—¿Cuánto tiempo tienen? —inquirió el cadí.
—Son frescas.
—Os engañáis. Tienen siete años por lo menos. Ese es el tiempo que tardó Alí Cogia en regresar a Bagdad.
—Imposible, señor —protestaron los aceituneros—. Por bien adrezadas y cuidadas que estén las aceitunas, ninguna puede conservarse sana más allá de dos años.
El muchacho que representaba al mercader quiso contradecir ese testimonio, pero el cadí gritó, indignado:
—¡Cállate! ¡Eres un ladrón! —y en seguida mandó que lo ahorcaran.
Los otros chicos se apoderaron del culpable, en medio de un desorden general, y le condujeron a la horca.
Harum-al-Raschid preguntó a su gran visir:
—¿Qué te parece el fallo de este tribunal?

—Señor, estoy admirado del buen juicio de un niño de tan poca edad y dudo que ningún juez pueda fallar mejor.
—Mañana, a la hora de audiencia, conduce a ese niño al tribunal para que actúe de verdadero juez en mi presencia. Haz venir al cadí para que aprenda a administrar justicia y prevén a Alí Cogia que acuda con el tarro de aceitunas y dos o tres mercaderes entendidos en el negocio.
En el humilde hogar hubo gran alarma cuando el visir Giafar vino en busca del niño. Dadas las explicaciones, el pequeño vistió su mejor traje y se dirigió al palacio. En presencia del califa, se atemorizó, pero él le dijo:

—Acércate, hijo mío, no tengas miedo. ¿No eres tú el que jugando anoche con otros niños hacías el papel de cadí?
—Sí, señor.
—Pues bien, ahora vas a juzgar de veras el pleito de Alí Cogia y del mercader ladrón.
Le invitó a sentarse a su lado en el trono y se inició el juicio. Todo ocurrió como en el juego. Cuando los aceituneros probaron el fruto, declararon sin vacilar:
—Son de este año y que nos corten la cabeza si no decimos la verdad.
El mercader infiel empezó a alegar algunas razones para desmentir la declaración de los expertos, pero el niño esta vez no le interrumpió ni ordenó que le ahorcaran, como había hecho la noche precedente. Se limitó a mirar fijamente al califa, como para indicarle:
"Eso a vos sólo corresponde hacerlo."
Harum-al-Raschid, convencido de la mala fe del mercader, mandó que le entregaran a los ejecutores de la justicia. Algunos momentos antes de ser ahorcado, el culpable confesó el robo y reveló el sitio donde había escondido las mil monedas. Fueron entregadas a Alí Cogia, el cual hizo un magnífico regalo al niño que había sabido fallar mejor que el cadí. Este fué muy severamente reprendido, y, después de abrazar al niño, el califa ordenó que le condujesen a su casa, dándole una bolsa con cien monedas de oro.

A nuestros lectores

Isaac Abuhadla Núñez, Maipú.—Muy interesante su carta. Procuraremos complacerlo. "Tarzán" jamás pierde admiradores, y, en consecuencia, daremos una aventura suya, próximamente. Le agradecemos sus elogios por "Simbad, el Marino" e "Ives el Indomable", que, según sus deseos, no debieran llegar nunca a su final.

Roberto Rodríguez.— Efectivamente, nuestro concurso semanal ha tenido gran éxito. Algunas veces la solución es sencilla, pero en otras ocasiones obliga a los niños a investigar, de modo que el concurso resulta educativo.

Nora L. Silva.—Mucho nos complace su elogio por la dirección de la revista "Simbad" y por la serie "Ives el Indomable".

Anny Erika Wess.—Trasmitimos sus gentiles felicitaciones a nuestra dibujante Elena Poirier. Es para nosotros una gran alegría saber que todas sus compañeras de curso compran "Simbad".

ROXANE

PEDRIN EL MAGO

DOS FUGITIVAS

CAPITULO I.— Silvia y Lucía.

Una bomba había caído sobre el hogar tranquilo de Silvia y Lucía. La abuela de las dos huérfanas, después de recibir una carta de su hijo mayor, Federico Balmer, decidió partir a Colombia. En pocos días vendió su casa, reunió todo el dinero que poseía y se marchó dejando a la pequeña Lucía en un orfanato, y a Silvia, niña de quince años, en casa de una vecina para que la empleara de camarera en alguna casa de ricos.

—Fué mucha desconsideración de tu abuela dejarlas abandonadas —decía la vecina Zoila a Silvia.

—Mi abuela estaba vieja y cansada —respondió Silvia—, y nunca tuvo mucho cariño por nosotras. Todo su amor era el tío Federico. Por mí no lo siento, porque puedo trabajar, pero me angustia la idea de la pobre Lucía en un orfanato. Tiene solamente siete años y nunca se apartó de mí. Es sumamente tímida.

En realidad, Lucía no era como todas las niñas de siete años. Nunca se había separado de Silvia, y, como no tenía compañeras con quien jugar, había crecido muy tímida y solitaria.

La señora Zoila se marchó a su trabajo.

Pensando en Lucía, Silvia recordó que tenían otro tío, a quien sólo conocía por fotografía.

"Voy a examinar el álbum de retratos —se dijo, cogiendo un viejo libro de la abuela—. Este es el tío Jaime... Su fisonomía es bondadosa. ¿Dónde vivirá? Podría escribirle..."

Con estos pensamientos volvió al lado de la chimenea, porque el frío era intenso y el viento soplaba con furia.

Obscuro ya, sintió que alguien golpeaba a la puerta. Silvia se asomó a la ventana adonde azotaba la lluvia y lanzó un grito de espanto.

En la obscuridad, vislumbró una carita pálida con los rubios y mojados cabellos sobre la frente.

Era el rostro de Lucía, su adorada hermanita.

—¡Lucía! ¡Lucía! —balbuceó Silvia—. ¿Qué habrá ocurrido?

La fugitiva del orfanato yacía en la vereda como un despojo de la miseria.

—Lucía, pobrecita —exclamó Silvia, alzando a la pequeñuela desvanecida.

Los labios de Lucía temblaban y en su semblante se dibujó un gesto de terror que terminó en un grito de alegría al reconocer a su hermana.

—Silvia, al fin te encuentro —sollozó Lucía—. Perdóname... No podía más...

—No importa, mi linda, no importa —murmuró Silvia, llevando en brazos a la chica hasta la chimenea donde ardía un buen fuego—. Espérame aquí. Vuelvo en seguida.

Silvia trajo las frazadas de su cama y algunas toallas, con las cuales secó el cuerpecito empapado de Lucía.

El calor dió viveza al semblante pálido de Lucía y sus ojos verdes brillaron de alegría.

Silvia envolvió a su hermana en frazadas y la sentó junto a la chimenea.

—Ahora vas a beber una taza de leche caliente —insinuó Silvia—. No hables, después me contarás todo.
Lucía miraba a Silvia con tanto dolor y angustia, que la hermana mayor se sentó cerca de ella y le dijo:
—Dímelo todo. Lucy.
—Yo quería ser valiente —musitó la chica entre sollozos—, pero no pude soportar más. El asilo es horroroso y las otras chiquillas se burlaban de mí y me decían "Guagüita"... Las inspectoras me retaban todo el día y la directora se enojó mucho conmigo... Silvia, no me devuelvas al asilo... Quiero quedarme contigo. No dejes que me lleven...
—Nunca, nunca, mi preciosa —respondió Silvia, besando la carita llena de lágrimas—. No nos separaremos más. Escucha, Lucy, vas a acostarte en mi cama y a dormir. Mañana muy de madrugada te llevaré a casa del tío Jaime.
—¿Quién es el tío Jaime?
—Aquí tengo su retrato... Parece bueno. Le pediremos que nos proteja. Ya verás tú, y ahora a dormir mientras yo seco tu ropa.
Lucía, que en verdad era una *guagüita*, se dejó llevar por su hermana, y pronto se quedó dormida.

Todo el valor y energía que había manifestado Silvia en presencia de Lucía se desplomó cuando quedó sola.
Sabía ella que la directora del orfanato daría parte a la policía de la fuga de su pupila, y que en cuanto la descubrieran volverían a encerrarla. Comprendía asimismo que ella no podía ocuparse de camarera con la chica.
—Iremos a casa del tío Jaime —decidió Silvia.
Registrando los papeles de la abuela encontró la dirección de Jaime Balmer: "Los Angeles, calle Caupolicán..."
"Tengo algún dinero para el viaje —pensó Silvia—. Partiremos en el primer tren de la mañana."

En seguida pensó en la señora Zoila, quien trabajaba en una fuente de soda hasta la medianoche.
—Le dejaré escrita una carta comunicándole lo que ocurre y dándole las gracias por su hospedaje —decidió Silvia.
La valiente niña colocó en un atado las pocas cosas que poseía y se acostó junto a su hermanita.
Antes que amaneciera ya estaba en pie para vestir a su hermana, darle desayuno y salir en puntillas, a fin de que la señora Zoila y su esposo no despertaran.
Silvia y Lucía se dirigieron presurosas a la Estación y tomaron dos pasajes de tercera clase para Los Angeles. Allí Silvia, con su atadito en una mano y con su brazo alrededor del hombro de su hermana, recorrió la ciudad.
A una persona que encontraron en la vía le preguntaron si conocía a Jaime Balmer.
—Es un apellido muy común aquí —dijo el interpelado—. Diríjanse al correo.
En el correo informaron a Silvia que Jaime Balmer vivía en los suburbios de la ciudad, indicándoles el autobús que debían tomar.
Después de un cuarto de hora de viaje, el conductor dijo a las huérfanas:
—Aquí es... Pueden bajar. Busquen la quinta de "Los Pinos".
Llegaron por fin a la casa anotada y con espanto advirtieron que estaba herméticamente cerrada y visiblemente abandonada.
—¿Dónde se habrá ido el tío Jaime? —murmuraba Lucía.
Un pasante se acercó a las niñas y les dijo:
—¿Desean comprar esa propiedad? Hace dos años que está en venta y creo que la venderán a bajo precio.
—Buscamos a un caballero Balmer que vivía aquí —respondió Silvia—. Venimos de muy lejos.
—Tendrán que ir mucho más lejos aún si quieren verle —expresó el transeúnte—, porque don Jaime se fué al Norte, creo que a Chillán, donde construyó una fábrica o algo por el estilo. Pidan la dirección en el correo.
—¿Entonces tendremos que seguir buscándolo? —preguntó Lucy—. Yo me muero de hambre...
—No te preocupes, hermanita —respondió Silvia—. Yo trabajaré... Juntaremos dinero para el viaje y...
Silvia no terminó la frase... Súbitamente soltó la mano de Lucía y se lanzó a toda carrera.

(CONTINUARA)

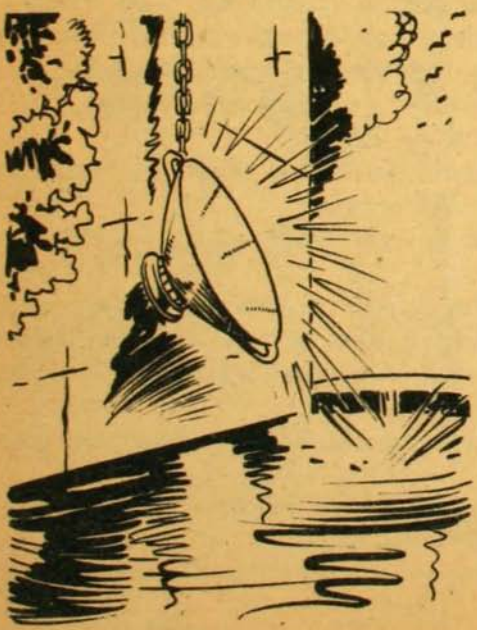
Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, se enemista con el monarca por salvar al viking Rolando el Gavilán. Huyen ambos y arriban a la isla de Tule. Allí reina Taz, el Gran Sacerdote, quien les sentencia a morir. Sólo Ives huye y va en busca de sus "lobos" para que le ayuden a rescatar el viking. Arengando a los aldeanos de Valok, les guía hasta el Valle de la Dicha, para que venzan a los tiranos. Triunfa el pueblo, y entonces Ives regresa a Bretaña. Oye hablar de la leyenda del Graal y decide visitar esas tierras de magia.

CAPITULO XIV.— El duende Hua.

En el castillo del barón Gary conoció Ives la leyenda del Graal. Sobre una fuente mágica pende una copa de oro que nadie ha logrado tocar. Los caballeros que intentaron hacerlo, murieron y sólo se encontraron de ellos su yelmo y su escudo.

Esa noche Ives no pudo conciliar el sueño. Acodado en la ventana, observaba los montes y el bosque. Entre ellos danzaban fuegos fatuos y pasaban sombras vagarosas. El misterio vivía y respiraba en aquella comarca.



—No podré dormir —exclamó el príncipe bretón—. Quizás el barón Gary también está despierto. Hablaré con él sobre el Graal.

Pero el aposento del barón estaba herméticamente cerrado. Sobre la puerta se cruzaban cadenas y barras.

—¡Q u é extraño! —murmuró Ives, impresionado—. ¿Tan intenso es el temor que inspiran los brujos y duendes del Graal?

Al día siguiente, al reunirse los moradores del castillo, el barón preguntó a su huésped:

—¿Aun sostenéis vuestro propósito de ir al Graal?

Antes de que Ives respondiera, un viejo leñador se presentó en la estancia y colocó a los pies del joven el yelmo y el escudo de un caballero que días antes había partido hacia la región embrujada.

El sobrino del rey Arturo no desistió de su idea. Se preocupó de forjar un casco y de templar su fiel espada.

Comprendiendo que no lograría disuadir al temerario, el barón le dió su mejor caballo y un escudo blasonado.

En el brioso corcel, Ives, con su brillante armadura y la gallardía de su juventud, saludó al barón y a la dama Genoveva.

—El Graal no aterrorizará más a vuestros vasallos, barón Gary —dijo intrépidamente—. Sospecho que no hay allí brujerías ni poderes ocultos, sino malandrines a quienes azotar para que se conduzcan bien.

Y se alejó cabalgando en dirección al temido bosque.

Atravesó las aldeas, cuyos habitantes, a la caída de la noche, se encerraban en sus viviendas.

Por fin, tras largas jornadas, Ives entró a la floresta. Un violento huracán rugía entre los árboles, desgajando ramas. Con la cabeza baja, el caballo avanzaba penosamente, mientras el joven jinete, casi tendido sobre las crines, sentía que el viento pasaba sobre él como un torrente invisible.

Por fin se detuvieron delante de una choza descalabrada. Luego de colocar a su cabalgadura en un corral abrigado, Ives penetró en la cabaña. Estaba desierta en ese momento, pero indudablemente alguien la habitaba, porque había ropas, alimentos y leña. El viajero encendió fuego y devoró un trozo de pan.

Súbitamente, en el silencio, percibió un leve ruido, un roce de deslizamiento. Al levantar la cabeza, quedó petrificado de sorpresa. ¡Un duende bajaba del techo, sosteniéndose de una soga! Su cabeza bamboleante estaba cubierta por un capuchón rojo.

El pequeño cuerpo medía apenas un metro. De pie en el centro de la mesa donde Ives se servía su p a r c a cena, permaneció mirando a su improvisado huésped. Tenía una faz terriblemente pálida, pero de expresión dulce. Sus labios, casi blancos, esbozaron una sonrisa. Después habló:

—Extranjero, pasa esta noche en mi cabaña, pero mañana retorna a tu lugar. No adelantes un paso más en el bosque del Graal.

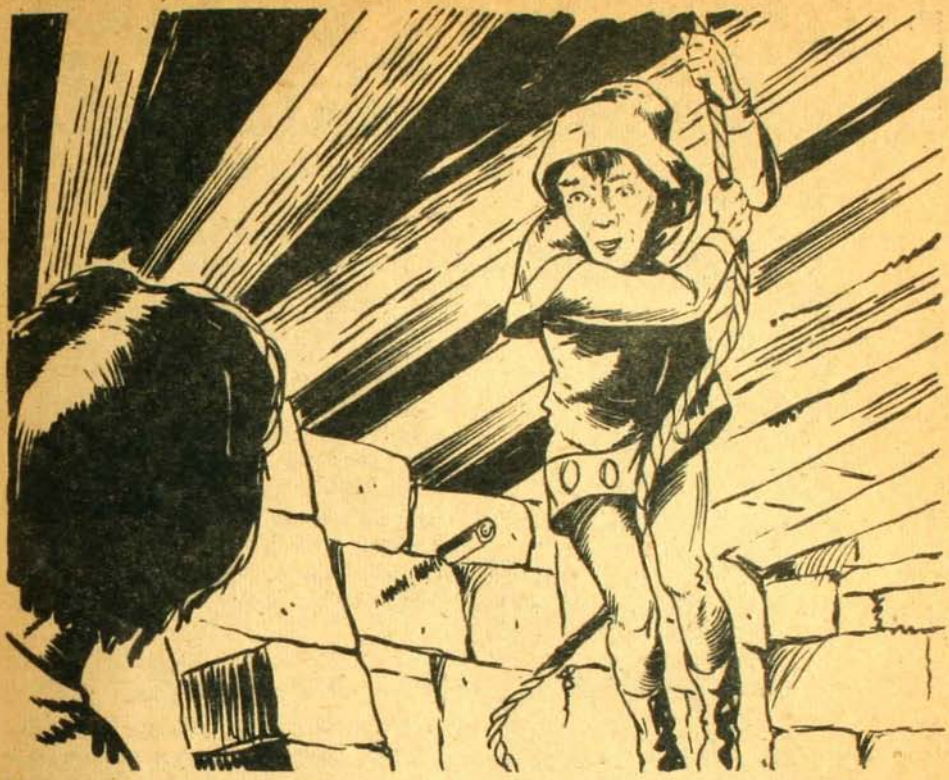
—¿Quién eres? —preguntó Ives.

—Me llamo Hua. Aunque el destino sólo me depara tristezas y desde que nací he sido muy desdichado, no soy perverso, ni tengo el corazón amargo. No deseo el mal para los demás y por eso te suplico: No adelantes un solo paso más.

—Hua, eres muy gentil, pero mi decisión es irrevocable.

—Todos los audaces que pasaron por este camino desoyeron mi advertencia —murmuró el enano—, y ninguno de ellos regresó. Sin agregar otra palabra, Hua trepó ágilmente por la soga y desapareció entre las vigas altas.

Ives examinó el techo, cruzado por maderos, donde la carcoma cumplía su fin destructor. En ninguno de ellos veíase al duende Hua. Por fin Ives pensó que se trataba sólo de una alucinación y se tendió a dormir.



Las noches desveladas que pasó en el castillo, pensando en el misterio del Graal, habían extenuado sus fuerzas. Colocando junto a él su espada desnuda, cerró los ojos. El sueño lo invadió.

Al despertar, Ives descubrió un mensaje traspasado por la hoja de su espada. Lo leyó, descifrando con dificultad la escritura nerviosa trazada por la pequeña mano de Hua.

—Dice que debo mantenerme alerto contra la guardiana del Graal... ¿Quién será? Una hechicera seguramente... Agrega algo sobre una dama que es muy hábil para dar bebedizos maléficos a los incautos caballeros... Dice pestes de los guerreros jóvenes que se mezclan en aventuras de magia y que lo pierden todo por su loca temeridad... Sospecho que estos insultos van dirigidos a mí...

(CONTINUARA)

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 14

El ciervo .....

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el ciervo? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón.

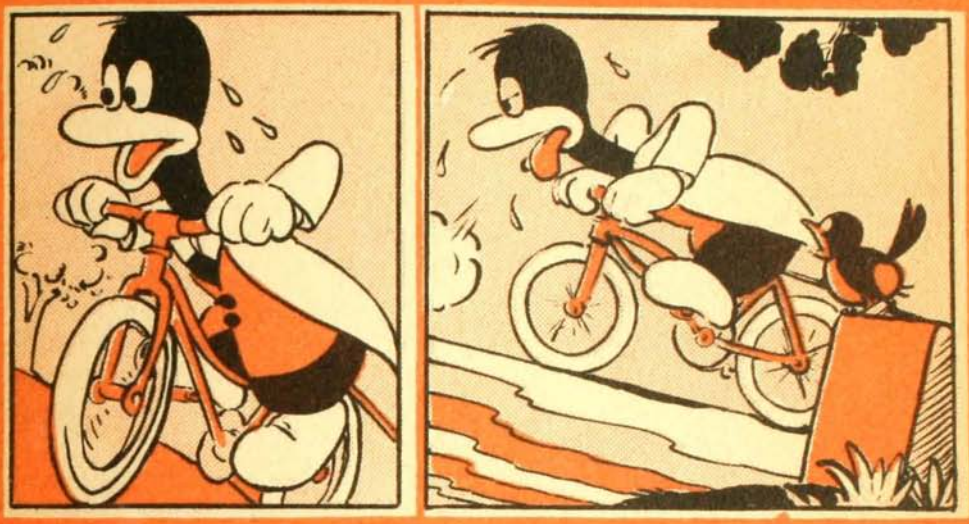
Entre los solucionistas exactos se sortearán semanalmente los siguientes premios: 5 juegos de palitroques, 6 chombas de lana, 10 tubos de pasta dentífrica BAYCOL, 5 libros de cuentos infantiles, 2 juegos de pimpón, 2 juegos de lotería, 6 pares de soquetes, 25 paquetes de Vitalmín, 3 cinturones, 2 billeteras y 6 chaucheras.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 11. La lechuza ulula.

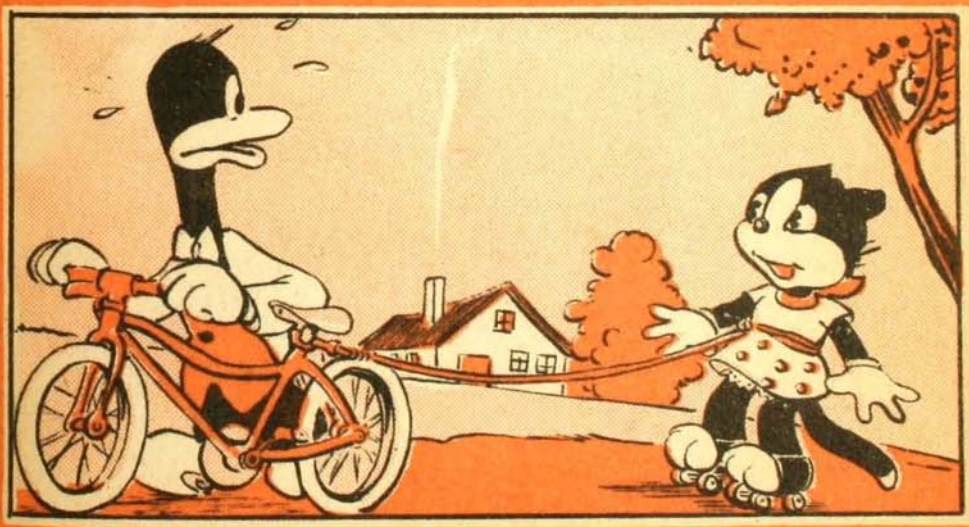
Premiados con UNA PELOTA DE FUTBOL: Sergio Tapia, Maruri 602, Santiago. UN PAR DE SOQUETES: Gloria Silva, Santiago; Astrid Mann, La Unión; Fernando Mann, la Unión; Angélica Pérez, Santiago; Angela Peña, Talagante; Jorge Giacaman, Santiago. CON $ 10: Eduardo Toledo, Concepción; José Muñoz, Concepción; María Cabrera, Concepción; Lucía Andrade, Talca; María Teresa Mora, Santiago; Paolo Gamberini, Santiago; Margarita y Juan Cornejo, San Vicente T. T.; Sonia Escobar, Talca; Ricardo Isaac, Santiago UN JUEGO DE PIMPON: Oscar Novoa, Concepción; Miguel Abarca, Santiago. UNA CARTERA PARA NIÑITA: María Cristina Sepúlveda, Santiago; Gabriela Gutiérrez, Santiago; Fresia Navarro, Santiago. UN ESTUCHE: Luis Sepúlveda, Santiago; Andrés Ochagavía, Santiago; Jaime Sepúlveda, Santiago; Mario Barrientos, Santiago; René Saravia, Santiago; Hernán González, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: Ronald Chester, Santiago; Juan Villarroel, Viña del Mar; Emilio Lira, Santiago; Germán Vergara, Talca; Víctor Tobar, Santiago; Fernando Rioseco, Santiago; Adrían Guzmán, San Fernando; Rafael Benavente, San Bernardo; Hernán Guzmán Valenzuela, San Fernando; Raúl Arangua, Rancagua. UN LIBRO: Raúl Domínguez, San Bernardo; Israel Koifmann, Santiago; Marta Valenzuela, Santiago; Claudio Ortiz, Temuco; Eugenio Alvarez, Santiago; Pablo Concha, Santiago; Hernán Tapia, Santiago; Amador Mazú, Santiago; Liliana Ríos, Rengo; Mario Domínguez, San Bernardo. UN PAQUETE DE VITALMIN: Mario Sanhueza, Santiago; Rosa y Ema Camus, Valparaíso, y Patricio Lira, Santiago.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949.

MUCHI y POCO



3. No había avanzado ni dos centímetros, cuando empezó a cansarse. "—Estoy envejeciendo —decía Poco—. ¡Puf, puf! Tengo que irme a un asilo de viejitos. ¡Qué cansado estoy!"



4. "—Espléndido paseo —dijo en ese momento la gatita Muchi—. Poco, has sido muy amable al traerme." Sólo entonces comprendió el pato que no era la vejez, sino Muchi quien lo cansó.

Ella fué la primera

Florence Nightingale, la dama de la lámpara

Florence Nightingale, la primera enfermera, nació en Florencia, en 1820. Desde muy pequeña se compadeció de los dolientes. Más tarde visitó asilos y hospitales de su país y también de Alemania, Italia, Francia y Egipto.

Cuando estalló la guerra francorrusa, el ministro inglés Sidney la autorizó para ir a Crimea. Florence no vaciló. Con 38 compañeras se trasladó al campo de batalla. Los heridos que sufrían y que agonizaban la veían acercarse como una mensajera de la esperanza, con su lámpara luminosa que ardía en la noche cual un símbolo de la vida.

Estableció ambulancias sanitarias en Escutari y en Balaklava, y su actuación fué tan admirable, que el Sultán de Turquía y la reina de Inglaterra le tributaron su elogio.

De regreso a Inglaterra, fundó una Escuela de Enfermeras, que dirigió hasta 1908, cuando, a los ochenta y ocho años de edad, fué condecorada con la Orden al Mérito.

La primera Escuela de Enfermeras de Chile se creó en 1902 (cuando aún vivía Florence Nightingale, que murió en Londres, en 1910). La iniciativa se debió al Dr. Eduardo Moore.

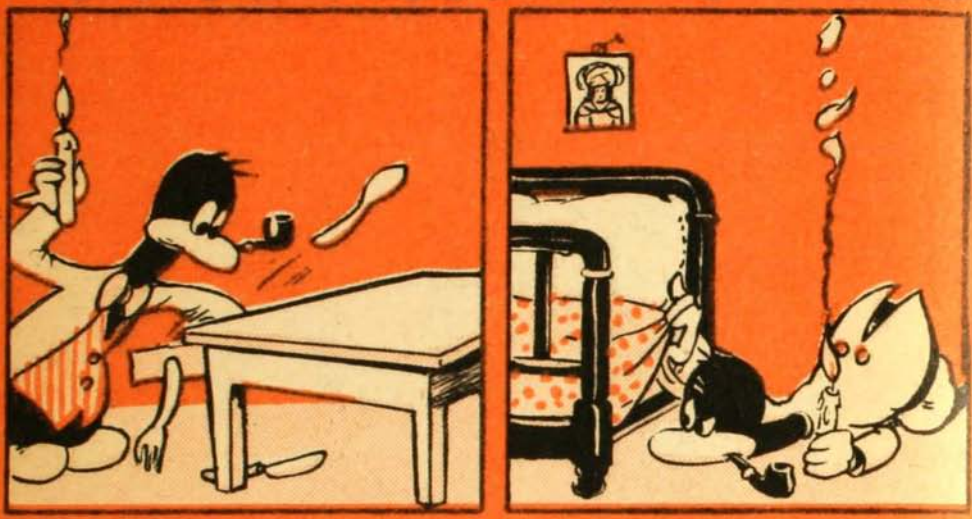
Simbad

N.º 15

PIEL DE ASNO

$ 2.-

MUCHI y POCO



1. Poco parece que está jugando al "Tugar, tugar, salir a buscar". Revolvió la casa y no hay rincón que su mirada no haya explorado. Pero su ojo mágico no le resultó ni pizca.

2. Entonces lanzó un gritazo: "—¡MUCHI!" Cuando ella vino, le preguntó: "—¿Y dónde están los fósforos? Quiero encender mi pipa". Muchi miró la llama de la vela.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 15
Precio: $ 2.—
15-XII-1949

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO XV Y FINAL.—*Se terminan los viajes.*

Al regresar de su sexto viaje, Simbad se propuso no abandonar más la ciudad de Bagdad. Pero el califa Harum-al-Raschid lo citó a su palacio y le dijo:

—El rey de Serendib me envió contigo un sinnúmero de regalos que yo deseo retribuir.

El aventurero se inclinó profundamente ante el monarca, indi-

cando que obedecería. En su interior suspiraba:

"Esta aventura no la he buscado yo. Pueda ser que no me encuentre de nuevo con el ave Roc o el gigante que come marineros o la serpiente de cincuenta metros. Si esta vez me veo en dificultades, no será por culpa mía."

Días más tarde emprendió el séptimo y último viaje, desde el puerto de Basora.

La travesía se realizó felizmente, y Simbad cumplió su misión. El rey de Serendib le brindó una cordial acogida y se sintió muy honrado por la amistad que le ofrecía el gran califa de Bagdad.

En el viaje de regreso, a los cuatro días de navegación, el barco de Simbad el Marino fué atacado por unos piratas que pasaron a cuchillo a la mayoría de los tripulantes. Los que sobrevivieron a la matanza fueron vendidos como esclavos en una isla. Simbad cayó en poder de un hindú, que le preguntó:

—¿Sabes manejar el arco y las flechas?

El joven esclavo respondió afirmativamente y entonces su amo le condujo a un bosque

para que, subido a un árbol, diera caza a los elefantes.

Durante dos meses, Simbad cazó paquidermos, a los cuales el hindú extraía los colmillos, para vender el marfil.

Una noche estaba situado en su atalaya esperando que un elefante se pusiera a tiro de flecha. Vió venir una manada que se mantuvo a cierta distancia, como aguardando un acontecimiento.

"Parece que tienen un oculto propósito", caviló Simbad, inquieto. Un enorme elefante se adelantó solo y derribó el árbol como si fuera una débil caña. Simbad cayó a tierra y creyó que su última hora había llegado. Luego se sintió alzado por algo que le pareció un brazo arrugado y gris. Más tarde comprendió que era la trompa del elefante. Cerró los ojos, esperando ser triturado, pero, con extrañeza, advirtió que era depositado delicadamente sobre el lomo de su aprehensor.

—¿Qué significa esto? —murmuró, atónito.

El animal lo paseó triunfalmente entre la manada y luego se dirigió a una colina cubierta de huesos de elefantes. Con su prodigioso instinto, llevaba al cazador hasta su cementerio para que hiciera buena provisión de colmillos y cesara de perseguir a su rebaño.

Simbad regresó con inmensas riquezas y fué tan profunda su alegría al hallarse de nuevo en Bagdad, que se mezcló al pueblo, recorrió las calles animadas, y, por fin, entró a su palacio, sin ansias de viajar. Ayudó a afianzar sus amarras y su ancla definitiva, su boda con una doncella hermosísima.

Esta es la historia que Simbad el Marino relató a Himbad, el mandadero.

—Ya ves —añadió— que no debes quejarte de tu suerte ingrata ni amargarte pensando que los demás poseen riquezas ad-

quiridas sin esfuerzo alguno. Yo pasé muchas penurias para llegar a ser quien soy.

Himbad, avergonzado, murmuró:

—Señor, comprendo la lección que me dáis. Buscaré mi fortuna, sin demostrar cobardía ni indecisión.

—Bien hablado, hermano —contestó Simbad—. Y para que inicies tu nueva vida, ordenaré que te den mil zequíes de oro.

Himbad no olvidó jamás a su protector y, anciano ya, refería a sus nietos las aventuras de Simbad el Marino, que reunió sus riquezas navegando por todos los mares y desafiando peligros que hubiesen arredrado a otro menos audaz.

FIN

¿LE AGRADAN A USTED LAS SERIALES DE PIRATAS?

Lea en nuestro próximo número el primer capítulo de

Piratas del mar Egeo

Vivirá usted instantes de vigorosa emoción, leyendo las aventuras de piratas berberiscos, que siembran el terror en las costas africanas.

DICK TABÚ

CAPITULO XV.— Dick lucha con los hechiceros.

RESUMEN: El colono Hateras declara tabú a su pequeño hijo, a fin de resguardarlo contra los nativos y defenderlo de los forasteros malvados. Todo el que lo toque muere. Ni siquiera el propio padre se libra del tabú, y perece víctima de un cocodrilo. Crece la fama del Intocable. En cada kraal africano se le venera. Los malhechores que rondan por la jungla le temen. Visitan el distrito algunos hombres blancos, y Boldy intenta arrojar a Dick a las fauces de un cocodrilo. El Intocable logra salvarse. Este suceso acrecienta aún más su prestigio de semidiós. Poco después aparece en un kraal lejano una fiera a quien los nativos llaman el Leopardo Fantasma. El Intocable se dirige al kraal de Markai, y después de conversar con el colono Chalmers, descubre huellas humanas en el sitio donde ha muerto un negro desgarrado por la fiera. Dick sigue las huellas y comprueba que el australiano Burt y el negro Tommy son los criminales. En lucha con el negro Tommy, Dick cae herido. Le recogen los esposos Chalmers, pero Dick pierde su tabú. Ya restablecido, parte a lejanas regiones en busca de Viola, la hija raptada de Doris Chalmers.

Dick Tabú caminó por selvas y montes, siempre en dirección al Oriente.

Cuando se halló en medio de la jungla, el Intocable se despojó de su traje de explorador europeo y vistió de nuevo su piel de leopardo.

—No me acostumbro a esta penosa indumentaria —se dijo el prodigioso niño—. Con ella me siento menos fuerte para luchar contra hombres, fieras y reptiles.

Ató, pues, su traje a la espalda, y ya iba a reanudar su marcha, cuando divisó un papel en el césped.

Querido comandante Darcy —decía la misiva—, *envíe tropa al kraal de Tomás. Los negros preparan una razzia capitaneados por el hechicero Matisva. Mi vida peligra. Sálvenme.*— KAFIR MORO.

—Ya sé quién es Kafir Moro —murmuró Dick Tabú—. Continuamente envía mensajes a Darcy. Vive en continuo temor y teme por su vida. Seguramente el mensajero con quien mandó esta misiva no alcanzó a llegar al retén del Comandante. Voy en su auxilio, ya que el kraal de Tomás no me desvía de la ruta hacia la tribu de los *kopjes*.

Como se recordará, Viola, la hija única de los esposos Chalmers,

fué raptada doce años antes por los negros de la raza *kopjes*, y Dick Tabú iba en busca de la niña raptada.
Atardecía ya cuando el Intocable avistó las primeras chozas del kraal de Tomás. Detúvose frente a la empalizada de un chalet y vió apostados en la puerta a dos negros de gigantesca estatura.
—¿Quién eres tú, joven blanco? —preguntó uno de los centinelas.
—Soy Dick Tabú, el Intocable —respondió el muchacho—. ¿Has oído hablar de mí?
—Sí —dijo el coloso negro—, pero tú no eres de este distrito. ¿Qué te trae aquí?
—Vengo a visitar a Kafir Moro —expresó Dick.
—Kafir Moro murió esta mañana —dijo el negro—. Sigue tu camino, pues los muertos no hablan.
—Si ha muerto, debo cumplir los ritos de mi raza —declaró el Intocable—, y ayudar a que su espíritu salga de su cuerpo sin que intervengan los genios maléficos.
Los centinelas no se atrevieron a impedir la entrada de Dick. En una sala se encontraba el cadáver de Kafir Moro; junto al difunto había una mesa con útiles de escritorio.
"Aquí escribía el pobre hombre sus aterradas misivas —pensó Dick—. Tal vez haya dejado escrito su testamento.
Sobre la mesa se destacaba un papel a medio borronear.
Me han envenenado... Vigilen a Matisva... Caverna en el valle... Mistificación de Lobenguela.
Dick Tabú examinó el cadáver y comprobó que había muerto envenenado. Poco después salió del chalet y dijo a los centinelas:
—Ahora deseo visitar al jefe Tomás.
Tomás era un individuo de raza blanca, que había vivido desde muy joven en la jungla africana, adoptando sus costumbres y fomentando las supersticiones de los nativos.
Al divisar al Intocable, el viejo Tomás le gritó en idioma indígena:
—Mucho has tardado en llegar, Dick Hateras. El colono Moro ha estado llamándote durante largo tiempo, porque creía en tus hechicerías. Algunos aseguran que eres capaz de resucitar a los muertos. Ya lo veremos. Tras de ti hay otro hechicero, el gran Matisva, cuya magia es superior a la tuya.
Dick Tabú miró de alto abajo al horrible hechicero que señalaba Tomás, y, sin perder la calma, replicó:

—Tú eres un farsante, Matisva, y tus hechicerías son buenas para asustar a mujeres y niños. Pero yo soy el INTOCABLE y nadie se opondrá a mi voluntad.

Matisva, encolerizado por las palabras del prodigioso niño, dió una orden a seis gigantes negros.

Los seis nativos dirigieron sus armas contra el pecho de Dick Tabú.

Como siempre, el Intocable evitó el contacto de lanzas y flechas.

Trepado en una roca, gritó:

—Yo no he venido a sembrar discordias aquí, ni a usurpar poderes. Acepto un desafío con el hechicero Matisva, y si él me vence en artes mágicas, le declararé señor de la vida y de la muerte.

Dick Tabú había comprendido que, rodeado de gente enemiga, corría grave peligro, y que, en tal caso, era preferible obrar con astucia.

—Escuchen la voz de los espíritus —decía Matisva.

—Escuchamos la voz de los espíritus, ¡oh señor de la vida y de la muerte! —respondieron todos los nativos.

Matisva continuaba danzando e hipnotizando a los indígenas. Por un instante Dick sintió el embrujo del hechicero. Sus pies y sus manos seguían el compás

de la danza, a pesar de sus esfuerzos por conservar la conciencia de sus actos.

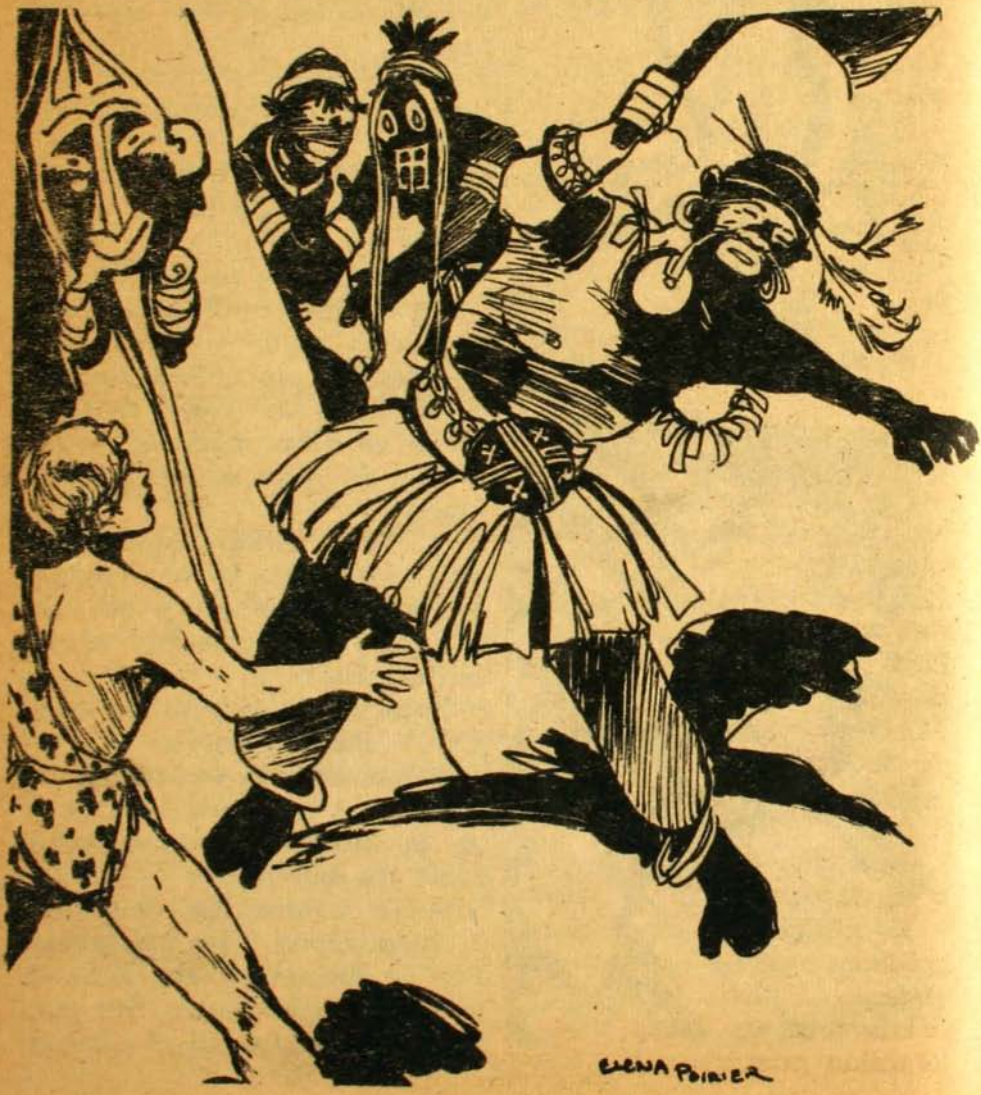
—Todos sois inmundas hienas —gritaba Matisva.

—Somos inmundas hienas —repetían los negros, hipnotizados.

Dick Tabú, tal como los demás nativos, repitió las palabras del conjuro y claqueó como hiena.

—Todos debéis obedecerme —gritó Matisva.

—Todos te obedecemos —declararon los negros.



En ese instante Dick se sintió perdido, y con un esfuerzo supremo recobró el uso de sus facultades mentales. Sin embargo, continuó ejecutando los mismos gestos que los nativos.
—Tomás —dijo por fin el hechicero al jefe del kraal—, ordeno que ese muchacho blanco permanezca a tu lado y sin moverse. Ahora yo me voy.
Los negros y Dick Hateras permanecieron inmóviles junto a la fogata. Algunos se durmieron y otros semejaban, por su rigidez, estatuas de piedra.
Poco a poco, Dick Tabú fué irguiéndose y comenzó a danzar alrededor de la fogata.
—Escúchenme —gritó de súbito.
—Te escuchamos —respondieron los negros.
El Intocable inició la danza de los puñales y gritó a grandes voces:
—Mi magia es mayor que la de Matisva, pues que no ha podido hechizarme. Yo soy el señor de la vida y de la muerte.
—Tú eres el señor de la vida y de la muerte —repitieron los nativos.
Pero en ese instante el colono Tomás volvía de su hipnótico sueño, y, advirtiendo la peligrosa actitud de Dick, gritó enfurecido:
—Aprisionen a ese hombre... Es un maldito extranjero.
—¡Ay del que atente contra mi vida! —gritó el Intocable—. Y tú, vil renegado —agregó dirigiéndose a Tomás—, entra a tu casa si no quieres morir trágicamente.
Los negros temblaban ante el Intocable y ninguno se atrevió a romper el sagrado tabú.
Dick les ordenó entonces que le condujeran a la caverna de Matisva.
Allí encontraron al hechicero junto a un hombre que medía más de dos metros y medio de altura.
—Este es el rey Lobenguela —dijo uno de los nativos a Dick Tabú.
—Mentira —exclamó el Intocable—; el rey Lobenguela murió hace doscientos años y Matisva les engaña.
—Es Lobenguela resucitado por el hechicero —murmuraron los crédulos negros—, y nadie puede combatir con él, porque es un poderoso espíritu.
Matisva, al ver llegar a los nativos con Dick Hateras, creyó que le traían prisionero. Saliendo de su guarida, exclamó jubiloso:

—Entregadle a nuestro rey... Le comerá el corazón y el hígado.
Tras el hechicero salió el gigante con un hacha en la mano.
—Tú no eres el famoso rey Lobenguela —díjole Dick Tabú—. Tú eres un impostor, un pedazo de inmunda grasa, un papasnatas de largas piernas.
El falso Lobenguela alzó la formidable hacha para herir a Dick. Este esquivó el golpe como siempre, y el hacha cayó sobre el cráneo del hechicero Matisva, partiéndolo en dos trozos.
Al mismo tiempo el falso Lobenguela caía muerto por una bala que le partió el corazón.
—Ya ven ustedes —dijo el victorioso Intocable—, en lo que terminaron las hechicerías de Matisva. Ahora deseo que me informen sobre el camino que debo seguir para llegar a la tribu de los *kopjes*.
—Oh gran Tabú —suplicó uno de los negros—, no te acerques a esa región donde se adora al cocodrilo. Cada paso está sembrado de trampas y peligros.
—Yo los venceré —replicó el Intocable.

—Grande es tu poder —exclamó un negro anciano—, pero mayor aún es el de la DIOSA DE LOS COCODRILOS. Ella también posee un sagrado tabú, y quien penetra en sus dominios es herido de muerte por invisibles poderes.

—Buscaré a la DIOSA —respondió Dick—. Es posible que sea una impostora, como el falso Lobenguela.

Antes que los nativos pudieran insistir más, el Intocable desapareció tras las rocas y nadie le volvió a ver en el kraal de Tomás.

Iba el temerario joven camino del Oriente, saltando matorrales y nutriéndose de cocos y bananas. Dormía en la copa de los árboles y escuchaba el rumor de la jungla con ese poder sobrenatural que le caracterizaba.

"¿Y si la DIOSA DE LOS COCODRILOS fuera Viola Chalmers? —pensaba Dick—. La raptaron cuando sólo tenía tres años y bien pueden haber hecho de ella un ídolo sanguinario.

Cualquier otro individuo de raza blanca habría temido la soledad de las forestas y buscado la compañía de seres humanos. No así el Intocable, que desde pequeñito fué adiestrado por su padre, el colono Hateras, para vivir alerta y prevenido.

Súbitamente escuchó el zumbido de una flecha. Asomóse por la maraña y divisó a un pigmeo cazador, disparándole a un jabalí. Iba a dirigirse al cazador, cuando oyó un grito de terror, de ira y de dolor.

La vida del pigmeo estaba en peligro.

(CONTINUARA)

A nuestros lectores

Juan Manuel Vergara Ponce.—Agradecemos sus gentiles felicitaciones por el material que publica "Simbad".

Gastón Fernández.—Aún no disponemos de espacio para dibujos de colaboradores. Pero más adelante, cuando nuestra revista crezca, habrá páginas como las que usted pide.

María Antonieta Lagos.—Dice usted que esperaba con ansias la publicación de "Dos Fugitivas", porque le interesó el aviso que la anunciaba. Esperamos que le agrade y que sea ya su serial favorita.

Carmen Venegas, Isabel Sepúlveda, Jaime Hurtubia, Samuel Caroca.—Agradezco sinceramente sus felicitaciones por las seriales "Simbad el Marino", "Ives el Indomable", "Dick Taku" y la historieta "Muchi y Poco".

T. Jiménez.—Agradecemos sus entusiastas felicitaciones.

ROXANE

Ponchito

VOY AL POTRERO DEL ESPINO, A BUSCAR UN CHANCHO
ME VA A COSTAR TRAERLO SOLO. ¿QUIERES ACOMPAÑARME ?
¡BUENO, YO SOY ESPECIALISTA PARA PILLAR CHANCHOS !
¡AHI ESTA ! TRATARE DE ECHARLE EL LAZO POR DETRAS

por nato

¡ATAJALO, ATAJALO! NO LO DEJES PASAR
¡COCHE, COCHE, COCHE!
¡AGARRATE FIRME, NO TE VAYA A BOTAR!
¡QUE ME VA A BOTAR ESTA GARRAPATA!
¡BOOOONG!
NATO

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO XV Y FINAL.—El conquistador olvidado.

Guatimozín o Cuahtemoc, último emperador azteca, murió en 1522, torturado por los españoles. Con gran heroísmo, defendió su país contra los conquistadores, pero fué vencido.

La muerte de su "ídolo viviente" abatió el valeroso ánimo de los aztecas y ya los enviados del rey de España no encontraron resistencia.

Hernán Cortés gobernó por algunos años el imperio que había conquistado, pero luego Carlos V, por intrigas y envidias, le relevó del mando.

Los ambiciosos gobernadores que venían a América a labrar fortuna a costa de la sangre de los nativos y que no trepidaban en traicionar a sus propios compatriotas, lograron que el Conquistador de México viviera en el país sin honores, como un simple dueño de extensos plantíos. No se le permitía, siquiera, aproximarse a más de diez millas de Tenochtitlán.

Profundamente herido por aquella ingratitud, Hernán Cortés se retiró a Cuernavaca.

De toda su brillante conquista, sólo quedaban recuerdos: las naves incendiadas audazmente para obligar a sus hombres a proseguir la hazaña; la *Noche Triste,* donde pereció casi todo su ejército; la victoria de Otumba, ganada sobre 200.000 indios, por los sobrevivientes españoles y los aliados tolteques; el cerco a la ciudad de México y la rendición de Guatimozín.

Sus lugartenientes le habían abandonado. Pedro de Alvarado fué el primero en desertar y el que más intrigas fraguó contra él.

Irigoyen, el leal capitán vasco, permaneció junto a su jefe y le demostró siempre lealtad. Pero, atraído hacia Tlascala por una evocación romántica, volvió a la ciudad tolteque, donde le aguardaba la bella indiana, que, después de la retirada de Tenochtitlán, curó sus heridas. Malintozin le aguardaba, pues no había podido olvidar

al hermoso extranjero de mirada profunda y voz más fascinante que los rumores de la selva. La niña indígena se convirtió en la esposa del capitán Irigoyen y ambos fueron muy dichosos.

Así termina la historia de Hernán Cortés, el capitán extremeño, que conquistó un imperio para su rey y que murió olvidado, en 1547.

FIN

PIEL DE ASNO

El rey de este cuento era muy rico y poderoso. Gobernaba con gran bondad y sus súbditos le adoraban. La reina era digna de él, por su belleza y sus virtudes.

Tuvieron una hija que, con el tiempo, se convirtió en una encantadora doncella.

Cierto día, corrió por el reino una funesta noticia: la soberana estaba enferma y los médicos desesperaban de salvarla.

El pueblo y los cortesanos lamentaron aquella desgracia, pero quien más sufría era, por supuesto, el rey. No podía consolarse ante la idea de que su esposa muriera. Ella, comprendiendo que había llegado su última hora, intentó calmar su desesperación. El monarca lloraba como un niño. La reina murmuró:

—Señor, no os aflijáis. El tiempo curará vuestro dolor. Más tarde, sin duda, os casaréis, pues así lo exigirá vuestro reinado. Entonces, elegid a una mujer que sea más hermosa y mejor que yo.

El rey lo prometió y poco después moría la reina.

Transcurrieron los años mitigando el pesar del monarca. Y llegó por fin un día en que, muy respetuosamente, sus ministros se acercaron para recordarle que debía casarse de nuevo. El rey, sin vacilar, contestó:

—Está bien, pero sólo aceptaré una esposa que sea más bella y virtuosa que la anterior.

Los ministros quedaron consternados. ¿Dónde hallarían una mujer como la que el rey quería? Esto era imposible. Y por más que se presentaron muchas nobles princesas, ninguna podía igualar a la reina desaparecida.

Una mañana el soberano, que hasta ese instante viviera encastillado en sus recuerdos, vió a su hija que se paseaba por el jardín, con sus damas de honor, y quedó admirado de su extraordinaria belleza.

"Sólo mi hija merece ocupar el trono que dejó vacante la reina —meditó—. La casaré con el príncipe vecino y ambos reinarán. Así ha de nacer un heredero de la corona y yo podré morir tranquilo."

El único inconveniente de este proyecto era que el príncipe ve-

cino era un tonto de capirote. Al rey no le preocupaba este defecto, pero a la princesa le colmó el corazón de amargura. No podía amar a un príncipe necio y, angustiada, rompió a llorar. En vano protestó y suplicó. Su padre, irritado por aquella desobediencia a su real voluntad, no quiso ceder.

La niña, como todas las princesitas de esos tiempos felices, tenía un hada madrina y la invocó para que la salvara.

El Hada de las Lilas acudió al llamado, y luego de oír el relato de su ahijada, le aconsejó:

—No te desesperes. Tu problema se solucionará muy fácilmente. Simula que no te desagrada la idea de casarte con el príncipe bobo y que estás dispuesta a obedecer a tu padre. Pero al mismo tiempo le dirás que no te casarás si no te regala un vestido del color del tiempo. El día que lo tengas, serás la esposa de ese príncipe.

La princesa olvidó sus lágrimas y se sintió feliz. ¡Un vestido del color del tiempo! ¿Quién en el mundo podría hacerlo?

Cuando el rey supo la condición que imponía su hija, deseoso de complacerla, citó a los más hábiles tejedores del reino y les ordenó que urdieran una tela del color del tiempo. Los tejedores se inclinaron ante el rey y marcharon a cum-

plir su tarea. Poco tiempo después, ante el asombro y la admiración de toda la corte, los maravillosos artesanos presentaron el más raro y espléndido de los vestidos, que tenía el color exacto del tiempo.
La princesa palideció al verlo. Después, encerrada en su alcoba, se puso a llorar. El hada trató de consolarla.
—No llores. Yo sé cómo vencer a tu padre. Es fácil que haya conseguido el traje, pero ahora le pedirás algo que no podrá concederte. Dile que aceptarás al príncipe si te da un atavío del color de la noche.
La niña secó su llanto y habló de nuevo con su padre. Este convocó a los tejedores y les transmitió el segundo mandato. Los obreros, al cabo de dos semanas, ofrecieron ante la corte un atavío maravilloso, que tenía las sombras y las estrellas de la noche.
—No te desconsueles —murmuró el hada—. Solicita ahora un traje del color del día.
También esta vez triunfaron los tejedores, urdiendo una tela que tenía el color del día y la dorada luz del sol.
—Esta vez la tentativa no fracasará —dijo el hada—. Pide a tu padre que te obsequie la piel de su asno favorito.
La princesa miró estupefacta a su madrina. ¡La piel de su asno favorito! A esto no accedería nunca su padre. Para obsequiarle la piel, era preciso matar al asno, que no era un cuadrúpedo corriente. Cada mañana, cuando los cuidadores del establo real entraban a limpiar su cobertizo, en vez de hallar estiércol sobre la paja, encontraban innumerable cantidad de relucientes monedas de oro. El rey no consentiría que se diera muerte al asno que llenaba sus arcas reales.
Al pensar en que su deseo no sería cumplido, la alegría volvió al corazón de la princesa. Y ese mismo día comunicó al rey cuál era su última exigencia.
Si la corte entera se maravilló ante los trajes color del tiempo, de la noche y del día, esta vez todos, desde la princesa hasta el más humilde palaciego, quedaron petrificados de asombro, pues el rey hizo matar al asno y ofreció la piel a su hija.
El hada, tan atónita como los cortesanos, abrazó a la princesa que sollozaba convulsivamente y susurró:
—Puesto que tu padre se ha empeñado en casarte con ese necio, todavía puedes evitarlo. Envuélvete bien en la piel de asno y mañana temprano abandona el palacio. Huye así disfrazada ha-

cia cualquier parte. Lleva contigo mi varita mágica. Si deseas cambiar de ropaje y adornarte, no tienes más que agitar la varita y tendrás tus vestidos y tus joyas.

Obedeció la princesa, huyendo del palacio. El rey ordenó que la buscaran afanosamente por todo el reino, pero fué imposible hallarla. ¿Quién iba a reconocer a la hija del rey en aquella muchacha harapienta que recorría los caminos, cubierta con una piel repugnante?

Porque la princesa anduvo días y días por las carreteras, sin que nadie la descubriera. Por fin llegó a una alquería donde pidió albergue. La dueña, compadecida, la trató amablemente. Al saber ella que necesitaban una pastora, se ofreció para hacer ese trabajo. La granjera aceptó encantada y la princesa se quedó a vivir en la alquería. Desde entonces se ocupó en los menesteres más humildes, sin quejarse jamás. Y como nunca se desprendía de su vestidura, por temor a ser reconocida, pronto la designaron todos con el nombre de "Piel de Asno".

Nadie sabía que, cuando Piel de Asno se encerraba a solas en su cuarto, luego de agitar la varita mágica se engalanaba con sus ropas de corte.

Una tarde llegó a la granja un apuesto príncipe que iba de caza y pidió cena. Después quiso visitar la alquería y recorrió todas sus estancias. Al final de un obscuro corredor le llamó la aten-

ción una puerta cerrada y, como no pudiera abrirla, se aproximó para mirar por una hendija de la madera. Lanzando un grito de asombro, se retiró apresuradamente. No era para menos: allí, en aquel modesto desván, había visto a una princesa lujosamente ataviada. Al interrogar a la granjera, ésta respondió:

—¡Oh, no os asustéis, Alteza! No es más que Piel de Asno, la pastora.

El príncipe, sin comprender lo que ocurría, volvió rápidamente a su palacio. Cuando bajó del caballo, se sentía enfermo y tenía fiebre. Permaneció en el lecho, languideciendo de un mal desconocido, que los médicos no lograban curar. La reina de aquel país, desesperada, le interrogó:

—Hijo mío, ¿qué te sucede?

—Madre —repuso él—, yo creo que podría sanar si me traen a Piel de Asno para que me cocine un pastel.

Poco después la humilde Piel de Asno era llevada al palacio, abrumada por las burlas de los que la conducían. En la cocina, al preparar el pastel, un hermoso anillo real que llevaba puesto se deslizó en la masa.

Mientras tanto el príncipe deliraba en su lecho y su madre le vigilaba ansiosamente. Por fin un criado presentó el pastel en una bandeja de plata. El príncipe comenzó a comer, y, de pronto, encontró el anillo.

Y tanto lo conmovió aquel descubrimiento, que su fiebre aumentó, alarmando terriblemente a la reina. Varios días estuvo el príncipe entre la vida y la muerte. Casi no podía hablar, pero dijo:

—Quiero casarme con la dueña de este anillo.

Se enviaron mensajeros a todos los confines del reino, sin resultado alguno. Finalmente, el príncipe, que no cesaba de pensar en Piel de Asno, pidió que la llevaran junto a él para probarle el anillo.

Cuando ella entró en el lujoso aposento, todos se apartaron de aquella criatura tan miserable, vestida con la andrajosa piel. Tímidamente extendió el brazo. Nadie podría describir el asombro que dominó a los cortesanos. ¡Debajo de la sucia piel de asno aparecía una mano de admirable belleza! El príncipe colocó el anillo en el fino dedo y ni uno solo de los que estaban presentes dudó por un momento que la pastora era la dueña de la joya real.

Y entonces ocurrió lo más inesperado. El techo de la habitación se abrió y, en medio de una luz resplandeciente, descendió el Hada de las Lilas. Acercándose a Piel de Asno, le desprendió su disfraz. Y ante los ojos de los cortesanos reunidos, apareció la princesa más hermosa del mundo. La alegría del príncipe fué tan intensa, que se curó instantáneamente.

DOS FUGITIVAS

CAPITULO II.— Víctimas de un robo.

RESUMEN: Silvia y Lucía han quedado solas en el mundo. La abuela colocó a Lucía en un orfanato antes de partir a Colombia, pero la chica huyó del asilo. Ambas hermanas se dirigen a Los Angeles en busca del tío Jaime Balmer, y no lo encuentran.

¿Por qué corría Silvia abandonando la mano de su hermana Lucía?

Un cochecito de bebé se deslizaba por la escarpada vereda llevando en su interior a un niño de dos años que gritaba de espanto.

Si alguien no atajaba el pequeño vehículo, en el primer obstáculo se volcaría con la criatura.

En ese crítico momento actuó Silvia Balmer, sujetando el coche con todas sus fuerzas.

Una dama joven corría también por la calzada, con el semblante desencajado y pálido.

—Había entrado a un almacén —explicó la madre del bebé—, y el coche se deslizó por la vereda. Alcancé a ver que usted lo detenía... Gracias, niñita. Usted ha salvado la vida de mi hijo.

La madre cogió en sus brazos al pequeñuelo que chillaba de susto. En seguida preguntó a Silvia en qué podía servirla.

La niña explicó su situación, pero nada dijo sobre la fuga de Lucía del orfanato.

—Advierto que están ustedes muy fatigadas —insinuó la joven dama—. Entren a casa un momento.

—Nosotros hemos llegado recientemente a este barrio —explicó poco después María Leiton—, y no conocimos al señor Balmer. Quédense aquí mientras hacemos investigaciones sobre el paradero de su tío Jaime. Estoy tan agradecida...

—Usted es muy gentil, señora —expresó Silvia—, pero no me atrevo a aceptar su ofrecimiento. Yo querría emplearme, trabajar mucho, a fin de juntar dinero para el viaje hasta Chillán, donde dicen que vive mi tío Jaime.

—Creo que yo puedo ayudarla —dijo María Leiton—; justamente necesitamos una ayudante para la camarera. Podrían permanecer aquí algunos días, hasta que usted encuentre una bue-

na ocupación y Lucy jugaría con Felipito. Mírala cómo se entretiene con el chico.

En efecto, Lucía y el pequeño Felipe gorjeaban a parejas jugando en la alfombra.

—Se lo agradezco con toda el alma, señora —murmuró Silvia.

Fueron dos días de completa felicidad para las fugitivas.

—Debo ir al correo a preguntar la nueva dirección de mi tío Jaime —dijo Silvia a su hermana Lucía—. Quédate con el niño. Regresaré pronto.

Iba la niña por las calles de Los Angeles sumida en sus cavilaciones, cuando de súbito fijó sus miradas en un gran cartel:

SILVIA Y LUCIA BALMER
Gratificación a quien encuentre a estas dos niñas.
Sección de Investigaciones.

Más abajo una descripción de las fugitivas y dos grandes fotografías de Silvia y Lucía.

Un carabinero apostado cerca del muro miró intensamente a la niña.

Silvia, poseída de pánico, dominó su deseo de correr, pero ya el

carabinero había comparado la fisonomía de la asustada niña con la del cartel y se acercaba diciendo.
—Escuche una palabra, señorita...
Silvia no vaciló más y empezó a correr por la calle.
—¡Deténgala, deténgala! —gritaba el carabinero.
—Aquí la tengo —dijo un transeúnte, alargando ambos brazos para sujetar a la fugitiva.
—Suélteme, suélteme —suplicó Silvia al caballero—. No soy ladrona...
El desconocido, pensando que a él no le incumbía perseguir a una criatura, dejó caer sus brazos, y Silvia, que era muy buena corredora, se alejó como una liebre perseguida por el cazador.
En una esquina escabullóse tras la puerta de un almacén. Un minuto después subió a un autobús que se detuvo frente a su escondite y ocupó un sitio bastante oculto entre dos individuos altos y corpulentos.
La fugitiva no se atrevía ni a mirar las calles por donde corría el autobús.
Otra vez divisó en un muro el fatídico cartel. Deseosa de salir del barrio céntrico, bajó del autobús y buscó la calle donde vivía la señora Leiton.
Dos horas anduvo la pobre niña por callejas y parques, hasta que sin darse cuenta se encontró frente a la casa deshabitada de su tío Jaime Balmer.
—¡Qué suerte! —exclamó Silvia—. Dios me ha guiado providencialmente.
Por prudencia prefirió saltar al patio de esa casa solitaria y guarecerse allí hasta que obscureciera. Contorneando el jardín, advirtió que la puerta de la cocina estaba abierta. Silvia se introdujo a la casa y recorrió cuarto por cuarto buscando alguna referencia de su tío.
En una mesa polvorienta encontró una carta dirigida a Jaime Balmer.
Decía así:
Referente a la compra de la fábrica en Chillán, creo que el negocio ya está resuelto. Puede usted venirse cuanto antes...
—En Chillán, tal como lo dijo el transeúnte —murmuró Silvia—. Tengo que juntar dinero para el viaje. Partiremos con Lucy.
Silvia salió a la calle y cautelosamente miró hacia arriba y abajo de la avenida. Nadie transitaba por allí.

En cortos momentos estuvo en casa de la señora María Leiton. Silvia oyó, antes de entrar a la sala, las risas sonoras de Lucía, los balbuceos de Felipito y también una voz varonil cuyo timbre le pareció haber oído antes.

—Entra sin temor, Silvia —dijo sonriendo María Leiton—. Este señor es mi marido.

Leiton miró atónito a Silvia y la niña estalló en sollozos.

—¿Qué ocurre? —preguntó María Leiton—. ¿Alberto, tú sabes algo?

—Ahora que veo juntas a las dos desconocidas comprendo la tragedia —dijo el marido de María—. En toda la ciudad hay carteles con los retratos de estas niñitas que la policía reclama.

Lucía corrió a refugiarse en brazos de su hermana Silvia.

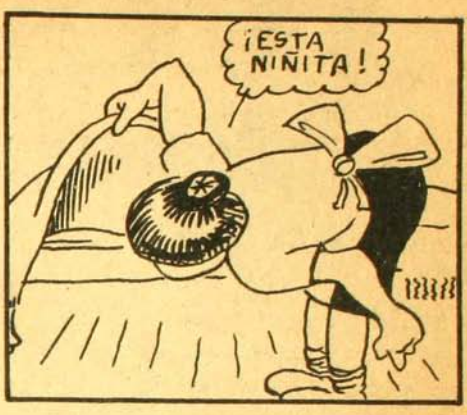
—Protégeme, Silvita —decía Lucía—. Yo no quiero volver al asilo.

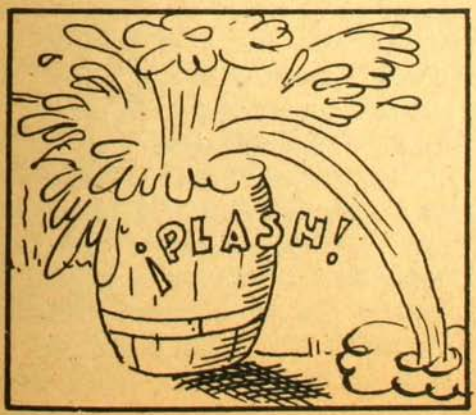
Silvia refirió su triste historia y la esperanza que tenía de encontrar a su tío Jaime Balmer en la ciudad de Chillán.
—Mientras tanto —insinuó María Leiton—, podemos darles asilo aquí, Alberto.
—Hasta mañana —declaró el señor Leiton—, porque no conviene tener litigios con la policía. Tranquilícense, niñitas... Nosotros tenemos una deuda de gratitud con ustedes por haber salvado a Felipito. María, dales dinero para el viaje a Chillán y mañana partirán.
Antes de la madrugada, ambas niñas salían de la casa con su pobre bolsón de vagabundas.
Presurosas cruzaban las calles de la solitaria ciudad y anhelantes llegaron a la estación pocos minutos antes de que partiera el tren.
—Espérame en ese rincón, Lucía —dijo Silvia—. No conviene que nos vean juntas.
La niña abrió su cartera frente a la boletería y un grito ahogado se escapó de sus labios.
Los doscientos pesos, obsequiados la noche antes por María Leiton, habían desaparecido.
Sólo entonces recordó Silvia las aviesas miradas de la camarera. Seguramente escuchó la conversación de los esposos Leiton y vió que el patrón entregaba el dinero a Silvia.
Toda esperanza de huir lejos se extinguía. Sin dinero no podían comprar los boletos de ferrocarril...
Tampoco era posible regresar a casa de los Leiton.
—¿Qué te pasa, Silvia? —preguntó Lucía cuando la vió venir hacia ella pálida y temblorosa.
—Nada —murmuró Silvia.
¿Cómo decirle a la pequeñuela que le habían robado el dinero? Sumida en su desolación no se dió cuenta de que balbucía a media voz:
—Qué mujer tan malvada... Ahora no podemos partir, ni regresar a casa de la señora Leiton. Tal vez no me creería y me tomaría por una estafadora.
—Silvia, ¿quieres decir que has perdido los billetes de cien pesos? —preguntó Lucía.
Silvia estrechó contra su pecho a la adorada hermanita y sus lágrimas bañaron los rubios cabellos de Lucía.

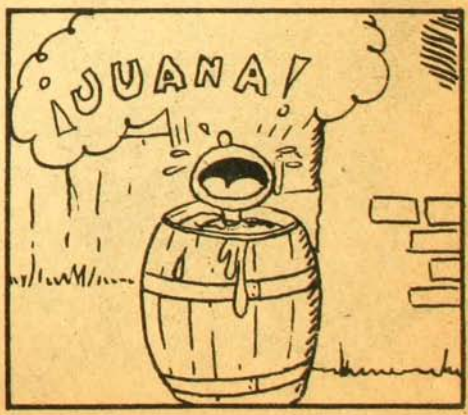
(CONTINUARA)

Chelita

Por Moris







Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, corre tierras en busca de proezas. En el castillo del barón Gary oye hablar de la leyenda del Graal, comarca de magia y seres sobrenaturales que todos temen. Decide ir al Graal. Un duende trata de detenerlo.

CAPITULO XV.— La fuente encantada...

Nada pudo detener a Ives el Indomable, ni la tempestad furiosa, ni las advertencias del duende Hua.

Apenas destelló el alba, reemprendió la marcha. Durante leguas y leguas, atravesó valles cubiertos de una vegetación alta y sombría. Luego este paisaje se cambió por un panorama árido. Inmensas peñas se alzaban como una fauna petrificada.

El Graal conocía la proximidad del extranjero. La guardiana de la fuente encantada sopló una flauta cuyos sones, volando sobre los pantanos y por la selva, penetraron en los oídos del caballo que montaba Ives. El, que no percibía la apagada música, no comprendió por qué su corcel daba señales de espanto y se negaba a obedecerle.

—¡Adelante! ¿Qué sucede?

Levantando en el aire sus patas delanteras, el caballo relinchó enloquecido por el sonar de la flauta, que se vertía en sus oídos como un veneno sutil.

Después, aunque Ives acortó las riendas, se lanzó en desenfrenada carrera hacia el bosque temido. Cuando saltó sobre un tronco derribado, Ives no tuvo tiempo de inclinarse y su cabeza fué golpeada por la rama baja de un árbol. Sintió escurrirse por su sien la sangre que brotaba de una herida y perdió la conciencia por algunos minutos. Al abrir los ojos, pudo ver a una decrépita mujer que condu-

cía a su caballo de la brida. Advirtiendo que él la miraba, extendió su mano amarillenta y seca, de uñas largas y curvadas como garras y pronunció:

—¡Insensato! Regresa a tu lugar o hallarás la muerte.

—¿Eres la guardiana del Graal? —preguntó Ives, incorporándose penosamente.

Con paso inseguro, avanzó hacia la vieja que, inmóvil, fija en el suelo, semejaba un árbol disecado. Apartándola, Ives saltó al estribo. La brisa mañanera despejó su cabeza. Con una risa intrépida exclamó:

—No puedes quebrantar mi voluntad. Sigue tu camino, anciana, que yo seguiré el mío, sin que nadie me desvíe.

Cabalgó a través del bosque y, al llegar a un río, lavó su heri-

da y colocó sobre ella una venda húmeda. Atravesó en seguida por un vado. De un flechazo mató una tenca, pez de río, y la asó en una hoguera para alimentarse.

Había terminado su merienda, cuando percibió rumor de pasos en la hojarasca. Se abrieron después los matorrales y apareció un caballero casi doblegado bajo el peso de su escudo. Ives se lanzó al suelo y arrancó su cuchillo clavado en la tierra. Pero el caballero no le atacó. Sus rodillas se doblaron y se abatió, con gran ruido de hierro. Sólo entonces Ives le reconoció:

—¡Barón Gary!

—Quise deteneros, príncipe. Corrí en vuestro seguimiento y me extravié. Sin querer, llegué al Graal... ¡Qué horrible! Os conjuro a regresar. De lo contrario hallaréis a...

La voz se extinguió en sus labios. El barón no alcanzó a referir la aventura que le costaba la vida. El barón no hablaría más.

Ives cubrió el cuerpo con su capa. Luego siguió su camino, bordeando el río.

Atardecía cuando se encontró al pie de una monumental escalera de piedra. Entre los peldaños de casi dos metros de altura crecían arbustos. Con la espada en la mano, Ives empezó a trepar, sosteniéndose de las ramas y las raíces endurecidas. Llegó por fin a una amplia terraza donde se alzaban colosales estatuas de piedra. Entre las malezas reptaban las serpientes. Ives no se detuvo. Con su espada, decapitaba a los reptiles que se cruzaban a su paso. La silueta del príncipe, extraña por su agilidad en aquel lugar de silencio y quietud, pasaba entre las estatuas de caballeros gigantescos.

—¡La fuente del Graal! —murmuró Ives, y, por un instante, no se atrevió a dar un solo paso más.

Pendiente de su cadena de plata, brillaba la copa de oro que ningún ser humano había tocado.

¿Surgiría ahora la guardiana del Graal para impedir que el forastero se inclinara sobre la fuente, que hasta ese día sólo reflejó el semblante verdoso y

huesudo de las brujas, la faz irónica y movible de los trasgos, el rostro hermoso, pero cruel, de las hechiceras rubias y blancas que saben mil sortilegios para encantar a los pobres mortales?

Ahora el agua recibía la imagen de una faz varonil y bella, unos ojos en los cuales llameaba la osadía, una boca firme, trazada por una voluntad indomable.

Ives tendió su brazo y rozó la pulida superficie de la copa. Sus dedos la rodearon y después la ciñeron con fuerza.

Sentía sed, una sed irresistible. Oyó tintinear la cadena de plata cuando cogió la copa, a fin de hundirla en el agua.

Era observado. Lo presentía, aunque ningún ser humano o sobrenatural se vislumbraba entre el ramaje que circundaba la fuente, ni en la terraza poblada de estatuas, ni entre los malezales cuajados de serpientes.

Ojos extraños y hostiles miraban a Ives, enemigos invisibles le acechaban, aguardando el instante en que se doblegaría bajo un brutal adversario.

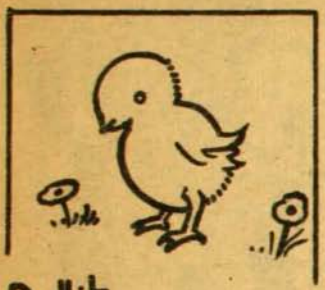
(CONTINUARA)

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 15

El pollito .....

¡GRANDES PREMIOS!



Pollito ———

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el pollito? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón.

Entre los solucionistas exactos se sortearán semanalmente los siguientes premios: 10 premios de $ 10; 5 tubos de pasta dentífrica BAYCOL, 2 tambores, 5 cartones de herramientas, 6 pelotas de goma, 10 cajas de lápices de colores, 25 paquetes de Vitalmín, 5 paletas de acuarelas, 5 libretas de apuntes, y 5 carpetas de esquelas.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 12
La jirafa es muda.

Premiados con: UNA MUÑECA: Ruth Moya, Santiago. UN TUBO DE PASTA BAYCOL: Alberto Silva, Santiago; Domingo Vallejos, Santiago; Roberto Fernández, Santiago; Sergio Zavala, Melipilla; Angelina Retamales, Santiago. UN LAPICERO FUENTE: Mireya Ramírez, Santiago. UN LIBRO: Arturo del Campo, Santiago; Hugo del Campo, Santiago; Adriana Soto, Valdivia de Paine; Margarita Serrano, Viña del Mar; Aura Giacaman, Santiago. UNA PELOTA: Francisca Núñez, Viña del Mar; Guillermo Herrera, San Fernando; Abdón Milad, Santiago; Oscar Flores, Santiago; Guido Aranda, Santiago; Beatriz Iturrate, Santiago. UNA MALETA DEPORTE: Pedro Contreras, Talca; Ricardo Isaac, Santiago. CON $ 10: César Fernández, Santiago; Carlos Bertín, Talcahuano; Jaime Sepúlveda, Santiago; Miguel Iturrate, Santiago; Roberto Rojas, Santiago. UNA BILLETERA: Luis Sepúlveda, Santiago; Jorge Giacaman, Santiago. UNA CHAUCHERA: Miguel Abarca, Santiago; María Eugenia Arrieta, Santiago. UN LLAVERO: Eduardo Alfaro, La Cruz.

Anunciamos a nuestros lectores que en el número de Navidad aumentaremos los premios en forma fantástica. Tendremos una cantidad de juguetes para todas las soluciones correctas. Los premios extraordinarios serán una hermosa muñeca, regalada por Laboratorios Recalcine, y un precioso lapicero fuente.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile — 1949

MUCHI Y POCO

3. Como Poco está tan aturdido que busca los fósforos, teniendo en su mano una vela, en la cual puede encender perfectamente su pipa, Muchi lo llevó a veranear. De pronto, empezó a llover.

4. Poco salió del mar y se dirigió a la caseta. Reapareció con un paraguas. "—¿Ves? Con esto solucionamos el problema." La gatita pensó que Poco estaba más ganso que nunca.

El fué el primero

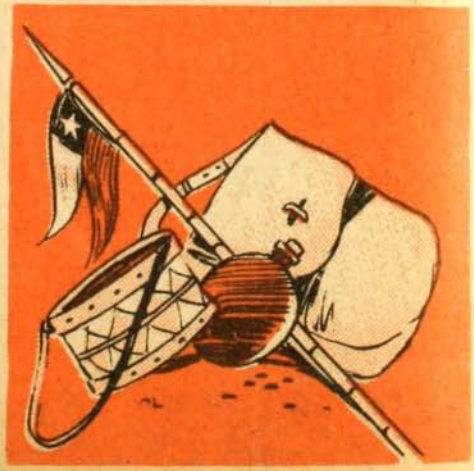
Sir Roberto Baden-Powell, creador del scoutismo

Era un general inglés, que soñaba con un ejército mundial. No una horda guerrera, sino brigadas de niños y jóvenes que recorrieran los caminos y los bosques, aprendieran a vivir al aire libre, a bastarse a sí mismos y a ser útiles a los demás. Y nació el *scout*, intrépido, alegre y servicial. Su lema es ¡SIEMPRE LISTO!

Ese general inglés, Sir Roberto Baden-Powell, vió cumplido su sueño. Las brigadas de *scouts* existen en todo el mundo. Chile fué el segundo país donde se fundó el scoutismo. El primero fué Inglaterra. Nuestra organización de *boy scouts* (niños exploradores) se debe al Dr. Alcibíades Vicencio.

Las niñas también forman en estas filas nobles y entusiastas. Se llaman *girl-guides* y cumplen con dignidad sus lemas scoutivos.

Sir Baden-Powell nació en 1857 y murió en 1941. Su ejército juvenil perdurará a través del tiempo.



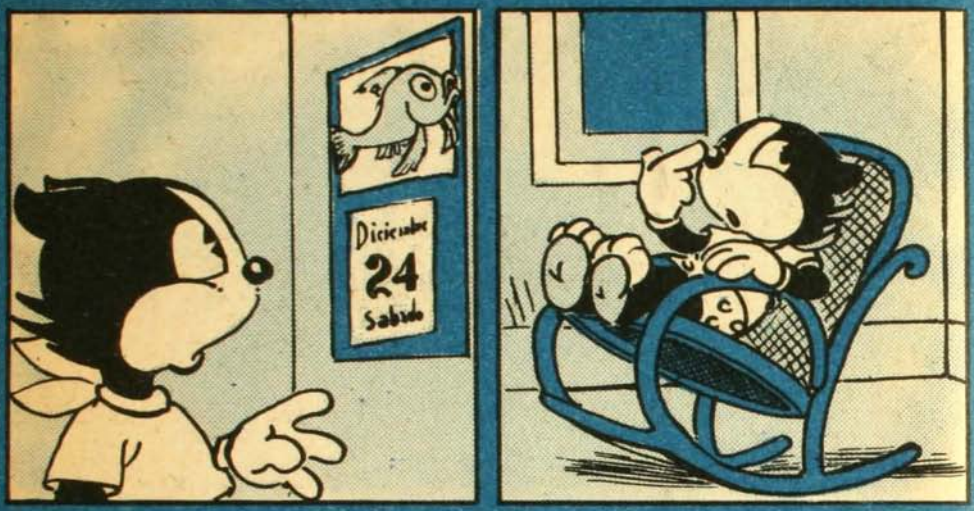
Simbad

N.º 16

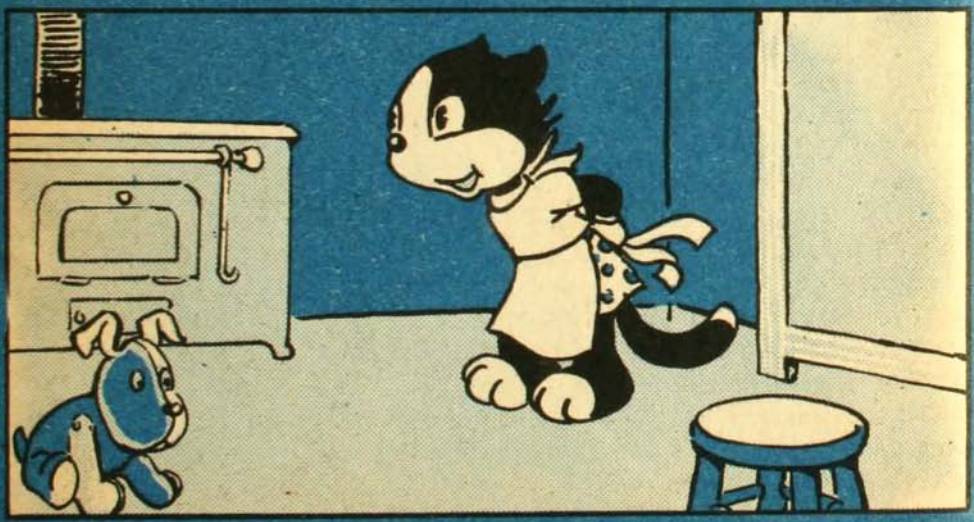
$ 2.-

EL POZO
DE LOS SABIOS
(Cuento de Navidad)

MUCHI y POCO



1. "—Esta noche es Nochebuena y debo hacerle un regalo al pato Poco —dijo la gatita Muchi—. A los patos les gusta el agua, pero no me alcanza para comprarle una laguna."



2. De tanto pensar, se le ocurrió una idea. "—Ya sé —dijo feliz, y se colocó un delantal—. Le haré un pan de Pascua." Y entró a la cocina, con cara de panadera que sabe mucho.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)
AÑO I - N.º 16
Precio: $ 2.—
21-XII-1949.

PIRATAS DEL MAR EGEO

CAPITULO I.— *¡Piratas a la vista!*

Ernesto Saurel se despedía de su mujer, la robusta y bondadosa hostelera Martina.

—Hoy nos embarcamos —declaró el dueño de la hostería "El Delfín Verde"—. María, nuestra hija queda contigo para ayudarte a servir a los clientes. Llevaré a Carlos hasta el puerto.

Padre e hijo se encaminaron hacia el muelle, donde estaba anclado el "Brisa", un barco mercante.

—Dentro de pocos años serás el capitán de un bergantín como ése —dijo Ernesto con orgullo.

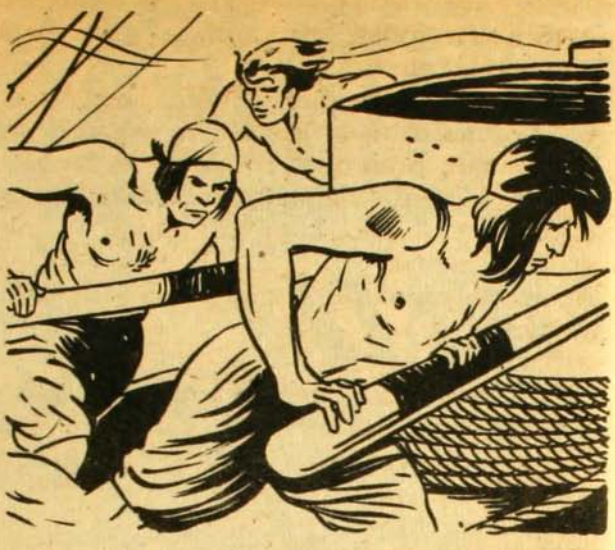
—O quizás de una fragata del rey —contestó Carlos, y sus ojos fulguraron—. Gracias al Ministro Colbert, no es necesario ser noble para servir a Su Majestad en los mares.

La sonrisa de orgullo se acentuó en los labios de Saurel. Abrazando a Carlos, subió a bordo de su navío. Hábil comerciante, negociaba en los puertos de Esmirna y Constantinopla.

—¡Hasta pronto,

Carlos! —gritó, desde el puente.

—¡Adiós, padre! —repuso el joven, que no separaba su mirada del marino. Le vió impartir órdenes. La tripulación surgió por las escotillas. Agiles cuerpos treparon por las vergas. Otros marineros se lanzaron a las barras del cabrestante para levar el ancla. Las velas fueron desplegadas y el bergantín



se alejó, pasando entre las galeras reales que ostentaban la bandera blanca flordelisada en oro. Luego de costear el castillo de If, llegó a alta mar.

Un alegre sol se reflejaba en las olas. El viento extendía las lonas del velero, imprimiéndoles vuelo, como a las alas de las gaviotas.

Transcurría el tiempo apaciblemente. El "Brisa" llegó al mar Egeo. Una tarde que Saurel anotaba en el libro de bitácora:

Lunes 26 de agosto de 1672, oyó el grito del vigía:

—¡Barcos a estribor!

El capitán acudió al combés, a fin de observar los navíos. En aquel tiempo la navegación en el Mediterráneo era muy arriesgada. Los piratas infestaban ese mar, especialmente los berberiscos, que aproaban en los puertos de Trípoli, Alger y Túnez.

Uno de los barcos era un jabeque, embarcación a vela y remo, y el otro, un bergantín.

—¡Suelten todas las velas! —gritó Saurel, comprendiendo que eran naves piratas.

Inútilmente pretendieron huir. Los gavieros corrían por las vergas. Los mástiles crujieron, recargados de lona.

—Debemos presentar combate —declaró el marsellés.

El "Brisa" tenía sólo algunos cañones casi inservibles. Era necesario, sin embargo, combatir, pues de los piratas no podía esperarse clemencia.

Un nuevo aviso del vigía conmovió a la marinería del barco mercante:

—¡Navíos a babor!

¿Se acercaba un tercer enemigo y entonces el indefenso velero se encontraría entre dos fuegos? Con angustia, Saurel escrutó el horizonte. Distinguió entonces con su catalejo una soberbia galera. Sus insignias revelaban que pertenecía a los caballeros de la orden de Malta.

—¡Estamos salvados! —exclamó con alegría.

En efecto, la galera presentó batalla a los filibusteros. Por sus portañolas de proa brotaron espesas nubes de humo. La primera descarga causó estragos en el jabeque. Los piratas musulmanes, que habían esperado hallar una presa fácil, vieron que la situación se tornaba peligrosa y, sin vacilar, se dieron a la fuga.

—¡Viva el rey! —gritaron los marinos franceses.

El comandante de la galera real y el capitán del "Brisa" cam-

biaron breves palabras por sus portavoces. En seguida, como la noche se avecinaba, las dos naves se dirigieron a una de las bahías de Karavi, pequeño islote rocoso de la costa del Peloponeso.

Casi a medianoche la calma se vió interrumpida por una voz de alarma:

—¡Los piratas!

Con gran sigilo, una flota de berberiscos se había aproximado para asaltar las dos naves ancladas.

(CONTINUARA)

A nuestros lectores

M. Soledad Domínguez Marchant.—Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por "Dick Tabú" e "Ives el Indomable".

Guillermo Ponce, Alicia Montecinos, Carlos Galnelli, Clementina Castillo, Erwin Kunzagk.—Nos complace que todo el material de "Simbad" les proporcione lectura grata y sensacional.

María Dina Mosqueira.—Los premios semanales a los lectores de provincias se envían por correo.

Marta Sáez.—El "mundo" que anima las páginas de la revista "Simbad" contiene personajes de todas las fisonomías, a fin de que cada lector encuentre a sus favoritos.

Aníbal Rosas.—Nos alegra saber que nuestra revista despertó en usted el gusto por la lectura.

Bustos V.—Con un tiempo más de ensayo podrá dibujar bien. Cuando considere que ha progresado, envíenos una nueva colaboración. Tiene usted ingenio para inventar historietas.

Gerardo Muñoz.— Agradecemos sus gentiles felicitaciones.

Alejandro Vera Puelma.—Para dibujar bien, debe usted practicar mucho.

ROXANE.

DICK TABÚ

CAPITULO XVI.— El fetiche del cocodrilo.

RESUMEN: Dick Hateras consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, después de muchas aventuras y victorias, parte al oriente del Africa, en busca de Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes.

Dick Tabú, oculto en la maraña, vió que un negro gigante caía sobre el cazador pigmeo con intenciones de matarle.

—¡Detente! —gritó Dick al negro de rostro pintarrajeado fantásticamente—. ¿Por qué atacas a ese pobre pigmeo?

El guerrero parecía sordo y continuaba apretando con furia la garganta del pigmeo.

Dick alzó su rifle y disparó al aire. Sabemos que nuestro héroe no era cruel y que siempre evitaba matar.

El negro soltó al pigmeo y, recogiendo del suelo su lanza, embistió contra el Intocable.

Pudo Dick dispararle una bala a quemarropa, pero prefirió luchar con sus puños.
Colgóse el rifle al hombro y antes que el gigante le atravesara con su lanza, le dió un fuerte puñetazo en el mentón, que le dejó sin sentido.
—Qué lanza más curiosa —murmuró Dick, examinando el arma—. Su mango está tallado en forma de cabeza de cocodrilo. Esperaré que recobre los sentidos para interrogarle y saber a cuál tribu pertenece.
Entretanto se acercó al pigmeo, que frotaba su dolorido cuello.
—La muerte estaba cerca de mí, oh divino Intocable —balbuceó el pigmeo—, y tú me has salvado. Ese hombre está loco. Lleva un fetiche que le permite moverse sin hacer ruido.
—¿Cuál es ese fetiche?
—Lo tiene en su mano —explicó el pigmeo—. Ese negro es de la secta del cocodrilo sagrado.
—Ve a despertarlo, porque deseo hablar con él —ordenó Dick.
El pigmeo movió al gigante y dijo con serenidad:
—Está muerto.
—¿Muerto sólo con la bofetada que le di?
—No murió de la bofetada, sino de los rasguños que yo le hice con mis uñas envenenadas —explicó el pigmeo—. Nuestra tribu es débil de fuerzas y por ello se defiende con venenos que exprime de yerbas, cuyo secreto sólo nosotros conocemos.
En ese instante se escuchó el sonido de los tambores emisarios.
—¿Qué dicen esos tambores? —preguntó Dick Tabú al pigmeo.
—Le traen mensajes al hombre del fetiche —explicó el diminuto negrillo.
—Repítelos...
—No puedo —balbuceó el pigmeo—. Son tabú. Los envía el jefe de la secta del cocodrilo sagrado.
Y a fin de que el Intocable no insistiera en sus preguntas, el pigmeo huyó por entre los malezales y se perdió de vista.

A diez kilómetros de distancia del sitio donde actuaba Dick Tabú se erguía un villorrio indígena, en el cual vivía un comerciante inglés llamado Harker.
Este individuo sólo tenía blanco el color de su piel, pues había

adoptado las costumbres nativas y explotaba a su favor toda superstición indígena.

—Patrón, se acerca un hombre blanco al reducto —dijo el nativo al obeso Harker.

—Ya lo sabía —replicó Harker—, me lo han comunicado los espíritus.

Quince minutos después, Dick Tabú se detenía frente a la choza de Harker.

El comerciante fingió estar dormitando al sol y, al llamado del Intocable, manifestó gran sorpresa.

—¿Quién es usted? —preguntó a Dick Hateras—. ¿Y por qué viste con esa piel de leopardo? ¿Va a concurrir a un baile de fantasía?

—Soy Dick Hateras y me visto así...

—Ya, ya —exclamó Harker, poniéndose de pie—. No me diga más. Usted es Dick Tabú. Yo soy Harker, comerciante en colmillos de elefante, tabacos y pieles. Venga a mi casa.

Y al decir esto, Harker tendió su mano a Dick.

—¿Me cree usted indigno de estrechar su mano? —protestó Harker.

—Si usted sabe quién soy yo —dijo el Intocable—, ha de cono-

cer también mi tabú. SOY AQUEL QUE NADIE DEBE TOCAR.
—*All right* —expresó Harker—, pero esas supersticiones son buenas para los crédulos negros. Acuérdese que está tratando con un hombre blanco. Voy a cumplir los deberes de la hospitalidad. ¿Le ofrezco algo? ¿Carne, pan, whisky?
—Gracias, no tengo hambre.
—Conversemos entonces —insinuó Harker—. Es agradable el trato con gente civilizada. Por cierto que tengo algunos vecinos de raza blanca, pero son tan canallas... ¿Qué le trae a usted por aquí? Este kraal no se encuentra en su distrito. ¿O viene para trabar amistad conmigo?
—No —respondió Dick—, por la razón de que hasta esta mañana ignoraba su existencia. Traigo esta flecha con el mango tallado en forma de cabeza de cocodrilo. ¿Podría explicarme usted el origen de este fetiche?
—Lo ignoro —dijo Harker—; poco trato con los negros y apenas conozco su idioma. Menos aún sus costumbres y supersticiones. Para mí son griego sus llamados con silbidos y sus mensajes con tambores. Suponiendo que exista el fetiche o tabú del cocodrilo, ¿qué le importa a usted, joven? No se encuentra usted en su distrito y yo prefiero que deje en paz a los nativos.
—Uno de sus negros con el fetiche del cocodrilo atacó a un cazador pigmeo de mi distrito —replicó Dick—, y esto no debe repetirse.
—¿Qué importa la vida de un pigmeo?
—Examine usted esta lanza —dijo Dick—, y dígame si no es algo raro.
—En verdad —expresó Harker—. Una vez vi algo semejante en la propiedad del portugués Gómez. Es mi vecino, pero como él no habla inglés y yo no comprendo el portugués, no logramos entendernos.
Dick se puso de pie.
—¿Se marcha? —preguntó Harker.
—Voy a visitar a Gómez —replicó Dick—, tengo idea de que él me podrá indicar dónde se encuentra la tribu o secta del cocodrilo.
No hacía diez minutos que Dick había partido, cuando el colono Harker golpeó las manos y a su llamado acudieron dos indígenas.

—Sigan al niño blanco —ordenó el infame individuo, hablando el idioma nativo, como si fuera su lengua materna—, y cuando le alcancen, mátenlo. ¿Me han comprendido?

—Sí, gran Buana —respondió un negro—, pero ese niño tiene un tabú. Hay pena de muerte para quien lo quebrante.

—No teman —indicó Harker—. Mi tabú es más poderoso que el de ese muchacho.

—Muy bien —asintieron los emisarios de la muerte—. ¿Qué haremos después con su cadáver?

—¿No están siempre hambrientos los cocodrilos? —expresó Harker—. Sean prudentes. El Intocable es muy astuto.

Mientras tanto Dick Tabú iba cavilando:

"Harker es un embustero al asegurar que ignora el origen del fetiche en forma de cocodrilo. Visitaré al portugués Gómez y continuaré investigando."

De súbito le pareció oír un ruido y decidió buscar refugio en la selva. Pronto divisó a dos negros que caminaban por el senderillo que él había abandonado.

—Se perdieron las huellas —dijo uno de ellos.

—¿A quién buscan? —preguntó Dick, saliendo súbitamente del matorral.

Ambos negros, cogidos de sorpresa, no supieron qué actitud adoptar. Tras un breve silencio, uno de ellos alzó el hacha para golpear a Dick.

El Intocable le disparó al brazo derecho y le derribó.

—Quieto —ordenó Dick al otro negro—. Quiero saber quién les ordenó asesinarme.

—Nadie —replicó el hipócrita negro—. Nosotros andábamos cazando y mi hermano se asustó al verle.

—¿Conocen ustedes mi tabú? —preguntó Dick—. SOY AQUEL QUE NADIE DEBE TOCAR. Pero como tal vez ustedes ignoraban, les perdono la vida. Guíenme a la casa del portugués Gómez.

—Si tú mandas, obedeceremos... Tú eres poderoso y nosotros siervos...

Atardecía cuando llegaron al chalet de Gómez. Como nadie acudiera a recibirle, Dick encerró a los dos negros en una habitación y salió en busca de Gómez.

—¿Qué busca? —le gritó de pronto un hombre moreno y de grandes bigotes negros.

—Soy Dick Hateras... ¿Supongo que usted es el portugués Gómez?

—Sí, señor... ¿Y qué?

—Vengo de casa del colono Harker...

El portugués alzó el bastón que llevaba en la mano y con gesto amenazante respondió:

—Si usted es amigo de Harker, prefiero no recibirle.

—No soy amigo de Harker, y, por el contrario, tengo razones para creer que es mi enemigo. Harker me dijo que usted no hablaba inglés y advierto que lo habla como un británico. También me dijo que usted tenía muchos nativos en sus campos...

—Miente Harker —vociferó Gómez—, y me hace todo el daño que puede. Yo pretendí secar ese lago putrefacto y me lo impidió, llevándose a todos mis peones. Esos pantanos están atestados de cocodrilos, sanguijuelas y víboras. Escuche usted esos rumores. Vienen del lago.

—Son tambores y tam-tams —explicó Dick.

—¿Y quién los toca? Ese es el misterio que aterroriza a mi gente. Nadie puede visitar esos pantanos y, sin embargo, hay seres o fantasmas que hacen redoblar los tambores.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN

1. Los ositos Ma, Ra, Vi y Lla brincaron de alegría al ver su árbol de Pascua. Pero descubrieron que no podían alcanzar los juguetes. Entonces, Tomasín, con un bastón, hizo una maniobra.

2. El árbol estaba colocado sobre una victrola. Al girar el disco, los juguetes saltaron a manos de los ositos. "—¿Les gusta el árbol Pascual Bailón?", dijo el ocurrente Tomasín.

MARCO POLO

CAPITULO I.— Tres viajeros.

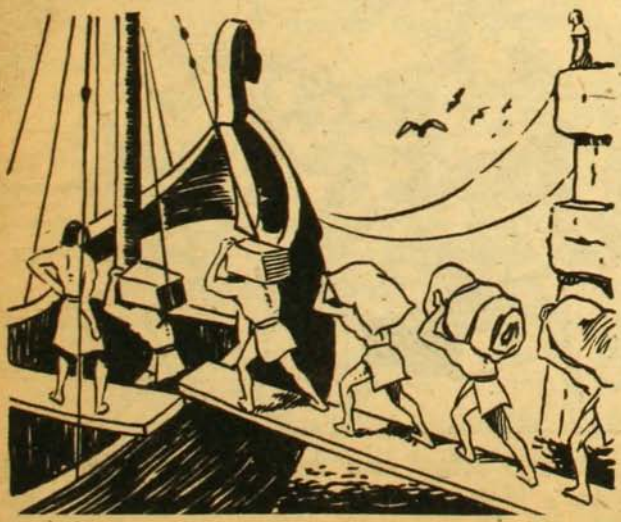
En 1269 vivía en Venecia, en la isla de Rialto, un joven de quince años. Era muy alto y tenía los ojos azules como aguamarinas. Huérfano de madre, creció en poder de una de sus tías. Se llamaba Marco Polo. Su padre, Nicolo, y su tío, Maffeo, poco después que Marco nació, partieron hacia el Oriente. En el largo tiempo transcurrido, nada se sabía de los viajeros.

—Tal vez han muerto asesinados por los bandidos tártaros — opinaban algunos.

Marco se educó en la iglesia de San Marcos. Le agradaba oír las narraciones de los viejos que tomaban el sol en la Piazza y hablaban sabiamente. Recorría Venecia, deteniéndose en el muelle para ver el desembarco de mercaderías venidas de lejanos países.

El muchacho veneciano y sus amigos deambulaban por todas partes y asistían a las fiestas religiosas, disfrazados de diablos o de santos. Sus compañeros le decían riendo:

—Todos te reconocen, porque eres siempre el diablo más grande o el santo a quien le falta poco para llegar al cielo.



A todas las procesiones, prefe r í a n la "Sensa", el gran festival de la Ascensión. En ella había un gran desfile de llameantes colores y la población acudía a presenciar el desposorio anual de Venecia con el mar. El Dux l a n z a b a al Adriático una sortija

de oro, pronunciando las solemnes palabras:

—Te desposamos, oh mar, en señal del vero y perpetuo dominio de la Serenísima República de Venecia.

Ese año, Maffeo y Nicolo regresaron. Entonces Marco Polo conoció a su padre. Al oírle relatar sus viajes, empezó a soñar con aquellas tierras extrañas. Aprendió frases tártaras, turcas y de otras lenguas. En estos idiomas exóticos hablaba con los dos viajeros.

Un día, Nicolo llamó a su hijo para decirle:

—Necesitamos afianzar nuestras relaciones con el Asia y Catay (China). He observado que posees un profundo espíritu aventurero. ¿Quieres venir con nosotros?

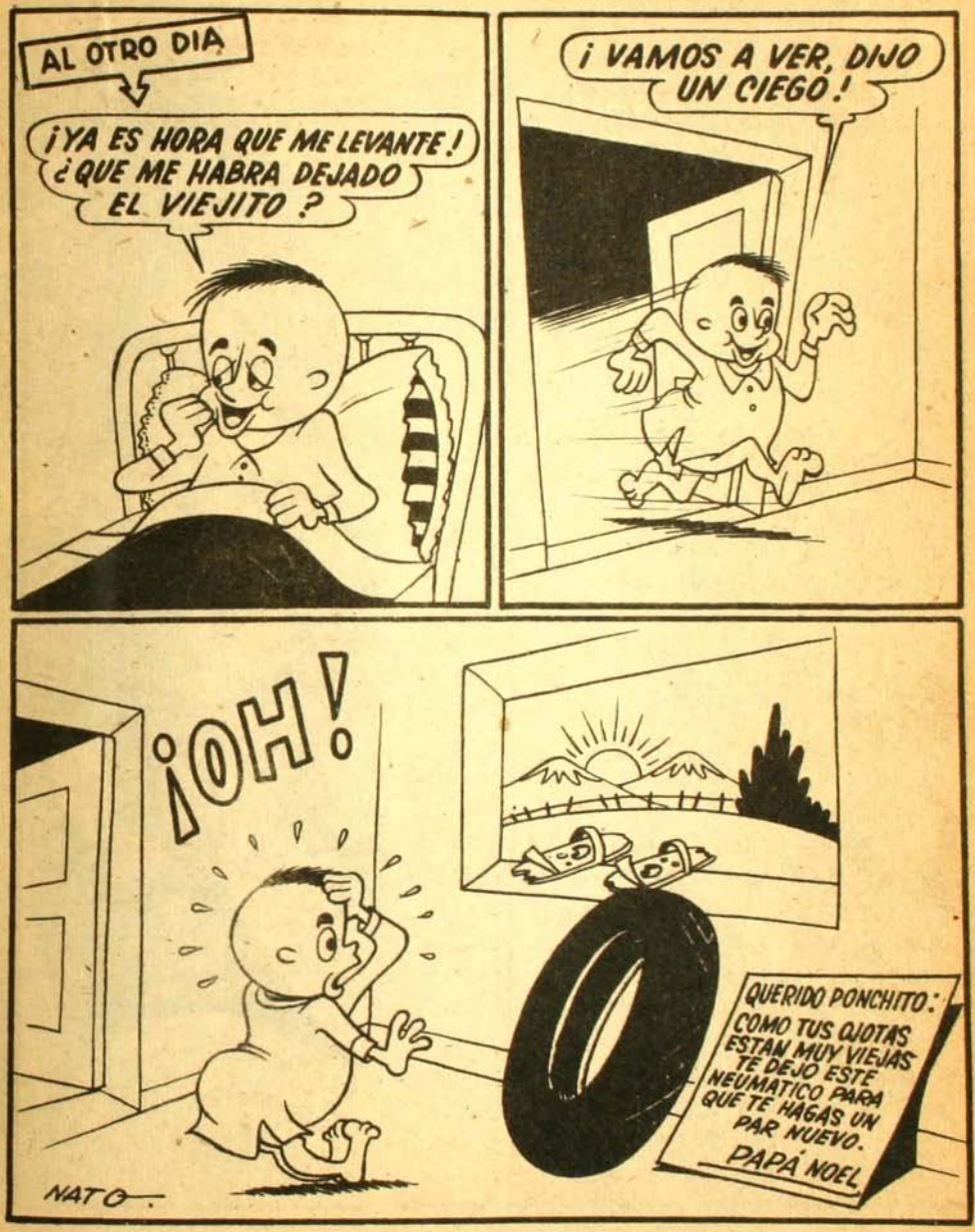
Por cierto que Marco aceptó entusiasmado, y días más tarde iniciaron el viaje.

(CONTINUARA)

Ponchito

ESTA NOCHE HAY QUE DEJAR LOS ZAPATOS EN LA VENTANA PARA QUE EL VIEJITO PASCUAL DEJE JUGUETES
YO VOY A DEJAR MIS OJOTAS VIEJAS, PARA QUE CREA QUE SOY BIEN POBRE Y ME DEJE UN REGALO BUENO
¡CHAO! MAÑANA TE MOSTRARE EL REGALITO QUE ME VA A DEJAR EL VIEJITO PASCUERO
¡ESTA NOCHE ES NOCHE BUENAAA...LALARI LARI, LARA!

por nato


AL OTRO DIA
¡YA ES HORA QUE ME LEVANTE! ¿QUE ME HABRA DEJADO EL VIEJITO ?
¡ VAMOS A VER, DIJO UN CIEGO !
¡OH!
QUERIDO PONCHITO: COMO TUS OJOTAS ESTAN MUY VIEJAS TE DEJO ESTE NEUMATICO PARA QUE TE HAGAS UN PAR NUEVO.
PAPÁ NOEL
NATO

El pozo de los sabios

CUENTO DE SELMA LAGERLOFF

Al antiguo país de Judea llegó cierta vez la Sequía, con sus ojos hundidos. Llena de amargura, caminó sobre los secos cardos y la hierba marchita.
Era en pleno verano.
La Sequía se dirigió hacia los estanques de Salomón y reconoció, suspirando, que éstos contenían aún bastante agua entre sus orillas rocosas. Descendió hacia el pozo de David, en Belén, y también allí encontró agua.
Con andar lánguido, continuó por la gran carretera que conduce de Belén a Jerusalén. Al pasar junto al pozo de los Sabios, observó que estaba próximo a agotarse.
La Sequía se sentó en el brocal del pozo, formado de una sola piedra socavada, y miró hacia el fondo. Sólo quedaba un poco de agua, turbia y fangosa. Cuando la fuente vió el seco rostro de su enemiga, sintió un gran terror.
—Quisiera saber —dijo la Sequía— cuándo te llegará la última hora. Ahí abajo, en lo hondo, supongo que no has de encontrar una vena de agua que te preste nueva vida. Y, gracias a Dios, la lluvia no caerá hasta dentro de dos o tres meses.
—Entonces, quédate tranquila —suspiró el pozo—. Ya no hay salvación para mí, a no ser que viniera a revivirme un manantial del cielo.
—Te abandonaré cuando todo haya

terminado —dijo la Sequía, comprendiendo que el pozo estaba próximo a secarse. Ansiaba verle morir, gota a gota.
Sentóse, pues, satisfecha, en el brocal y oyó con regocijo cómo el pozo gemía.
También era para ella un placer observar a los caminantes sedientos, que se acercaban con la esperanza de saciar la sed y lograban sólo remover el cieno.
Así transcurrió todo el día y cuando las tinieblas empezaron a extenderse, miró la Sequía el fondo del pozo y vió que aún refulgía un poco de agua.
—Pasaré aquí la noche —decidió, y se guareció en el cobertizo del pozo, durante aquella noche que se tendía sobre Judea aún más siniestra que el día. Los perros y los chacales no cesaban de aullar y las sedientas reses y asnos les contestaban desde sus ardientes establos.
Sin embargo, las estrellas brillaban. La pequeña y resplandeciente luna vertía una luz verde azulada, de gran belleza, sobre los grises collados. Y a la luz de la luna, vió la Sequía una caravana que avanzaba hacia la colina. Los tres camellos que abrían la marcha parecían mucho mayores que los comunes.
La comitiva hizo alto en el pozo. Los dromedarios se acostaron en la tierra doblando las patas en tres bruscos

movimientos y sus jinetes desmontaron. Los camellos de carga permanecieron en pie, agrupados en un indescriptible caos de largos cuellos y jorobas.
Los tres viajeros avanzaron hacia la Sequía y la saludaron, colocando su mano en la frente y en el pecho. Ella advirtió que llevaban atavíos de blancura deslumbrante y turbantes enormes.
—Procedemos de un país lejano —dijo uno de los extranjeros—, y te rogamos que nos digas si es éste, en verdad, el pozo de los Sabios.
—Así le han llamado hasta hoy, pero mañana no existirá. Esta noche ha de secarse.
—Ya me lo figuro, puesto que te veo aquí. ¿Pero acaso no es éste uno de los pozos sagrados que jamás se agotan?
—Sé que es sagrado —replicó la Sequía—, ¿y qué importa eso? Los sabios que le dieron nombre, murieron hace mucho tiempo.
Los tres viajeros se miraron unos a otros y preguntaron:
—¿Conoces la historia de este antiguo pozo?
—Conozco la historia de todos los pozos y manantiales, de todos los arroyos y ríos —contestó la Sequía, con orgullo.
—Entonces, haznos el favor de narrarla.
Ella, luego de carraspear, empezó:
—En Gabes, ciudad de Media, situada al borde del desierto, vivían tres hombres famosos por su sabiduría. Eran muy pobres, cosa rara en aquel lugar, pues en Gabes se considera y se retribuye muy bien toda ciencia. Aquellos hombres no podían vencer su pobreza, porque el uno estaba cargado de años, el otro tenía lepra y el tercero era un negro de abultados labios. Para las gentes, el primero era demasiado viejo para poder enseñarles algo; del otro huían, temerosas del contagio, y en cuanto al último, nada querían saber de él, pues consideraban que de Etiopía nunca había salido sabiduría alguna.
"En su desgracia, los tres sabios hicieron estrecha amistad. Una noche en que dormían juntos en el campo, despertó el más viejo y, apenas miró en torno suyo, exclamó:
"—Alabada sea nuestra pobreza que nos obliga a dormir al raso. ¡Hermanos, levantaos y alzad vuestras miradas al cielo!
"Fué aquella una noche que nadie que la viera podrá olvidar. El cielo veíase traslúcido como un diamante. Las estrellas parecían flotar. Y había una estrella que brillaba más que todas.
"Cuando los pobres hombres contemplaron aquello, se dijeron,

en su sabiduría, que en tal hora debía haber nacido un poderoso rey sobre la tierra y murmuraron:

"—Vayamos en busca de los padres del recién nacido para anunciarles lo que hemos visto. Acaso nos premien con una bolsa de oro o con un precioso brazalete.

"Empuñaron sus largos cayados y se pusieron en camino. Pasaron por la ciudad, atravesaron su puerta principal, y, con la estrella de guía, avanzaron por el desierto. Pensaban en el joven monarca recién nacido, que encontrarían descansando en una cuna de oro y jugando con piedras preciosas. Distraían las horas de la noche hablando de aquel que llegaría a ser más poderoso que Salomón.

"Se vanagloriaban de que Dios les había destinado ver la estrella y pensaban que los padres del príncipe no les recompensarían con menos de veinte bolsas de oro.

"Yo estaba en el desierto, como una leona en acecho, dispuesta a lanzarme sobre los caminantes para someterlos a los tormentos de la sed. Pero se me escaparon. La estrella les guió durante toda la noche y cuando a la mañana siguiente el cielo se iluminó, haciendo palidecer todas las demás estrellas, ésta permaneció pertinaz y los condujo por el desierto hasta un oasis, donde encontraron un manantial y árboles cargados de abundante fruta. Allí descansaron y sólo cuando anocheció reanudaron la caminata.

"Según la opinión de los hombres —prosiguió la Sequía—, la marcha era fácil. La estrella los guiaba siempre, de modo que no

sufrían sed ni hambre. Los custodiaba al pasar junto a los erizados cardos, removía el polvo de arena profundo y voluble y, gracias a ella, esquivaron los abrasadores rayos del sol y las ardientes tempestades del desierto. Los tres se repetían convencidos:

"—Dios nos protege y bendice nuestra peregrinación. Nosotros somos mensajeros suyos.

"Poco a poco fuí adquiriendo poder sobre ellos. Los corazones de aquellos hombres se transformaron en áridos desiertos, como aquel que atravesaban, llenándose de estéril orgullo y de vil avidez.

"Por fin la estrella los condujo hacia el río Jordán. Y una noche se detuvo en lo alto de la pequeña aldea de Belén, sobre un cono de piedra que asomaba entre los verdes olivos.

"Los viajeros trataron de descubrir los palacios, fortalezas, muros y vallados, en fin: todo lo propio de una ciudad real. Nada de ello lograron avistar. Y lo que todavía es peor, la luz de la estrella no les guió siquiera al interior de la ciudad, sino que permaneció suspendida sobre una cueva, al borde del camino. Allí encontraron los tres peregrinos un niño dormido en el regazo de la madre. Disgustados, no entraron para profetizar honores y reinos al recién nacido y se volvieron a la montaña.

"—¿Nos ha conducido Dios hasta aquí para que nos burlemos de El, augurando poder y majestad al hijo de unos pastores? ¡Ese niño está destinado nada más que a apacentar rebaños!

"Al mirar hacia el cielo, descubrieron que la estrella había desaparecido. Temblaron de terror, sus corazones volvieron a ablandarse y en ellos brotó la humildad, cual verde hierba.

"Durante tres días y tres noches recorrieron el país en busca de aquel niño que debían adorar. Pero la estrella no volvió a aparecérseles. Se extraviaban más y más. A la tercera noche llegaron a este pozo para beber. Al fin Dios les había perdonado su pecado, y, cuando se inclinaron sobre la superficie del agua, vieron reflejarse en ella la estrella que les había guiado desde el lejano Oriente.

"Volvieron al establo de Belén, y, de rodillas ante el Niño Dios, murmuraron:

"—Serás el rey más poderoso que existió y existirá sobre la faz de la tierra.

"Entonces el Niño colocó sus manitas sobre las inclinadas cabe-

zas de los sabios, y cuando éstos se levantaron, ¡asombrados!, les había hecho los mayores regalos: el viejo mendigo recobró su juventud, el leproso se levantó sano, y el negro se transformó en un hermoso hombre blanco."

La Sequía se detuvo en su narración y los extranjeros hablaron, uno por uno:

—Me extraña que los tres sabios no se preocuparan para nada del pozo que les había revelado la estrella.

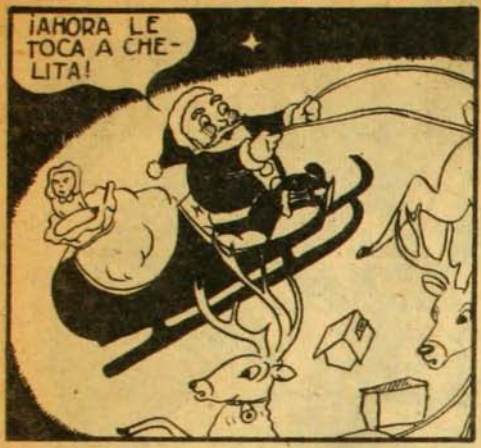
—¿Acaso esta fuente no debía ser eterna para recordar a los hombres que la felicidad perdida en el orgullo se recupera en la humildad?

—¿Acaso los muertos valen menos que los vivos?

Cuando hubieron pronunciado estas palabras, la Sequía se estremeció, lanzando un agudo grito. Había reconocido a los extranjeros. Y huyó para no presenciar cómo los tres sabios llamaban a sus esclavos y conducían sus camellos hasta el pobre pozo moribundo para vaciar en él los odres llenos con agua traída del Paraíso.

Chelita

Por Moris



DOS FUGITIVAS

CAPITULO III.— Otra vez en peligro de arresto.

RESUMEN: Silvia y Lucía han quedado solas en el mundo. La abuela colocó a Lucía en un orfanato antes de partir a Colombia, pero la chica huyó del asilo. Ambas hermanas se dirigen a Los Angeles en busca del tío Jaime Balmer y no lo encuentran. María Leiton alberga por una noche a las fugitivas y les da dinero para que continúen su viaje en busca del tío Jaime, pero al llegar a la estación para dirigirse a Chillán, descubren que les han robado el dinero.

—¿Qué haremos ahora, hermanita? —preguntaba angustiada la pequeña Lucía.

—Estoy pensándolo —respondió Silvia—. Sin duda fué la camarera de la señora Leiton quien nos robó los doscientos pesos. No podemos regresar a esa casa, porque los carabineros nos descubrirían. Mira..., en el muro están nuestros retratos. Anuncian tu fuga del orfelinato...

—¡Qué horror! —exclamó Lucía, mirando el cartel que decía:

SILVIA Y LUCIA BALMER

Gratificación a quien encuentre a estas dos niñas

Sección de Investigaciones.

—Huyamos de aquí, hermanita —suplicó la chica—. Caminando por los rieles podemos llegar un día a Chillán.

—Tengo unos cuantos pesos en mi cartera —dijo Silvia—. Entraremos a tomar desayuno en algún recinto que no esté muy central. Avanza tú por la otra vereda, Lucy, a fin de que no nos vean juntas como en el retrato de los muros.

Mirando a derecha e izquierda, Silvia entró en el salón de té, donde fué a reunírsele la pequeña Lucía.

Con el dinero que les sobró, compraron pan y un trozo de queso para el camino.

Tal como lo había pedido Lucía, Silvia encaminó sus pasos por la vía férrea, hasta que la obscuridad invadió el espacio.

—Tengo frío, h e r m a n i t a —murmuró de pronto Lucía—, y me duelen los pies.

Silvia desenvolvió el atado con ropa y envolvió a la chica con una bufanda de lana.

La obscuridad de los campos era tan densa, que ya no era posible continuar andando sin rumbo y sin saber hacia dónde dirigían sus pasos.

De pronto Silvia divisó una luz de candela, lo cual significaba que había alguna casa en las vecindades.

—Una parva de paja —exclamó la niña con alegría—. Vamos a refugiarnos allí, Lucy. Así estaremos libres del frío nocturno.

Ambas fugitivas, estrechamente abrazadas, olvidaron sus cuitas en un profundo sueño.

Cuando Silvia despertó, estaba helada hasta los huesos. En el primer instante no recordó los trágicos sucesos del día anterior, ni se dió cuenta de que Lucy pesaba sobre su pecho en un feliz abandono.

Algo la había despertado súbitamente. Era el ruido de un motor lejano que iniciaba sus tareas agrícolas.

Lucía abrió también sus ojos y murmuró:

—Qué frío, hermanita.

—Chist —dijo Silvia—. Alguien se acerca. Cubrámonos con la paja.

Así permanecieron hasta que los pasos se alejaron.

En seguida las dos huérfanas se escurrieron sigilosamente de la granja y volvieron a errar por los caminos.

—¿Dónde desayunaremos? —preguntó la ingenua Lucía.

—Parece que vamos a tener que buscar alimento como los pajaritos del campo —insinuó Silvia—. Comienza por comer este pan.
—¿Y tú no comes? —protestó Lucía.
—No tengo apetito... Mira, allá diviso un rancho... La gente pobre suele ser más generosa que los ricos. Voy a pedirles que nos den alimento a cambio de mi trabajo. No les faltará un huevo fresco o una tortilla.
Las fugitivas llegaron hasta el rancho y golpearon a la puerta. Una voz temblorosa les respondió:
—Adelante.
Silvia divisó sobre un camastro a una anciana que las miró asombradas.
—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la vieja—. Creí que era Elisa... Estoy muy enferma y sola y pensaba qué haría esta mañana.
—Señora —expresó Silvia—, si nosotras podemos servirla. Yo busco trabajo y quiero ganar algunos pesos para llegar hasta Chillán.
—Pobres palomitas —suspiró la anciana—. Ahí tienen pan, leche y café para hacer el desayuno... Supongo que no serán ladronas, ¿eh? A ver, chiquilla, enciende la cocina y prepara la merienda. No me lo agradezcas. Para mí es una providencia la visita de ustedes. Estaré sola hasta la tarde, cuando venga mi hija y su marido, que prometieron visitarme hoy.
Silvia se quitó el abrigo, se arremangó y se dispuso a preparar la comida como una espléndida dueña de casa.
La anciana hizo algunas preguntas a las chicas, pero Silvia guardó el secreto de su situación respecto a la policía. Sólo declaró que eran huérfanas y buscaban a su tío Jaime.
—Mi hija necesitaba una doncella —insinuó la anciana—. Tal vez podría contratarte, hijita.
Transcurrió la mañana alegremente. Nada faltaba en el rancho de la octogenaria mujer, cuya bondad era evidente.
Silvia cantaba mientras limpiaba y cocinaba, y Lucía entretenía a la buena vieja con su graciosa charla.
—Me has dejado la casa como un espejo, hijita —dijo la anciana a Silvia—. Mi hija y su marido, *que es sargento de carabineros*, te recompensarán.
Casi cayó de manos de Silvia el plato que secaba cuando oyó las últimas palabras de la anciana.

—*Un sargento de carabineros*...
—¿Qué les ocurre, niñitas? —preguntó la perspicaz anciana—. Se han quedado patitiesas.
—Nada, señora —se apresuró a decir Silvia—. Lucía, ayúdame a colocar la loza en el estante.
—Tenemos que huir —murmuró Silvia al oído de su hermana—, antes que llegue el carabinero. Recoge el atado y espérame en el patio. Tendremos que partir sin decirle adiós a la buena anciana.
Disimuladamente, Lucía colocó en el atado algunos panes y todo lo que pudo recoger de las sobras del almuerzo y esperó a Silvia fuera de la casa.
Tristes y acongojadas, las dos fugitivas siguieron su ruta sin apartarse de la línea férrea.
Muy fatigadas estaban de su marcha y decidieron sentarse al borde del camino.
—Yo traje todos los pedazos de pan que encontré a mano —dijo Lucía, desatando la bolsa con ropa—. Comamos, hermanita.
Un perrito lanudo apareció de súbito y se colocó frente a las dos niñas, parándose en sus patas traseras.
—Pobrecito, debe tener hambre —murmuró Lucía—. Tal vez andará errante como nosotras. ¿Le doy un pedazo de pan?
Las fugitivas compartieron su frugal comida con el perrito y en seguida continuaron su camino, pero el animal decidió seguirlas.
—Vete —decía Silvia al perrito—, no podemos alimentarte. Para tu casa, vete...
—Déjalo que siga —suplicó Lucy—. Es un pobre *guacho*...
El perro pareció comprender la súplica de la pequeña Lucía y le lamió las manos.
—Bien —consintió Silvia—, que siga nuestra suerte.
De esta manera el trío vagabundo, hambriento y sediento, prosiguió su errante vida.
Esa noche volvieron a dormir bajo el cielo estrellado y cobijadas en pajales campesinos.
—¿Y el *Guacho*? —preguntó Lucía, al despertar—. ¿A dónde se ha ido?
Aun no terminaba su pregunta la chica, cuando vió aparecer al perro con un pollo en su hocico, el cual depositó a los pies de Lucía.
El *Guacho* parecía decir:

—Ustedes me dieron de comer y ahora yo les traigo en retorno este pollito.

—Qué barbaridad —exclamó Silvia—. Esto nos traerá complicaciones.

Efectivamente, dos campesinos acudían corriendo y enfurecidos.

—Las pillamos, ladronas de aves —gritó uno de los individuos—. Mandan al perro a cazar aves en nuestros gallineros. Manuel, alcanza al cabo Gutiérrez, y dile que venga a llevarse a este par de vagabundas a la capacha.

—¿Les digo que traiga los grillos? —preguntó el mocetón, guiñando un ojo.

—Grillos, cadenas y todo lo demás —respondió el campesino.

El *Guacho* no les había traído buena suerte a las pobres fugitivas.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, corre tierras en busca de proezas. En el castillo del barón Gary oye hablar de la leyenda del Graal, comarca de magia y seres sobrenaturales que todos temen. Decide ir al Graal. Un duende trata de detenerlo. Ives prosigue su camino y llega hasta la fuente encantada.

CAPITULO XVI.— El castillo del Graal.

Ives oyó hablar de la leyenda del Graal en el castillo del barón Gary. Los audaces que se aventuraron por la tierra de magia, buscando la fuente encantada, murieron en el intento. Sin retroceder ante las amenazas ni atemorizarse por el ambiente siniestro que le rodeaba, Ives llegó a la fuente, cogió la copa de oro y apagó su sed.

Dejó la copa suspendida de su cadena de plata y se mantuvo inmóvil, aguardando que ocurriera algún suceso extraño. Los pobladores del Graal, que seguramente acechaban sus movimientos, deberían precipitarse sobre él.

Pero ninguna señal de vida turbaba el reposo del Graal. Ives se terció la capa sobre los hombros y regresó a la terraza. El cielo empezaba a cubrirse de negros nubarrones. El viento aullaba, estrellándose contra las estatuas de piedra. Súbitamente, una de ellas pareció animarse y avanzó hacia Ives. Le seguían dos ena-

nos de mirada torva. El joven les aguardó, apoyado en su arma.

El gigante era un viejo de larga barba blanca.

—¿Vienes a desafiarme, anciano? —preguntó Ives.

Los enanos prorrumpieron en risas burlescas. El viejo entreabrió los labios como si quisiera hablar, hizo un vago gesto y, en seguida, desapareció.

Los duendes, trepados a un muro derruído, continuaban riendo.

Entonces, avanzó bajo la lluvia un guerrero de estatura colosal. Desenvainando su espada, gritó:

—¡Soy el caballero del Graal! ¡Defiéndete!

Se inició un combate, que más tarde los juglares y ministriles cantaron en castillos y aldeas, una gesta que estremecería de admiración a las gentes de aquel tiempo. Ives retrocedió hasta la fuente para esquivar los mandobles de la espada gigantesca. El guerrero del Graal, sólido como una roca, inexorable y tempestuoso, le dominaba. El mortal duelo, su trágico aliento, impresionó a los dos gnomos, que cesaron de reír. Ives, con un rápido ademán, se quitó la capa, lanzándola a la cabeza de su contrario. El hombre, que en ese instante asestaba un golpe con su acero, perdió el equilibrio al quedar cegado y rodó sobre las piedras. Respiraba fatigosamente. En su caída perdió el yelmo. Ives le reconoció:

—Eres tú, anciano.

Efectivamente, era el viejo.

—Tú eres el que hirió mortalmente al barón Gary. El que abate a los jóvenes caballeros que vienen al Graal. Tienes la fuerza de un titán, pero te falta conocer los ardides de la juventud. Anciano, cesa de combatir. Harías bien si aguardas la muerte en algún rincón tranquilo.

Era deliberadamente cruel con aquel que mató sin piedad a tantos héroes. La hoja de su espada se apoyaba de plano en el hom-

bro de formidable anchura, que en ese momento se estremecía a causa de la respiración agitada. Sin que Ives lo impidiera, se incorporó de pronto y corrió hacia el bosque. Se abría camino entre los matorrales, con una furia ciega.

En un gesto de triunfo, Ives arrancó la copa del Graal, cortando su cadena de plata, y la lanzó a la selva. La tempestad rugió

con mayor violencia. Por el cielo corrió el fuego de los rayos, y, a su fulgurante luz Ives distinguió, en la misma dirección hacia donde había lanzado la copa de oro, un castillo de torres blancas. Las sombras inundaron de nuevo la región, pero el hijo de la princesa Ghislene sabía el derrotero que debía seguir. Antes de iniciar la marcha llamó a los enanos, y ellos, bajando de la muralla, le siguieron dócilmente.

Por fin llegaron ante el castillo. El puente levadizo estaba tendido, como si en la fortaleza aguardaran al visitante. En el umbral se erguía la guardiana del Graal, decrépita mujer, cuyo rostro mostraba una palidez verdosa. Su mano seca, de largas uñas, sostenía a la altura de su garganta el manto negro.

Sin pronunciar una palabra, guió a Ives al interior del castillo. La puerta se cerró detrás de ellos, con gran estridor de hierros.

El joven guerrero siguió a la guardiana, retardando voluntariamente su paso, a fin de observar la guarida. Sintió de pronto, en su puño, la presión de una pequeña mano. Al bajar la vista, descubrió al duende Hua.

—Príncipe —susurró—, sígueme. Eres audaz y valiente, pero eso no basta. Debes desconfiar de la dueña del castillo, de Morgana, la hechicera.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

El corderito ____

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite la oveja? Envíe su respuesta adjuntado el cupón que se publica en la página siguiente. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón.

Entre los solucionistas exactos se sortearán semanalmente los siguientes premios: 1 muñeca, 1 lapicero fuente, 5 cartones de herramientas, 5 cajas de soldados, 3 veleros, 5 juegos de lotería, 5 juegos de pimpón, 40 paquetes de Vitalmín, 10 libros de cuentos

¡GRANDES PREMIOS!

(CONTINUACION)

infantiles, 5 tambores, 5 llaveros, 2 billeteras, 6 pelotas de goma y 5 libretas para apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 13.
El león ruge.

Premiados con UNA PALETA ACUARELA: Hernán Castillo, Catemu; Osvaldo Rocco, Santiago; Fuad Musa, Melipilla; Alejandro Ramírez, Valparaíso; Sergio Toro, Curacautín; Dagoberto Arriagada, Angol; Guillermo Herrera, San Fernando; Claudio Ortiz, Temuco; Ulises Bozzo, Santiago; Manuel José Balmaceda, Santiago. UN TUBO PASTA DENTIFRICA BAYCOL: Marta Retamal, Talcahuano; Carlos Pérez, Santiago; Fernando Mondaca, Quillota; Eugenio Alvarez, Santiago; Teresa Morales, Santiago. UN CINTURON: Rinieri Miguel Ratto, Santiago; Hernán Pérez, Pitrufquén; Francisco Paredes, Angol. UN JUEGO PIMPON: Juan Canales, Valparaíso; Sergio Carrasco, Temuco. UNA CARPETA ESQUELAS: Diógenes Sierra, Talcahuano; Max Montoya, Santiago; Antonio Videla, Santiago; Victoria Escobar, Santiago; María A. Cáceres, Santiago; Aquiles González, Chillán; Nelson Jofré, Santiago; Gastón Acuña, Angol; Hilda Urrutia, Arauco; Luis Ubilla, Santiago. UN LIBRO: Enrique Guzmán, Santiago; René Hagar, Santiago; Juana Contador, Santiago; Alexis Valdivia, Santiago; Julio Quiroz, Santiago; Francisco Vargas, Puerto Montt; Carlos Merino, Quillota; Loreto Aristegui, Santiago; Ismael Joaquín Fernández, Santiago; Carmen Sotomayor, San Bernardo. UN PAQUETE VITALMIN: Luisa Casanova, Renca; Víctor Maturana, Concepción; Alberto González, Santiago; Juan Sepúlveda, Concepción; Sergio Atal, Santiago; Gerónimo Baeza, Laberinto; Patricio Ponce de León, Los Angeles; Germán Brand, Temuco; Claudio Cid, Concepción; René Echeverría, Concepción; Carmen López, Quintero; Alfonso González, Santiago; Juan Sanhueza, Quillota; Jorge Avila, Santa Cruz; Mario Vergara, Valparaíso; J. Salinas, Santiago; Hilda Glazer, Santiago; Amador Mazú, Santiago; Rigoberto Bravo, Ninhue; Eduardo Bravo, Constitución; Luis Riffo, Cabrero; María Eugenia Arrieta, Santiago; Eugenia Saavedra, Curanilahue; Melitón Moreno, Santiago; Hernán Hormazábal, Valparaíso. UNA LIBRETA APUNTES: Guacolda Roa, Inca de Oro; María Bustamante, Santiago; Noel Fuentes, Putaendo; Oscar Muñoz, Santiago; René Somoza, Parral. UN JUEGO LOTERIA: Javier Matte, La Serena; Mario Molina, San Antonio. CON $ 10: Fernando Laferte, Vallenar; Samuel Melnich, Santiago; Patricio Vacaro, Santiago; Raquel Alicia Pérez, Rengo, y Patricio Velasco, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

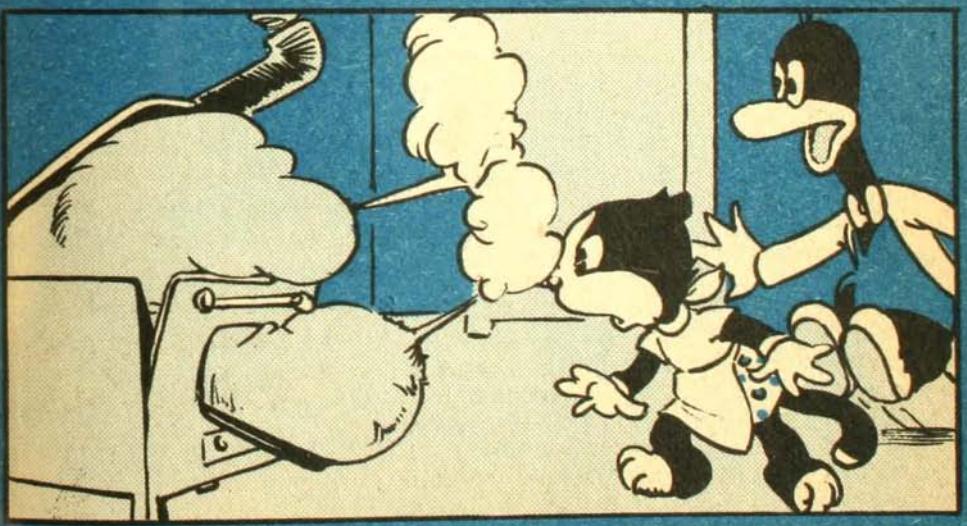
SIMBAD N.º 16

La oveja .....

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile — 1949

MUCHI y POCO

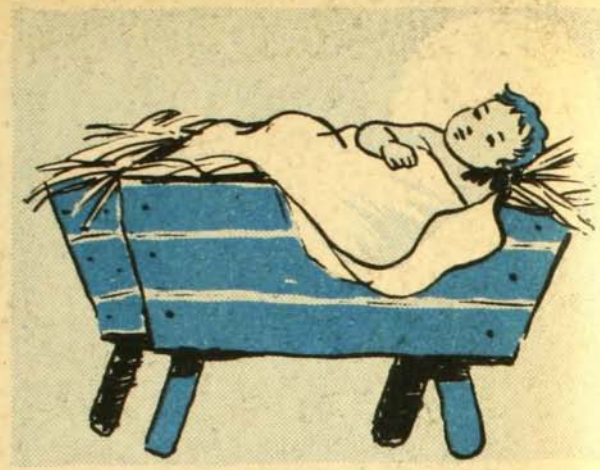
3. Muchi empezó a hacer una gran mescolanza. "—Primero —decía—, bato unos huevos de gallina francolina, después le pongo harina de otro costal, en seguida lo meto al horno."



4. Pero sucedió que cuando la gatita invitó a Poco a la cocina, casi se desmayaron los dos al ver que el pan había crecido tanto, que desarmó la cocina. Tenía mucha levadura.

El milagro de las rosas

El frío de la noche penetraba al establo donde nació Jesús. La Virgen María, viendo temblar a su hijo, se dirigió a Belén en busca de fuego. Pidió, por caridad, unas brasas a un panadero. El hombre, que tenía mal corazón, se negó a darle fuego.



Ella insistió, llorando y diciendo que su niño sufría:

—Su cuna es sólo un pesebre, cubierto de paja.

Furioso el malvado ante esa insistencia, cogió un puñado de brasas ardientes, lanzándolas al rostro de la Virgen, con la intención de desfigurarla.

Pero cuando tocaron el purísimo semblante, los carbones se convirtieron en rosas rojas, y después, al caer a los pies de María, en rosas blancas.

Es por esto que en los países fríos, no obstante la nieve y el intenso rigor invernal, siguen floreciendo en diciembre las rosas milagrosas. Son las *rosas de Navidad*.

Simbad

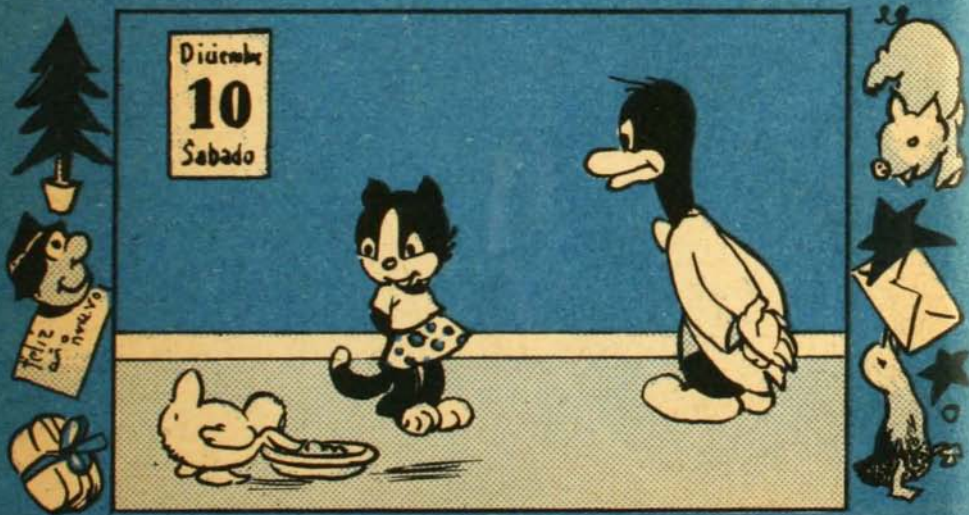
N.º 17

LA BELLA Y LA BESTIA

$ 2.-

MUCHI y POCO

1. "—Mira, Poco", dijo Muchi. "—¿Qué es eso de mira poco? ¿Crees que me estoy quedando ciego?", contestó el pato. "—No, mira este pajarito que compré para la cena de Año Nuevo."



2. "—Lo alimentaremos muy bien —decidieron ambos—. Así estará gordito para la fiesta y nos daremos un banquete. La muerte de este pájaro es impajaritable. Irá a la olla."

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)
AÑO I - N.º 17
Precio: $ 2.—
28-XII-1949

PIRATAS DEL MAR EGEO

CAPITULO II.— La derrota.

Ernesto Saurel, capitán del "Brisa", navío mercante, recibió ayuda de una galera del rey, cuando un jabeque y un bergantín piratas se aprestaban a atacarle. Tranquilizados al advertir que los bucaneros se daban a la fuga, anclaron en una ensenada. A medianoche, feroces aullidos turbaron el silencio. —¡Alerta! ¡Los piratas! —gritó el vigía. No hubo tiempo de organizar la defensa. Nubes de piratas abordaron el "Brisa" y la galera. Con agilidad de simios, saltaban a la cubierta, llevando un cuchillo entre los dientos. Los marineros que habían cogido sus armas instintivamente, entre la última niebla del sueño, resistían con gran valor y denuedo. En la pe-

numbra estallaban los fogonazos y brillaban las hojas de los puñales y sables. Por cada pirata abatido, surgían diez más, en un interminable asalto.

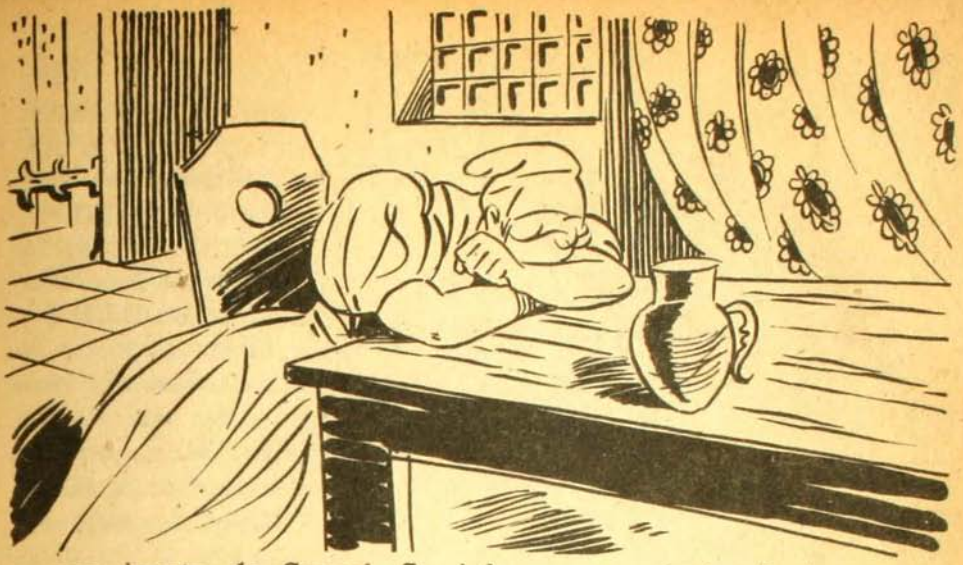
—¡No desmayéis, mis bravos! —animaba Saurel, como si fuese un combatiente experimentado y no un pacífico mercader. Y sus hombres, que eran gente de paz, no le desengañaban. Frente al peligro sabían luchar.

Los sobrevivientes de la masacre se atrincheraron en el alcázar. Furiosos por esta resistencia, los piratas berberiscos treparon a las vergas, y desde allí fusilaron uno a uno a los marselleses. Mientras se efectuaba esa matanza sistemática, un filibustero surgió por la proa y hundió su puñal en la espalda de Saurel. Este se derrumbó, pronunciando el nombre de su esposa y de sus hijos:

—¡Martina! ¡María! ¡Carlos!

El sangriento combate había terminado. La galera también cayó en su poder y los vencidos fueron trasladados a bordo de las naves enemigas.

—¿Y este hombre? —preguntó un berberisco, señalando el



cuerpo inerte de Saurel. Su jefe, un musulmán de imponente estatura, dijo:

—Aun respira. Llévalo a mi barco. Mi cimitarra ha bebido mucha sangre. No quiero degollarlo. . ., por ahora.

Observándole con atención, añadió:

—Es el capitán. Quizás podamos cobrar por él un buen rescate.

En seguida impartió órdenes para que el cargamento del "Brisa" fuera trasladado a su nave. Terminada esta faena, incendió el velero. Igual destino tuvo la galera de los caballeros de Malta. La luz de aquel amanecer fué roja. a causa de las llamaradas. Cuando el fuego alcanzó la santabárbara, estallaron violentas explosiones.

—Hemos concluído —pronunció Ismail, capitán de los piratas—. Cuando mis chacales otean una presa, nunca la pierden.

Así había ocurrido. El "Brisa" y el barco del rey lograron eludir la primera acechanza de los piratas, pero después cayeron en sus manos y el resultado era una derrota.

Dos meses habían transcurrido, y Martina, con la inquietud en el alma, exclamaba:

—No hay noticias de Ernesto. Ninguno de los capitanes que regresan a Marsella le ha visto en el mar Egeo. ¡Dios mío! Temo que haya naufragado.

Pasó un año y Martina perdió las esperanzas de ver nuevamente a Ernesto Saurel. Sus amigos trataban de consolarla, aunque sin darle falsas ilusiones. Debía resignarse al dolor, habituarse a la idea de que el capitán había muerto. La pobre Martina, dominada por la desesperación, lloraba sin consuelo.

En esa época, extraños rumores circulaban por Marsella. Los muelles eran el punto de reunión de los hombres y mujeres ávidos de noticias que los marineros traían.

—¿Es verdad que Mesina se rebeló contra los españoles?

—Es verdad. ¡Ah! Son bravos mozos esos sicilianos.

Los franceses se alegraban de la revuelta, pues Francia y España estaban en guerra. Muchos voluntarios se presentaron para intervenir en la rebelión. Carlos Saurel vistió el uniforme azul de los oficiales de marina que no eran de noble cuna, pero que podían servir al rey. Navegaba en el galeón "Conquistador" que, por mandato de su majestad Luis XIV, se dirigió a Mesina para combatir a los españoles que la bloqueaban.

El joven Saurel tendría oportunidad de demostrar su valor y su audacia. Cuando el galeón desplegó sus velas de color púrpura y se lanzó al mar, cortando las aguas con su quilla soberbia, Carlos murmuró:

—Padre, tú confiabas en mí. Si ya no existes en este mundo, sabrás desde el cielo que tu hijo conquista gloria para el nombre que de ti heredó.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XVII.— En el foso de los cocodrilos.

RESUMEN: Dick Hateras, consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, después de muchas aventuras y victorias, parte al oriente del Africa en busca de Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes. En su ruta es atacado por un gigante, al cual vence, ayudado por un pigmeo. Dick examina la lanza del negro gigante y descubre que el mango tiene la forma de un cocodrilo. Este indicio le hace ver que va en buen camino para encontrar a Viola Chalmers, la diosa de los cocodrilos.

Antes que apuntara el alba, Dick Tabú abandonó la casa del portugués Gómez y orilló los pantanos del putrefacto lago.

Divisó allí una piragua abandonada, la reforzó con ramas de palmera y, auxiliado por un grueso madero, que le sirvió de remo, bogó por el pantanoso lago y atracó la embarcación en una ensenada solitaria.

"Ahora dejaré la piragua oculta entre los cañaverales —pensó Dick— y exploraré el islote."

Por primera vez en su vida el Intocable no presintió el peligro que le acechaba, ni le sirvió su admirable destreza para evitar que se quebrantara el tabú.

Un negro le golpeó el cráneo con brutal fuerza y perdió los sentidos.

Transcurrieron varias horas sin que Dick Tabú recobrara el conocimiento.

—Es de noche o estoy ciego —exclamó el muchacho, creyéndose todavía a orillas del lago.

Sentía un fuerte dolor de cabeza y tardó largo rato en darse cuenta del sitio donde se hallaba.

Por fin sus ojos comenzaron a habituarse a la obscuridad y descubrió que se encontraba en un foso cuyos muros brillaban como si fueran de acero. En la cima filtraba una débil luz.

Un insoportable hedor a estiércol de cocodrilos le movió a coger la pistola que llevaba al cinto.

"Estoy prisionero —se dijo Dick—. ¿De Harker o de Gómez? Igual resulta quien sea mi captor. Lo importante es buscar la manera de salir de esta trampa."

Súbitamente vió, a dos metros de distancia, dos enormes cocodrilos que se desperezaban. Otros tres estaban trepados sobre las rocas subterráneas y se arrastraban penosamente como buscando a tientas el camino.

—Son cocodrilos ciegos —murmuró estupefacto Dick—. Seguramente han nacido y vivido en la oscuridad.

Bruscamente el foso quedó inundado de luz y la voz irónica de Harker se dejó oír:

—Buenos días, mister Dick Tabú —dijo el malvado Harker, asomando la cabeza por el orificio—. ¿Ha hecho ya amistad con mis cocodrilos regalones? Yo le advertí que no se mezclara en mis asuntos y como no atendió a mis deseos, ahora sufre las consecuencias. Tenía usted fama de ser muy astuto, joven INTOCABLE, y, sin embargo, cayó en la celada con la facilidad de un necio. Ya no tiene esperanza de salir del foso. Cuando llegue la hora, le sacrificaremos a los espíritus. Entretanto le permitiremos vivir. Mis cocodrilos son ciegos y sólo se agitan cuando les tocamos el gong para la comida... Es algo curioso.

Sonó el gong desde la altura y los cinco saurios levantaron sus cabezas como esperando que les arrojaran la comida. Como no se repitiera el sonido metálico, volvieron a su quietud y reposo.

—Ya lo ve, joven dios de los nativos —prosiguió Harker—, queda usted en buena compañía. Si mis cieguecitos tienen hambre comerán carne fresca.

Dick Tabú consideró inútil responder a las bravatas de Harker y

cuando volvió a cerrarse el orificio y reinó completa oscuridad en el foso, el niño apretó sus párpados con ambas manos y, a pesar del temor a los cocodrilos, permaneció cerca de una hora en esa posición.

Sabía Dick Hateras que para conseguir ver en la oscuridad, era preciso hacer ese molesto ejercicio. Tras una hora de tener cerrados los párpados, las pupilas adquieren mayor fuerza y luminosidad y en ciertos casos hay personas que ven como los gatos en plena oscuridad.

Dick Tabú tuvo la suerte de obtener éxito en este ejercicio y pudo examinar el foso donde le habían encerrado. Calculó que estaba a más de cincuenta metros de profundidad y que, en consecuencia, sus enemigos no le arrojaron desde la altura, pues en tal caso se habría despedazado en las rocas, sino que le trajeron por una vía lateral.

—Tampoco pudieron bajarme con un cordel —caviló el Intocable—, porque lo tendría atado a la cintura. Buscaré una salida.

Con suma cautela, el joven fué avanzando por la caverna y aunque no hacía ruido, los cocodrilos movían sus cabezas y parecían husmear el rastro.

Uno de los saurios, acaso más

atrevido, se arrastró hasta los pies de Dick y dió la voz de alarma.
Sobrecogido de espanto, Dick le disparó con su pistola y, excitado por el miedo y la lucha, continuó disparando todas las balas de su arma, con lo cual se formó una confusión entre los cocodrilos, quienes terminaron por trabarse ellos mismos en una sangrienta pelea.
El Intocable sintió de súbito que le faltaba el suelo bajo sus pies. Había llegado a orillas del lago por un orificio que Harker desconocía seguramente. Sumido en el fango, nadó algunas brazadas y por fin logró subir a un barranco.
"Harker debió oír los disparos —pensó Dick—, y ha creído que fuí devorado por los cocodrilos. Puedo, pues, volver a casa de Gómez y ocultarme allí.
En vez de caminar por los senderos, el niño prodigio trepó a los corpulentos árboles de la yungla y, cual un gorila, saltó de un gancho a otro hasta que divisó el chalet del portugués Gómez.
Llamóle la atención ver un sinnúmero de indígenas con el cuerpo pintarrajeado de rojo, verde y azul y llevando por adorno una cabeza de cocodrilo sobre su frente.
—La secta secreta del cocodrilo sagrado —murmuró Dick—. Van sin duda a la ceremonia que anunció Harker, pero se verán privados de la víctima que iban a ofrecer en sacrificio.
Las tierras de Gómez habían sido saqueadas, los graneros quemados y los campos devastados.
Dick entró al chalet, lavó su cuerpo y se tendió a descansar después de servirse una ligera merienda. Gómez y su esposa habían desaparecido.
"Esperaré la noche para concurrir a los sacrificios sagrados", se dijo el Intocable.
Despertó al amanecer y al punto se dirigió a la selva. La procesión de los afectos a la secta del cocodrilo sagrado se disponían a cruzar el lago en piraguas o a nado.
Dick derribó a un negro rezagado, le quitó la horrible máscara y le ató de pies y manos.
En seguida se reunió con los demás peregrinos y así pudo entrar a una vasta caverna iluminada con antorchas.
Sobre una plataforma se hallaba Harker rodeado de los hechiceros de la secta del cocodrilo.
—Esta noche —gritaba el feroz Harker—, los divinos cocodrilos

se alimentarán de carne blanca. Ya se desayunaron con ese muchacho farsante que creía en el gran poder de su TABU. Pero mi fetiche resultó más poderoso que el suyo. ¿Lo saben ustedes?

—Lo sabemos —respondieron los concurrentes.

—Nos quedan dos blancos que vamos a arrojar a la caverna de los cocodrilos ciegos y sagrados... Tulbin, levanta la tapa. ¿A cuál lanzaremos primero, hermanos?

Harker había descendido de la plataforma y se inclinaba sobre sus prisioneros. El portugués Gómez y su joven esposa, atados de pies y manos, temblaban de horror al ver suspendida sobre sus cabezas el hacha del verdugo.

—El hombre blanco primero —gritaron los nativos.

—La mujer —vociferaron los demás.

—Ninguno de los dos —interrumpió Dick Tabú disparando una bala al corazón del pérfido Harker.

Los indígenas miraron estupefactos al Intocable que se despojaba de la horrible máscara y avanzaba hacia la plataforma.

—Oídme, locos —dijo Dick en dialecto africano—. Habéis seguido las enseñanzas de un hombre malvado. Harker declaró que su *fetiche* era más poderoso que el mío. Yo vivo y él ha muerto. Harker me arrojó al foso de los cocodrilos ciegos y aquí me tenéis. YO SOY EL INTOCABLE.

Los negros que habían capturado a Dick gritaban aterrados:

—Ha vuelto de entre los muertos. Es más poderoso que los espíritus. Vuelve para castigarnos.

El terror se comunicó a toda la concurrencia, que salió atropelladamente de la caverna con alaridos de terror.

Dick Hateras desligó al portugués Gómez y a su esposa y les quitó las mordazas.

—Nada teman ahora —precisó el Intocable—. Yo enviaré un mensajero al capitán Darcy, jefe del distrito, para que venga con una patrulla a poner orden aquí.

Los esposos Gómez dieron las gracias a su salvador y le instaron a permanecer junto a ellos.

—Permaneceré en ese islote hasta que descubra los misterios de esta secta —expresó Dick.

—La secta del cocodrilo sagrado no es la que habéis visto —comunicó Gómez—. Es una parodia inventada por Harker. Más allá de las montañas está el país de los kopjes y allí se rinde culto al cocodrilo. Su jefe es el rey Melefe, pero ningún hombre blanco puede traspasar los límites de sus dominios.

—Yo iré —declaró Dick Hateras.

Pero no dijo a los esposos Gómez que iba en busca de Viola Chalmers, la sacerdotisa del cocodrilo sagrado.

(CONTINUARA

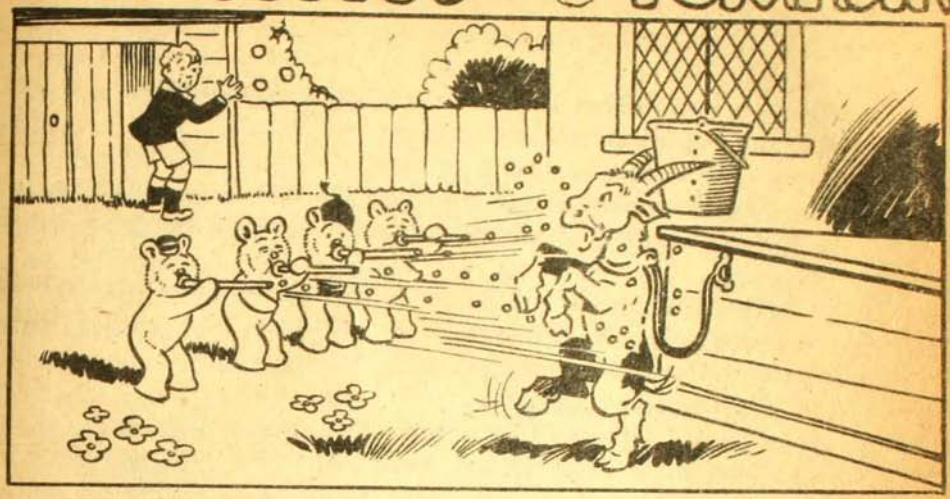
A nuestros lectores

Osvaldo Rocco.—Formula usted el firme propósito de no separarse jamás de la revista "Simbad". Le agradecemos su fidelidad, y, por nuestra parte, procuraremos que nuestro semanario sea cada vez mejor.

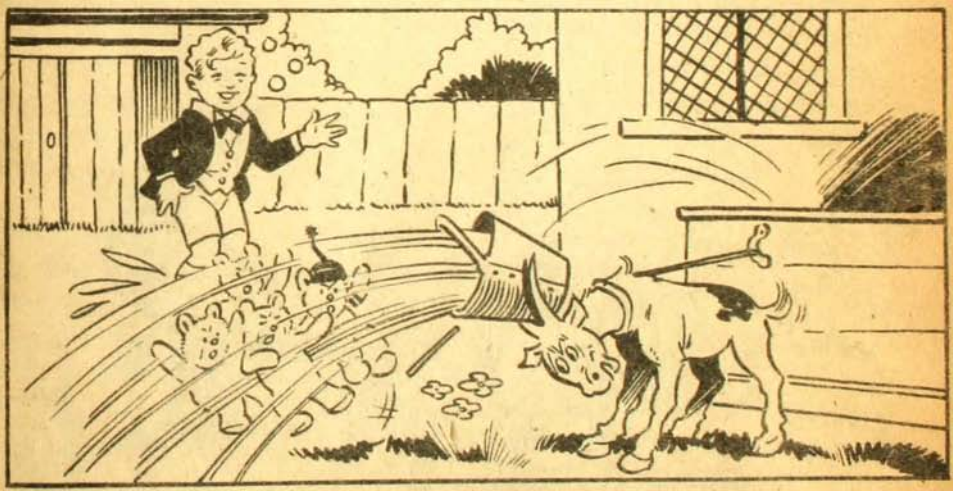
Laura Morales.—"Ives el Indomable" cuenta, en realidad, con muchos admiradores. Según deducimos por correspondencia recibida, ocupa el primer lugar en la preferencia de los lectores.

Wladimir Rodríguez.—Es muy gra para nosotros que usted profese tan cariño a nuestra revista "Simbad gracias por sus elogios. ROXAN

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Un día los ositos de Tomasín amanecieron muy poco angelicales. Con unas cañas empezaron a lanzar arvejas a la cabrita Nieve. "—¿No te gusta el arvejado?", preguntaban riendo.



2. "—¿Y a ustedes les gusta la ducha?", preguntó la cabra, muy cabreada con el tiroteo. Sus cuernos habían cogido un balde con agua y lo vació encima de los ositos molest-ositos.

MARCO POLO

CAPITULO II.— Prisioneros de los tártaros.

Marco polo, su padre Nicolo y su tío Maffeo inician un viaje al Asia. Habiendo naufragado, compraron caballos y se internaron por caldeados desiertos.

—Tenemos que seguir siempre en dirección del viento griego (Nordeste), sin perder de vista la tramontana (la estrella polar) —decía Maffeo.

El primer país que atravesaron fué la "Pequeña Armenia" (Cilicia) y después pasaron por Turcomania. En la Gran Armenia (Anatolia) contemplaron maravillados una fuente inagotable, de la cual manaba un aceite negro.

—¿Qué es? —interrogaron, pero nadie les dió su nombre. Los habitantes de la región lo llamaban sencillamente "aceite negro": lo usaban como combustible y para curar a los camellos sarnosos o lastimados.

Ahora sabemos que aquello era un pozo de petróleo.

Continuaron su viaje, llegando a Mosul y luego a Tabriz. Atravesaron Ormuz, en el Golfo Pérsico.

—¿Cuándo entraremos a Catay? (China) —preguntó Marco; soñaba con ese país exótico.

—Aun debemos caminar mucho, hijo —repuso Nicolo.

Un día el joven veneciano se había alejado de sus acompañantes, para cabalgar solo, cuando vió venir hacia él una cincuentena de jinetes. Sus trajes eran tártaros. Marco vaciló. ¿Debía esperarlos o huir? Aquellos eran tal vez los bandidos del desierto, los terribles hombres capitaneados por el mongol Nogodar. Sobre los estribos, con su alto cuerpo en tensión, fijó su mirada en la cabalgata. Sólo vió rostros feroces. Torció bridas y, sobre el llano desértico, se inició una desenfrenada persecución. El viento ardiente golpeaba el rostro de Marco, en la huída.

Por media hora, pudo mantener la distancia, pero después su caballo empezó a dar señales de fatiga. Los ijares se estremecían, su aliento era anheloso y el sudor corría por su cuerpo.

—¡Valor! ¡Sigue corriendo! —le animaba el joven, pero el animal estaba extenuado. Su velocidad disminuía. De pronto, rodó por tierra. Marco tuvo tiempo justo para saltar.

Instantes después los tártaros, lanzando gritos salvajes, le hicieron prisionero. Atado de pies y manos, le atravesaron sobre un caballo y se dirigieron al campamento, formado por numerosas tiendas, entre las cuales ardían varios fuegos.

El cautivo fué encerrado y un centinela montó guardia para impedir que se fugara. A medianoche, Marco meditaba, sumido en la obscuridad de su prisión, cuando una voz murmuró en tártaro:

—No hagas ruido y sígueme.

(CONTINUARA)

Ponchito

NOS TENEMOS QUE IR PREPARANDO PARA EL AÑO NUEVO, COMPRAREMOS ALGUNAS COSITAS...

...Y ESPERAREMOS LAS DOCE EN PIE PARA DAR LOS ABRAZOS

¿Y POR QUE TODA LA GENTE SE ABRAZA, ABUELITA?..

por nato

PORQUE TODOS ESTAN MUY CONTENTOS DESPIDIENDO AL AÑO VIEJO
¡OIGA ABUELITA! A MI TIA CHARITO Y MANUEL QUE LES GUSTA DESPEDIR EL AÑO VIEJO, ¿NO?..
...PORQUE YO HE VISTO QUE TODAS LAS NOCHES CUANDO EL SE VA, SE DESPIDEN CON UN ABRAZO!
NATO.

Bella y la bestia

El mercader tenía tres hijas. Las dos mayores, Dominica y Adelaida, eran feas, egoístas y de mal carácter. La más pequeña, en cambio, desde que nació era tan bella, que se le dió este nombre y nadie pensó siquiera en bautizarla con otro.

Un día, el padre tenía que ir a la ciudad, a recibir uno de sus barcos mercantes, y preguntó a sus hijas qué regalos deseaban.

—Yo quiero un traje bordado de zafiros y diamantes —exigió Dominica.

—A mí —añadió Adelaida—, tráeme una sortija con una turquesa y un rubí.

—Está bien. Y tú, Bella, ¿qué deseas?

—Papá, si quieres traerme una rosa, me sentiré muy contenta.

Las dos hermanas mayores prorrumpieron en burlonas carcajadas. ¡Bella pedía una rosa!

—Eres tonta.

—Eres necia.

Así dijeron cuando la risa les permitió hablar. El padre, sin pronunciar una sola palabra, acarició el rostro de Bella que, arrodillada a sus pies, alzaba hacia él sus ojos de maravillosa dulzura.

Partió el mercader, y, en la ciudad, tuvo malas noticias. El barco había naufragado. Con el desaliento en el alma, emprendió el camino de regreso. Debía atravesar un bosque. De pronto, se desencadenó una furiosa tempestad. El viento azotaba los árboles, haciendo crujir las viejas ramas. En el cielo estallaban los truenos y una lluvia torrencial empezó a caer. En vano el viajero intentó hallar el sendero habitual. Cruzaba una región desconocida, y, de pronto, advirtió con terror que los matorrales y las ramas de los árboles se apartaban para dejar paso a su caballo. Este se detuvo finalmente y el mercader avistó un castillo. Descabalgando se encaminó hacia la puerta, dispuesto a llamar. No pudo hacerlo, porque las hojas se abrieron solas. Delante de él se extendía un largo corredor. Lo iluminaban candelabros sostenidos por brazos de siervos invisibles. Fascinado, reteniendo el aliento ante ese prodigio inexplicable, el padre de Bella se dirigió al comedor del castillo. La mesa estaba servida. El hambre

que le produjo la fatigosa jornada se sobrepuso a su temor y entonces probó la comida, que era exquisita. Una mano que flotaba en el aire le escanció vino en la copa.

Estatuas vivientes, seres encantados, le miraban desde los ángulos del extraño aposento. Vencido por el cansancio, el visitante se durmió.

Al despertar, abandonó el castillo. Atravesaba un jardín, cuando vió un rosal. Acordándose de su promesa a Bella, cortó una flor. Una voz terrible rugió:

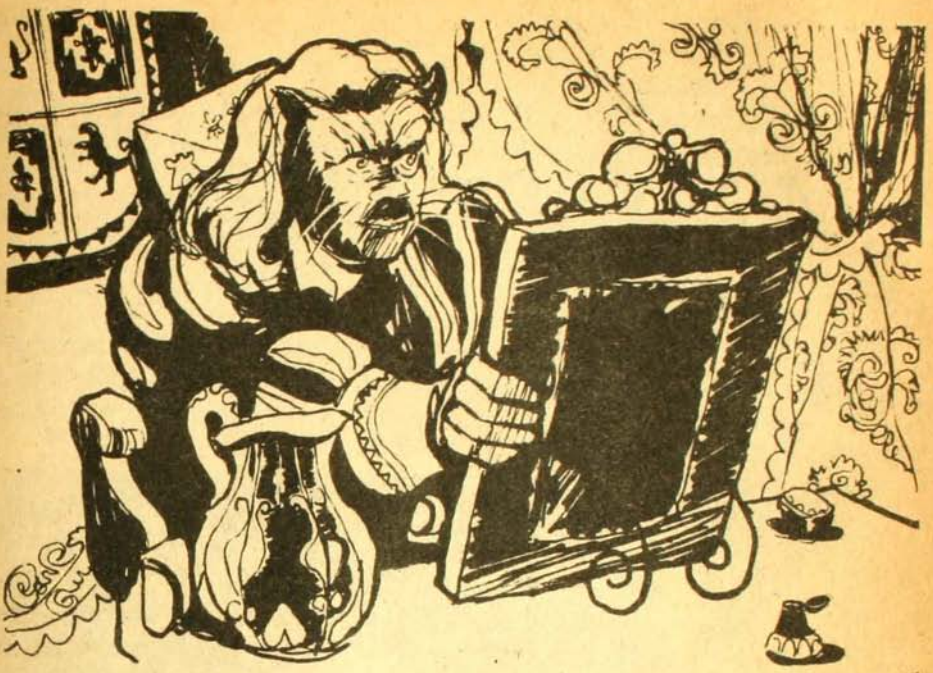
—¿Cómo te atreves a robar mis rosas? ¡Morirás por tu osadía!

El mercader se volvió asustado, y, al ver al dueño del castillo, fué tan intenso el espanto, que sus piernas se doblaron y cayó de rodillas. ¡Ante él se erguía un ser que tenía cuerpo de hombre, alto, gallardo, hasta majestuoso, vestido con lujo soberbio, pero su cabeza era la de una bestia y sus ojos azules brillaban con ferocidad! Sus manos, o sus zarpas, estaban cubiertas por guantes adornados de piedras preciosas:

Horrorizado, el mercader balbuceó:

—Perdonadme, señor. Ignoraba que estuviese prohibido tocar las

rosas de este jardín... Y si me he atrevido a hacerlo, es porque prometí llevarle una a mi niña menor...
—Acepto tus disculpas, pero con una condición. Sólo cumpliéndola, podrás salvar tu vida.
—Mandad y os obedeceré —murmuró el anciano.
—Te dejaré ir si juras enviar a este castillo, en reemplazo tuyo, a una de tus hijas.
—Señor, no puedo sacrificar...
—Vete y si alguien no viene en el plazo de tres días, morirás.
Abrumado por el terror, el mercader no supo cómo subió a su caballo y recorrió luego el trayecto hacia su hogar. Adelaida y Dominica, al observar su palidez, dijeron impacientes:
—Ya sabemos que has perdido el barco y estamos en la miseria. No necesitas explicarnos nada.
Bella, inquieta, exclamó:
—No os apenéis demasiado, padre.
—No sólo perdí mi fortuna. Hay otra desgracia que...
Y con palabras entrecortadas, refirió su aventura. Cuando cesó de hablar, sobrevino un silencio. Bella murmuró:
—Iré yo, padre.
—¡Es lo justo! —gritaron sus hermanas—. Por tu estúpido deseo de que te trajera una rosa, papá se encontró con ese monstruo.
—Estoy dispuesta a partir —repitió Bella.
Su padre, quebrantado por el terror y la desesperación, no tuvo ánimos para disuadirla.
Apenas Bella dijo que partiría, entró al patio de la casa un caballo blanco y luciente como la plata. Bella subió a la silla. Tenía los ojos nublados de lágrimas y no vió el camino que recorrieron con la velocidad del viento. Descabalgó ante el castillo y penetró en él.
Un silencio profundo reinaba en la mansión. Las puertas y los cortinajes se abrían al paso de la niña, que llegó finalmente a una estancia, donde la aguardaba la Bestia. Al verla, Bella se desmayó. El, con delicadeza, la alzó en sus brazos y la llevó a una alcoba. Apenas traspuso el umbral, las humildes ropas de Bella se transformaron en atavíos dignos de una reina.
La Bestia esperó que la doncella despertara de su letargo, y, cuando observó que los suaves párpados temblaban, se volvió de espaldas a ella para que no viera su horrible faz y habló con su voz áspera y profunda:



—No temas, Bella. Vivirás en mi castillo, sin que nadie te cause daño. Sólo quiero tenerte cerca y contemplar a veces tu belleza. Toda la riqueza del mundo puedo ofrecerte.

Extendió su mano enguantada y en ella apareció un collar de incalculable valor.

Bella, temblando, permitió que él colocara la joya en su garganta.

Transcurrió el tiempo y la Bestia sólo se presentaba ante Bella al anochecer, a la hora de cenar. Poco a poco, ella se acostumbró a mirarlo y descubrió que sus ojos tenían una expresión humana, de hondo sufrimiento. La voz de la Bestia cambió paulatinamente, perdiendo su dureza y su brusquedad. A veces, paseaban junto por los jardines, donde se veían a cada paso huellas de encantamiento. El castillo respiraba magia y misterio, empezando por su dueño, que poseía cuerpo y alma de príncipe y cabeza, garras e instintos de bestia.

Un día él preguntó a la niña:

—¿Me encontráis demasiado feo, Bella?

—Señor, no quiero mentir —replicó la joven, con suavidad, temiendo herirlo.

Otro día, la Bestia murmuró:
—Bella, ¿aceptaríais casaros conmigo?
—¿Yo? Oh... Perdonadme, señor, pero...
Y sin agregar más, corrió a refugiarse en sus habitaciones. La profunda tristeza que la invadía, dañó su salud y empezó a languidecer. El dueño del castillo, angustiado, le dijo:
—No quiero que estéis triste, Bella. ¿Qué deseáis?
—Ver a mi padre.
—Sin vos, moriré de dolor.
—Dejadme ir y prometo regresar.
—Confío en vuestra promesa, Bella. Tomad un guante mío. Al colocarlo en vuestra mano, formulad el deseo de trasladaros a donde queráis. Llevad también este espejo mágico. Permaneced ausente una semana. Pensad que ansiaré vuestro retorno.

Se quitó el guante y entonces ella vió su zarpa de león. Aterrada, alzó sus ojos y encontró la mirada de las pupilas azules, que le causaban un extraño sentimiento. No comprendía bien qué sucedía en su corazón, pero amaba a aquel ser castigado por un horrendo destino. La Bestia era bueno y noble. Sólo vivía por ella y se sacrificaba para verla feliz.

—Volveré —prometió, cerrando los ojos.

En seguida, se colocó el guante y se sintió trasportada en el espacio. Al levantar los párpados, se encontró en su casa, en su humilde alcoba.

El mercader sintió una intensa alegría al ver a su hija. Las hermanas envidiaron por una parte que Bella viviese en un castillo, con las riquezas de una soberana, pero se burlaban de que tuviera que soportar la presencia de un monstruo. Al saber que tenía un plazo fijado para volver, sólo por maldad fingieron tristeza y la obligaron a prometerles que permanecería más tiempo con ellas.

Una noche, Bella observó el espejo mágico y entonces vió reflejada en su cristal la faz de la Bestia, con los ojos llenos de lágrimas. Parecía estar agonizando. Alarmada, recordó que habían transcurrido tres semanas. De inmediato, se colocó el guante mágico, encontrándose junto a una fuente, donde él yacía, casi muerto. Puso la horrible cabeza sobre sus rodillas y trató de que bebiera agua en sus manos juntas.

—Es inútil —susurró él—. Creo que voy a morir. No podía vivir sin ti, Bella querida... Te amo demasiado.

—Yo también te quiero, Bestia —dijo entonces la dulce niña—. Sanarás. Yo te cuidaré y, cuando tú quieras, nos casaremos.

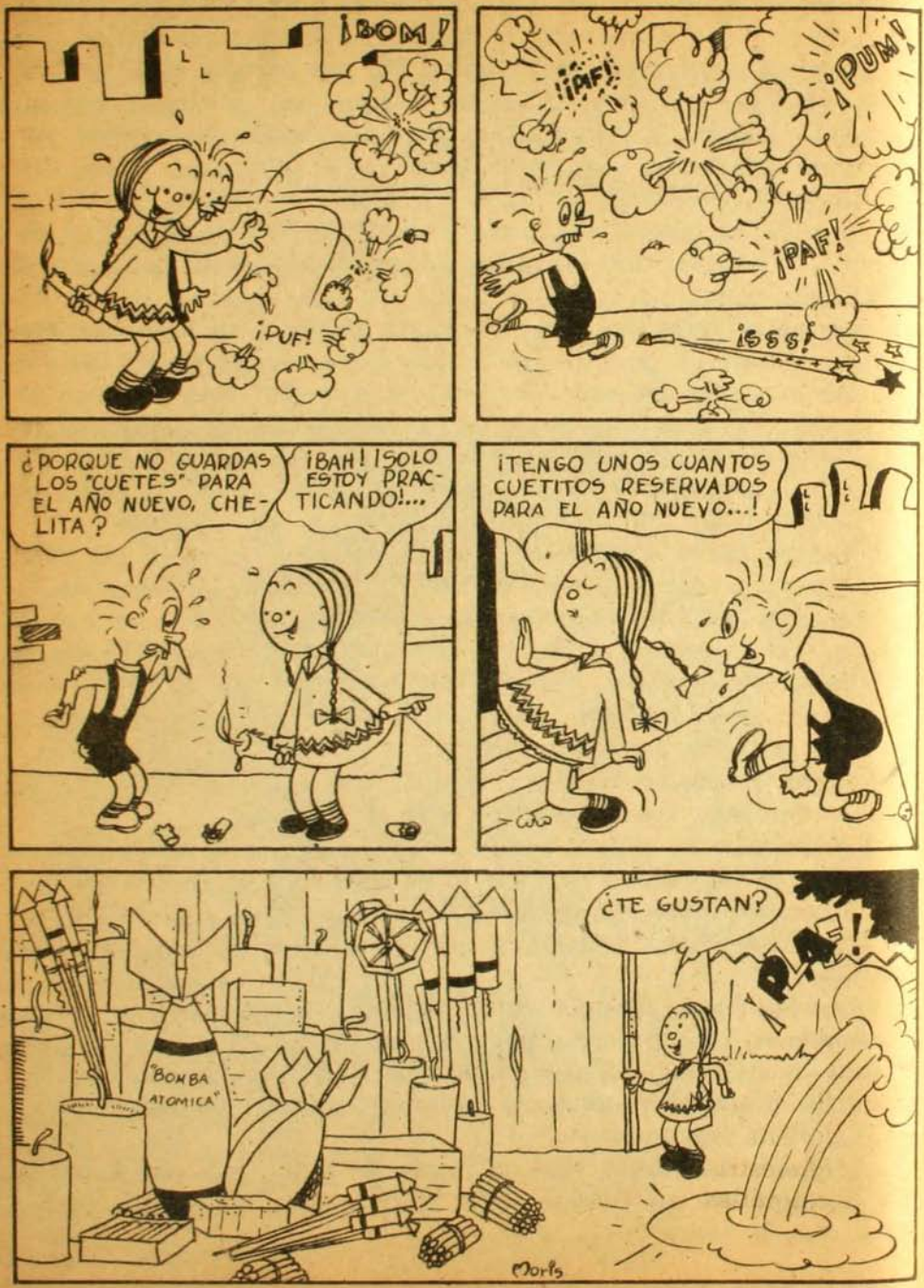
No había terminado de pronunciar estas palabras cuando vió que la Bestia se alzaba convertido en un príncipe de extraordinaria belleza.

—Aquí me tienes, Bella —dijo, alzando a la niña, que le miraba fascinada—. Una perversa hechicera se vengó de mí haciéndome cobrar la apariencia de una bestia horrible, pero el día que una doncella hermosa prometiera, voluntariamente, casarse conmigo, el maleficio desaparecería.

Y, doblando la rodilla, besó la mano de Bella, que por haber sido humilde en sus deseos, pidió a su padre una simple rosa y esta rosa la llevó hacia la felicidad.

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS

CAPITULO IV.— Otro peligro amenaza a las huérfanas.

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmer andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se fugó de un Asilo de Huérfanos. El perrito que las acompaña roba un pollo en una granja.

Silvia y Lucía, al oír que el granjero las amenazaba con carabineros, grillos, cadenas y calabozos, casi murieron de espanto.

—Ese perro no es de nosotras —dijo la pequeña Lucía.

—Así dicen siempre las gitanas —replicó el granjero—. Ustedes deben pertenecer a la tribu que acampa en la quebrada.

—¿Nosotras gitanas? —protestó Silvia—. Tan gitanas como usted podría ser un caballero.

Esta reyerta se verificaba en medio del camino y tan acalorados estaban los ánimos, que no advirtieron el avance de un automóvil por la calzada.

—Cuidado, un automóvil —gritó Silvia, arrastrando a Lucía fuera de la vía.

El granjero casi cayó entre las ruedas del automóvil, que se detuvo haciendo chillar los neumáticos y la vieja carrocería.

—Qué manera de bloquear el camino —gritó una mujer que manejaba el auto—. Merecían quedar todos bajo las ruedas.

Una dama de edad madura, muy pintarrajeada y de traje vistoso, saltó del vehículo y preguntó al granjero:

—¿Qué está haciendo usted con esas dos niñas?

—Las pillé robando un pollo —explicó el granjero—. Han de ser gitanas del campamento de la quebrada. Voy a mandarlas presas.

—No tienen aspecto de gitanas —insinuó la mujer—. Comete usted un error.

—Gitanas o no gitanas —dijo el granjero—, tienen un perro amaestrado para que robe aves en nuestras granjas. Adelante, chiquillas, y usted, señora, siga su camino.

La viajera sonrió con afabilidad a las dos fugitivas y volvió a conducir su desvencijado automóvil.
—No temas —decía Silvia a Lucía—, no nos harán daño. Yo creo que el granjero quiere asustarnos nada más.
El campesino encerró a ambas niñas en una cabaña de madera y colocó un aldabón en la puerta, a fin de que no pudieran huir.
—Ya ves tú cómo nos tiene prisioneras —murmuró Lucía, sollozando.
—Siempre que no vengan carabineros, nadie sospechará que somos las fugitivas que busca la policía —expresó Silvia—. Sé valiente, Lucy. Recuerda que si no luchamos con valor tendrás que regresar al asilo de huérfanos.
—Eso nunca —musitó Lucía, enjugando sus lágrimas.
Un cuarto de hora después se abrió la puerta de la cabaña y asomó su cabeza la dama del automóvil.
—Salgan pronto —dijo a las prisioneras—. El granjero anda persiguiendo al perro por los bosques. Síganme...
Silvia y Lucía corrieron tras la dama, quien, al colocarlas dentro del auto, les dijo:
—Este cacharro es bien viejo, pero sabe correr cuando lo apuran.
En efecto, el cacharro adquirió velocidad y pudieron salir de la zona peligrosa.
—¿Y el perro *Guacho*? —preguntó Lucía—. No podemos abandonarlo.
—Calla —balbuceó Silvia al oído de su hermana—. El *Guacho* viene suspendido al parachoque trasero, pero no lo digas, porque tal vez no le gustará a la señora.
En una detención del camino, para dar paso a otros vehículos motorizados, el *Guacho* saltó a la falda de Silvia.
—Boten a ese perro —ordenó la dama—. No tiene collar y puede ser un perro rabioso.
—Por favor, déjelo con nosotras —suplicó Silvia—. Ya estamos lejos del granjero y tal vez podríamos bajarnos también. Usted ha sido muy gentil, señora.
—¿Dónde viven ustedes? —preguntó la automovilista.
—Vamos a Chillán a reunirnos con un tío —explicó Silvia.
—Es como si me dijeran que van a la luna —indicó la dama.
—Es que yo pensaba trabajar hasta que juntara el dinero para el pasaje...
—Entonces quédense conmigo, pues yo necesito una ayudante

—declaró la señora—. Pobrecitas... A lo mejor tienen hambre. Vamos a detenernos aquí.

Habían llegado a una aldea.

—Toma estos veinte pesos, Silvia —dijo la dama—, y ve a comprar emparedados y tres botellas de aguas gaseosas a esa fuente de soda, y tú, Lucía, lleva estos otros veinte pesos para que sigas hasta el correo y me compras dos sellos de un peso y dos sobres con esquela.

Como las direcciones eran opuestas, Silvia caminó hacia la izquierda, y Lucía, hacia la derecha.

Pronto volvió Silvia con los emparedados y bebidas, pero Lucía tardó más y dijo a su protectora:

—Se enojaron mucho conmigo en el correo y me dijeron que el billete era falso.

—¿A ver, hijita?... En realidad es un billete falso... ¡Qué te-

meridad! Seguramente me lo dió el malvado carnicero a quien le compré jamón ayer... Qué pícaro.
Silvia advirtió cierta turbación en la voz de la señora Mireya, quien dijo llamarse así, y comenzó a sentir desconfianza por su protectora.
—En una media hora estaremos en casa —dijo Mireya—. Allá me espera Alberto, mi marido. Cómanse los emparedados, niñitas. Yo almorcé muy bien esta mañana.
Por fin el viejo automóvil se detuvo en la puerta de una pequeña casa de barrio popular.
Silvia descubrió inmediatamente que la casa estaba muy desaseada.
—No es un palacio —declaró Mireya—, pero aquí tendrán una cama donde dormir.
—Mejor de lo que nosotras merecemos —replicó Silvia—. Gracias, señora. Mañana yo trataré de asear la casa, lavar la cocina...
—Amarren al perro —ordenó Mireya—. Yo tengo que salir y volveré en la noche con Alberto, mi marido.
—Tengo hambre —suspiró Lucía, cuando comenzó a atardecer—. ¿La señora no dejó algo para la comida?
—Paciencia, Lucía... Ya comerás —murmuró Silvia.
A las nueve llegaron los esposos Mireya y Alberto.
—Niñitas —dijo Mireya—, vayan al almacén y compren una caja de sardinas, dos tajadas de jamón y dos huevos.
Mireya cocó el par de huevos y arregló dos platos con las sardinas y el jamón, pero no dejó ni una migaja para sus protegidas.
—Poco me importa por mí —murmuró Lucía, muy acongojada—, pero el pobre *Guacho* tiene unos ojos de hambriento que da pena.
—Aguarda —dijo Silvia al oído de su hermana—. En una alacena encontré pan duro y un pedazo de queso. Merendaremos como podamos...
Entretanto Mireya y Alberto sostenían una conversación que habría hecho temblar a las dos huerfanitas.
—Alguna vez descubrirán los mercaderes que los billetes son falsos —decía la mujer a su marido—, pero otras los recibirá la cajera sin examinarlos.

—Sin duda que es muy sabia tu idea de mandar a las muchachas al comercio, pues parecen inofensivas, pero si ellas sospechan estamos perdidos.

—Qué han de sospechar —exclamó Mireya—. Yo bien las reconocí al verlas en el camino... Son las fugitivas que busca la policía y buen cuidado tendrán de delatarnos. Ya verás, Alberto, cómo estas chicas nos darán fortuna.

—Cría cuervos... y te sacarán los ojos —reflexionó Alberto.

—Quien no se arriesga no pasa el río —respondió Mireya—. Tenemos miles de billetes falsos y si no nos desprendemos de ellos es como papel quemado. Déjame a mí con el negocio, Alberto.

Al advertir que su marido abría la boca para seguir hablando, vociferó:

—¡Cállate! Soy yo quien dirige esto y no sigas diciendo estupideces.

La voz era tan alta, que la pequeña Lucía oyó los gritos.

—Esa mujer no me gusta —dijo, acariciando al *Guacho*—. Le diré a Silvia que nos vayamos. La gente gritona me da miedo.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

CAPITULO XVII.— El bebedizo maléfico.

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, corre tierras en busca de proezas. En el castillo del barón Gary oye hablar de la leyenda del Graal, comarca de magia y seres sobrenaturales que todos temen. Decide ir al Graal. Un duende trata de detenerlo. Ives prosigue su camino y llega hasta la fuente encantada. Bebe en la copa de oro, lanzándola después a la selva, en un gesto de desafío. Más tarde, penetra al castillo del Graal, donde el enano Hua le previene contra Morgana, la hechicera.

El enano Hua repitió:

—Desconfía de Morgana. Es muy bella, pero su corazón está podrido por la maldad.

Ives contestó, estrechando la pequeña mano del duende:

—Seguiré tu consejo. Morgana, la cruel, no podrá cogerme en sus redes.

La guardiana del Graal había desaparecido por los obscuros corredores. Hua se esfumó también en la sombra. Ives, desorientado, recorrió el castillo, sin hallar un solo ser viviente. Pensativo, se acodó en el alféizar de una ventana.

Una súbita idea le impulsó a saltar al reborde de la muralla y caminar hasta una ventana contigua, donde ardía una vela de sebo. La cogió y, tendiéndose en el estrecho parapeto, aplicó fuego al seco hojarascal de las enredaderas. El patio se iluminó con un vívido resplandor. Entonces el príncipe vió cómo acudían los guardias del castillo y varios caballeros armados. Regresó en seguida a la estancia para aguardar a aquella por quien había encendido la hoguera que subía crepitando por la muralla.

—Buenas noches, audaz. Pagarás muy caro este desafío.

Al oír aquella voz fría, él se volvió, con una sonrisa burlona. Ante él estaba Morgana, con los ojos fulgurantes de cólera. Ives comprendió por qué tantos caballeros habían muerto o enloquecido por ella. A sus sortilegios, agregaba una belleza plena de fascinación. Sus ojos atraían con el obscuro poder de un abismo. Su boca, roja y perfecta, podía despertar ensueños en el corazón de un hombre, aunque pronunciara palabras de dolor y de muerte.

Ives, sin embargo, se sintió seguro contra ella. Hasta ese momento, no conocía la inquietud del amor y continuó escudado por la indiferencia.

—Morgana —pronunció lentamente—. Esos caballeros que acabo de ver y que acudieron para combatir contra un muro en llamas, ¿son vuestros prisioneros?

—Hasta que mueran. Sin conciencia, sin deseos, sin pesares, vagan por mi castillo. Bebieron un filtro mágico y han perdido la memoria. Antes que os suceda lo mismo, os revelaré el misterio del Graal.

Le guió para mostrarle los infelices caballeros que padecían extrañas locuras.

—Ese es Ogier —dijo, señalando a un barón que grababa leyendas en los muros—. Fué un combatiente valeroso, un hombre que siempre tenía en los labios una carcajada y un desafío. Ahora, sólo sabe escribir en los muros.

Continuaron avanzando.

—Aquél monta sobre las murallas una guardia perpetua.

Ives distinguió, destacándose contra el cielo, la silueta de un jinete, que se mantenía rígido sobre su caballo. En la diestra, sujetaba una lanza.

En ese momento, la guardiana del Graal acudió con una olla de comida, que vació en una fuente. Los caballeros locos abandonaron sus lugares y se precipitaron a comer, de rodillas, como bestias hambreadas. Ives palideció.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó, cuando estuvo seguro de dominar su voz.

—Gorva, la bruja. Quien prueba uno de sus bebedizos, puede considerarse perdido.

—¿Por qué guardáis ese rebaño de insensatos? ¿Los fosos del castillo no son bastante profundos para servirles de sepulcros?

—Los necesito. Formarán un temible ejército y conquistarán para mí toda Bretaña.

Ives lanzó una carcajada.

—¿Aún confiáis en vuestros recursos? El caballero del Graal no era invencible. ¿Sabéis que huyó al sentir el plano de mi espada? No creo que regrese a conocer su filo.

Morgana dijo enfurecida:

—Lograré mi ambición. Y no rías más, que es mucha osadía provocarme.

Violentamente se apartó de Ives. En el camino encontró al enano Gruk. Entre sus brazos traía la copa de oro del Graal.

—¿Cómo se atreviste a tocarla? —gritó ella.

El enano, con temeroso gesto, depositó la copa sobre una mesa.

Gorva, surgiendo de la sombra, explicó:

—No ha sido él quien la arrancó de su cadena, sino Ives, el sobrino del rey Arturo, ese forastero que hace unos minutos estaba contigo.

—Arruinó mis planes —habló Morgana en voz baja, pero intensa—. Derrotó al caballero del Graal, tocó la copa y bebió en ella, rompiendo así el sortilegio que me da poder. Escucha, Gorva: prepara para Ives la más horrible pócima que sepas hacer. Quiero vengarme.

En sus ojos verdes temblaba el odio, como un fuego fatuo sobre pantanos cubiertos de musgo.

La bruja Gorva rió con maligna risa, murmurando:

—Tengo hierbas que dan el sufrimiento eterno. Desarruga el ceño, Morgana. Tus deseos se cumplirán.

Ives, mientras tanto, encontró una alcoba y se dispuso a reposar, manteniendo el puñal muy cerca de su mano, para defenderse de ataques traicioneros.

Horas más tarde, sin producir rumor alguno, la bruja Gorva se deslizó en el aposento y depositó cerca del lecho un vaso y una jarra.

(CONTINUARA)

¡CUPON DEL CONCURSO Semanal!

SIMBAD N.º 17

El cuervo .....

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

¿Puede decirnos qué voz emite el cuervo? Envíe su respuesta, adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes de "Vitalmín Vitaminado"; 10 libros de cuentos infantiles, 5 tubos de pasta dentífrica "Baycol", 5 juegos de lotería, 5 juegos de pimpón, 10 carpetas de esquelas y 10 libretas para apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 14.— El ciervo brama.

Premiados con UN JUEGO PALITROQUES: Jorge Soumastre, Rengo; Israel Koifman, Santiago; Miguel Babra, Santiago; Enrique Pérez, Santiago; Hernán Guzmán, San Fernando. UNA CHOMBA DE LANA: René Saravia, Santiago; Adrián Guzmán, San Fernando; Carlos Gómez, Valparaíso; Juan Vergara, Quillota; Mónica Palma, Santiago; Luis Monasterio, San Antonio. UN TUBO PASTA BAYCOL: Marta Valenzuela, Santiago; Jorge Van de Perre, Santiago; Jorge Eduardo Lira, Santiago; Eugenio Guzmán, Maipú; Nissin Gana, Santiago; María Irene Olarán, Santiago; Hernán González, Santiago; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Jaime Sepúlveda, Santiago; Ricardo Isaac, Santiago. UN LIBRO: Gonzalo Romero, Purranque; Lorenza Tortes, Antofagasta; Raquel Pérez, Rengo; Manuel Abufarre, Talcahuano; Oscar Vega, Concepción. UN JUEGO DE PIMPON: Juan Duroci, Viña del Mar; Elías Daniels, Santiago. UN JUEGO LOTERIA: José Parra, Chiguayante; Ronald Chester, Santiago. UN PAR SOQUETES: Eugenio Alvarez, Santiago; Amador Mazú, Santiago; Benito Giglio, Santiago; Regina Bustamante, Concepción. UN PAQUETE VITALMIN: Patricio Lira, Santiago; Jaime Aizman, Santiago; Luis Sepúlveda, Santiago; Leopoldo Martín, Chillán. UN CINTURON: Oscar Novoa, Concepción; Archibaldo Chester, Santiago; Edmundo Valdés, Santiago. UNA BILLETERA: Margarita Sepúlveda, Valparaíso; Juan Ramírez, Curicó. UNA CHAUCHERA: Alejandro Flores, Concepción; Omar Ortiz, Constitución; Miriam Vilof, Chiguayante; Lucía Andrade, Talca; Jorge Giacamán, Santiago; Jorge Becker, Purranque.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile — 1949

MUCHI Y POCO

3. Cada día el pájaro engordaba más. No pensaba que la olla es un lugar muy triste para un ave. "—Come —le decía Muchi, dándole alimento—. Debes cuidar tu salud."

4. Pero cuando llegó la fecha en que debían dar muerte al inocente pajarito, Muchi y Poco no se atrevieron a decirle adiós para siempre. En cambio, le invitaron a cenar ellos.

El fué el primero

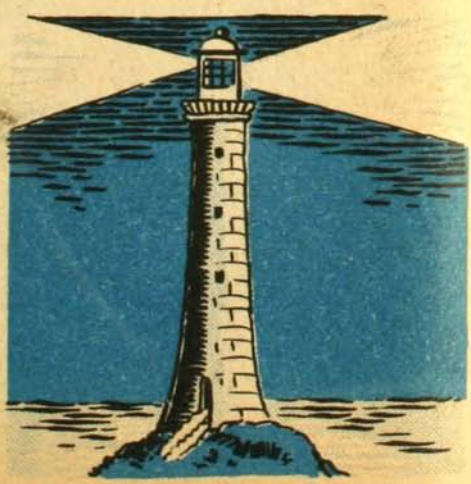
Tolomeo II construyó el primer faro

El faro data de muchos sigl[os]. El nombre de su inventor [no] se conoce con exactitud, per[o] todos los historiadores están [de] acuerdo en que Tolomeo II mandó construir el primero. Estaba emplazado sobre la isla de Faros, en la desembocadura del puerto de Alejandría.

Tolomeo II, coronado rey de Egipto, en el año 285 antes de Jesucristo, gobernó con gran sabiduría el país del Nilo y se preocupó de alentar las artes y el progreso.

La torre del faro que ordenó edificar medía ciento treinta y seis metros de altura. Era uno de los monumentos más grandiosos de la civilización arcaica. Entre las siete maravillas del mundo antiguo figura el faro de Alejandría, que en el siglo XIV fué arrastrado por el mar. Su luz consistía en una hoguera que se alimentaba con leños.

Egipto, país de civilización y leyendas maravillosas, legó a los navegantes el faro que les sirve de guía y les preserva de naufragar en las noches de tempestad.



En la historia, Tolomeo II no es uno de los más brillantes faraones, pero a él corresponde la iniciativa de haber iluminado los mares. Y ese faro que él construyó tenía el nombre de Alejandro, el rey que fundó la dinastía de los Tolomeos, nacidos de uno de sus generales.